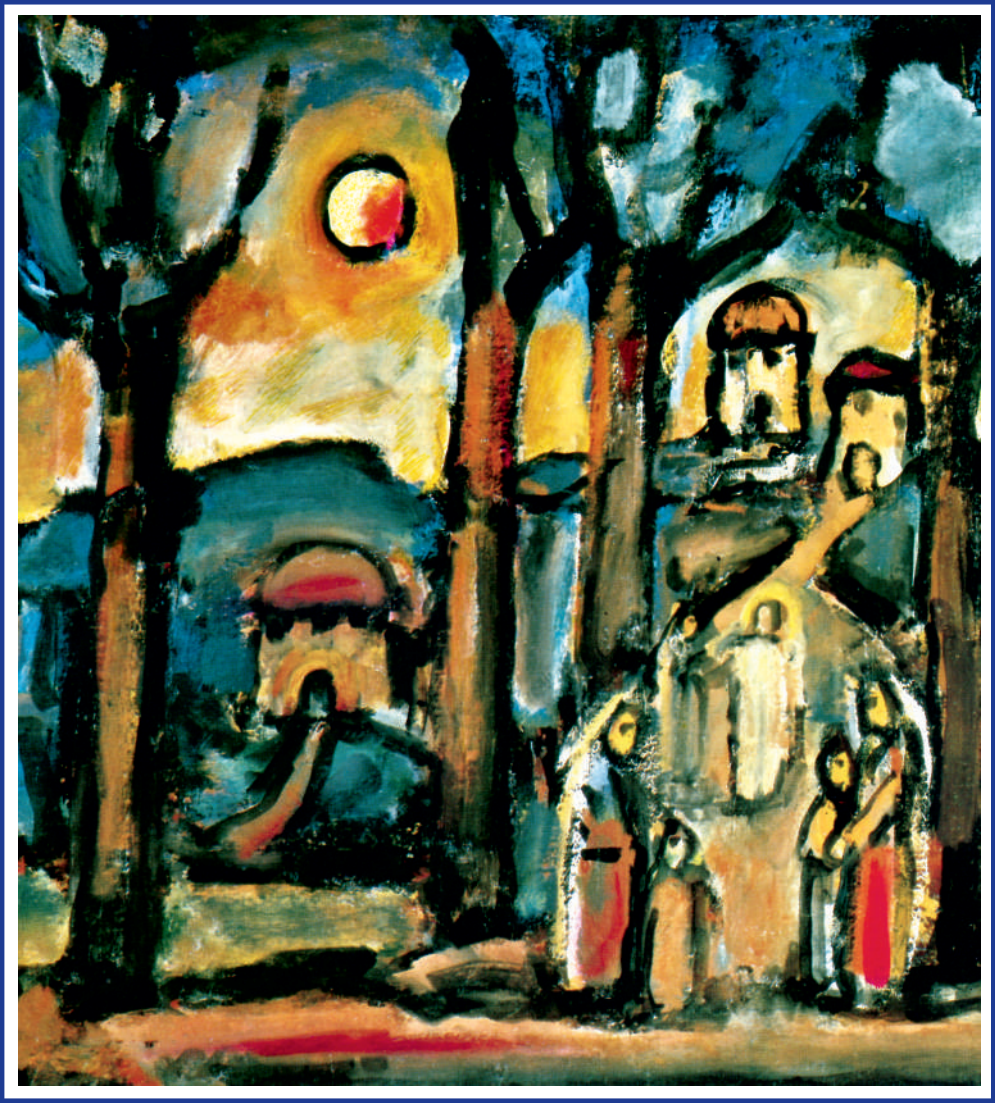
EL VALOR DE TU VIDA



Juan Manuel García de Alba S. J.

EL VALOR DE TU VIDA

EL VALOR DE TU VIDA

Juan Manuel García de Alba, S. J.

Octubre 2019

D.R. © 2019, Juan Manuel García de Alba, S.J.
Av La Paz 2435. Tél. 36 30 10 93
C.P. 44100, Guadalajara, Jalisco.

ISBN: 968-511-002-6

Impreso y hecho en México
Printer and made in México

A los que puedo acercarme,
por medio de este libro,
en momentos importantes de su vida
y a los que han estado cerca de mí.

2da. Reimpresión de la
Duodecima Edición
Agosto 2019

Indice

1. La existencia humana

Introducción 18
El hombre presente a partir del origen 19
Vocación y destino 22
El quehacer humano y la tarea terrena 25
Constitución del hombre 31
Significado de la sexualidad humana 42

2. Momentos significativos de la vida humana

Fecundación 55
Gestación 58
Nacimiento 63
Desarrollo del hombre 68
Infancia 71
La educación y el riesgo 79
La adolescencia 87
La juventud 95
La madurez humana 102
Complementaridad 113
Paternidad 120
El sufrimiento humano 126
El hombre envejece 133
La muerte, plenitud de la vida..... 138
Trascendencia del hombre 145
Resurrección 149

3. El hombre en el mundo

El hombre como dueño y señor 158
Los bienes de la naturaleza 162
El mundo como objeto de conocimiento, exploración,

experimentación, explotación y consumo 164
El hombre del mundo 167

4. El hombre en proyecto

El hombre en proyecto 174
El hombre pre-visto (pre-visión) 176
El hombre pre-amado (pre-dilección) 178
El hombre pre-elegido (pre-elección) 180
Solicitud de Dios por el hombre (Pro-videncia) 182

5. El hombre dividido

El hombre contra sí mismo 190
El pecado contra el hombre 194
Los pensamientos del corazón 195
El hombre pecado 201
El hombre contra los demás 206
Conversión, reconciliación, regeneración 211
Frustración eterna 219
Realización eterna 224

6. El hombre integrado

El hombre único e irrepetible 232
Lo humano del hombre 237
El hombre y la vida de Cristo en él
la Gracia 242

7. El hombre para los demás

El hombre y el encuentro con Dios 250
El hombre como lugar privilegiado de la presencia,
el servicio y el encuentro con Jesucristo 256
Las exigencias de Cristo en los demás 264
Algo de Bibliografía 275

ABREVIATURAS DE LOS SIGNOS BIBLICOS

Significado de las abreviaturas en orden alfabético.

Ab ..... Abdías
Ag ..... Ageo
Am ..... Amós
Ap .... Apocalipsis

Ba ..... Baruc

1 Co ..... 1a. Epístola a los Corintios
2 Co. ..... 2a. Epístola a los Corintios
Col ..... Epístola a los Colosenses
1Cro ..... Libro Primero de las Crónicas
2Cro ... Libro Segundo de las Crónicas
Ct ..... Cantar de los Cantares

Dn. ..... Daniel
Dt ..... Deuteronomio

Ef ..... Epístola a los Efesios
Esd ..... Esdrás
Est ..... Ester
Ex ..... Exódo
Ez ..... . Ezequiel

Flm ..... Epístola a Filemón
Flp .....Epístola a los Filipenses

Ga ..... Epístola a los Gálatas
Gn ..... Génesis

Ha .... Habacuc
Hb .....Epístola a los Hebreos
Hch . ..... Hechos de los Apóstoles

Is ..... . Isaías

Jb ..... Job
Jc ..... Jueces
Jdt ..... Judith
Jl ..... Joel
Jn ..... Juan
1 Jn ..... 1a. Epístola de San Juan
2 Jn ..... 2a. Epístola de San Juan
3 Jn ..... 3a. Epístola de San Juan
Jon ..... Jonás
Jos ..... Josué
Jr ..... Jeremías
Judas .... Epístola de San Judas

Lc .... Evangelio según San Lucas
Lm ..... Lamentaciones
Lv ..... Levítico

1M ..... Libro primero de los Macabeos
2M ..... Libro segundo de los Macabeos
Mc ..... Evangelio según San Marcos
Mi ..... Miqueas
Ml ..... Malaquias
Mt ..... Evangelio según San Mateo

Na .... Nahúm
Ne ..... Nehemías
Nm .... Números

Os ..... Oseas

1P ..... 1a. Epístola de San Pedro
2P ..... 2a. Epístola de San Pedro
Pr ..... Proverbios

Qo ..... Eclesiastés

1R ..... Libro primero de los Reyes
2R ..... Libro segundo de los Reyes

Rm ..... Epístola a los Romanos
Rt ..... Rut

1 S ..... Libro primero de Samuel
2 S ..... Libro segundo de Samuel
Sal ..... Salmos
Sb ..... Sabiduría
Si ..... Eclesiástico (Sirácides)
So ..... Sofonías
St ..... Epístola de Santiago

Tb ..... Tobías
1 Tm .....1ra. Epístola a Timoteo
2 Tm ..... 2da. Epístola a Timoteo
1Ts..... 1a. Epístola a los Tesalonisenses
2 Ts ... 2a. Epístola a los Tesalonisenses
Tt ..... Epístola a Tito

Za ..... Zacarías

Por ejemplo la referencia Is. 7,14; Jb. 37, Is, remite al libro de Isaías, Cap. 7, versículo 14. La referencia Jb. 37, Is, remite al libro de Job Cap. 37, versiculo 1 y siguientes. La referencia Is. 7,14-16, remite a los versículos que van del 14 al 16.

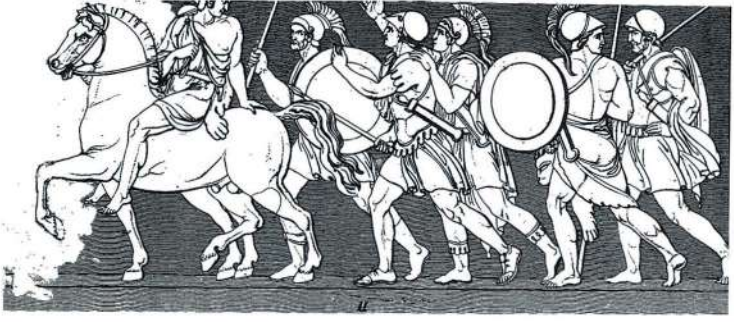
Los textos marginales tienen relación con el tema tratado en el texto. Muchas veces son la fuente del pensamiento, otras veces vienen a confirmar lo comentado en el texto.

Con aprobación eclesiástica

Imprimatur

Mons. Miguel Romano Gómez,
Obispo auxiliar de Guadalajara.

1 La Existencia Humana



Introducción

Hace muchos años Harnack dijo que Jesús había sido genial por sus ideas geniales sobre el hombre. Creo que no lo fue sólo por eso. Tú podrías expresar. ¿Cuáles son tus ideas sobre el hombre? ¿Sobre ti mismo? ¿Sobre los demás?

La importancia y el significado de los demás está en relación directa y profundamente unido a las actitudes de la persona ante el mundo, la vida, sus posesiones y, principalmente, la idea que tiene de sí mismo.

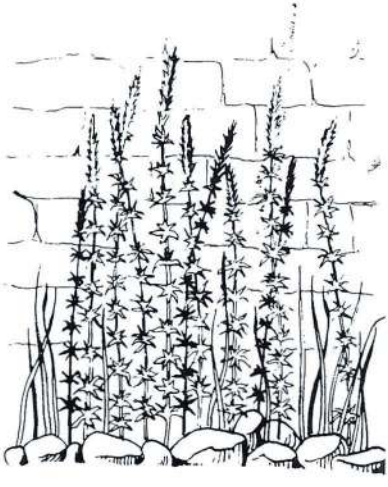
Este libro es un intento de reflexión antropológica a partir de datos bíblicos. Quisiera ser una antropología descriptiva, de valores y significados, concreta, dinámica, histórica, personal, encaminada a la práctica, una antropología para el hombre presente y para valorar la vida propia y la de los demás. Y por eso no irá en la línea de una reflexión abstracta, atemporal, genérica y que trata de explicar la presencia del hombre en el pasado.

No se pretende solamente aumentar nuestro conjunto de conocimiento, sino de valores y significados. Nos interesamos no exclusivamente por nuestra manera de pensar, sino, también, y principalmente, por nuestra manera de sentir, de amar, de actuar, de ser, de creer y de esperar.

Trataremos de compartir valores, reflexionando sobre los datos bíblicos, en un diálogo con Dios por reflexión personal y asimilación. Describiremos la vida vivida, pasando por la continuidad de las distintas edades, la historia y el mundo que nos rodea. La palabra de Dios es aquí un punto de partida para formular nuestra propia palabra, la que se expresa en nuestra vida.

Este libro ayudará a reflexionar para valorar y amar la vida de cada uno de nosotros.

Desearía ayudarte con la mayor sencillez posible, a valorar más la propia vida y la de los demás, principalmente la del hombre en crisis existencial, -por su dolor, su pobreza, su angustia o su pecado-. Me gustaría compartir contigo, una forma particular de ver y valorar tu vida. Desearía plantear y ofrecer una respuesta al misterio de la vida en su referencia a Jesucristo.



El hombre presente a partir del origen

El mensaje de la Biblia es un mensaje de presente, no de pasado ni de futuro. Si se refiere al pasado o al futuro, es solamente para poner de relieve el valor del hombre en el presente.

Vamos a encontrar en la Biblia no tanto una reflexion del hombre sobre Dios, sino más bien

una reflexión de Dios sobre el hombre, comunicada por los autores de los libros sagrados.

En la relación del hombre con Dios, -o en su soledad-, *el problema del hombre no es Dios,* sino al contrario, *el problema de Dios es el hombre.*

J. A. Heschel.

La pregunta que nos hacemos no es tanto ¿qué es el hombre? ni la respuesta que buscamos es una respuesta impersonal. En realidad, la pregunta sobre el hombre es la pregunta sobre nosotros mismos. Y la respuesta que demos en la antropología, es la respuesta que daremos en nuestra vida. Nuestra manera de entender al hombre, será la manera de entendernos a nosotros mismos. Es una reflexión sobre la vida vivida, para vivirla. La pregunta sobre el hombre es una pregunta de presente, no de pasado. Cuando se nos pregunta: ¿quién es usted? respondemos con nuestro nombre y apellido, y en ocasiones con nuestra profesión. La Biblia también responde a la pregunta de presente, remitiendo al origen. Lo que constituye al hombre es su pasado, hecho presente en él.

Gn 1, 26s; 2, 7s
Rm 14, 8-9

En el Génesis el hombre aparece como una obra de Dios. Le pertenece a Dios por el título que da la mano de obra. Lo más propio del hombre es que no se pertenece. Es de Dios. Y en la medida en que es de Dios es de sí mismo; y aunque lleva en él el sentido de lo ajeno, lo lleva como un don. El pertenecer a Dios no enajena al hombre, sino lo afirma. El hombre bíblico no es anónimo.

El hombre vale más que todas las creaturas, porque Dios lo ha hecho mejor y porque ha puesto en él sus ojos. El hombre vale lo que vale para Dios; el criterio de valor para el hombre es el corazón y los ojos de Dios. El es el autor y maestro

de humanidad. Dios es el que enseña al hombre a ser hombre.

La antropología bíblica se pregunta sobre el hombre, pero no tanto ¿qué es? sino ¿quién es? Y nos dice que el hombre es el Tú de Dios; aquél a quien Dios llama por su nombre, aquél que es capaz de hablar con Dios y de entenderse con él como con un amigo. Nosotros nos preguntamos no tanto por los elementos que constituyen al hombre, sino más bien por su conducta; nos interesa no tanto en qué consiste, sino qué hace. Iluminando nuestro quehacer y nuestra conducta se ilumina también nuestro ser.

Nuestra pregunta no es ¿qué tanto tiene el hombre, sino dónde está el hombre? No es una antropología de la riqueza o de la miseria, sino de la situación del hombre, de su crisis, cualquiera que sea. La pregunta sobre el hombre en la Biblia es de Dios. Dios se pregunta, y le pregunta al universo, y sobre todo al hombre mismo: Adán, *¿dónde estás?* Es una pregunta para ubicar al hombre. Para éste lo más fácil es esconderse y perderse, y la obra más completa y apasionante de Dios, incluso más que la creación, es ponerse en búsqueda del hombre. Dios sigue estando en búsqueda del hombre.

Gn 3, 19
1Co 15, 45-49

Cuando llamé nadie contestó
cuando hablé no me escucharon. (Is 66, 4)

¿Por qué, cuando vine no hallé a nadie,
cuando llamé no había quién respondiera?
(Is 50, 2)

Me he dejado encontrar de quienes no preguntaban por mí;
me he dejado hallar de quienes no me buscaban.

Dije: aquí estoy, aquí estoy, a gente que no invocaba mi nombre. (Is 65, 1)

Gn 22. 1; Jacob 46,2
Ex 3,5
I.S 3,4
Cfr Lc.1,38; Hb 10,7-9

Aquí estoy es una expresión que significa disposición, consentimiento, aceptación. Así la usa Abraham, Jacob, Moisés, Samuel.

En el contexto del Nuevo Testamento nos preguntamos dónde está el hombre en su relación con Jesucristo:

¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre? -dijo Jesús- ¿Qué significo yo para los hombres?

Mt 16, 15 *Y ustedes ¿quién dicen que soy yo?*

¿Qué significo yo para ti en esta etapa de tu vida?

Vocación y destino

Por vocación entendemos aquí el llamamiento continuo de Dios para que el hombre se realice plenamente. Es un proyecto dinámico de realización que se va logrando poco a poco a través de las edades; es una liberación interna del hombre que lo hace ser cada vez más dueño de sí mismo para darse libremente; es una liberación gradual y progresiva que se va dando en el aquí y ahora en que vivimos, para alcanzar definitivamente la realización integral de la persona. Podemos decir que la vocación y el destino del hombre es realizar el sueño que Dios ha tenido sobre él desde antes

de la creación del mundo; existe también una vocación a la vida cristiana, y a funciones específicas en ella, como la de ser apóstol.

Aquí no nos referimos todavía a la vocación particular, a aquella tarea que cada quien debe desempeñar en su vida; nos referimos al designio de Dios que es para nosotros una vocación y un destino que debe alcanzarse libremente. Ef 1, 3s; 1Co 1, 2. 26

Israel conoce su salvación a partir de su liberación, y su liberación a partir de la alianza. La vocación y destino del pueblo consiste en la alianza con Dios, para así, con él, llegar a la liberación y a la conquista de la tierra prometida. La vocación y el destino de todos los hombres arranca también de la liberación de las estructuras opresoras, para llegar a la conquista de uno mismo y de la situación en que vivimos; y así llegar a la plenitud de la salvación que es, al mismo tiempo, la plenitud de la alianza. Como el pueblo de Israel, el hombre está llamado a ser el aliado de Dios.

La vocación es un llamamiento continuo que Dios hace al hombre para que sea libre interna y externamente; es un llamamiento a la alianza, y por lo tanto, también a la fidelidad; podríamos decir a la autenticidad con uno mismo y a la continuidad en la historia.

El que el hombre esté hecho a imagen y semejanza de Dios no es solamente un dato sobre el origen y para que el hombre conozca su dignidad, es más bien su vocación, es un compromiso y una tarea, nos dice lo que debe llegar a ser el hombre por su conducta.

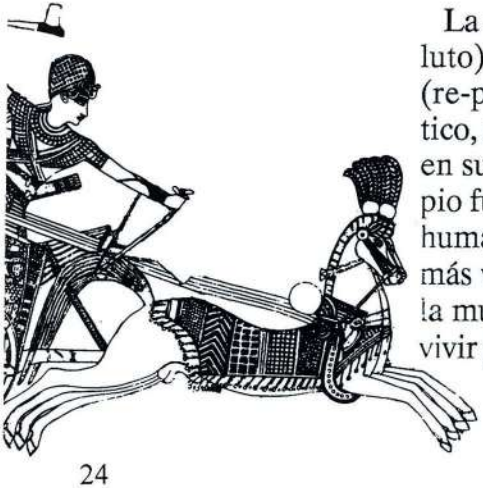
Col 1, 15; 1 Co 15, 49

Desde el principio el hombre, el primer Adán, ha sido creado a imagen y semejanza de Jesucristo, el segundo Adán. Él es auténticamente la imagen del Dios invisible; y los hombres lo son en cuanto están referidos esencial y existencialmente a Jesucristo. El hombre ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios aun en la carne, es decir, en su condición de debilidad. En Jesucristo es Dios el ejemplo de humanidad, y no el hombre. Es el hombre el que ha de llegar a ser como Jesucristo, y no Jesucristo como el hombre.

El ser cristiano trae consigo una forma particular de ver, pensar y valorar al hombre; y una forma todavía más particular de vivir, y de creer en Jesucristo.

La vocación del hombre está en el llamamiento continuo y siempre nuevo a seguir a Jesucristo; es un llamamiento de liberación y de alianza con Él y por Él con todos los hombres, particularmente con los más necesitados. Es una manera de seguir a Jesucristo en lo que tiene de más libre y más impresionante; su forma de ser para los demás. Al seguir a Jesucristo cada día, vamos reproduciendo mejor su imagen en nuestro aquí y ahora.

Rm 8, 39; Flp 3, 21; 2 Co 3, 18



La razón última del valor (relativamente absoluto) del hombre está en que presenta de nuevo (re-presenta) a Jesucristo. Lo más propio, auténtico, individual e irrepetible del hombre consiste en su referencia personal a Jesucristo. El principio fundamental de igualdad y unidad del género humano está en Jesucristo; y nos encontramos más vinculados a El en la vida, que con Adán en la muerte. El destino terreno del hombre no es, vivir por vivir; trabajar, amar, reproducirse, a do-

minar el mundo, es compartir, con-vivir, su propia vida con la de Dios y caminar juntos. La vocación y destino del hombre es un llamamiento continuo y siempre nuevo, a la comunión con los hombres y con Dios.

1Co 15, 22s;
Gn 1, 26 y 28; 2, 25

El quehacer humano y la tarea terrena

Aunque en la Escritura se habla de lo penoso del trabajo como consecuencia del pecado, el mensaje primero está en el quehacer terreno como misión divina, al reproducir el hombre la imagen de Dios que trabajó seis días, y el séptimo descansó.

Gn 2, 17-19;
1, 28s
Gn 2, 1-3

El hombre bíblico no nació por generación espontánea, ni está en el mundo para adornarlo, como una figura de nacimiento; no le está permitido perder el tiempo. Tiene una misión concreta. Su trabajo lo ennoblece, y él puede consagrar y santificar su quehacer por más simple que sea.

El problema del hombre joven es que viva como ausente (drogado); tiene una gran tarea en la historia de la humanidad y huye -Dios no lo encuentra-. No siente que la historia la tiene que hacer él. Se despreocupa diciendo que son las

estructuras sociales o políticas las responsables de la situación, y aunque sea cierto que las estructuras son las responsables de la situación del hombre, es más cierto que el hombre es responsable de sus estructuras. El hombre no es solamente víctima... también es responsable de sus propios condicionamientos...

Y claro, en la base de todo está que Dios es responsable de la responsabilidad del hombre, en la base está no tanto la fe del hombre en Dios, sino, principalmente, la fe de Dios en el hombre. Y que el mundo, y la historia, y la tierra se la confió Dios al hombre, de verdad. Si el hombre no toma en serio a Dios, Dios sí toma en serio al hombre. No podemos echarle la culpa a Dios por lo mal que está el mundo; de lo que sí podemos "culparlo" es de haber hecho tan importante al hombre...

El quehacer humano no es solamente lo trascendente y definitivo de la historia. Lo que vale en la vida de los hombres no son los ratos aislados de grandeza, importancia o trascendencia, sino el esfuerzo constante... Lo que vale es el secreto y significado que encierra lo pequeño, lo sencillo, lo insignificante. Es el valor trascendente de lo intrascendente, es lo importante de lo sin importancia, es el significado eterno de lo transitorio, es el amor que se pone en lo que se hace. El esfuerzo y la dedicación valen más, en ocasiones, a los ojos de Dios que el éxito y la perfección. Dios sabe ver el corazón de los hombres y no lo engaña la hipocresía. Dios es un imperativo de autenticidad humana.

Esta teología bíblica de la humanidad quiere ser una gramática elemental de la vida ordinaria para

el hombre de la calle, para el hombre de trabajo. Se trata de valorar al hombre común y corriente, y descubrir la santidad de la vida sencilla.

La vida cristiana nos enseña que dar de comer, de beber, vestir, visitar y compartir la casa -el trabajo ordinario- tiene sentido trascendente y de absoluta importancia, que es una ocasión privilegiada para una relación personal con Jesucristo, al relacionarnos con los que nos necesitan. Mt 25, 34

En el actuar cristiano lo que cuenta, más que pecados o virtudes aisladas o hechos extraordinarios, es la orientación total de la vida, es la luz que ilumina todos esos actos aparentemente insignificantes. En realidad no existe ningún otro acto vacío, y todo momento representa una acción extraordinaria. Y como el hombre no está solo en aquello que es, tampoco lo están en aquello que hace. Siempre tiene como compañero, partícipe y testigo a Dios.

El trabajo en la Biblia es algo sagrado, es lo que de alguna manera pertenece al mundo y a los demás, es lo que debe ocupar al hombre. El holgazán nunca es alabado por la Biblia. Y la pobreza nacida de la pereza no es virtud. Col 3, 17; 1Co 10.31

El trabajo debe ser algo que realice a la persona, debe ser el medio donde actualice sus habilidades, donde ejercite sus facultades; el trabajo debe ser algo que lo personifique.

El trabajo es el medio que el hombre tiene para vivir. Su trabajo debe ser suficiente y proporcionado para que se desarrolle como persona y asegure su vida. Si el buey que trilla tiene derecho a comer, cuánto más el hombre que trabaja.

¿Quién planta una viña y no come de sus frutos? ¿Quién apacienta un rebaño y no se alimenta de su leche? (1 Co. 9.9)

Y por el contrario, dice San Pablo:
el que no trabaje que no coma. (2 Ts 3, 10)

Por más simple que sea, el trabajo debe proporcionar los medios para vivir sencilla y noblemente. Donde éste no sea bien valorado o remunerado la estructura debe ser transformada.

El trabajo es sagrado, porque es parte importante de la vida y Dios es sensible al sufrimiento de la vida y al trabajo del hombre. La vida es para trabajar, pero el trabajo es para vivir y disfrutar la vida. Hay personas que trabajan angustiosamente para comer, y luego no tienen tiempo, porque los ha esclavizado el trabajo, para comer con sus hijos.

El trabajo que se alaba en la Escritura no es el que esclaviza al hombre. El hombre en su trabajo
Col 3, 24 alcanza a Dios, y más particularmente, con él sirve a Jesucristo.

El trabajo es también un peligro que puede absorber y asfixiar la vida. Todo el mundo condena la pereza, pero el exceso y el trabajo que esclaviza, no todo mundo lo advierte.

En la escritura Dios se manifiesta como Aquel que trabaja y descansa. El descanso sabático es la forma como el hebreo -e incluso el animal de trabajo- se libera de la tarea. Y por eso, entre otras cosas, Dios quiere que el hombre interrumpa sus labores, rehaga sus fuerzas y tenga tiempo para levantar la mirada. La realidad terrena no debe ocupar al hombre de tal manera que lo hunda. El

precepto sabático está dado para liberar al hombre de su propio quehacer. Los hombres de Dios, y lo son todos, no deben ser esclavos de nada ni de nadie. El significado profundo del sábado es el de suspender la alienación del trabajo. El sábado es para impedir que el hombre llegue a pensar que vale solamente por lo que hace; su ser y su quehacer son cosas distintas. Un mundo donde se valora la persona según la tarea que desempeña no es un mundo humano; es un mundo mecanizado.

Gn 2, 13

C. Tresmontant, *Ensayo sobre el pensamiento hebreo.*

En la vida cristiana el descanso dominical libera al hombre de su propio quehacer.

Según Jesucristo las preocupaciones del mundo la inmersión en el mundo y la seducción de las riquezas pueden llegar a ahogar la palabra que El mismo ha sembrado. Las preocupaciones de la vida no son evangélicas; se oponen a la confianza en Dios. Se debe ser responsable pero sin vivir angustiado por la preocupación. Es el hombre el que le da valor a su trabajo, o a la función que desempeña, y no la función, o el trabajo, lo que le da valor a la persona.

Mt 13, 22; Mc 4, 19; Lc 8, 14; Mt 6, 25; Lc 12, 22

Así pues, no hay trabajo noble cuando esclaviza al hombre.

La sabiduría se adquiere en los ratos de sosiego,
el que se libera de negocios se hará sabio.
¿Cómo va a hacerse sabio el que empuña el arado,
y se gloría de tener por lanza el aguijón,
el que conduce bueyes, los arrea en sus trabajos
y no sabe hablar más que de novillos?
Aplica su corazón a abrir surcos,
y sus vigilias a cebar terneras.
De igual modo todo obrero o artesano,
que trabaja día y noche...

Preocupado sin cesar por su trabajo,
toda su actividad concentrada en el número;
con su brazo moldea la arcilla,
con sus pies vence su resistencia;
pone su corazón en acabar el barnizado,
y gasta sus vigilias en limpiar el horno.

(Si 38, 24-34)

El trabajo puede embotar la mente y ahogar el espíritu, puede ser causa de que se ponga la confianza en lo que se hace, y entonces el trabajo se convierte en una especie de ídolo. En un mundo de holgazanes, o materializado, hay que revalorar la condición divina del trabajo, pero en un mundo donde el trabajo tienda a oprimir al hombre hasta asfixiarlo, hay que liberar al hombre de su propio trabajo.

Lc 14, 15; Mt 22, 2-10; Lc 17, 28

Jesús se sintió muy descontento de aquéllos que, aunque no hacían algo malo o injusto, estaban tan ocupados que no tenían tiempo para atender a su llamado. La injusticia estaba en que la tierra los había enterrado.

Constitución del hombre

+ El hombre de tierra y terreno

El hombre es todo de tierra y por eso es mortal. En el Antiguo Testamento morir es volver a la tierra de donde salió el hombre.

Vivirás, hasta que vuelvas a la tierra,
pues de ella fuiste tomado,
porque eres polvo
y al polvo vuelves. (Gn 3,19)

El hombre es parte de la creación y por eso fue tomado de la tierra y está vinculado a todo lo creado, y es perecedero.

No sólo el primer hombre. Adán, fue hecho de barro, la tierra es el origen de todos los hombres.

Todo camina a un mismo paradero.

Todo procede del polvo
y todo al polvo retorna. (Si 3, 20)

Si el fin es el polvo, es porque el origen era el polvo:

El Señor formó al hombre de la tierra, y lo hace volver a ella. (Si 17, 1)

Todos los hombres proceden de la arcilla;
y Adán -el hombre- *ha sido creado del barro.*
(Si 33, 10)

El barro no designa propiamente la materia del hombre, solamente Adán fue formado de la tierra, pero todos los hombres son de barro. El barro designa más bien la humildad esencial del hombre. Abraham, por ejemplo, reconoce ser polvo y ceniza, y así se atreve a hablarle a Dios. El salmista también reconoce su ser de tierra. La verdad de la muerte lleva al hombre a la tierra, y la tierra a la humildad.

Gn 18, 27

Sal 103, 14

El *hombre de tierra* del Génesis era la sombra y la figura del anunciado en el Nuevo Testamento. El poder, la sabiduría y el esplendor de Dios se manifestó, junto con la fecundidad de la tierra, en Jesucristo, que es Dios y hombre de barro. El Dios invisible y espiritual se manifiesta en el hombre visible y de tierra.

Gn 2,7; 3,19
Flp 2,6s
Rm 5,12s

+ **El hombre es carne** y por eso es débil, pequeño y efímero. La carne pone de relieve la condición de debilidad y enfermedad del hombre. La carne caracteriza a los animales, y así se usa 104 veces en la Sagrada Escritura, y al hombre, 169 veces. Es la expresión preferida para designar al hombre entero y a todos los hombres:

¡Grita!
Y yo digo: ¿qué he de gritar?
Toda carne es hierba
y todo su esplendor como flor del campo.
La flor se marchita, se seca la hierba,
en cuanto le dé el viento de Yahvéh
pues, cierto, hierba es el pueblo.
La hierba se seca, la flor se marchita,

Sal 63, 2; 78, 39

mas la palabra de nuestro Dios
permanece por siempre. (Is 40, 6-8)

Cuando se dice, por ejemplo, que La palabra se hizo Carne, se refiere a que Jesucristo se hizo como todos los hombres, y completamente hombre, caduco, mortal y débil. Jn 1,14

El hombre entendido como carne necesita el poder de Dios para no ser sólo carne. *Basar*, en hebreo, y *Sarkx*, en griego, significa carne, y designa a todo el hombre y no tiene sentido sexual.

+ **El hombre tiene la vida de Dios** y por eso es sagrado. El aliento de Dios es la fuerza que vivifica al hombre. Gn 2, 7; 6 7; 3, 19

El Dios vivo está atrás o dentro como respaldando y manteniendo la vida del hombre. Para Israel la vida, que procede de Dios, está en la sangre, corre por la sangre; por eso nos e puede beber, ni derramar, ni el hombre puede tocar la sangre humana; y por eso en los sacrificios rituales se le ofrece a Dios lo más suyo, la vida, la sangre. Lc. 19,11

El hombre tiene alma, fuerza vital (*Nefes*) y por eso siente, como los animales. Los animales viven como el hombre, pero sus vidas no tienen el mismo valor. Sal 88,4s Gn 9,3s

Nefes, que en pocos casos se traduce bien por alma, significa eso que hace al hombre un ser viviente con la vida de Dios. Es lo que lo describe más plenamente y lo distingue de todos los otros seres.

Yahvéh Dios formó al hombre de polvo del suelo.
Y le sopló en la nariz aliento de vida,
y resultó el hombre un nefes, ser viviente.
(Gn 2, 7)

El hombre vive por la vida de Dios. Vive por el aliento divino, como ningún otro ser viviente; aun en el orden meramente natural la vida del hombre es divina, y por eso no se puede sacrificar, ni vender, ni comprar.

Dios no se complace en la muerte del hombre, sino en la vida; y cuando da la vida, la da para siempre. El hombre, por ser de tierra, como los animales, es mortal; pero por ser vida de la vida de Dios, es trascendente. El aliento divino es lo que hace al hombre humano; es lo que lo distingue de los animales.

Gn 2, 19;
1 Co 15, 45-49

Dios quiere al hombre vivo y libre; éste ha sido hecho para vivir en la libertad. Por eso cuando se esclaviza al hombre se toca a Dios en lo más vivo. La pasión de Dios está en la esclavitud del hombre; y la opción de Dios, en la libertad del hombre.

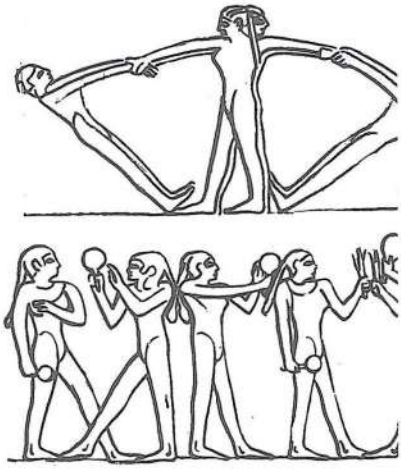
+ **El hombre es espíritu** y por eso se mueve por la fuerza divina. *Ruah,* en hebreo, es aliento, espíritu, fuerza vital; es un concepto que pertenece más a Dios que al hombre; el hombre es solamente depositario o receptor del espíritu de Dios. Este es la fuerza de Dios en el hombre, es aquello que lo hace pensar, sentir y obrar bien.

Si Yahvéh hiciera volver a sí su Ruah, espíritu,
y hacia sí retirara su soplo;
desaparecería toda carne,
y también el hombre tornaría al polvo.
(Jb 34,14s)

Oh Dios, crea en mi un corazón recto,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu. (Sal 51, 12-13)

El espíritu es la fuerza vital creadora. El hombre, podríamos decir, es un ser inspirado por Dios, que lleva dentro la inspiración creadora. Sal 104,29s

Todos estos términos describen, no definen al hombre; son aspectos que se refieren al todo y por eso pueden intercambiarse en la poesía hebrea.



Así por ejemplo el salmo 84:

Anhela y desfallece mi alma
por los atrios de Yahvéh;
mi corazón y mi carne gritan de alegría
hacia el Dios vivo. (Sal 84, 3)

+ **El hombre es pecado**, y por eso necesita de Dios. Su pecado se manifiesta en su inclinación al mal, al abuso, al engaño, al egoísmo.

La Biblia ve al hombre como dañado en sí mismo, con una especie de pecado fundamental o constitutivo, que tradicionalmente llamamos pecado original; porque entiende al hombre presente refiriéndolo a su origen. Esa deficiencia fundamental la explica por una falta de obediencia, es decir por una falta de reconocimiento, de aceptación. La caída de Adán y Eva, enmarcada en un escenario particular y poético, no se refiere a la historia en el sentido estricto de la palabra, se refiere a un hecho real que habla del hombre de todos los tiempos como fundamentalmente en desacuerdo, incoherente, dividido. La desobediencia de los primeros padres viene a significar lo fallido del hombre en el sentido último de su existencia; en su relación de obediencia a Dios. La obediencia, en último término, es *reconocimiento*; y el pecado es falta de reconocimiento, es desarmonía, es inautenticidad. Gn 3, 1s

Conoce el buey a su amo,
Is 1,3 *y el asno el pesebre de su dueño.*
Hasta la cigüeña en el cielo conoce su estación
y la tórtola, la golondrina y la grulla
observan la época de sus migraciones,
pero mi pueblo ignora el derecho de Yahvéh.
(Jr 8, 7)

Para los profetas el drama consiste en que Israel no reconoce, y el pueblo no recapacita.

El pecado constitutivo del hombre, el pecado original, consiste en la imposibilidad de amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, y de esa manera amar a los demás. Por eso el hombre se encuentra en oposición con su propio destino, en oposición consigo mismo, con Dios, con los demás y con el mundo. Su situación es un estado trágico. De hecho no es como convendría que fuera o como debería ser. Está dañado substancialmente, y es incapaz por sí mismo de autosuperarse, autotrascenderse, autosalvarse. Todo él necesita a Dios.

La concupiscencia se refiere al desorden y falta de armonía interna de todas las pasiones humanas y no solamente, ni exclusivamente, al desorden de la pasión sexual. La concupiscencia consiste en el amor desordenado a sí mismo, que ignora, o pasa por encima de los demás y del amor a Dios. Podemos decir también que la concupiscencia consiste en la falta de reconocimiento. El término pecado no es un término adecuado para esa realidad a la que nos referimos al decir pecado fundamental. El pecado normalmente designa algo que sucede; aquí no se trata de una acción, de un acontecimiento, sino de un hecho, de una situación; del estado en que se encuentra el hombre.

El pecado original no se entiende aquí solamente como algo que sucede, sino como algo que es y prevalece, a pesar del esfuerzo del hombre. El pecado original es la condición humana dañada; eso es lo que se recibe y lo que se trasmite. Por eso el hombre nace pecador: *mira, que en la culpa nací y pecador me concibió mi madre.* Sal 51, 7

Puesto que somos lo que no deberíamos ser, también hacemos lo que no deberíamos hacer. Y por eso necesitamos una transformación completa de nuestro ser. Eso es lo que podríamos llamar un nuevo nacimiento. Aunque la culpa está en lo que se hace, la raíz de nuestra culpa está en nuestro ser, en nuestra esencia y existencia, en nuestra vida, pues nuestro actuar se sigue de nuestro estar vivos. Y por eso nuestro pecado original es en realidad ese pecado fundamental que no nos deja ser auténticos. El pecado puede entenderse aquí como un desacuerdo con uno mismo. La vida del hombre esconde un sentido trágico.

+ El hombre es palabra

Una de las características del hombre bíblico es su poder de relacionarse, sobre todo con Dios. Dios es para el hombre un ser que se expresa. Su expresión es la naturaleza, la historia y sus palabras. La palabra es lo que une a Dios con el hombre, y es también lo que une al hombre con Dios. El Dios de la Biblia es un Dios que con su palabra lo hizo todo. Un Dios poderoso en palabras y obras; que pronunció al hombre y se pronuncia por el hombre; que espera la respuesta en términos de tú; que lo acompaña siempre.

El hombre filósofo, racional, intelectual, lógico y coherente no aparece en la Biblia; todos esos aspectos están incluidos en su logos, es decir, en su palabra. El hombre en la Biblia es un hombre que habla. El hombre es palabra y se realiza hablando. Su palabra es el elemento de comunión con todos sus semejantes y también con la naturaleza. Se relaciona con su compañera de mil maneras, pero una de las más importantes y quizá la fundamental, es su palabra. El diálogo es la forma de relacionarse del hombre y la mujer. Todos los demás signos vienen a expresar la autenticidad de su palabra.

A pesar de que el hombre se exprese en sus palabras ninguna lo realiza totalmente. El hombre que se expresa tiene la incapacidad de expresarse plenamente, *sus palabras pueden ser causa de mal entendimiento;* pueden tener múltiples significados. La palabra es solamente un signo, y lo significado es el hombre; con toda su riqueza y su miseria.

Saint Exupery, *El Principito.*

Gn 2, 8s

El hombre bíblico es un hombre que se entiende con Dios. Porque Dios ha hablado al hombre, el hombre puede hablarle a Dios; al Tú de Dios corresponde el tú del hombre. Y al tú de un hombre corresponde el nosotros de todos, porque todos somos solidarios en la dignidad de cualquiera. Cuando un hombre habla con Dios es como si todos se estuvieran comunicando con El.

Gn 18, 16s; Ex 33, 12s

Todos los hombres son la palabra múltiple de Dios, y Jesucristo es la palabra única e irrepetible. Es la palabra que todo lo compendia, lo sintetiza y lo significa. Es la Palabra, o Logos, de Dios, es la total expresión de Dios. San Ireneo decía que después de haber pronunciado Dios su palabra en

Jesucristo se había quedado mudo. Lo que significa no una incapacidad de Dios, sino su total y definitiva expresión en Jesucristo.

San Juan de la Cruz, *Subida,* L II, Cap. 22, n.4

Convendría recordar algo de lo que significa el concepto palabra en la teología hebrea para llegar a entender el eterno significado de Jesucristo como Logos de Dios. En la reflexión de influjo griego, logos significaba razón, palabra y sentido. Para San Pablo Jesucristo era el poder y la sabiduría de Dios.

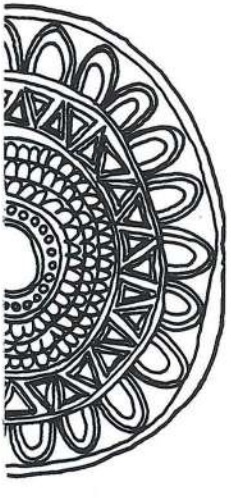
Is 55,10s Sal 107,20

1Co 1,24

En la creación, el hombre es la última palabra de Dios; la palabra que lo completó todo. Pero Adán como palabra, solamente era el eco de la que había de venir. La palabra definitiva y última, la total expresión de Dios es Jesucristo. San Ireneo vuelve a decir que cada palabra que pronunciaron los Profetas era como el irse habituando de la Palabra de Dios a los hombres. Hasta que llegó el momento en que se expresó totalmente en Jesucristo.

La epístola a los Hebreos empieza así:

De una manera fragmentaria y de muchos modos
habló Dios en el pasado a nuestros Padres por
medio de los profetas;
en estos últimos tiempos
nos ha hablado por medio de su Hijo
a quien constituyó heredero de todo,
por quien también hizo los mundos. (Hb 1,1-3)



Lo humano es el punto de contacto con Dios y con los demás. El hombre es una luz que puede decir o significar algo que ilumine la vida de los demás. Dios se comunica de la mejor forma. Y la persona de Jesús, dice el evangelio, es la Palabra de Dios. Este es el primer anuncio de Juan sobre

Jesús. Jesús es la Palabra de Dios para el hombre; y el hombre es la expresión (palabra) de Jesús para los demás.

El hombre está llamado a hablar siempre. Siempre se espera su palabra. Y por eso el hombre está llamado a escuchar siempre; siempre se espera su respuesta.

El hombre es inteligente, es racional porque es capaz de escuchar.

Oye Israel, amarás a Yahvéh,
tu Dios, con todo tu corazón... (Dt 6,4-5)

Oír es muy importante para escuchar, entender y amar con todo el corazón. El hombre que no escucha es como si no entendiera ni amara. Hay que amar *con todo tu pensamiento y con toda tu*
Mc 12, 28-30 *inteligencia.* Marcos une al mandamiento del amor la fuerza de la inteligencia. Cuando se ama a lo tonto en realidad no se ama. Amar inteligentemente significa poner los medios para amar siempre, para amar más, para educar en el amor; se refiere principalmente al modo de amar y no al amor frío y calculador.

Porque el hombre es palabra tiene que guardar silencio y escuchar.

Guarda silencio, Israel, y escucha.
Hoy te has convertido en el pueblo de Yahvéh tu Dios.
Escucharás la voz de Yahvéh, tu Dios. (Dt 27, 9)

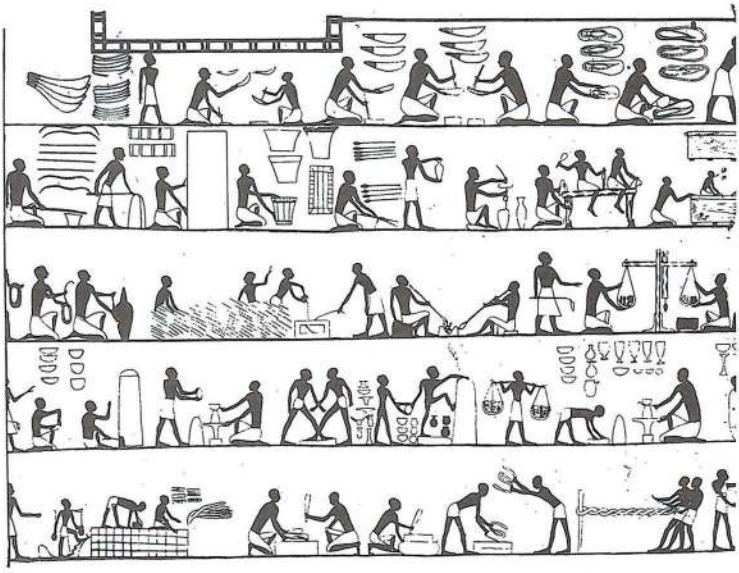
La actitud fundamental del hombre inteligente es escuchar.

Cada mañana. Yahvéh, despierta mi oído
para que escuche como un discípulo. (Is 50, 4)

Que con mis gritos,
llegue hasta tu rostro, Yahvéh,
por tu palabra dame inteligencia. (Sal 119. 169)

Los hombres no lo saben todo, como pensaba Platón cuando decía que aprender no era otra cosa que recordar; todos los hombres estamos llamados a aprender siempre, a recibir de fuera una información y a llevarla dentro como un tesoro.

Todos los hombres tenemos derecho de aprender; pero una persona pierde su derecho cuando se cierra a la vida, o a la historia, y principalmente a los demás. Lo único que siempre es absolutamente cierto es que nadie tiene toda la razón.



Significado de la sexualidad humana

Y creó Dios al hombre a imagen suya, y como explicitación de este acto creador, dice la Escritura, en plural: *y los creó macho y hembra.*

Gn 1, 27

La vida del hombre, en su origen, en su duración y en su destino, es sagrada; es participación de la vida divina, aun en el orden natural. Y la sexualidad, como la vida, es un don de Dios que nos pone en especial relación con El, con los demás, con el mundo, y con nosotros mismos. El reconocer, aceptar y amar la propia sexualidad antes que negarla, temerla o deformarla, es una esperanza divina.

La no aceptación de la propia sexualidad o de la ajena, y la falta de respeto a la persona sexuada que no ve en ella su condición de hombre o mujer como algo natural y sagrado, se opone a la imagen bíblica del hombre.

No es bueno que el hombre esté solo,
voy a hacerle una ayuda semejante a él. (Gn 2, 18)

De esta forma de presentarnos al hombre se sigue que cualquier tipo de aislamiento egoísta no es conforme al plan de Dios. El hombre necesita esa ayuda no para esto o aquello, sino para su vida como hombre. La necesidad de la mujer no es sólo para que el hombre tenga hijos para afrontar la

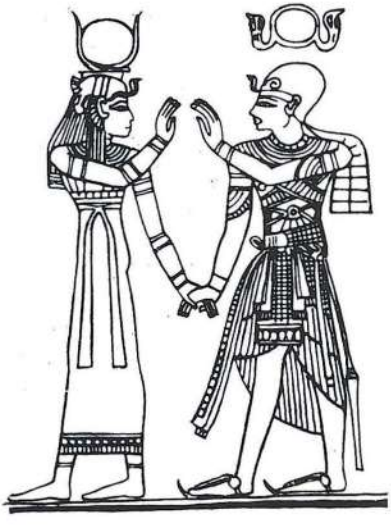
vida, sino para ser auténticamente hombre. La explicitación *macho y hembra* está ligada al acto creador, es connatural a la condición de creatura. La reciprocidad sexual (yo-tú) es un don de Dios, algo bueno y querido por El.

Es decir: el hombre, constitucionalmente, no es un ser solitario; sino que lleva ya en su género, en el hecho de ser varón o mujer, la referencia al otro. Nunca podrá entenderse al hombre verdaderamente en su integridad total, sin tener en cuenta esta apertura estructural hacia el otro que, precisamente por ser diferente, le posibilita la identificación consigo mismo. No se trata de la atracción del hombre hacia la mujer, o viceversa; se trata del individuo, que por ser varón se relaciona con la que es mujer en relación recíproca.

Dios es muy celoso de la sexualidad del hombre (de su integridad, de su ejercicio, del amor...) como lo es de la libertad y de la religiosidad humana. Y Dios ha dado el placer sexual como algo en sí mismo bueno y querido por El, siempre que no esclavice al hombre, ni lo haga pasar por encima de los derechos de los demás, y siempre que esté integrado en un conjunto de valores.

Conviene notar que el placer no hace que el ejercicio de la sexualidad sea ni bueno ni malo. El gusto o disgusto que se encuentra en hacer algo no hace que la cosa sea buena o mala. El ideal de la vida cristiana es encontrar mucho gusto en obrar el bien.

La sexualidad, como la vida, está dentro de un proceso de desarrollo, de búsqueda y de encuentro de uno mismo, y de los demás, y está encaminada a significar y a actualizar la entrega personal.



En los primeros capítulos del Génesis se nos presenta una pareja en la que el orden sexual, estaba vivido en una forma pacífica. Es significativo el versículo del capítulo II del Génesis:

Estaban ambos desnudos,
el hombre y la mujer,
sin avergonzarse de ello. (Gn 2, 25)

Pero a este capítulo sigue la narración de la tentación y la desobediencia que hemos llamado pecado original. Una de las primeras consecuencias fue que *se abrieron los ojos de ambos, y viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higueras y se hicieron unos cinturones.*
Gn 3, 7

El significado profundo de la sexualidad sería, según esto, aquella armonía por la que un hombre sería siempre tal en relación con la mujer, su semejante, y la mujer sería siempre tal en relación con su semejante, el hombre. Entre uno y otro no debería existir ninguna clase de instrumentalización ni desorientación de perspectiva, por lo que no habría malicia, ni vergüenza, ni temor, ni defensa. *Estaban ambos desnudos,* es decir eran tal como eran, como Dios los quería y los había hecho. Pero en la situación real e histórica que es una situación de pecado, es decir, viciada, caída o herida fundamentalmente, la vida sexual ya no constituye un patrimonio pacífico de los hombres.

Para la mentalidad hebrea el sentido más profundo y último de las cosas debe buscarse en su origen. Según esta concepción, el término original significa más exactamente fundamental o constitutivo.

El pecado ha afectado al hombre en lo más íntimo de su ser. El estar heridos desde el origen puede significar la necesidad de prevenirse uno frente al otro, para no ser objeto de un yo egoísta y que se niegue el tú como sujeto.

Las consecuencias del pecado original, que no vienen a describir tanto una especie de castigo o venganza de Dios, sino la situación histórica del hombre presente, parecen referirse a la situación en la que la armonía, el orden y la integridad descritas en los primeros capítulos del Génesis no son ya un estado de vida, sino un ideal, una conquista o adquisición personal. El sentido relacional de la sexualidad queda sometido ahora a esta ley, y lo que es en sí la naturaleza fundamental del hombre debe ser lograda con un empeño continuo de búsqueda fatigante. La realidad de la sexualidad debe ser creada entre los hombres y buscada entre impulsos instintivos que muy fácilmente se desorientan.

En la Biblia no hay que buscar normas absolutas con respecto al sexo. Unas instrucciones concretas condicionadas por un medio estructural específico, no pueden ser válidas para todos los tiempos. Aunque la Biblia sea un libro en que se habla al hombre de hoy, está hecho en un tiempo muy remoto. La Escritura no es un manual de ética, y la Biblia contiene una diversidad de afirmaciones sobre el sexo y algunas exigencias concretas que tienen carácter de modelos. En la Biblia el sexo es un aspecto de la vida humana, que no se desprecia, ni se alaba, porque no se considera como una realidad aislada; es un aspecto del hombre entero.

En la segunda narración de la creación del Génesis (Yahvista) se establece un nexo entre la sexualidad y la soledad del hombre: *No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda*
Gn 2, 18 *adecuada.* Quien está solo se halla indefenso y esa situación sólo puede resolverse mediante la compañía. La primera finalidad del sexo, como lo describe el Yahvista, es la reciprocidad, el pertenecerse el uno al otro. Cuando un varón se acerca a su mujer y los dos se convierten en una sola
Gn 2, 24 carne, sus relaciones expresan una misión más profunda que la simple yuxtaposición física. En la primera narración de la creación, la sacerdotal, que es más reciente, la sexualidad es un don de Dios ligada al mandato de ser fecundos y multiplicarse, es una responsabilidad de los hombres con respecto a la creación. Si los hombres y las mujeres comparten con Dios la actividad creadora y el dominio sobre la vida, aunque sea de Dios, están llamados también a compartir su providencia.

Dios quiere que el hombre actúe como hombre, es decir, de forma consciente, responsable y libre. Lo sagrado y trascendente de la sexualidad humana y la dignidad de sus fines exigen un mínimo de conocimientos, de conciencia, de responsabilidad y de libertad.

La sexualidad no está dada para la comunicación interpersonal exclusivamente; ni está dada para la satisfacción, felicidad o bienestar exclusivamente, tampoco está dada para la procreación exclusivamente.

Los fines de la sexualidad son múltiples. Y no todos deben pretenderse o alcanzarse necesaria-

mente en cada uno de sus actos. Los fines principales de la sexualidad son:

a) La **identidad del hombre** y su desarrollo como persona, en favor del mismo individuo, como hombre o mujer.

b) Su **realización como persona**; con todas las formas de ver, pensar y actuar relacionándose con los demás como hombre o mujer.

c) Su **comunicación interpersonal**

Su relación y encuentro recíproco del tú y yo como relación de conocimiento, amor y entrega en la libertad.

d) La **procreación**

En favor de un tercero que es fruto del amor recíproco y que lo actualiza, lo compromete, lo estabiliza, lo bendice y santifica más.

Los fines de la sexualidad los podríamos reducir a cuatro principales:

A) **La identidad**

Cronológicamente la función más importante de la sexualidad es la propia identidad y desarrollo de la persona; y por lo tanto quien sufre más las anomalías y los desórdenes en este campo es la persona misma.

Los problemas de tipo funcional o desarrollo físico corresponden a un buen médico; la responsabilidad de la educación y la pedagogía corresponden a los padres, maestros y asesores; y de alguna manera, no poco importante, al medio ambiente. Normalmente la responsabilidad del éxito corresponde primordialmente al individuo. Antes que nadie, cada quien es responsable de su

propio desarrollo y madurez. En este campo, como en otros muchos, la persona debe ser ayudada pero no obligada. A la madurez sexual se llega por una serie de decisiones, y no por coacción.

B) **Realización:**

Los hombres y las mujeres se sienten más seguros, más realizados, más felices, menos egoístas, cuando manejan sanamente su propia sexualidad y esto lo experimentan aún antes del matrimonio, como solteros; en el matrimonio; como casados y padres de familia, y fuera del matrimonio en las relaciones humanas y de trabajo, y en la vida célibe. La madurez sexual, en cualquier estado de vida, además de ser un ideal personal es una necesidad social. Todos salimos ganando cuando una persona es madura sexualmente y, de alguna manera, todos salimos perdiendo cuando es una persona inmadura.

C) **Comunicación interpersonal:**

El hombre y la mujer tienen la tendencia original, natural, y el mandato divino de encontrarse el uno al otro a nivel sexual. Lo que implica un sentimiento hondo -natural- que debe satisfacerse para que los esposos obtengan la recompensa de una vida armónica y de un diálogo profundo.

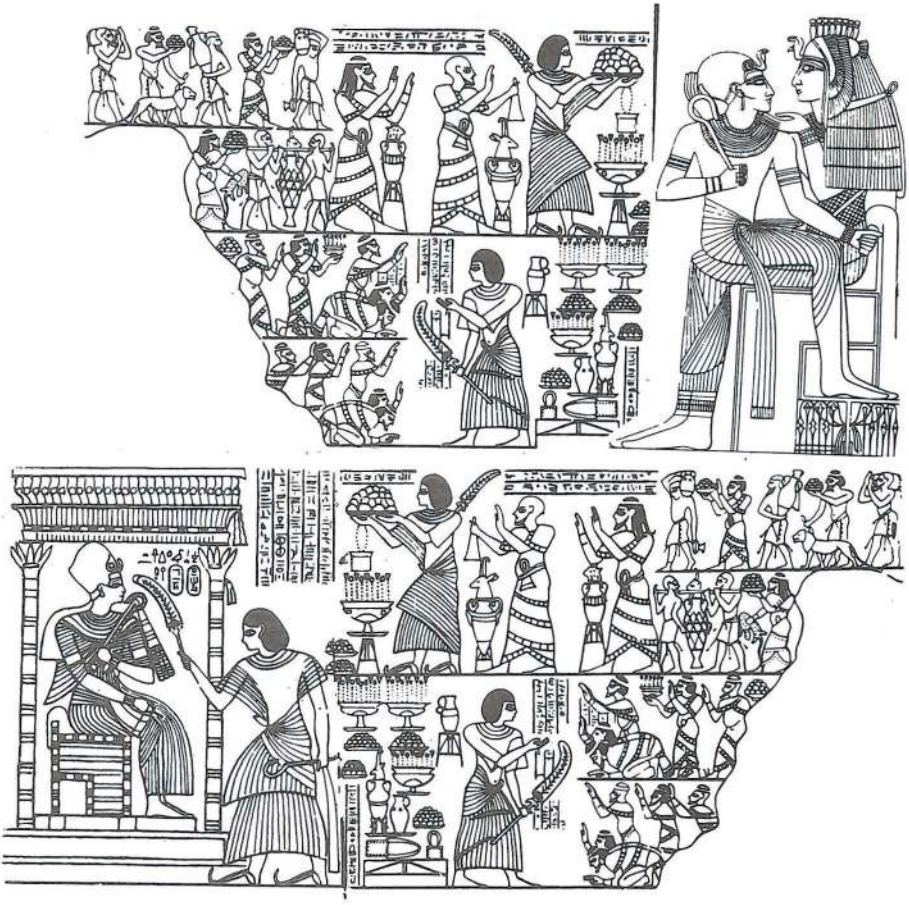
La comunión marital supone la comunión de vida, de responsabilidades recíprocas; de tal manera que mientras éstas sean mayores el fruto será mejor. La comunicación de vida exige también una forma de pensar, amar y actuar, compartida y cordial.

La capacidad de los padres para gozar del coronamiento de sus relaciones tiene mucha importancia para todo el grupo familiar, para el trabajo

que desempeñan y para todas aquellas personas con quienes tratan.

D) La Procreación:

Los hijos son la cumbre de una relación matrimonial madura. Se deben tener cuando se hayan superado las pequeñas dificultades y los primeros encuentros, es decir cuando se viva ya en una actitud suficientemente estable de conciencia, libertad y responsabilidad, en una palabra cuando se haya alcanzado un cierto grado de madurez humana, la que exige la paternidad responsable.



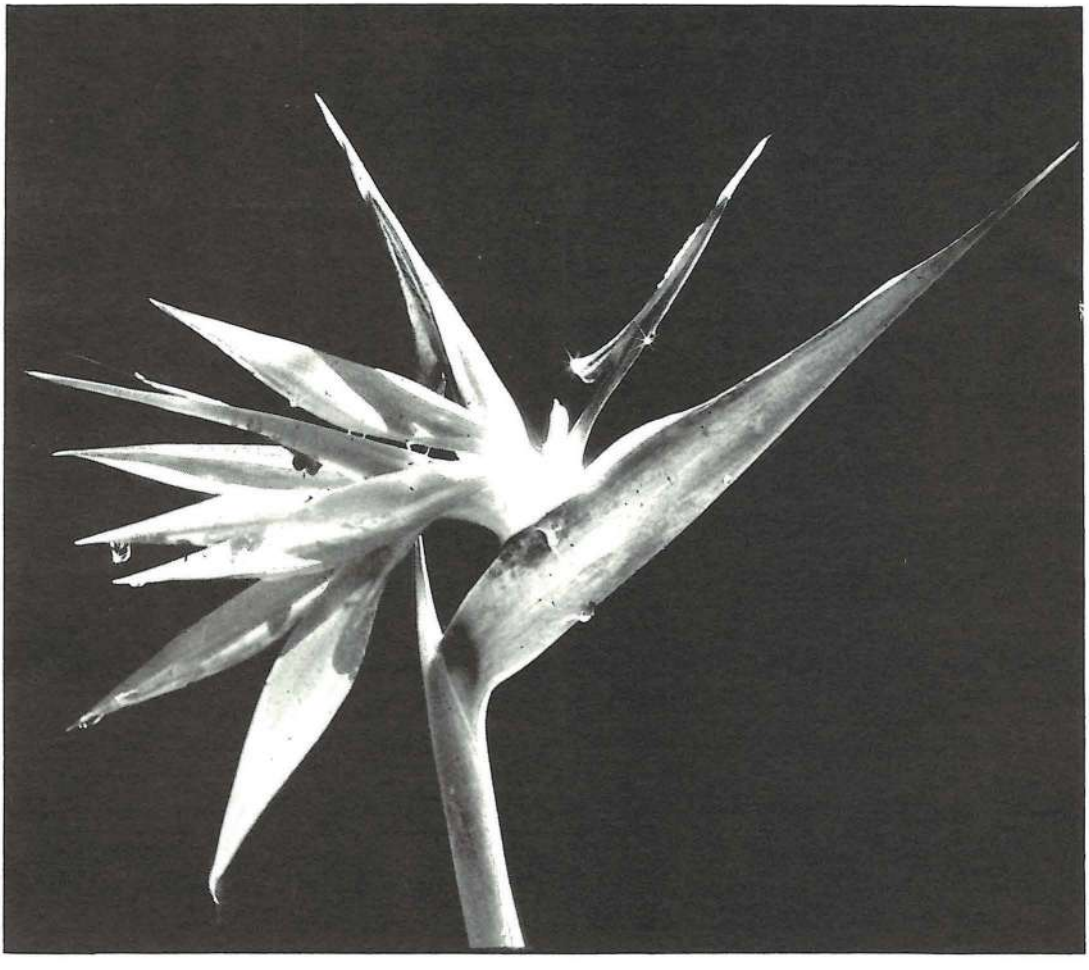
Traer hijos al mundo es un acontecimiento común con todos los seres vivos, y todos los animales lo hacen siempre que pueden; pero responsabilizarse de ellos a nivel tan alto es prerrogativa exclusiva del hombre. Entre todos los seres vivos el hombre es el que más necesita de sus padres. El niño necesita de sus padres hasta que llega a ser adulto, y no es raro que esa necesidad perdure: por eso todo lo que mantiene unidos a los padres es una protección para él y un bienestar para las familias de los esposos.

La paternidad y maternidad exige responsabilidad personal y responsabilidad compartida. Tener un hijo no debe ser un accidente, requiere un alto grado de madurez en uno y otro; una adaptación estable capaz de ofrecer al hijo la presencia y el apoyo de los padres.

Tener un hijo no debe ser una forma de solucionar problemas matrimoniales, ni una manera de retenerse el uno al otro; un hijo, aunque puede remediar problemas, nunca debe ser considerado como una medicina.

La vida humana precisamente por ser humana necesita no solamente brotar naturalmente, sino necesita una dirección y sentido, necesita atención y cuidado, necesita ser defendida como algo tremendamente valioso. El valor de la vida no está solamente en el fenómeno genético sino, además, en el contexto humano, en los valores que se dan y se trasmiten. Es claro que para muchas personas valen más los motivos por los que se vive que la vida misma. Esos motivos son los que hacen héroes a los héroes. Cuando se da la vida se debe dar, también, un horizonte, una dirección, un medio vital.

La civilización, la cultura, la Iglesia y la especie humana se conservan normalmente a través de la familia. Es necesario que las personas dotadas de salud, carácter, y valores humanos se reproduzcan y trasmitan su herencia, su ambiente, y los valores que le dan sentido a la vida y a la muerte. Este es un deber y un privilegio del hombre humanamente completo y no precisamente del hombre en cuanto sexuado.



2 Momentos significativos de la vida humana

Fecundación

Conoció el hombre a Eva, su mujer,
la cual concibió
y dio a luz a Caín,
y dijo: he adquirido un varón con la ayuda de
Yahvéh. (Gn 4, 1)

En la mentalidad hebrea conocer no es observar y saber, es, principalmente, encontrar, experimentar, participar. Así el hombre conoce, experimentando y viviendo, el sufrimiento, la falta de hijos, el poder y el amor de Dios y sus exigencias, y también a su mujer y ésta a su marido.

Is. 53,5; Jr. 22, 15s. Is. 48,7; Jr. 16,21

Conocer en el Antiguo Testamento es verse comprometido en una historia y consentir en ese compromiso. Está en juego no sólo la mente sino el hombre entero. Lo contrario del conocimiento es la desobediencia, la rebeldía, la autonomía, el negar la realidad, que es el fundamento de la verdad, y el negarse a sí mismo. Desconocer significa: negarse a tener que ver con alguien.

El conocimiento bíblico implica el amor, y se llega al conocimiento profundo y pleno cuando se llega al amor pleno y profundo. *Sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible para los ojos. Lo esencial es invisible para los ojos repitió el principio para no olvidarlo.*

Saint Exupery, *El Principito,* Cap. XXI

Adán conoció a Eva, y Eva quedó encinta. En la mentalidad hebrea la función de la mujer es muy pasiva debido a lo elemental de la biología. El influjo de la mujer quedaba reducido prácticamente a ofrecer un lugar propicio al semen viril: pero aun así, es el lugar donde Dios hace su obra, un paraíso; allí aparecerá un hombre nuevo y único.

Cfr. Lc. 11,27

Como no sabes cómo viene el espíritu a los
huesos, en el vientre de la mujer encinta,
así tampoco sabes la obra de Dios que todo lo hace.
(Qo 11,5)

Es el favor de Dios el que hace que la mujer conciba. Y el nuevo ser es el fruto de la acción del hombre, la mujer y Dios. Al primer hombre lo modeló Dios de tierra; a la primera mujer de la costilla del hombre, y a los demás de lo más delicado de las entrañas y del corazón de ambos.

Gn 2,7 y 22

Tan importante es la acción de Dios en el primer hombre, como en todos sus descendientes. Toda fecundación es una creación.

Dice la madre de los macabeos a sus hijos:

Yo no sé cómo aparecieron en mis entrañas,
ni fui yo quien les regaló el espíritu y la vida,
ni tampoco organicé yo los elementos de cada uno.

Pues el creador del mundo,
el que modeló al hombre en su nacimiento,
y proyectó el origen de todas las cosas,
les devolverá el espíritu y la vida con misericordia.

(2 M 7, 22-23)

El hombre es una maravilla y lo empieza a ser desde el momento de su fecundación. Es el fruto del amor, del que debe encerrar la relación de sus progenitores, y principalmente, del amor de Dios.

Conviene advertir, para una mayor exactitud, que la acción de Dios no es un factor que se suma a la de los progenitores. Se trata de un nivel de relación superior. Por distintos conceptos el nuevo ser depende total y absolutamente del padre (todo él es hijo del padre) y en el mismo nivel de la madre, (todo él es hijo de la madre), y en un nivel tan personal como los anteriores y todavía más profundo, el nuevo ser depende de Dios.

Podemos decir que donde el amor humano falta para el nuevo ser, el amor de Dios se desborda.

El hombre es una maravilla absolutamente única. De tu padre brotaron más de 400 millones de espermatozoides movidos por un dinamismo que han recibido para alcanzar una finalidad. Cualquiera hubiera podido ser un hermano, tan parecido a ti como un gemelo, pero no tú. Sólo tú perseveraste hasta encontrarte con la mitad de ti mismo, que procedía de tu madre. En ese encuentro de ti, contigo, empezó tu vida.

La previsión, la predilección, la preelección y la providencia de Dios se concretizó para ti en signos vitales. La naturaleza con su dinamismo no queda relegada, sino por el contrario; viene a ser la expresión más noble del cuidado de Dios por el hombre, que es el vértice de la pirámide formada por la naturaleza. Tu corazón empezó a latir más de 20 millones de veces antes de nacer. Había más células en ese pequeño cerebro que todavía no era capaz de pensar que las personas que habitan

el mundo entero; y cada una de esas células desempeñaban una función precisa. Son millones y millones las células que empiezan a vivir organizadamente y gobernadas por un único y personalísimo principio vital, que eres tú. La vida que entonces comenzó fue la semilla, o la prenda, de una vida eterna. La vida es algo que procede directamente de Dios y de los padres. Cuando Dios te dio la vida, te la dio de verdad y para siempre.

La concepción virginal de Cristo pone de relieve la especial intervención de Dios. El mensaje es primordialmente sobre la condición de Jesús y su relación única como Hijo de Dios, y, en segundo término, sobre María. Dios intervino también milagrosamente, aunque de forma distinta, en la concepción de Juan el Bautista, de Isaac, de Samuel, de Sansón. La concepción de todo hombre, aunque no sea de forma milagrosa, es un hecho vinculado a Dios, por ser el principio de la vida.

Lc 1, 35s

Lc 1, 7; Gn 18, 13; 1S 1, 2;2, 5; Jc 13, 2-5

Haber sido concebido significa un milagro natural: Dios ha hecho posible que se verifiquen una incalculable serie de condiciones de posibilidad: todas y cada una de las necesarias para llegar hasta ti.

Con estas reflexiones pretendemos no tanto descubrir el secreto de la naturaleza, sino el de Dios que encierra la naturaleza. Tratamos no de dar datos biológicos, sino de hacer una metabiología, es decir, descubrir lo que está detrás de esos datos.

Haber sido concebido significa que Dios no se ha cansado de ser bueno para los hombres, y que quiere seguirlo siendo, no sólo en la historia ge-

neral, sino en tu historia particular. Significa que el amor de Dios es eterno y que se extiende de padres a hijos. Con cada hombre Dios se sienten tocado en lo que tiene de más personal: su Paternidad.

Gestación

Que un hombre se esté gestando significa que Dios quiere dar a luz un nuevo testimonio de su solicitud, su presencia y su amor. Es un tiempo de preparación: lo que se prepara es un hombre. Es un tiempo de espera y lo que se está esperando es un nuevo ser. Cuando la mujer está esperando, al esposo sólo le queda esperar también. El embarazo de su mujer exige de los dos una actitud de esperanza. Dice el Génesis que todo cuanto Dios hizo, principalmente el hombre, estaba muy bien. La gestación para los padres es un tiempo de confianza, de alegría y de esperanza. Y para cada uno de los que hemos nacido, un testimonio, el de nuestra propia vida, de que el Señor se ha portado estupendamente con nosotros.

Gn 1, 31

Sal 125, 3

La imagen de la mujer tejiendo con sus manos es típica de la que está esperando. Toda su ilusión, su alegría y su confianza la refleja en la prenda tejida con un hilo y sin costura. Esta es la imagen que la Escritura utiliza con frecuencia para hablarnos de la actividad de Dios y de su cariño por

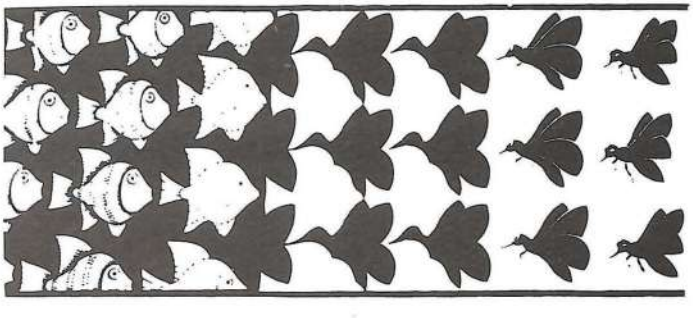
lo que hace en las entrañas de la mujer preñada. El Salmo 139 dice:

Porque tú (Yahvéh) mis entrañas has formado,
me has tejido en el vientre de mi madre;
te doy gracias Yahvéh por tus grandes maravillas,
prodigio soy yo, y prodigios son tus obras.
Mis huesos no se te ocultaban
cuando yo era hecho en lo secreto,
y tejido en las profundidades de la tierra.
Tus ojos vieron mi figura primera...(Sal 139, 13s)

Y el Salmo 71, 5-6, dice:

Tú eres mi esperanza, Señor,
y mi confianza desde mi juventud,
en ti tengo mi apoyo desde el seno materno,
tú eres mi herencia, desde las entrañas de mí madre.

Lo que surge en lo secreto es la obra de Dios; por eso sólo el que forma al hombre ocultamente lo conoce en su totalidad y desde el principio. Sus ojos ven el embrión y su solicitud es, por decirlo así, proporcional al tamaño del hombre. Llama la atención la alusión a las profundidades de la tierra en las que el cuerpo que iba surgiendo fue tejido. La idea de que el hombre brota de la tierra, como Adán, y como un grano, se relaciona con las entrañas de la tierra y el vientre materno: *Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo vuelvo allí a la tierra.* Jb 1, 21 Si 40,1

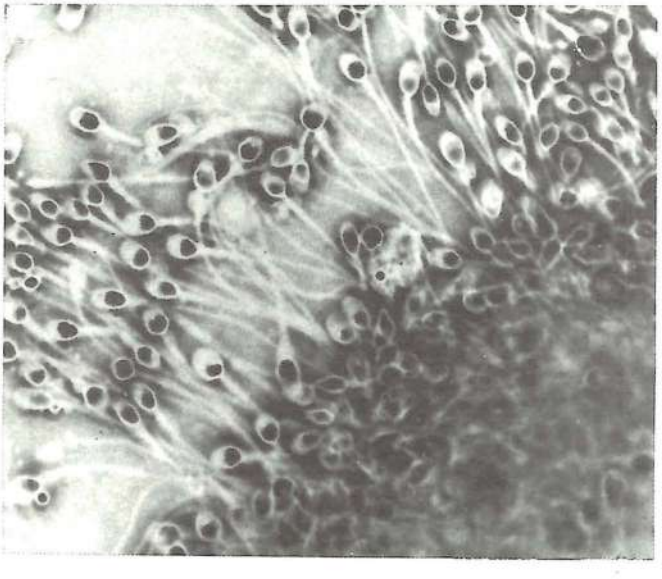


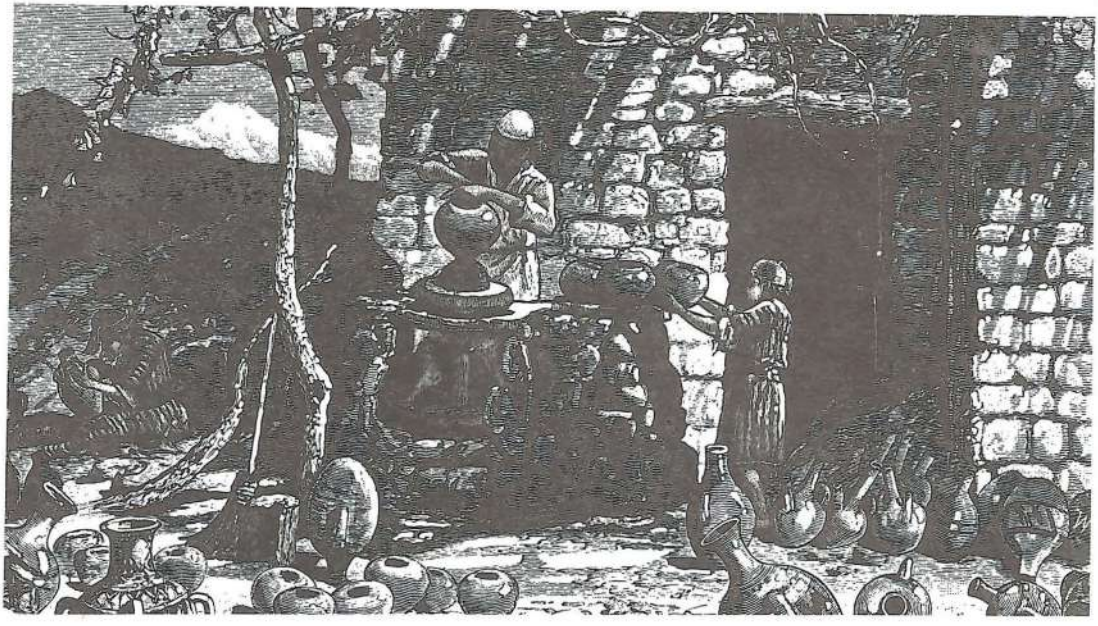
Cuando Dios hizo al hombre de barro, estaba pensando que en lo sucesivo lo seguiría haciendo en el vientre de la madre.

Así dice Yahavéh, tu redentor,
el que te formó desde el seno materno.
Yo, Yahavéh lo he hecho todo,
yo solo extendí los cielos
y cimenté la tierra sin ayuda alguna. (Is 44,24)

La imagen del alfarero sirve también para pensar en el hombre como una obra que procede de las manos de Dios, y de la tierra. Job dice a Dios;

Recuerda que me hiciste como se amasa el barro.
¿No fuiste tú el que me vertiste como leche,
y me cuajaste como cuajada?
De piel y de carne me vestiste,
y me entretejiste de huesos y de nervios.
Luego, con la vida me agraciaste,
Cfr Jn 18,2 *y tu solicitud cuidó mi aliento.* (Jb 10, 9-12)





Isaías dice:

Pues bien, Yahavéh, tú eres nuestro Padre,
nosotros la arcilla, y tú nuestro alfarero,
la hechura de tus manos todos nosotros.

(Is 64,7)

Esto para decir, a través de imágenes, que Dios está presente y activo, con los padres y en los padres, en la obra maravillosa de procrear, entretejiendo con uno y otro un nuevo hijo. El tiempo de espera es tiempo de confianza y tiempo de unión vital con El.

Ante todo esto un biólogo naturalista diría que no hay por qué admirarse. Gestar es el proceso natural. Es lo que hay que esperar después de una concepción fecunda. Y es eso precisamente lo que hay que admirar. Dios y la naturaleza no son elementos que se excluyen o se oponen. A Dios hay que encontrarlo, admirarlo y venerarlo en la naturaleza. Si es maravilloso que salga el sol, o que brote una flor, mucho más maravilloso es que nazca un hombre. Mt 6, 26s

Antes que la Escritura es la naturaleza el lugar en que Dios se manifiesta. La palabra de Dios es un don suyo para vivir más a fondo nuestra propia vida. Ese es el campo en que lo debemos encontrar; podríamos decir, es más importante encontrarlo en la naturaleza que en lo sobrenatural, lo milagroso, o lo sacramental.

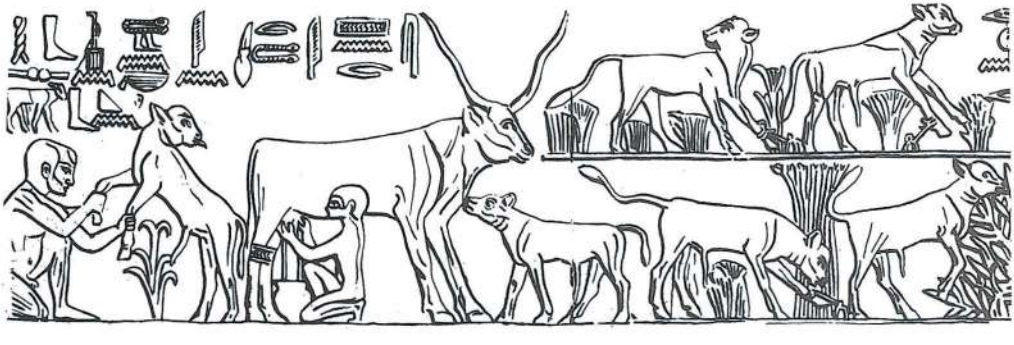
Las ciencias naturales tienen por objeto descubrir y no inventar lo que Dios hace desde el principio.

El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob es el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, y Padre Nuestro; el Dios de la historia de la salvación es el Dios de mi propia historia. Y el Dios de las personas y de la historia es el Dios de la naturaleza, y la forma de escucharlo es abriendo los ojos y el corazón. El mundo, la naturaleza, es una ventana o una escalera, no unan tapia.

Si 38, 6

El Señor dio a los hombres la ciencia para mostrarse glorioso en sus maravillas, -dice la Escritura-.

Comentaba San Agustín que los milagros venían a poner de relieve lo que Dios, por Jesucristo y a través de Jesucristo, hace desde el principio.



Nacimiento

El milagro de Jesucristo por el que convirtió el agua en vino no es ninguna maravilla para quienes saben lo que El hace continuamente. El que hizo el vino en las ánforas de Caná, es el mismo que todos los años lo hace en las vides. Esto no nos admira, porque sucede todos los años y por la frecuencia ha dejado de ser admirable; y sin embargo, es más digno de reflexión que cualquier milagro. La potencia de un grano de semillas es cosa de tanta grandeza, que asombra a los ángeles. Pero los hombres, distraídos con tantas cosas, no consideran las maravillas de Dios. El quiso hacer milagros para que los hombres despertaran y lo reconocieran en la naturaleza.

¡Resucita un muerto, y el hombre se admira!
¡Nacen miles todos los días, y nadie se extraña!

Y sin embargo, es mayor milagro que comience a vivir alguien que no existía, que volverle la vida a quien ya vivía.

Nuestra pregunta no es sobre la existencia de Dios, sino sobre la nuestra. ¿Qué significa que yo exista? ¿Qué significa haber nacido? ¿Qué significa que nazca un hombre?

Antes que explicar el misterio de nuestra existencia tenemos que justificar el misterio de nuestra presencia. ¿Por qué estoy aquí y ahora, y para qué?

Y recordar la acción y la presencia de Dios en la propia vida, es mucho más importante que reconocer su existencia.

Sabemos muchas cosas y manejamos mucho las leyes de la naturaleza; sabemos que vivimos, y sabemos vivir bien; pero no sabemos por qué vivimos, ni para qué vivimos, ni para quién vivimos.

Recibimos la vida como un don, pero olvidamos dar las gracias. Debemos algo por el hecho de haber respirado por primera vez, por el hecho de sentir y de vivir; por el calor, la luz y el amor; y por nuestro propio éxito: el de haber nacido. Pero ¿qué debemos y a quién se lo debemos?.

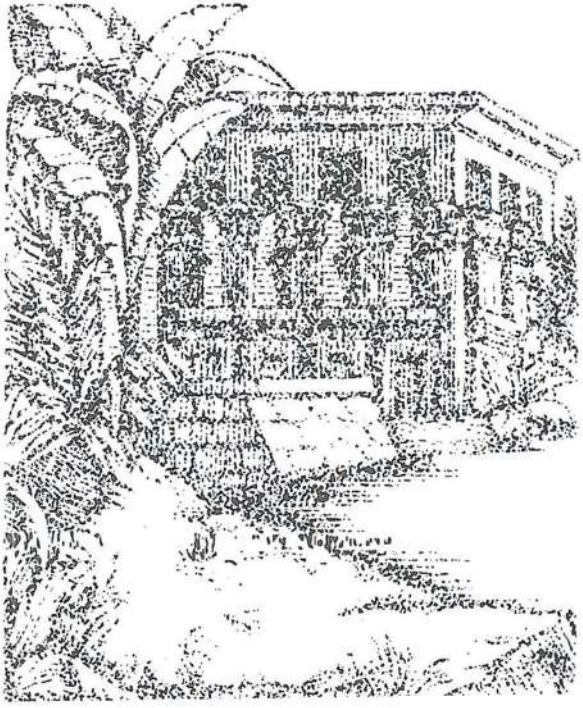
La vida se nos va en adquirir información sobre ella, pero nos falta inspiración. Tenemos aparatos

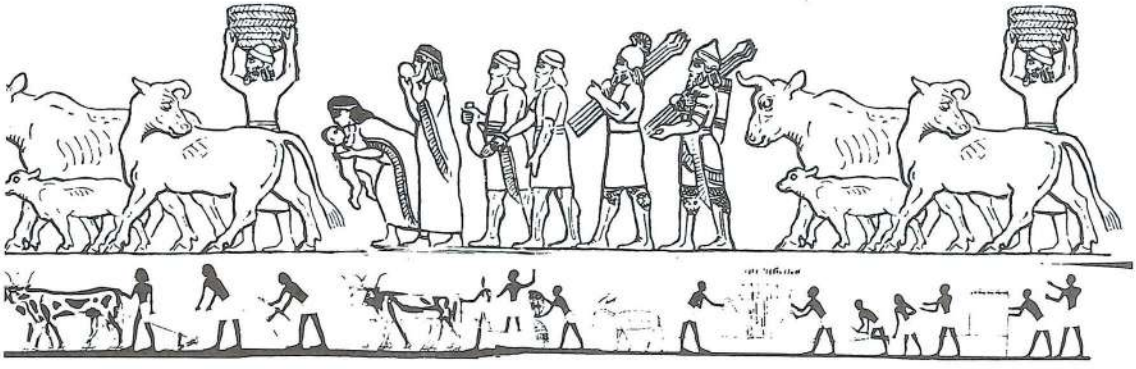
para medir en fracciones de decibeles el último de los ruidos, pero nos falta la música.

No faltan valores, lo que faltan son hombres que los descubran y los vivan. El mundo entero es un concierto donde el hombre es el solista; sólo que ha olvidado la melodía.

Nacer es mucho más dinámico y existencial que ser hombre. Nacer significa empezar a vivir: tener tiempo. La vida es el tiempo que se nos ha dado. Haber nacido significa que ese tiempo ha comenzado.

El hombre, nacido de mujer,
corto de días y harto de tormentos.
Como la flor, brota y se marchita
y huye como la sombra sin pararse
se deshace como leño carcomido
cual vestido que roe la polilla. (Jb 14, 1s)





Para el hombre bíblico haber nacido es un don de Dios y esta vida es ya un encuentro con El. A
Cfr. Jb 10,12 Dios le debe el hombre haber nacido.

No puede comprenderse el hombre a sí mismo, si no es consciente de que se debe a un acontecimiento del que no se le consultó. Su presencia, su vida, su existencia se debe a la voluntad amorosa de Dios que, en último término, es el responsable de la presencia del hombre. Nacer significa ser puesto en un camino para un encuentro, y muchos riesgos.

El hombre religioso sabe que su vivir tiene un sentido y significado cúltico. Sabe que vive para alguien; que en último término ese Alguien es el Señor; *si vivimos, vivimos para el Señor*, pero en
Rm 14, 8 términos más inmediatos, se vive para los demás. Es precisamente viviendo para los demás como el hombre vive para Dios. Y para poder vivir para los demás, tiene que vivir para sí mismo. Su instinto de conservación no lo ha de impulsar al egoísmo, sino a poseerse para darse.

La vida se nos ha dado para que la administremos y no para despilfarrarla. Aun aquello que creemos que más nos pertenece, que es la propia

vida, y por la que estaríamos dispuestos a darlo todo, sabemos que no es nuestro. Que en el fondo somos más depositarios y testigos que dueños, y que la vida la transmitimos y la custodiamos, pero no la damos; que lo más propio del hombre es que no se pertenece; y lo más personal encierra el sentido de lo ajeno.

El hombre que acepta su vida, y el hecho de vivir, como un don de Dios y como una referencia a El, como una participación de la vida de Dios, acepta y vive el sentido fundamental del culto de la vida. Lo más sagrado del hombre es su vida. Y la vida es sagrada, porque le pertenece a Dios.

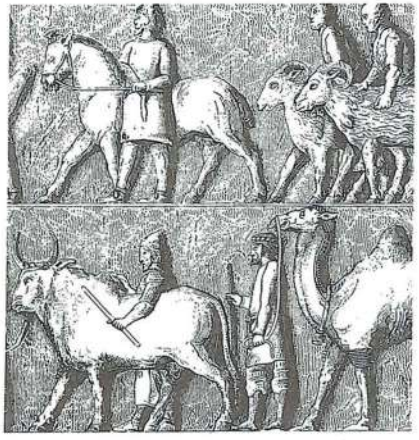
Lo que vincula al hombre con Dios no es tanto el ser, sino la vida. El Dios de la Biblia es un Dios vivo; la vida es el vínculo más fuerte del hombre con Dios.

Al nacer se le da al hombre una cierta libertad e identidad personal; se es alguien para alguien. Nacer significa empezar a vivir la propia vida. El hombre viene a este mundo, a los suyos, y debe ser recibido como en su casa. El hombre se encuentra en afinidad con Dios y con Jesucristo, no sólo por ser hombre o creatura, sino por existir y por el modo de empezar a existir. La presencia del nuevo ser será siempre una alusión a sus padres y a Dios. Vivir y significar son términos correlativos.

Al nacer Jesús de Nazaret no sólo ha compartido nuestra forma de existir, empezando a vivir desde el principio, sino que empieza a existir en el mundo como distinto del Padre y de los demás, y de frente al Padre y a los demás.

Ni Dios ni los demás deben ser para el hombre que comienza a existir una realidad amenazante. Más que los propios padres, Dios es el primer interesado en la vida del hombre.

Desarrollo



La concepción bíblica del tiempo, de la historia y de la vocación, sugiere, desde el principio, la idea de un plan progresivo para el hombre, de una maduración, de un desarrollo y de una transformación. El hombre no está hecho desde el principio, sino por hacerse.

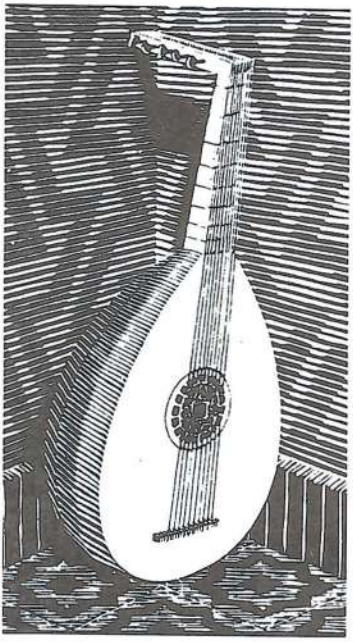
En la Encíclica Populorum Progresio dice Pablo VI: *En los designios de Dios cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento ha sido dado a todos, como un germen, un conjunto de actitudes y cualidades para hacerlas fructificar: su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado, y a veces estorbado, por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso. Solamente por el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más.*

Pablo VI, Pop. Prog. n. 15

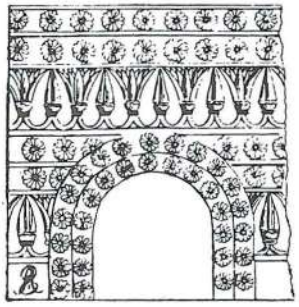
El hombre ha sido hecho no como un ser perfecto o terminado; ha sido creado como un ser capaz de colaborar con Dios en su obra creadora. Dios lo ha hecho capaz de hacerse a sí mismo. También en este sentido podemos pensar en el hombre hecho a imagen y semejanza del Creador. Pensar que el hombre no puede hacerse a sí mismo, porque sólo Dios es creador, es no tener en cuenta que El ha querido hacernos colaboradores de su obra no sólo hacia afuera, sino principalmente hacia adentro.

Crf. I Co 3,9; Fp 2, 13; 4, 13; Ef 3, 20; Col 1, 19;I Co 12, 6

Pensamos en el hombre como único colaborador consciente y responsable de Dios que, aunque en nivel diferente, contribuye en la acción de Dios haciendo al mundo con sus manos, ideando su futuro, reflexionando en su historia, y, principalmente, modelándose a sí mismo. Todo esto depende realmente del hombre, y en nada impide ni desvirtúa la acción de Dios. Pensamos en el hombre como en el ser responsable no sólo de lo que hace, ni de lo que tiene, sino ante todo, de lo que él es y de lo que hace consigo mismo.



Sus acciones lo afectan en lo más hondo, le dan el éxito o el fracaso, lo realizan o lo aniquilan. Lo que hace es muy importante para lo que llegue a ser. ¿Qué harías tú si te encontraras con un muchacho de 20 años que se llamara Juan Sebastián Bach y que ya no quisiera estudiar música? Le dirías: tienes todo lo necesario para ser grande, eres juan sebastián bach, actúa como Juan Sebastián Bach y llegarás a ser JUAN SEBASTIAN BACH. Solamente te queda aceptar la responsabilidad de ser el hombre más grande de la música. Juan sebastián bach no era Juan Sebastián Bach



antes de muchas horas de preludios, sonatas y fugas.

Dios ha creado al mundo, y sin embargo, el mundo continúa haciéndose, inventándose, descubriéndose, pasando de la inconsciencia a la consciencia. El hombre es hacedor de su vida y de su destino; es temporal y no está acabado ni resuelto, debe inventar su destino; tiene que descubrir su camino propio y personal. La conquista del hombre no es sólo pasiva o receptiva, sino activa, en cuanto el hombre se construye a sí mismo encontrando su vocación y dando su consentimiento.

El más maravilloso encuentro del hombre es el encontrarse consigo mismo. Su más grande descubrimiento es descubrir su propia vocación. La más heroica fidelidad es la de ser fiel a sí mismo.

El quehacer humano coexiste con la acción divina, ésta sostiene a la del hombre, le da origen y la impulsa hacia su plenitud. La acción divina se da en la acción humana. *En El vivimos, nos move-*
Hch 17, 28 *mos y existimos,* e inversamente también, El vive en nuestro vivir, actúa en nuestras acciones y se hace presente en nuestra existencia. La acción de Dios actúa en la acción del hombre respetándolo y haciéndolo plenamente libre, *pues es Dios el que obra en nosotros el querer y el poder* (y el llevar a término). La fuerza de Dios actúa en la acción
Flp 2, 13; 4, 13 humana: *Todo lo puedo en Aquél que me hace poder.* La acción del hombre no es ajena a la acción de Dios, en cierto sentido se identifican, sólo que proceden de dos niveles distintos e irreductibles, pero comprometidos en la misma obra.

Lo más estupendo de lo que hizo Jesucristo no es tanto lo que hizo con los demás, sino lo que hizo

consigo mismo; no es tanto su acción en las cosas, es más importante, quizá, su acción en sí mismo. Si el hombre es el que tiene la capacidad de hacerse, nadie ha dependido tanto de sí mismo, nadie ha sido tan responsable de sí mismo, nadie se ha logrado tan plenamente como Jesucristo. Lo más grande que Jesucristo ha hecho es lo que hizo consigo mismo y de sí mismo.

El más importante suceso del hombre al empezar a vivir es crecer.

Infancia

El hombre, como niño, es inacabado; va encontrándose a sí mismo. Poco a poco va aprendiendo a autodeterminarse y a ser libre. Ser libre significa realizar un acto por propia motivación. Autodeterminarse significa encontrar e identificarse con la motivación de los propios actos. El niño poco a poco va asumiendo libremente lo que debe llegar a ser.

Un niño debe aprender a caminar, a hablar, a comer, a bastarse a sí mismo, a tratar a los demás y a tener amigos. Gradualmente se va encontrando el hombre con el misterio de sí mismo, al encontrarse con el misterio de los demás y por este camino llega a encontrarse con el misterio de Dios. Es precisamente lo más humano y la vida ordinaria lo que lo hace encontrar a Dios como un Padre y a los demás como sus hermanos.

El niño depende de los demás no sólo en la satisfacción de sus necesidades materiales, sino sobre todo, y más profundamente, en el plano de su ser personal y de los valores espirituales. Descubriendo a los demás, descubre su propia existencia y su valor único. Aprender a darse, y al darse se revela a sí mismo y para sí mismo. Aceptando a los demás y entregándose a ellos empieza a vivir el sentido de su vida y se va haciendo persona psicológicamente.

Al aumentar sus conocimientos, su libertad y su amor, el niño se va haciendo hombre. Aprende a ser libre eligiendo solamente el bien, porque sólo la elección del bien hace libre al hombre. La elección del mal es una posibilidad de la libertad que no la perfecciona ni la realiza, sino que la pervierte y la destruye. El hombre que usa mal de su libertad acaba por ser esclavo de su propio desorden.

Un niño aprende a ser consciente, a estar presente para sí mismo, a conocerse mejor. Al preguntar quiénes son los demás se hace implícitamente una pregunta sobre quién es él. Al preguntar cuánto valen las personas se hace una pregunta sobre su propio valer.

Poco a poco el hombre se va ubicando, va aprendiendo a tomar su lugar ante los hombres y ante el universo. Poco a poco aprende que la historia no la hace él, y que, sin embargo, le está confiada una parte de la historia. Sabe que la realidad la debe aceptar. Y que se es hombre en la medida en que se acepta la historia y se compromete con ella, y se quiere transformar.

El niño va aprendiendo a dominar sus pasiones. El aprendizaje no supone el error, supone el progreso, se da el error como una expresión de nuestra limitación. El hombre se conquista dolorosamente a través de muchos errores, pero esos errores no son necesarios, aunque sean frecuentes, vienen a ser como un paso atrás en la conquista de sí mismo.

El niño aprende a recibir a los demás, a comunicarse, y a recibir la comunicación de los otros en la intimidad y en la confianza. Se enriquece con la riqueza de los demás, pero sin despojarlos. Viendo lo que son los otros y aceptándolo se conoce a sí mismo y se acepta para los demás. Sirviendo a los demás comprende que puede ser posible servir a Dios. Y el servicio a Dios llega a ser la dimensión más honda del auténtico servicio a los demás.

Poco a poco el niño va aprendiendo que este mundo no es como debe ser, ni los demás son como deben ser; él mismo no es como debe ser. Todo esto lo debe llevar a aceptar las limitaciones de los demás aceptando las suyas propias. Todo niño tiene que ir aprendiendo, dolorosamente, a sufrir a los demás. Es necesario entender a los otros, es necesario ser leal y sincero, es necesario tener la capacidad de admirarse ante los valores de los demás. El niño que hace esto está aprendiendo a ser hombre. Está aprendiendo a no detenerse en lo fenomenológico, sino a mirar al corazón.

La realidad de las cosas y el valor de las personas se capta con el corazón. Hay distintas formas de aproximarse a la realidad: quien se acerque a la Pietá de Miguel Angel y calcule su peso como un

bloque de mármol blanco, o haga un análisis de sus componentes o una medición de los volúmenes, no ha llegado en el fondo, a lo que es la Pietá: más que un pedazo de mármol pesado es una obra de arte. Su más auténtica realidad es ser una obra de arte. Aunque por otra parte, no hay nada de ese arte que no esté esculpido en el mármol.

Un niño va aprendiendo que en todo hay algo de belleza, de bondad y de verdad, pero necesita aprender a no distraerse, sino a concentrarse, porque el sólo ver las cosas le quita la posibilidad de valorarlas y amarlas.

El niño va aprendiendo, en el seno de la familia que el amor se muestra y se actualiza en la unidad. Allí sabe que la unión no es confusión, sino coordinación de personas que se relacionan respetándose. Va aprendiendo a comunicarse con los demás a través de signos y por ellos se hace presente. Los signos, por el hecho de referirse a lo significado, y de no revelarnos totalmente el contenido, pueden ser traicionados. Va aprendiendo a interpretar sus propios signos y los de los demás.

Llegar a ser hombre es para el niño toda una conquista.

Jesús quiso llegar a ser hombre empezando como niño. El encontró en la infancia valores que deben perdurar en la vida de los hombres. Aprendió a llamar a Yahvéh su *Abba*: papá, y quiso que la vida cristiana fuera exactamente la de un hijo, y la convivencia entre los hombres, la de hermanos. De la vida de los hombres sacó el mensaje más profundo para hablarnos de Dios. Y habló de un Dios que se interesa por la vida de todos y que

Cfr. Lc 2, 39s; Mt 2, 13s; 7, 7s; 6, 25-34; Lc 11, 2-4

hace a cada hombre más auténtico de cara al Padre, a los demás y así mismo.

La infancia es un tema muy grato a la Escritura para hablarnos del crecimiento, y de la relación con Dios, tanto del hombre como del pueblo elegido.

¿Es un hijo tan querido para mí Efraín,
o un niño tan mimado,
que tras haberme dado tanto qué hablar,
tenga que recordarlo todavía?
Pues en efecto, se han conmovido mis entrañas
por él;
la ternura hacia él no ha de faltarme,
-oráculo de Yahvéh.- (Jr 31,20)

¿Acaso una mujer olvida a su niño de pecho,
sin compadecerse del hijo de sus entrañas?
Pues aunque ella llegara a olvidarlo,
yo no te puedo olvidar. (Is 49,15)

Como un padre siente ternura por sus hijos
así siente Yahvéh ternura para sus fieles
que El sabe de qué estamos hechos
y se acuerda que somos barro. (Sal 103,13-14)

NOTAS SOBRE LA LIBERTAD Y EL FRACASO

La perfección de la libertad está en querer de tal manera el bien y en sentirse de tal manera identificado con él, que no se pueda hacer el mal. El poder hacer el mal en realidad no es un poder, sino una imperfección de la voluntad; no una fuerza, sino una debilidad. La verdadera libertad consiste en la posibilidad de realizar el bien amándolo y entregándose plenamente a él, voluntariamente, sin presión de nadie.

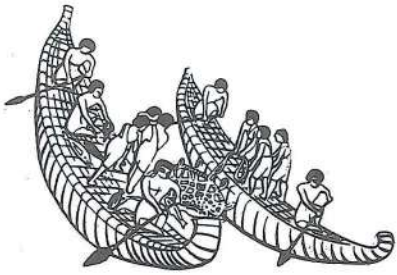
La libertad no consiste en la posibilidad de actuar mal. Ese es el riesgo de ser libre; no la perfección de la libertad. La libertad consiste en un principio de acción interno por el que elegimos nosotros mismos, amando y entregándonos al bien no por presión externa, sino por una perfección y opción por el bien captado y valorado desde dentro.

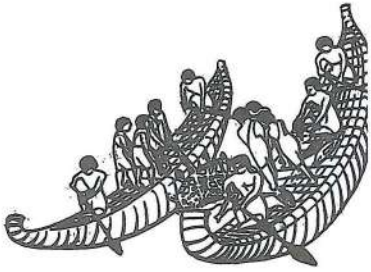
La libertad no es tampoco una indiferencia, en tal caso seríamos más libres mientras más neutros llegáramos a ser.

Ni consiste tampoco en sentir igual atracción hacia el bien o hacia el mal. De hecho, desde el principio, somos seres orientados, y divididos, y por nuestra libertad podemos tanto tender al bien como al mal. Respecto al bien tenemos una relación esencial y natural, y como un llamamiento continuo de Dios. Porque el hombre que busca el bien es un tesoro de Dios en el mundo. Con respecto al mal tenemos una orientación fundamental por defecto, por deficiencia, por ausencia. Al mal siempre tendemos como engañados.

Lo que constituye la esencia de la libertad no es la posibilidad de elegir el mal, sino el hecho de elegir objetivamente el bien, de elegirlo voluntaria y conscientemente. Elegir no es en sí mismo ningún valor; el valor está en elegir el bien. El **valor está en el objeto de la elección.**

Pensar que el error o la elección del mal de alguna manera ayuda al hombre, es como tratar de hacer un acierto de un error, o una virtud de un vicio. El error y el mal de ninguna manera construyen al hombre. Son siempre un tropiezo y una especie de fracaso. Un niño al aprender a caminar tropieza y se cae muchas veces. A nadie le llama la atención que esto suceda. Pero sería un error pensar que aprende a caminar mejor y más pronto mientras más veces tropiece y se caiga. Las caídas son algo natural en su aprendizaje, pero no constituyen el arte de caminar, ni ningún avance. Cuando decimos que *echando a perder se aprende,* queremos decir que se debe aceptar de antemano el riesgo de equivocarse o de fallar, pero no que el fallo mismo o el error sea algo positivo para el hombre. Lo positivo puede estar en la reflexión o a la actitud que un hombre puede tomar ante el error y ante sí mismo. Un hombre, por ejemplo, ante sus fracasos puede sentirse impulsado a intentar de nuevo, a ser más humilde, a ser más realista, a comprender mejor a los demás; pero nada de eso es fruto del mal cometido; todo eso es fruto de una actitud positiva subsiguiente tomada ante el error; lo positivo está en reflexionar de esa manera ante el mal cometido, no en el mal mismo.





Si el fracaso acarreara un bien para el hombre, bajo ese punto de vista podría ser un objetivo en la vida. Pero no puede ser ningún objetivo, dado que no puede ser positivo realmente para el hombre. El error, el fracaso y el pecado no son necesarios en la vida, ni hacen al hombre verdadero hombre, más bien lo disminuyen de alguna manera, son su destrucción y un retraso. El error, el fracaso y el pecado hacen al hombre menos hombre; van totalmente contra el progreso y de ninguna manera pueden ser una exigencia del progreso mismo, sino lo opuesto a él.

Hace mucho tiempo era yo maestro de cálculo. Trataba de resolver un problema de máximos y mínimos ante un grupo de alumnos. Después de llenar varias veces el pizarrón constataba que mi resultado era falso. Todos revisábamos el proceso y lo encontrábamos correcto, peor el resultado estaba equivocado. Al día siguiente un alumno me hizo notar que multiplicaba $5 \times 1 = 6$, y fallaba en lo fundamental de la aritmética. Creía haber olvidado algún paso importante o algún dato, pero no haberme equivocado en multiplicar. No fue el error, sino el haber caído en la cuenta de él, lo que nos hizo avanzar a todos. El error era un retraso y de alguna

manera nos ponía en peores condiciones que al principio. Quien piense que 2 y 2 son 5, y se quede contento con su error está en peores condiciones que quien no sabe sumar. Sumar significa sumar correctamente, de la misma manera que elegir significa elegir el bien.

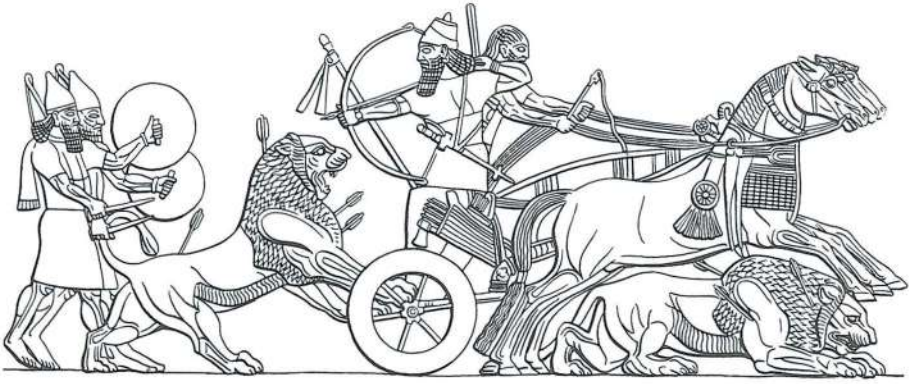
Suponer que el mal, el pecado, o el error, hacen al hombre más hombre es algo así como suponer que una persona es más sana mientras más pueda enfermarse. La salud es lo opuesto a la enfermedad, como el error es lo opuesto a la realización.

Mientras se es más auténticamente hombre, más espontáneamente se opta por el bien, la verdad y la virtud.

El hombre encuentra la felicidad no en el ejercicio de la libertad, sino en la aceptación de un deber libremente elegido y amado.

La libertad por sí misma, independientemente del bien, y del uso que se hace de ella, de la nobleza del corazón o de la crueldad, no es el bien más alto. La libertad, entendida como la posibilidad de hacer aquello que se quiere, es un concepto vacío. Es la condición de posibilidad para el libertinaje. El significado de la libertad depende de su objetivo, es decir, de aquello por lo que la persona se decide.

No hay más libertad que aquélla que Dios le ha dado al hombre; ésta es una relación al Dios vivo y santo; y por eso es también una relación, una vocación y un destino a relacionarse libremente con ese Dios y una santidad vivencial. No existe libertad sin santidad, sin justicia y sin amor. La libertad
Ex 3, 12s está en función de la santidad, la justicia y el amor. Se nos ha dado la libertad para amar, para ser justos, para proceder rectamente. Todos estos atributos forman una realidad que podríamos llamar el valor de la persona.



La educación y el riesgo

Llegar a ser hombre es todo un riesgo. Está en juego la persona, el ambiente en que se desarrolla y las ayudas que recibe de los demás y de Dios. La Sagrada Escritura es la historia de una tarea que Dios se ha puesto: la de educar al hombre. Tanto el pueblo de Israel como el hombre, cobra conciencia de su identidad en el encuentro con Dios, al ser llamado por su nombre y al saber que le pertenece, así como al sentirse objeto del amor de Dios. El hombre es soledad, seguridad y confianza, y así se sabe, o se experimenta, como alguien ante Alguien.

Is 43,1s
Ex 33, 16

La educación es un proceso doloroso de crecimiento hacia la identificación de uno mismo como persona. El hombre es llamado por su nombre, ante todo, para que sea hombre, para que llegue a ser persona y se conozca.

Por más doloroso que sea el proceso de la educación, ser humano significa ser feliz -que no quiere decir estar siempre sonriente- sino vivir en una relación sana con los demás, aceptando lo humano y lo inhumano de todos. Es necesario educar en la responsabilidad y tener el valor ne-

cesario para tomar decisiones, y para tener razón y para equivocarse.

La educación y el cuidado de Dios por educar al hombre tiene por objeto el revelarle, antes que cualquier otra cosa, su vocación a ser hombre. Dios no pretende, en ningún momento sugerir al pueblo de Israel la idea de que lo librará de los riesgos de ser pueblo, ni al hombre el librarlo de los riesgos de ser hombre. No está para evitarnos los riesgos, sino para acompañarnos en ellos. Más aún, el llamamiento de Dios es una llamada al riesgo y a la aventura. La grandeza del hombre no se manifiesta en huir de las dificultades, ni en estar asegurado, ni en no ponerse en peligro, sino en aceptar los riesgos con fe en la promesa de
Ex 33, 14s Dios. *Yo estaré con ustedes* es la promesa de Dios
Is 7, 14 a Moisés y a su pueblo, el *Emmanuel* (Dios con nosotros) y el Dios por el hombre, es el Dios fiel en tiempo de crisis y peligro. El pacto con Dios no es para eliminar el riesgo, sino para comprometerse con El y lanzarse más inteligentemente.

El elemento de crisis y de riesgo y el peligro descubre el elemento divino de la vida. Dios mismo es un riesgo para el hombre; y el hombre, el riesgo de Dios. La llamada más fundamental es ser plenamente humano; el riesgo es una situación necesaria en la vida del hombre.

El temor y la angustia son los sentimientos del hombre y una forma de relacionarse con los de-
Sal 46; Jr 10, 2; más, con el mundo y con Dios. Si la actitud del
Ex 3, 6 hombre ante la vida es de temor, la de Dios ante
Dt 5, 24; el hombre es darle valor y seguridad. Cuando
Sal 23, 4 Dios se revela al hombre emplea una fórmula típica: *no temas.* Y ésta es la expresión que Dios repetía a los patriarcas, a los profetas y al pueblo.

No temas es la expresión con que Dios quiere asegurar al hombre y darle valor ante El mismo. Yahvéh es el Dios que asegura, respeta y confirma a la persona. Es un Dios por el hombre y no contra el hombre. Ex 1'8, 21; 20,20

El temor de Dios se justifica en la Escritura como una expresión del amor a Dios, o también, para robustecer la débil voluntad del hombre en el cumplimiento de sus obligaciones.

A Dios le gusta que el hombre no tenga miedo a otros dioses, ni a las cosas, ni a otros pueblos; por que eso manifiesta la confianza en el Dios de Israel. No hay que temer a otros dioses, porque no existen; ni a otros pueblos, cosas, personas, o poderes, porque Yahvéh está por encima de todo. Is 8, 12

Jesús también se manifiesta como aquél que tiene poder y que está a favor de sus discípulos, y del hombre. *No temas* es un imperativo evangélico con el que Jesús invita a sus discípulos a poner la confianza en El. No temer es lo que el hombre necesita en tiempo de riesgo. Y poner su confianza en algo, o en alguien que lo haga ser más fuerte que el momento de crisis. Cfr. Lc 5, 26; 7, 16; Mt 28, 5-10

Pablo afirma: *no han recibido ustedes un espíritu de esclavitud para recaer de nuevo en el temor, sino que han recibido el espíritu de hijos que nos hace llamar a Dios Abba, es decir Padre.* Para San Juan el amor de Dios destierra el temor; y el que teme no es perfecto en el amor. *No se turbe su corazón. ¿Creen en Dios? Crean también en mí.* Rm 8, 15 1 Jn 4, 18 Jn 14, 1

No hacemos referencia aquí al temor y a la confianza como uno entre muchos valores de la

existencia humana; sino como actitudes fundamentales de la vida que caracterizan al hombre en el lento y riesgoso proceso de su desarrollo en el encuentro con lo otro.

La educación se da en una relación de personas. El hombre se realiza bajo la influencia de una comunidad de personas. Es sujeto -no objeto- de educación por no estar acabado desde el principio y por no estar aislado en su realización personal.

La pregunta sobre la educación queda así planteada en términos de relación mucho más que en términos de contenidos.

Al educar se atiende al bien de la persona por educar, y se pretende ayudarle a ser cada vez más persona. Con esta perspectiva no es lícito educar a unos y abandonar a otros. Educar significa aceptación y no exclusión de personas.

Educar tiene por objeto ayudar a la otra persona a llegar a su plenitud; se encamina a favorecer el desarrollo de lo que ya existe germinalmente en la persona; a restaurar lo desfigurado; a dar la posibilidad de que la persona gane su sitio en el todo del mundo. Al educar es necesario tratar de ayudar y no de dominar; de conducir y no de seducir. La educación es un proceso.

Desde muchos puntos de vista el hombre es un ser acuñado previamente; por esto el concepto de formación tiene sus límites. Hay algo en el hombre que le pertenece como único, que forma su singularidad; y que no puede ser tratado o sometido a un común denominador.

La educación es el proceso en el que el educador, con su modo de ser, influye en la otra persona, no como quien hace algo con alguien, sino con

el fin de buscar y despertar con el propio yo la singularidad del otro como persona.

El hombre es un ser muy susceptible de influencias, domesticable, educable, capaz de adaptarse casi a cualquier forma de vida; pero también tiene como innatos, o connaturales ciertos principios a los que jamás puede realmente renunciar; como por ejemplo al sentido de la libertad, de la igualdad, de la justicia, de ser él y no otro; y de no ser tan modelable que llegue a perder su singularidad.

La educación tiene por objeto el comunicar ciertos valores de tal manera que se posean como propios; una educación que no llega a formar principios internos de acción no logra sus objetivos. Lo que se debe alcanzar no por una imposición, sino por una presentación con amor a la persona y a los valores. Se educa no imponiendo verdades, sino presentando valores con el testimonio de la persona que educa.

La mejor educación, en su mejor etapa, sería aquélla que no solamente trata de dar y recibir algo de alguien, sino la que se pone la tarea de descubrir juntos y de compartir. *Hay más felicidad en dar que en recibir,* y hay más todavía en compartir. En el fondo no es ni la entrega de conocimientos, valores o principios, es más bien la entrega de la persona y su modo de ser humano.

Hch 20, 32

El don de la persona sin duda incluirá como elementos importantes la transmisión del saber y de valores, de cultura y virtud, de capacitaciones y técnicas, así como una imagen del mundo, del hombre, de la sociedad y de Dios. En este dar y recibir, y en este don de la persona, en el que uno

comunica al otro su realidad más auténtica, el compartir se experimenta como un regalo de Dios a través del otro. Y como esto se hace en el amor también se está dispuesto a perdonar y a sufrir.

La entrega personal se hace en la educación no pasando por alto, ni ignorando, ni tolerando las deficiencias del educando, sino advirtiéndolas y poniendo en la persona por educar, aun con todas sus limitaciones, la fuerza del amor.

Dt 6, 4-9 La educación en el pueblo hebreo es una gran tarea y responsabilidad. Recae directamente sobre los padres; tiene como fundamento el respeto a la autoridad, y el objetivo principal es el temor de Dios.

También yo fui hijo para mi padre;
tierno y querido a los ojos de mi madre.
El me enseñaba y me decía:
sujeta mis palabras en tu corazón,
guarda mis mandatos y vivirás...

Escucha, hijo mío, recibe mis palabras,
y los años de tu vida se multiplicarán.
En el camino de la sabiduría te he instruido
te he encaminado por los senderos de la rectitud,
al andar no se enreden tus pasos,
si corres, no tropezarás.
Aférrate a la instrucción, no la sueltes;
guárdala, que es tu vida. (Pr 4, 10-13)

Sobre la forma de educar la Sagrada Escritura dice esto:

El que ama a su hijo, le azota sin cesar,
para poderse alegrar en su futuro.
El que enseña a su hijo, sacará provecho de él,
entre sus conocidos de él se gloriará...

El que mima a su hijo, vendará sus heridas,
a cada grito se le conmoverán sus entrañas.

Caballo no domado, sale indócil,
hijo consentido, sale libertino.
Halaga a tu hijo y te dará sorpresas
juega con él, y te traerá pesares.
No rías con él, para no llorar
y acabar rechinando de dientes.
No le des libertad en su juventud,
y no pases por alto sus errores.
Doblega su cerviz mientras es joven,
tunde sus costillas cuando es niño,
no sea que, volviéndose indócil, te desobedezca,
y sufras por él amargura de alma.
Enseña a tu hijo y trabaja con él,
para que no tropieces por su desvergüenza.

(Si 30, 1-2. 7-13)

Es claro que los métodos educativos son primitivos y están condicionados por muchos influjos. Educar en el respeto, en la conciencia, en la libertad y en la responsabilidad es un riesgo, pero es un método más eficaz y para mí, actualmente, el único que logra formar verdaderamente al hombre.

En el presente es mejor aquella educación que procede por amor al bien y a la verdad, y no aquélla que procede por temor al mal y al error. Debe ser más fuerte, incluso a nivel sensible, nuestra pasión por el bien y la verdad, que nuestra compasión por el mal y el error. Se debe procurar que el bien, la verdad y la responsabilidad sean algo agradable al corazón. El ideal es que la persona se sienta afectivamente comprometida con lo que hace, y que no lo haga por obedecer, sino por gusto; porque se ha encontrado la satisfacción

de obrar correctamente. Cuando el bien aparece como un fruto, encierra dentro gran cantidad de semillas, es decir, la necesidad de ser realizado innumerables veces de la misma manera.

La vida cristiana pide la participación e integración de toda la persona, y principalmente de sus sentimientos, en la realización del bien. Aunque para lograrlo a veces es necesario *negarse a sí mismo*, la meta sigue siendo no tener que negarse, sino al contrario, afirmarse. Cuando se ama a los demás negándose a sí mismo el amor se echa a perder. El amor se ha de dar con gusto.

Los sentimientos no deben boicotear las buenas acciones, sino sumarse en la motivación de la persona. La integridad de la persona pide la integridad de la acción. Es necesario buscar la armonía entre una sana manera de pensar y una recta forma de proceder; una motivación intelectual o de principio con una alegría en la acción. El ideal es que el bien surja del corazón y no solamente de la razón. La educación del corazón debe ser una respuesta a los problemas imprevisibles de la vida.

El corazón se descubre en aquello que va más allá del propio yo, y que sale del interés personal y del egoísmo, que se abre ante los demás con amor y reverencia. El corazón se manifiesta en la capacidad de encontrar y de formar el valor en la otra persona. El corazón se expresa en la capacidad de amar.

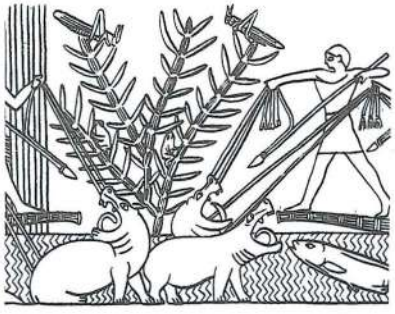
Un valor sin ningún compromiso de vida es un valor a medias. La verdadera educación trata de crear vínculos. Transmitir un valor sin crear un vínculo es como darle a un niño un globo de gas sin amarrárselo al dedo.

La adolescencia

Entenderemos por adolescencia el período que va de la pubertad, con la aparición de los caracteres sexuales secundarios, a la juventud, como término del crecimiento corporal.

Atendemos primero al desarrollo de la persona como ser físico, a su corporalidad, a su sexualidad y a sus funciones. Este crecimiento interno del hombre, además de otros aspectos y circunstancias de la adolescencia, pone en crisis a la persona. El adolescente, al encontrarse consigo mismo tiene que encontrarse con su propia sexualidad y al encontrarse con los demás, se encuentra con la sexualidad ajena. Y este encuentro lo asusta y lo pone en crisis. Se encuentra con lo desconocido, y experimenta lo desconocido.

Es explicable que el adolescente en su ignorancia, su inexperiencia, su curiosidad y su inmadurez en distintos campos de la vida, cometa algunos errores. El reconocerlos, aceptarlos e integrarlos en una visión completa de la vida será un signo importante e indispensable para su madurez humana. Es normal que todas las personas tengan cierto tipo de experiencias positivas y negativas, pero esto no debe angustiar a la persona por más dolorosas que hayan sido. Lo que no es normal, aunque por desgracia sea frecuente, es que la



persona no logre reconciliarse con su pasado e integrarlo en su vida con una actitud de paz.

La ayuda de un asesor prudente, los ejemplos y consejos de los papás y la compañía de buenos amigos, suelen ser un gran auxiliar en la adolescencia.

Podemos suponer que por las condiciones de la adolescencia; es decir, por su falta de conocimientos suficientes, de libertad plena, de integración y madurez humana, muchas de las experiencias negativas de los adolescentes en el terreno de lo sexual no son faltas graves. Una vida espiritual intensa y liberadora les ayudarán a integrarse mejor y en más breve tiempo.

Es normal que en algún momento los adolescentes se sientan inquietos y se pregunten por la integridad de su masculinidad o feminidad; particularmente, cuando al descubrir su propia sexualidad han descubierto también la de los amigos del mismo sexo.

El proceso de crecimiento de la persona se ha de entender no tanto como una serie de actos aislados, sino como una orientación general de la vida y una meta que se va alcanzando poco a poco. Pero no debemos perder de vista que también los actos aislados y repetidos van determinando poco a poco la dirección de la vida.

Llegar a ser hombre es un proceso doloroso de crecimiento. Esto lo vive el hombre particular como una explosión, y también como una incoherencia. Se da con frecuencia una explosión de todo lo que el hombre es y quiere ser; de su forma de proceder y relacionarse. La adolescencia es, para muchos, la época en que los ídolos se empie-

zan a caer, otros solamente cambian de sitio. Es una época en que todo se mueve, hasta los ideales.

El hombre debe empezar por aceptarse tal como es; y no se trata con esto de una pasividad o conformismo; se trata, por el contrario, de una fuerza personal por la que el hombre ve la realidad y la verdad y se compromete en una lucha en la que está en juego su felicidad. Ser hombre es algo difícil; significa llevar dentro de sí un poco de cielo y de infierno.

El hombre encuentra a Dios en la lucha y, muchas veces, luchando consigo mismo. El encuentro con Dios de la infancia no suele ser el que deja más huella en el hombre. De ordinario parece más trascendente el encuentro con Dios de la adolescencia, quizá, porque va ligado al encuentro con uno mismo, o el de la juventud que va ligado al encuentro con los demás.

Cfr. Gn 32, 25s

En esta época los amigos desempeñan un papel muy importante. Cuando el adolescente empieza a captar que en cierto sentido se basta a sí mismo, y no necesita de los demás, capta también que no en todos los aspectos es autosuficiente; que los demás, los amigüitos, son el término de una relación y lo enriquecen, lo divierten, lo estimulan. Empieza a ser muy importante el relacionarse con los otros en términos de amistad; se siente mejor con amigos del mismo sexo (el club de Tobi es sólo para hombres); las amistades no suelen ser muy profundas; empiezan siendo un mero compañerismo, a veces de pandillas y equipos.

El chico va captando que un amigo de verdad no se compra, se fabrica. Buscar amigos es algo muy importante en la vida de los hombres y un buen

amigo se encuentra solamente entre muchas personas.

Si tuvieres muchos amigos, uno entre mil, sea tu consejero.
Si tienes un amigo, ponle a prueba y no te confíes a él tan fácilmente.
Porque hay amigos de ocasión,
que no son fieles en el día de la tribulación.
Hay amigos que se tornan enemigos,
y que descubrirán, para vergüenza tuya, tus defectos.
Hay amigos que sólo son compañeros de mesa,
y no te serán fieles en el día de la tribulación.
En tus días felices será otro tú,
y hablarán afablemente de los tuyos;
pero si te viere humillado se volverá contra ti,
y te ocultará su rostro.
Apártate de tus enemigos y guárdate de tus amigos.
Un amigo fiel es poderoso protector,
el que lo encuentra halla un tesoro.
Nada vale tanto como un amigo fiel,
su precio es inestimable.
Un amigo fiel es remedio saludable;
los que temen al Señor, lo encontrarán.
El que teme al Señor es fiel a la amistad,
y como fiel es El así lo será su amigo. (Si 6, 6-17)

La amistad se da cuando existe una auténtica comunicación de valores. La amistad consiste en crear vínculos. La amistad es algo así como iluminar la propia vida con la luz de otra persona.

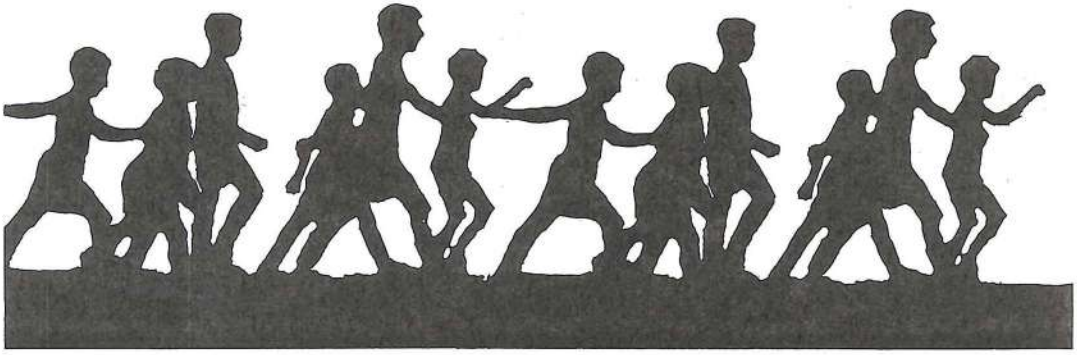
Cfr. Saint Exupery, *El Principito,* Cap. XXI

La amistad es una forma modesta, sencilla y fuerte en la que se traduce la capacidad de amar del hombre. Nunca se posee el hombre más auténticamente que cuando se da por amor, y cuando se olvida de sí, más se realiza. En la entrega auténtica de uno mismo no hay interés, ni egoísmo, ni engaño. Quien se da a sí mismo no quiere nada para sí; le basta la satisfacción y la realización que encierra el darse.

1 Co 13, 1-13

La amistad es un lazo poderoso entre dos personas dignas la una de la otra; es una relación recíproca que hace tender al bien.

Los amigos en hacer el mal, en realidad no lo son; quedan vinculados a las obras que realizan. Y muchas veces se rechazan y aborrecen en la medida en que se quieren superar. Así se justifica esa expresión: si quieres ser mejor hazte de buenos amigos; si quieres ayudar a los demás procura ser un buen amigo.

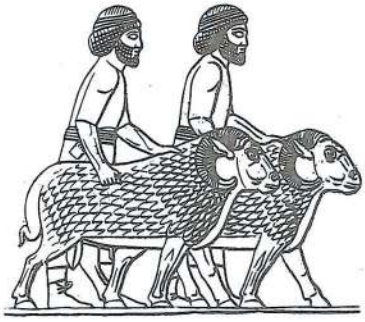


En la vida se hacen muchas amistades; y *hay*
Pr 18, 25 *amigos que sólo son para hacer compañía, y los hay*
Pr 20, 6 *más afectos que un hermano. Muchos son los que se ofrecen por amigos, pero ¿quién hallará al amigo fiel?*

Cuando se ha convivido juntos, cuando juntos se han corrido los riesgos, se ha buscado la libertad, se ha luchado por la vida, cuando se sacrifican por el triunfo de la verdad, por la liberación y por la humanidad, y también cuando juegan en el mismo equipo, se crean fuertes vínculos.

El hombre tiene necesidad de muchos amigos. Sin su colaboración, sin su apoyo y sin convalidar con ellos sus valores no podrá continuar recorriendo el camino. La amistad es un intercambio constante. Si el intercambio se interrumpe los
Pr 26, 20 nudos se deshacen. *Por falta de leña , se apaga el fuego.* Si un amigo le pide algo al amigo es para intensificar el bien que los une. La amistad por explotación no es amistad.

Para Cicerón la amistad era cosa rara y decía que los amigos no debían ser muchos. Pero esto no vale para un cristiano. Este debe aprender a proyectar su fe, su esperanza y su amor a Jesucristo en los demás, particularmente en aquéllos que ha elegido como los más próximos.



No es raro que un amigo pueda desviarse o decepcionar, incluso hacer daño; pero el afecto de amistad debe manifestarse también en la capacidad de perdonar. Y en la capacidad de restablecer el corazón desquebrajado. En ocasiones hay que esperar a que el amigo se recobre de nuevo y vuelva. En ocasiones hay que irlo a buscar.

Pero los amigos también mueren y, en cierto sentido, uno muere con ellos. En ocasiones es necesario reunir todas las fuerzas para saber despedirse. No es raro que en el transcurso de la vida el hombre tenga que ir aprendiendo a quedarse solo. El hombre debe ir aprendiendo que todas las amistades son relativas; que hay una relación más importante que se da y se fomenta con la relación con los demás...

En la Sagrada Escritura la amistad es un gran valor. Para el hombre bíblico el que Dios sea amigo del hombre es una verdad fundamental, y el llegar a ser un gran amigo de Dios es todo un ideal.

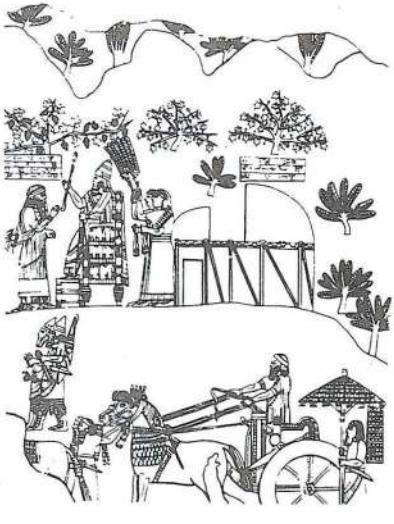
La experiencia de la amistad humana es algo que precede a la experiencia de la amistad con Dios. No es posible llegar a ser amigo de Dios si de alguna manera no se ha tenido la experiencia de tener, o ser un amigo.

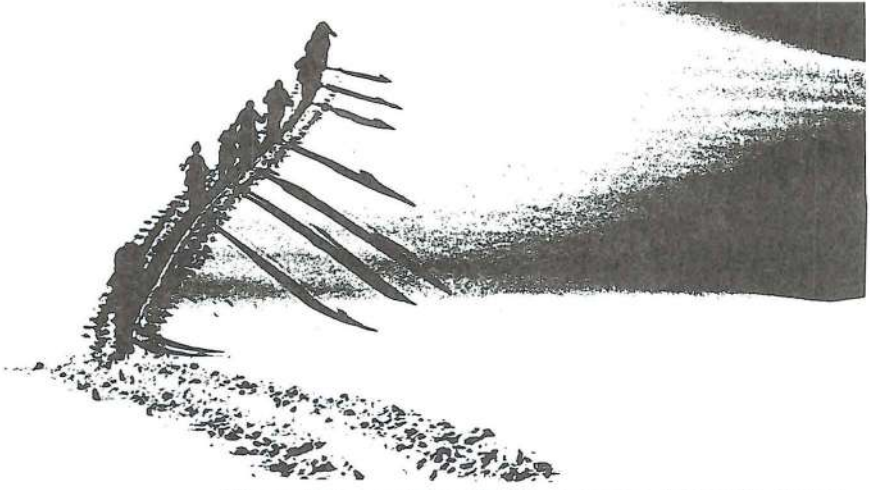
De la amistad de David y Jonatán dice la Escritura:

Hizo Jonatán alianza con David
pues le amaba como a sí mismo. (1 S 18, 3)

Cuando muere Jonatán, David canta este lamento:

¡Cómo cayeron los héroes en medio del combate!
¡Jonatán! Por tu muerte estoy herido,
y por ti, lleno de angustia,
hermano mío, en extremo querido,
más delicioso tu amor,
que el amor de las mujeres. (2 S 1, 25-26)





El vestido es signo de la persona. Jonatán, intercambiando sus ropas, expresa la comunicación interpersonal con David.

Se quitó Jonatán el manto que llevaba
y se lo dio a David,
su vestido y también su arco
y su espada y su cinturón. (1 S 18,4)

Las amistades de la infancia, como el vino, con el tiempo se hacen más exquisitas. Esas amistades no se construyen, ni se improvisan; una semilla recién plantada no puede dar la sombra de un roble. Un buen amigo demuestra siempre que aprecia tu amistad; porque lo que vale entre los hombres son sus relaciones.

Perfume e incienso alegran el corazón,
el consejo del amigo endulza el ánimo.
No abandones al amigo tuyo y de tu padre;
en la desgracia no tendrás que ir a casa de tu hermano. (Pr 27, 9-10)

Quien tira una piedra a un pájaro lo ahuyenta,
quien afrenta al amigo rompe la amistad.
(Si 22, 20)

Jesús también entiende su relación con los discípulos como una relación de amistad; a ellos les

comunica lo más personal, doloroso e importante.

Nadie tiene mayor amor
que el que da la vida por sus amigos.
Ustedes son mis amigos,
si hacen lo que yo les mando.
No los llamo ya siervos,
porque el siervo no sabe lo que hace su amo;
a ustedes los he llamado amigos,
porque todo lo que he oído a mi Padre
se los he dado a conocer.

Lo que les mando es
que se amen unos a otros. (Jn 15, 13-15 y 17)

La juventud

Decía Shakespeare en su monólogo: *Ser o no ser: este es el problema.*

Shakespeare, *Hamlet.*

Pero no es verdad que el problema esté en ser o no ser. Está en un diálogo más prosaico. El problema es de presencia y de conciencia: estar presente para alguien y ante alguien. El problema es la relación y el servicio, no el aislamiento metafísico.

La pregunta sobre el hombre no se plantea en la Biblia con el fin de definirlo, sino de valorarlo. No nace de la contraposición con los animales o las cosas, sino de la relación con Dios. Surge de

un quehacer, de una tarea, de una exigencia, de una vocación. Nunca hubiera hecho Moisés esta pregunta si no hubiera sentido la exigencia de la liberación. *¿Quién soy yo para ir al Faraón y sacar*
Ex 3, 11s *de Egipto a los hijos de Israel?*

Jeremías dice ante la tarea que Dios le impone: *¡Ah, Señor Yahvéh! Mira que no sé expresarme, que*
Jr 1, 6 *soy apenas un muchacho.* La pregunta surge, angustiosa, cuando el hombre tiene que dar lo imposible. Lo que el hombre es y su tarea y su vocación, se identifican; todo converge en la realización de un quehacer y del hombre.

Todos los hombres son necesarios para alguien y para algo; el que no es necesario para alguien o para algo, no es nadie. Aun en el orden de la realización humana el hombre se siente bien cuando se sabe útil y cuando alguien lo espera. El que el hombre siempre sea necesario para alguien quiere decir que su vida nunca es inútil. Siempre hay Alguien que lo espera como persona y que espera algo de él.

Ex 3, 12-14 La pregunta de Moisés ¿Quién soy yo para ir al Faraón, etc.? es la de todos los hombres: ¿yo quien soy? El hombre es una tarea por realizar y una respuesta esperada pacientemente. La respuesta a la pregunta sobre el hombre es de Dios:
Ex 33, 12s *Yo estaré contigo,* le dijo a Moisés, y *Yo seré el que me iré manifestando.* La respuesta es la presencia y compañía de Dios en la vida. Parecería que cada hombre es único y Dios está solo, esperando desde siempre una respuesta.

Con esto tiene el hombre el panorama de una historia nueva y la promesa de un poder llegar a ser algo mucho mayor de lo que es.

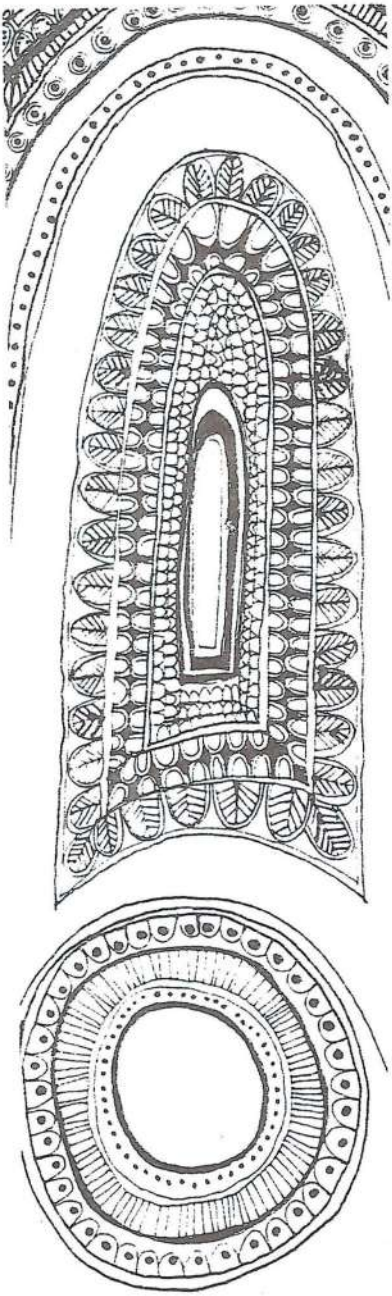
La tarea es inmensa: es tan grande la miseria humana que solamente se le puede afrontar con una perspectiva divina. Son tantas las necesidades de los demás que el hombre no puede atenderlas. Por otra parte, los fracasos y trabajos afirman las virtudes y se requiere entereza para salir adelante del dolor y de la miseria de los demás.

El hombre joven, por más establecido que se encuentre, tiene algo de nómada; se siente siempre en búsqueda de algo que ignora y de alguien a quien no conoce.

La vocación personal es un derecho inalienable, es el derecho a vivir la propia vida. Es lo que el hombre debe hacer de su vida, por eso la vida entera la vamos a entender como una vocación: es el llamamiento de Dios que siempre anda en búsqueda del hombre, pero Dios es quien la hace posible. La vocación es un don personal con una función social. Es la toma de conciencia de mi identidad frente a Dios, y también la demanda de una respuesta ante las necesidades de los demás.

La vocación es dinámica y creativa siempre. Y no basta responder de una vez por todas. Cada día exige una respuesta. El llamado de Dios forma un diálogo continuo con la respuesta del hombre. Lo que da sentido a la libertad es el derecho a comprometerse en algo y con alguien. La iniciativa y el llamado es de Dios; la respuesta es del hombre, pero Dios es quien la hace posible.

Es importante atender a los medios por los que el Señor nos hace conocer su voluntad y por los que el hombre puede llegar a su más auténtica vocación: la Escritura, la oración, la interiorización para escuchar nuestros más profundos

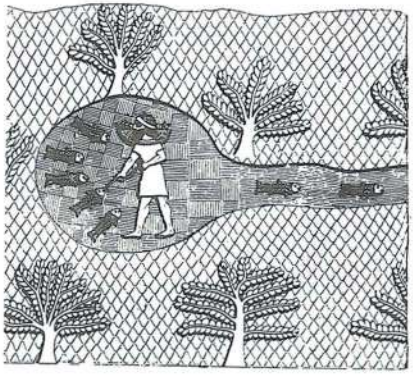


sentimientos y deseos, los signos de los tiempos, y lo que es más importante, los signos de la propia historia.

La vocación no se da, en primer lugar, para la satisfacción personal, sino para el servicio al pueblo. El hombre no es nada sin el hombre. El hombre es una referencia a los demás en el servicio. Ser una persona es tener una preocupación por algo distinto de uno mismo.

Cuando Jesús llamó por su nombre a los discípulos invitándolos a seguirlo, a algunos de ellos les impuso un sobrenombre que significaba no tanto un cambio de identidad, sino una nueva función y un nuevo sentido en la vida, en el servicio de los demás.

Se puede llegar a descubrir el sentido de la vida a través de un oficio. *Yo los haré pescadores de hombres, sembradores de la palabra o pastores de un rebaño.* Todas éstas son imágenes que usó Jesús para darles a los hombres que lo seguían un nuevo horizonte en su vida. El trabajo descubre y esconde al mismo tiempo el sentido de la vida.



Durante la juventud suelen tomarse decisiones importantes. Porque el joven tiene en las manos las riendas de su vida: aún no tiene lastres adquiridos que lo retengan o lo doblen. No está resentido por el odio y la vileza. Tiene un sano optimismo que lo lleva a pensar que las cosas son más fáciles de lo que son, y quizá porque en este momento siente más la vida como algo propio, tal vez por eso, puede más fácilmente entregarla. Un joven todavía no ha fracasado lo necesario para sentirse derrotado, todavía no ha constatado que sus enfermedades pueden llegar a ser crónicas.

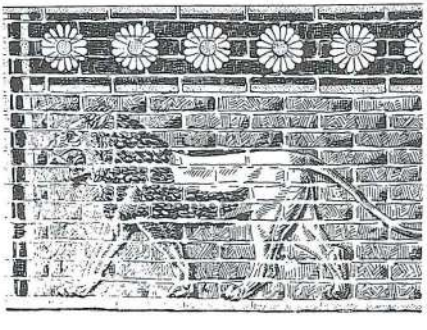
Un joven debe aprovechar su inexperiencia para lanzarse audazmente a la aventura de su vida. Es necesario que sepa solamente que está dirigido al hombre y a Dios. No puede dispensarse de conocer al Dios de Israel, al Dios de Abraham, Isaac y Jacob; es decir a un Dios siempre interesado por el pueblo y por el hombre.

La vocación no es salir fuera de uno mismo, sino entregarse al Señor en la totalidad del ser y del hacer; no en perder el propio destino sino en recordarlo en la tarea. Dios anda en búsqueda del hombre y tarde o temprano lo encuentra; pero es mejor para el hombre estar a tiempo que llegar tarde. Dios llega al hombre antes de que el hombre le abra la puerta.

El tiempo es determinante. No basta sembrar una se milla para que florezca, es necesaria la primavera. El hombre también tiene un tiempo: el de Dios, el de la gracia.

Ser joven es tener el tiempo necesario para construir, para plantar, para cambiar. Significa cierta ligereza para volar; significa una etapa de libertad.

Cuando tú eras joven,
tú mismo te ponías el cinturón e ibas a donde querías;
cuando seas viejo extenderás los brazos,
y será otro el que te ponga el cinturón
para llevarte a donde no quieres. (Jn 21, 18)



Todas las personas son capaces de dar algo más de lo que otros pueden esperar. A veces parece que la vida, las circunstancias o Dios piden algo que uno ya no es capaz de dar. En ese caso habrá que orar como Agustín: *Señor, pídeme lo que quie-*

ras, con tal que me des la capacidad de darte lo que me pides. Hay muchos que suponen que Dios no tiene derecho de pedir al hombre más que un esfuerzo ordinario, igual, más o menos, al que les pide a todos. Pensar que todos somos miembros idénticos de una misma naturaleza humana puede llevarnos a suponer que Dios no tiene exigencias particulares, o caminos especiales.

Cada quien es único ante Dios; también para realizar una tarea; y Dios puede tener demandas muy particulares.

Lo indisoluble de un compromiso con Dios o con otra persona consiste no tanto en prever el futuro, cuanto en poner los medios necesarios para mantener el compromiso. Es un compromiso presente para mantener la palabra en el futuro. El futuro no le pertenece al hombre, sino a Dios. Y el compromiso hacia el futuro significa la totalidad de la entrega en el momento presente. Es una forma de decir que en el momento presente la entrega es tan total, que se quieren poner todos los medios para hacerla perpetua. Y que se espera que la entrega el día de hoy prepare una entrega más completa para el día de mañana.

La fidelidad es la expresión concreta de la continuidad del ser humano y de su autenticidad. Es infiel el que no tiene sentido de su historia, que se olvida de sí, que no se toma en serio ni a sí mismo y que se traiciona. Se debe ser fiel a una palabra sólo en la medida en que esa palabra exprese a la persona y establezca una relación personal. El término de la fidelidad es la persona, no un rito, ni unas circunstancias, ni la historia, que es siempre evolutiva. Los ritos son importan-

tes porque consagran y hacen conscientes a los hombres de la trascendencia de sus decisiones.

Aristóteles dijo que se tenía por una persona fiel a la amistad con Platón, pero que creía de más valor su fidelidad a la verdad. *Soy amigo de Platón, pero más amigo de la verdad.* Con esto justificaba el separarse en algunos puntos de la enseñanza del maestro. Quizá no se trataba tanto de la fidelidad a una verdad abstracta; se trataba más bien de la fidelidad a sí mismo, y quizá, todavía más, de la fidelidad a un ser personal trascendente que se alcanza en la fidelidad a la verdad, que es su último fundamento. Al buscar, o al ser fiel el hombre a la verdad, es fiel a Dios mismo.

Aunque todas las personas estamos llenas de errores, no debemos separarnos unos de otros a causa de aquéllos que descubrimos en los demás. Es tremendo y casi inútil tener la razón y estar solo.

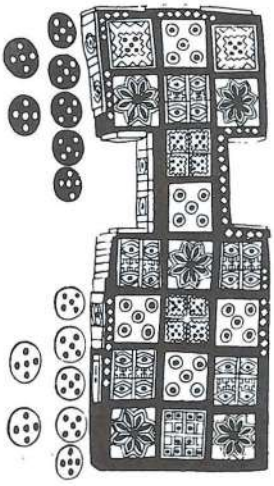
El compromiso con la verdad nos debe llevar a un compromiso con las personas. Porque se busca la verdad se debe buscar a los demás. Sería inútil para la humanidad que el hombre, al conocer la verdad, muriera, o se escondiera.

No engañarse a sí mismo es la primera exigencia de la verdad.

Tu amas la verdad en lo íntimo del hombre,
en lo secreto le enseñas la sabiduría. (Sal 51, 8)

Dios quiere que en el corazón haya verdad, y en la vida, sabiduría.

De alguna manera busca a Dios quien busca la verdad; y es fiel a Dios quien es fiel a la verdad. No mentirás, es un imperativo de Dios al hombre



y revela que el hombre, la verdad y Dios están vinculados. Cuando el hombre es fiel a la verdad, no sólo se realiza en autenticidad, sino que toca a Dios, porque El es el fundamento de la verdad. Y no nos referimos solamente a la verdad metafísica o matemática, sino a la verdad de la historia, de los acontecimientos, de las situaciones. Por eso quien huye de la realidad o de la verdad se escapa de sí mismo y huye de Dios.

Combate por la verdad hasta la muerte,
y el Señor Dios peleará por ti. (Si 4, 28)

Madurez humana

El término madurez resulta vago e impreciso. Sin embargo aquí lo vamos a usar para referirnos a la persona adulta que hace ejercicio de sus facultades de forma ideal. Será más bien una meta y no una descripción del hombre que en más de cuatro aspectos suele ser un inmaduro. Toda la vida aparece como un proceso único de madurez.

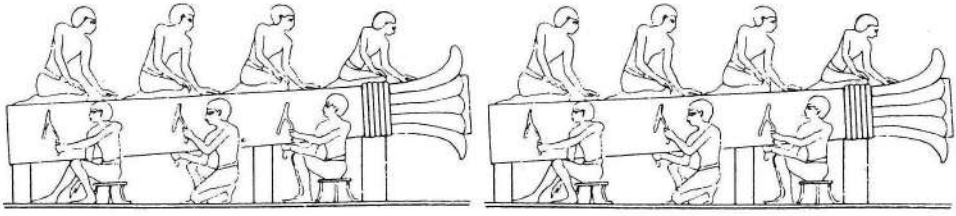
En la vida la persona se va a encontrar en conflictos inevitables al formar su conciencia: la ley general y la situación particular; el peso de la opinión pública y su juicio inmediato de conciencia; el bien común y el bien personal; la letra de la ley, o ley muerta, y el espíritu de la ley, o ley viva. ¿La importancia está en lo que el hombre es o en lo que hace? ¿Debe valorarse y ser valorado

por lo que es o por lo que hace; por sus deficiencias personales o por lo que deja de hacer?

Es claro que ocupa un primer lugar el ser sobre el actuar (Primero es ser que actuar), pero esto es el orden lógico o intelectual solamente. Porque el ser se nos ha dado; y el actuar se nos pide. El actuar es lo que manifiesta y realiza al ser. Ser, existir, vivir y actuar no son términos que se contraponen; son términos incompletos que se exigen mutuamente.

Hay que poner el corazón en concordancia no sólo con la letra de la ley, sino con el bien que persigue. El ideal es vivir más allá de las exigencias inmediatas de la ley.

El que da la vida tiene el derecho de dar también la ley, porque la ley es la exigencia de la vida. La vida trae consigo la ley, unos condicionamientos determinados que necesariamente deben cumplirse para que la vida se dé o perdure. La ley se nos ha dado no sólo para ser obedecida, sino también para ser amada.



Sal 119 La ley fue dada para la más plena realización del hombre, y su cumplimiento tiene sentido sólo por amor. La ley es una forma de revelación que mira a la práctica, pero que es solamente un pedagogo, un educador. El fin de la ley es convertirse en principio interno de acción, y desaparecer. La ley se nos ha dado, sobre todo en el Nuevo Testamen-
Ga 3, 24 to, para ser superada. También la ley de Jesús puede convertirse en letra muerta, puede esclavizar y forjar fariseos. La ley de Jesús es para liberar al hombre.

Pocas cosas enseñó Jesús con tanta insistencia como la libertad interior y de pocas dio tantos ejemplos y sufrió tan graves consecuencias. No parece que Jesús haya tratado de formar en sus discípulos una mística especial de pobreza o penitencia. Fue fuertemente criticado por convivir con publicanos y pecadores. Vivió y enseñó una mística especial de libertad interior y de confianza en Dios, como la de un niño ante su padre.

La libertad de los hijos de Dios es aquélla que toca el sentido religioso de la vida del hombre. Jesús nunca fue un hombre escrupuloso. El hombre observante de la ley hasta el extremo le repugnaba. Jesús enseña que la confianza se había de poner en Dios y no en la seguridad de cumplir la ley.

La observancia de la ley sólo vale cuando se hace por amor; ni en el Antiguo Testamento se cumple la ley verdaderamente, si no se cumple con el corazón; el objetivo es llevar al amor más pleno y no a la mera observancia. El primero de los mandamientos es el amor; y el amor se vive en el cumplimiento de los mandamientos.

En el Antiguo Testamento la solución al problema de la vida es la ley; en el Nuevo Testamento la solución al problema de la ley es el amor. Moisés nos dio la ley; y Jesús nos da el amor para cumplirla. Moisés, la ley de Dios, es un criterio para interpretar y conducir la vida. Jesús es un principio vital, es causa, autor y consumador de ella.

Cfr. Rm 13, 8-10; Ga 5, 14

Juan, al referirse en el prólogo de su Evangelio a Moisés y a Jesucristo, hace una comparación: *La ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.* Moisés recibe un don y lo transmite, Jesús lo hace, y nos ayuda a corresponder. San Agustín llegó a esta fórmula tan liberadora y profunda: *ama y haz lo que quieras,* porque el amor es la única ley capaz de conducir al hombre sin rebajarlo. *El amor es lo que hace observar los mandamientos; el que no ama no tiene motivos para observar los preceptos.*

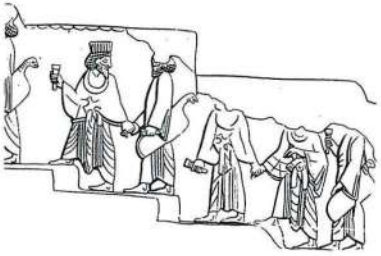
Jn 1,17

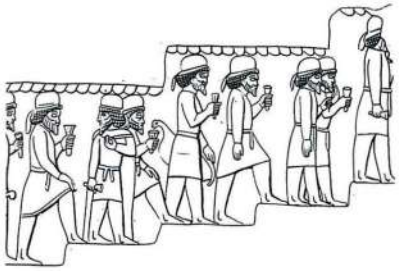
Sn. Agustín, *Sobre el Ev. de Jn.* Tr. 82, 3

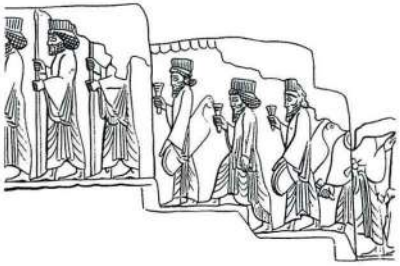
El hombre bíblico se realiza en la obediencia; y la obediencia es algo que lo ennoblece profundamente y lo vincula con Dios y con el mundo. Ser y obedecer son términos complementarios, referentes, recíprocos. El hombre es más plenamente él mismo cuando obedece libremente y por amor.

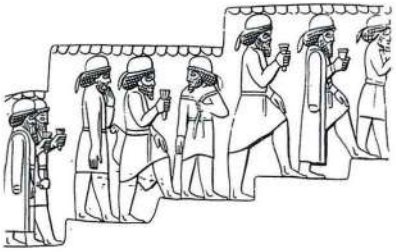
En conclusión y después de oírlo todo,
respeta a Dios y guarda sus mandamientos,
porque eso es ser hombre. (Qo. 12,13)

La vida y el deseo de vivir son dos cosas distintas, y nosotros no vivimos porque queremos, sino porque se nos dio la vida. Debemos vivir, y viviendo, obedecemos. La vida es un don, no un deseo ni un impulso. Nuestro deseo de vivir es una respuesta al deseo que Dios ha tenido de que vivamos. El









deseo de vivir es la aceptación y el acuerdo con Dios respecto a la vida que nos dio.

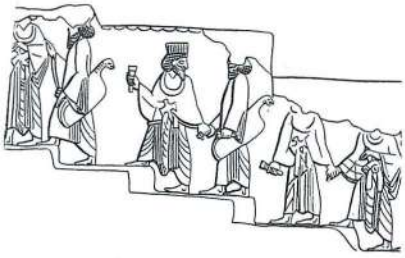
Es madurez y aceptación consciente de la propia vida el querer libremente lo que se debe ser y hacer. La libertad se nos ha dado para obedecer libremente. La desobediencia disminuye al hombre y lo frustra. Esto sucede aun en el orden físico, intelectual y espiritual; la ley suprema es la obediencia. El hombre no inventa las leyes de la naturaleza, las descubre y las obedece.

El valor de la persona adulta está más vinculado a sus obligaciones (a sus obediencias) que a sus derechos. La libertad se le dio para que amara espontáneamente el bien, la verdad y las personas, y para que se vinculara con ellas. Solamente como ser libre el hombre puede tender al bien en cuanto tal, a la verdad y a las personas. El bien, la verdad, y la persona siempre están haciendo alusión a la libertad del otro. No hay bien si no hay libertad que lo perciba. Tampoco hay verdad si no hay persona que la acepte. La verdad, como toda información, es algo que se recibe desde fuera y se capta desde dentro; es algo que el hombre recibe y hace suyo. La hace, porque la conoce y se relaciona con ella. La verdad es el dato real captado por un ser libre, o mejor; es la captación libre de un dato real.

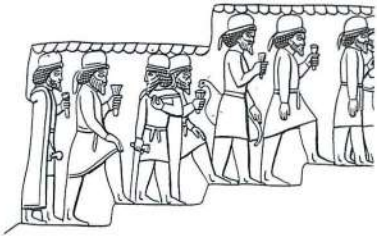
La libertad y el bien son realidades relativas y recíprocas. Para el hombre la tarea es ponerse de pie, como hombre, y esto lo consigue únicamente cuando dirige sus posibilidades en dirección al bien.

La ley es para orientar la actividad humana, recordando en los casos prácticos las formas concretas en que se deben vivir determinados valo-

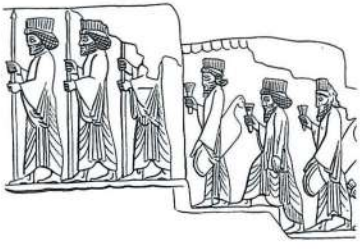
res, pero cuanto más desciende una ley a los detalles, tanto menos se adapta a las circunstancias personales. La ley es para iluminar la vida y no para sofocarla; tampoco debe mutilar la creatividad de la persona ni servir de escudo o pretexto para huir de responsabilidades que el hombre debe tomar. Si haces solamente lo que está mandando siempre te quedará mucho por hacer.



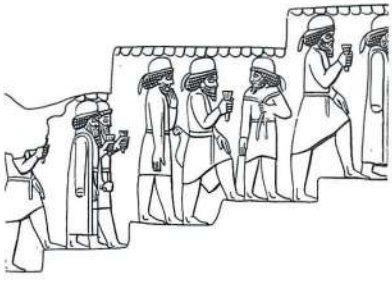
Madurar con la experiencia significa madurar en la conducta de vida. Es madurez humana llegar a un cierto grado de libertad interior incluso con respecto a la Ley de Dios. Es de esperar que, con la ayuda de Dios, los súbditos lleguen a tener tal madurez que puedan prescindir de los superiores irrazonables. El principio de autoridad y la autoridad misma, debe fundamentarse en la razón.



Una mamá veía jugar a su hijo que metía cosas en un contacto eléctrico. Le dijo dos o tres veces que aquello no se debía hacer por el peligro de darse un toque. Pero el chico no sabía lo que era un toque, ni sabía obedecer. La mamá cogió un pasador de pelo y se lo entregó. El niño aprendió por experiencia lo que era un toque eléctrico. Aprendió que era necesario obedecer, no tanto porque había autoridad, sino porque había razón.



La actitud de Jesús y el testimonio de los Evangelios sobre su vida y su enseñanza con respecto a la ley pueden parecer contradictorias, pero una reflexión más profunda permitirá captar la unidad de la práctica y enseñanza de Jesús.



Jesús no admite que la ley pueda convertirse por ningún motivo en medio de salvación. Para El, como para los profetas, el hombre no puede salvarse sin la iniciativa exclusiva de Dios. La salvación de los hombres depende no de la

conformidad de la vida con las prescripciones legales, sino de la aceptación del reino de Dios manifestado en Jesús.

Mt 11, 7-15; Lc 16, 16; Mc 2, 21 Mt 21, 31-32; Lc 15, 1s; Mt 10, 32-33; Mc 10, 13-16

La fe en Jesús y su seguimiento es lo que fundamenta la salvación de los hombres, no la obediencia a la ley. Los publicanos y las prostitutas precederán a los fariseos. Y lo mismo podemos decir de las parábolas de la oveja, de la moneda perdida y del hijo pródigo.

Si la justicia de ustedes
no supera la de los escribas y fariseos
no entrarán en el reino de los cielos. (Mt 5, 20)

La superación no consiste precisamente en el cumplimiento literal, sino en la entrega del corazón, la libertad y la justicia.

En el Nuevo Testamento la ley describe el comportamiento que el hombre puede y debe guardar una vez que ha aceptado por la fe que Dios entabla con él una nueva alianza. Jesús *cumple* la ley y pone de manifiesto sus exigencias absolutas. Jesús se opone violentamente no a la ley, sino al uso engañoso que el hombre puede hacer de ella, al falso poder de salvación que le atribuye.

Mt 5, 17

Mt 5, 21-48

En tiempo de Jesús la ley de Moisés sobre el sábado estaba en toda su vigencia y era entendida como ley de Dios.

La obediencia a los mandamientos es peligrosamente ilusoria cuando el hombre se escuda en ella para dispensarse del arrepentimiento para retardar la entrega total de su persona a Cristo en el prójimo. Los deberes familiares, o de oficio, pueden ser engañosos si sirven de pretexto para no seguir a Jesús. El descanso sabático no vale nada

si se opone al amor inmediato al próximo. Y es falso el cumplimiento de los mandamientos si perdona la necesidad de arrepentimiento.

San Pablo sigue la línea señalada por Jesús, solamente que su reflexión, sus conclusiones y sus aplicaciones concretas pueden parecer en ocasiones más drásticas. Para Pablo, por ejemplo, el hacerse creyente no es un cambiar de conducta; es abandonarse a sí mismo para estar en Cristo. La obediencia a la ley no es la condición de la salvación, sino una consecuencia libre y viva.

Mt 8, 21-22; Lc 24, 25-27; Mc 3, 1-6; Lc 18, 9-14

Col 3, 1-2; Flp 3, 9

Cfr. Ga y Rm

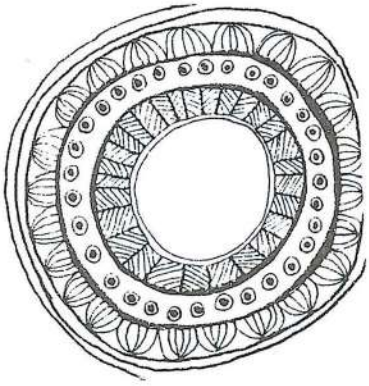
El fin de la ley no es solamente el bien común o el bien personal, sino que a través de eso y como fruto igualmente trascendente, la ley está dada para llevarnos a un encuentro personal con Cristo y a una relación viva con El.

Jn 13, 34; 15, 10

Rm 10, 4; Ga 3, 24

Suele ser un escudo frecuentemente usado por las personas inseguras, o poco dotadas intelectualmente, el refugiarse en la observancia de la ley para lograr seguridad personal. Así eluden la responsabilidad, atribuyendo al legislador o a la ley el éxito o fracaso de sus actos. Los hombres que no tienen más capacidad que para observar la ley están hechos para quedarse en ella.

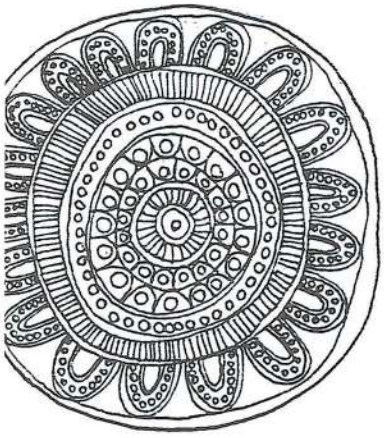
Se puede decir, en general, y particularmente tratándose de Jesús que la mejor interpretación de la ley, o al menos la que El hizo, nunca fue la literal. Aun tratándose de la ley de Dios, de los mandamientos y de las legislaciones del Exodo y del Levítico el cumplimiento que Dios pide es, ante todo, el del corazón. La ley por sí misma, incluso la ley de Dios necesita ser interpretada. La jurisprudencia es exigencia de la misma ley. Y por eso la mejor manera de obedecer, la mayoría



de las veces, no es la obediencia al pie de la letra; como tampoco la mejor interpretación de la ley es la literal.

Abraham Joshua Heschel, que fue un gran Rabino contemporáneo, dice: *la ley de Dios está escrita sin vocales (en hebreo), las vocales son el alma de las palabras. La ley de Dios está compuesta de consonantes; cada quien es llamado a ponerle las vocales. Lo que necesitamos es una manera de escuchar las vocales mientras leemos las consonantes.*

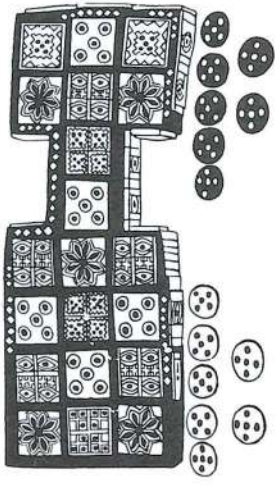
Uno de los valores más grandes del hombre consiste, no en monopolizar todos los valores, sino en reconocer sus deficiencias. Al hombre autosuficiente, soberbio y egocéntrico le falta mucho para llegar a ser un hombre. Y el que desempeña funciones de forma déspota, autoritaria o paternalista se opone al bien común, es decir, es un mal para la sociedad, y por supuesto para sus subalternos. Siempre ha sido una gran cualidad de los hombres que tienen autoridad, la capacidad de oír consejo.



Un legislador y una ley que se preocupan por la madurez de la persona y por el bien que la ley persigue, se despreocupa de ser reconocido y obedecido como legislador. Un legislador totalitario y paternalista sería feliz con súbditos que no pensaran ni decidieran, sino que simplemente hicieran lo que se les ha mandado. Pero sería un legislador que se complace en la destrucción, o al menos, en el no desarrollo de la persona. Y esto que sucede frecuentemente entre los hombres, no podemos pensarlo de Dios. Jesús tampoco estaba de parte del sujeto que se decide por el menor riesgo, o por lo más seguro para cumplir con el

deber. La tradición, que no sea entendida como la transmisión hecha con amor de valores amados, sino más bien como costumbres muertas, le repugnaba a Jesús por que aseguraba al hombre con puntos de apoyo falsos e invalederos, porque lo privaba de pensar y de crear, porque sacaba a la persona de la historia y de sus condicionamientos.

Mt 25,14s
Lc 19,12s



La costumbre no es ninguna razón para actuar de la misma manera, cuando no se actúa bien.

Se reúnen junto a El los fariseos, así como algunos escribas venidos de Jerusalén.
Y al ver que algunos de sus discípulos comen con manos impuras, es decir, no lavadas, le preguntan: ¿Por qué tus discípulos no viven conforme a la tradición de sus antepasados, sino que comen con manos impuras?

El les responde: Bien profetizó Isaías de ustedes, hipócritas, según está escrito:
Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, Ya que enseñan doctrinas que sólo son preceptos de hombres. Dejando el precepto de Dios, se aferran a la tradición de los hombres.
Les decía: ¡Qué bien violan el mandamiento de Dios, para conservar la tradición! (Mc. 7,1-9)

También ante los valores morales y ante Dios vale este enunciado de responsabilidad personal; *las personas que no hacen más de aquello por lo que se les paga, no merecen pago por más de lo que hacen.* La ley es una señal en el camino, o una ruta; es un punto de partida, una información y un dato, no una meta.

Los adultos normalmente tenemos un índice bastante alto de infantilismo. Muchos padres de

familia, maestros y sacerdotes lo favorecen, incluso lo presentan como el auténtico sentido moral cristiano. Por ejemplo, hay quien trata de asegurarse ante la contabilidad divina acusándole de las faltas que ha olvidado. En este caso, lo que vale es la auténtica contrición y no el encontrar una cláusula que dé seguridad y cabida al pasado. Semisupersticiones y rutinas de devoción se anteponen a las exigencias del amor de Dios y del prójimo. A Yahvéh no le gusta el hombre que con sus ritos quiere comprar la tranquilidad de conciencia. En el hombre adulto debe darse una jerarquía de valores más que una contabilidad de faltas aisladas. Dios no es un contador, es un Padre y una Madre caracterizado por una capacidad de comprensión inmensa. La integridad de la confesión, por ejemplo, debe referirse primero a la integridad de la persona y no al número exacto de sus deficiencias.

El Dios que impone a los hombres su deseo de que lleguen a obrar libremente, exige también de ellos el que se eduquen en la pedagogía de la ley, la interpreten y la interioricen, no menos que el superarla y abandonarla.

Complementaridad

El hombre no puede llegar al hombre sin la ayuda del hombre. Hasta en su encuentro con los demás es un ser limitado y social. Su naturaleza, expresada en la Biblia con el concepto de origen, es dialogal. El hombre es aquella creatura capaz de hablar, de dialogar con Dios, pero para eso, es necesario que dialogue con los demás.

Gn 2, 19-25

Durante su juventud pudo haberse sentido autosuficiente, sin necesidad de comunicación, pero en la medida en que va tocando su propia realidad va palpando su indigencia, su necesidad de amar y ser amado, de responder y preguntar, de dar y de recibir. En la medida en que va madurando se va haciendo responsable no sólo del curso de su vida, sino que, además, va tratando de compartir su responsabilidad.

Es necesario que el hombre comparta su vida con alguien, y no solamente que conviva. En la Sagrada Escritura ésta es una necesidad nacida de la voluntad divina, en primer lugar, y por eso es una necesidad de la naturaleza.

Gn 2, 18-20

En el Génesis la mujer es para el hombre un don de Dios, que se convierte en un canto de entusiasmo en su corazón: *¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!* De esta manera se

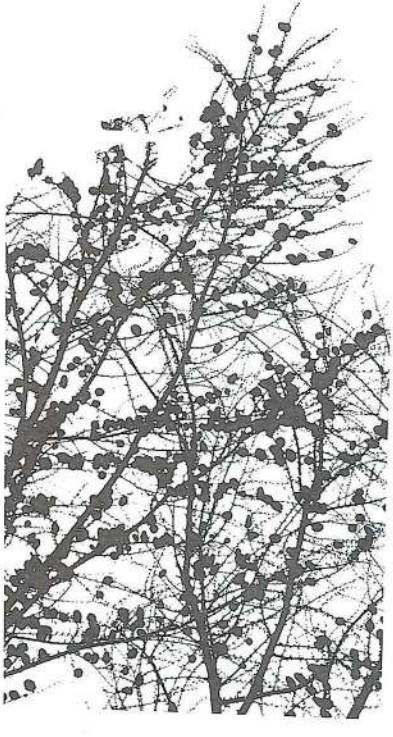
expresa una especie de identidad. *Su nombre será hembra, porque la han sacado del hombre. Por eso un hombre abandona padre y madre, y se junta a su mujer y se hacen una sola carne.*

Gn 2, 23-24
Tb 8, 5-7

El hombre se pone pues, en búsqueda de la que pueda llegar a ser su mujer, y de frente el uno al otro intuye las posibilidades que encierra la otra persona y se siente enamorado, es decir, movido a realizarlas.

Dice el Cantar de los Cantares.

En mi lecho, por la noche,
buscaba al amado de mi alma:
lo busqué y no le encontré.
Me levanté y recorrí la ciudad
por las calles y las plazas,
buscando al amado de mi alma;
lo busqué y no lo encontré.
Me han encontrado los guardias
que rondan por la ciudad:
-¿Vieron al amor de mi alma?-
Pero apenas los pasé,
encontré al amado de mi alma:
lo agarré y ya no lo soltaré,
hasta meterlo en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me llevó en sus entrañas.
(Ct 3,1-5)



El noviazgo es toda una aventura, que no carece de riesgos, de subidas y bajadas, de momentos luminosos y obscuros. Se podrían señalar como objetivos del noviazgo:

* El llegar a una simpatía, atracción y acuerdo mutuo. Quizá desde el primer encuentro se intuye la posibilidad de enamorarse, o se experimenta el amor inicial. Dice el Eclesiástico:

La belleza de la mujer recrea la mirada,
y el hombre la desea más que ninguna cosa.
Si en su lengua hay ternura y mansedumbre,
su marido ya no es como los demás hombres.
El que adquiere una mujer,
adquiere el comienzo de la fortuna,
una ayuda semejante a él y columna de apoyo.
Donde no hay valla, la propiedad es saqueada,
donde no hay mujer, gime un hombre a la deriva.
(Si 36, 22-25)

* El desarrollo de un entendimiento recíproco como fruto de una amistad sincera. Se va experimentando la felicidad de hacer una buena pareja y de encontrar la compañía de la vida.

Feliz quien vive con una mujer juiciosa,
quien no ara con un buey y un asno.
(Si 25, 8)

Este proverbio venía a expresar la necesidad de hacer, en el trabajo de la vida, una buena pareja.

El ganado y las huertas hacen al hombre floreciente,
pero más que ambas cosas se estima a la mujer intachable. (Si 40, 19)

* Una sensibilidad respetuosa y cariñosa sensible a la presencia física de la otra persona.

Si quieres un amigo, domestícame, dijo el zorro
¿Qué debo hacer?, -preguntó el principito-
debes tener mucha paciencia -respondió el zorro-
te sentarás primero un poco lejos de mí, así,
en el suelo; yo te miraré con el rabillo del ojo,
y tú no me dirás nada.
El lenguaje es causa de mal entendimiento.
Pero cada día podrás sentarte un poco más cerca...

Saint Exupery, *El principito*, Cap XXI

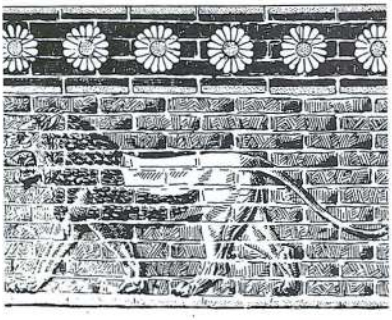
* Sensibilidad al estado psíquico de la otra persona. Es importante aprender a compartir los sentimientos desde el principio. Un beso puede ser un acto de respeto; puede ser también la forma de traducir el amor en música interior. También puede servir de engaño.

* Aprecio y apoyo a los valores espirituales de la otra persona. Ser novios significa compartir la responsabilidad del corazón y del alma.

* Gusto en compartir momentos tristes y alegres de la vida, como también los momentos más significativos. Gusto también por compartir los valores y buscar la convalidación, es decir, la confirmación de los propios valores al compartirlos y convivirlos.

* La actitud más acertada en este momento debe ser la sinceridad y la autenticidad. Mentir aquí significaría engañar y ser engañado en lo que toca a la verdad y a la felicidad de uno y otro.

Así el noviazgo viene a ser una etapa previa de preparación en la vida para compartir la vida. Durante este tiempo han de probarse sus estructuras, los principios y valores de cada uno, y no únicamente los sentimientos aislados. Deben ver si son lo suficientemente fuertes como para prometerse una esperanza que sostenga sus vidas siempre.



En el noviazgo, primero, y en el matrimonio después, el tú del encuentro se convierte en tema de la vida. Abarca la existencia espiritual, psíquica y física de la otra persona en la construcción de un vínculo indisoluble. El noviazgo está orientado esencialmente al diálogo, a la exclusividad y a la recíproca formación. El noviazgo está orientado

a una decisión, no es una decisión. Es para darse cuenta de si son el uno para el otro.

El compromiso del noviazgo consiste en poner los medios para conocerse suficientemente y elegir libremente. A partir de ese momento empieza a ser común la forma de verse a sí mismos, la forma de ver el uno al otro y la forma de ver y juzgar la realidad. Esta comunión deberá llegar a todas las esferas de la vida. En circunstancias ordinarias los novios y los esposos son los mejores auxiliares y facilitadores del crecimiento personal; podríamos decir, también, que son los mejores psicoterapeutas. Ellos cuentan con un nivel de comprensión y conocimiento que es fruto del amor y que no se obtiene por el estudio.

Lo que hace feliz al hombre, al final de cuentas, es el amor. Y el amor ni se compra ni se vende; se cultiva. Nace, crece, se desarrolla, da sus frutos y cuando no se le deja morir o se le mata, se hace eterno.

El hombre nace por amor. Se desarrolla en el amor. Vive para amar. Está llamado a vivir siempre enamorado. Y es responsable para siempre del objeto de su amor, es decir, de la persona que ha elegido, del modo de amarla, y de vivir perpetuamente en el amor.

Vivir siempre enamorado significa no tanto un sentimiento, sino una forma de ser y actuar. Hay personas que habiendo cumplido sus bodas de oro todavía pueden sentarse juntos en la misma banca del parque y estar callados. El silencio en ese caso es la expresión que cincuenta años antes se manifestó con un dinamismo más fogoso y con un diálogo interminable.

El amor trae consigo la capacidad de soportar juntos ciertos momentos difíciles; más aún, a veces es la causa de un sufrimiento que aquilata el alma. *Siempre que ama uno se expone a llorar un poco*. El amor, la felicidad y el sufrimiento es la aleación de un metal precioso que se encuentra en la vida.

Saint Exupery, *El Principito,*

El hombre y la mujer han sido creados juntos y, en cuanto sexuados, son imágenes de Dios asexuado; como lo son en cuanto corporales, imágenes de Dios espiritual. Juntos reciben la misión de cuidar y dominar la tierra y de ser fecundos. La mujer creada del hombre y para el hombre, es una ayuda semejante a El. Esta es una forma revolucionaria de expresar la dignidad y el valor de la mujer en ese tiempo y cultura.

Gn 1, 28-25

Gn 2, 18

Gn 2, 23-24

La mujer no es inferior al hombre, es su otra parte. Como seres sexuados, física y psíquicamente distintos, se complementan y se acompañan. Por seguir a la mujer el hombre debe dejar lo más querido y cercano: a su padre y madre.

Hay tres cosas que me rebasan
y una cuarta que no comprendo:
el vuelo del águila por el cielo,
el rumbo de la serpiente por la peña,
el destino de la nave por el mar,
y el camino del varón por la doncella.

(Pr 30, 18-19)

Un poeta pagano, Píndaro, decía:
Es precioso el mar embravecido,
es hermoso el sol en las montañas,
son admirables los barcos ordenados para la batalla,
pero lo que hace bellas todas las cosas es el amor.

Para el hombre bíblico, la vida brota del amor. Dice el libro de los proverbios, el más antiguo de la literatura sapiencial.

Por encima de todo guarda tu corazón,
porque de él brota la vida.
Que tus ojos miren de frente,
y tu mirada se dirija hacia adelante;
fíjate donde pones los pies,
que todos tus caminos estén firmes.
No te desvíes ni a derecha ni a izquierda,
aparta tus pasos del mal. (Pr 4, 23-27)

Bebe el agua de tu aljibe,
bebe a chorros de tu pozo;
no derrames por la calle tu manantial
ni tus acequias por las plazas;
sean para ti solo, sin repartirlas con extraños;
sea bendita tu fuente.
Goza con la esposa de tu juventud:
cierva querida, gacela hermosa,
que siempre te embriaguen sus caricias
y continuamente te deleite su amor.
Hijo mío, no te deleite la prostituta
ni estreches el seno de la extraña,
porque los caminos humanos están patentes a Dios.
El examina todas sus sendas;
sus propias culpas enredan al malvado
y queda atrapado en los lazos del pecado;
muere por falta de corrección,
por su enorme insensatez perece.

(Pr 5, 15-23)

Cuando el amor sigue el dinamismo propio de su crecimiento, cada paso es una novedad, un nuevo encuentro es como algo que acaba de comenzar. La tarea de cada uno es construir un

amor único, inédito, y creador ante las demás personas y circunstancias en que se gasta la vida. Por eso es importante alcanzar cierta altura para contemplar, desde arriba, el amor que se vive como una forma concreta de participar en el amor de Dios.

El nacimiento del amor es como un fenómeno natural; la fidelidad en el amor es un acontecimiento espiritual; haber amado siempre es un don sobrenatural, eso se suele llamar una gracia.

Paternidad

Al hablar de paternidad nos referimos a lo que hay de común en el hombre y en la mujer al tener un hijo; no precisamente a la masculinidad o feminidad de uno y otro, ni al hecho biológico de engendrar, gestar y dar a luz, sino a la plenitud que significa para la persona transmitir la vida.

El hombre alcanza un alto nivel de realización y se humaniza no sólo al penetrar o dominar el mundo, sino al encontrarse a sí mismo, al encontrar a la otra persona en la intimidad de ser para ella; de forma que en ese encuentro se establezca el compromiso de ser los dos para los demás, y más particularmente para el hijo. De tal manera que éste tenga en ellos a las personas que necesita como padres.

Crece el hombre en provecho propio en la medida en que se dedica y se ocupa en otros. La paternidad obliga al hombre a salir de sí y a preocuparse desinteresadamente por otro. Ese otro es distinto, y por eso es otro, pero es su hijo. Un hijo es un ser diferente y semejante: Adán engendró un hijo que era semejante a él, según su imagen. El hijo es una reproducción o copia del padre. El parentesco *-imagen y semejanza-* con Dios es un don natural que el hombre trasmite a sus hijos. Hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios. La fuente originaria y última de la generación de Jesús y de todos los hombres es Dios.

Gn 5,3

Lc 3, 18

Dicen que los chinos dicen, que para ser un gran hombre es necesario escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo. Les parecen tres acciones trascendentes cuya magnitud no alcanza a medir un hombre. La Biblia es muy escéptica con respecto a lo de escribir un libro:

Cohelet a más de ser un sabio,
enseñó doctrina al pueblo.
Ponderó, investigó, y compuso muchos proverbios.
Cohelet trabajó mucho en inventar frases felices,
y escribir bien sentencias verídicas.
Lo que de ellas se saca, hijo mío, es ilustrarse.
Componer muchos libros es cosa de nunca acabar;
y estudiar demasiado daña la salud.
Basta ya de palabras. Todo está dicho.
Teme a Dios y guarda sus mandamientos,
que eso es ser hombre de verdad.

(Qo 12, 9-13)

En la Escritura los hijos se consideran siempre como un don de Yahvéh. La mutua ordenación de marido y mujer tiene, en gran parte, su razón de

ser en la procreación, aunque no de modo exclusivo.

La generación es efecto de la bendición de Yahvéh. Israel espera hacerse numeroso como las
Gn 1, 28; 12, 2; estrellas del cielo y las arenas del mar. No depen-
15, 5;26, 4; 22, de del hombre solamente el multiplicarse. Los
17; hijos son la bendición de Yahvéh. En Israel los hijos son el deseo más vivo de los padres. Israel
Os 2, 1; mismo ha nacido de un milagro. Las mujeres de los patriarcas eran estériles. Sara no cree que
Gn 16, 1s pueda llegar a ser fecunda. Rebeca, sólo tras una oración especial de Isaac, tiene hijos. Raquel, la
Gn 25, 21 que amaba a Jacob, se desespera por su esterilidad:

Dame hijos o me muero, decía.

Y la respuesta de Jacob:

¿Es que estoy yo en lugar de Dios,
que te ha negado el fruto de tu vientre? (Gn 30, 2)

Gn 22, 12 La vida es sagrada; un hijo es un don de Dios; es algo sagrado que Dios le da al hombre y a la mujer. Los padres son portadores, testigos y guardianes del don divino de la vida; por eso la vida de sus hijos no les pertenece. Ni en el más primitivo Israel, a pesar de ser una sociedad patriarcal, el
Gn 22, 11s padre era dueño de la vida de sus hijos; no le estaba permitido sacrificarlos, ni podía venderlos, aunque fueran hombres de mucha fe en el Dios verdadero, como Abraham.

Los padres transmiten la vida al estilo de Dios, la dan de verdad y para siempre. Aunque ellos den la vida no tienen derecho a quitarla por ningún motivo, porque la vida es propiedad exclusiva de Yahvéh. La vida es lo divino que el hombre lleva

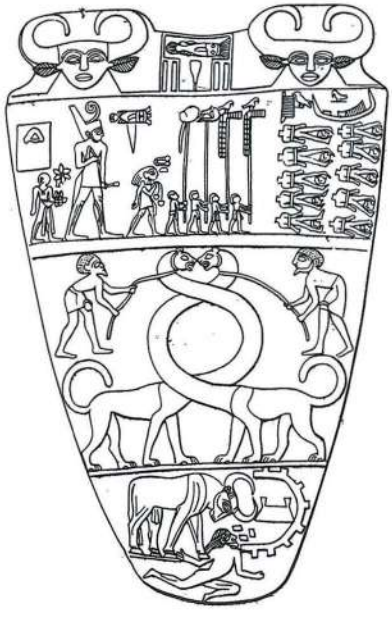
dentro, por eso debe defenderla, respetarla, y entregarla.

La actitud justa de un padre de familia ante la vida de su hijo es de veneración, atención y respeto. Es claro que respetar no se opone de ninguna manera a orientar, encauzar y motivar. El don de dar la vida trae consigo la obligación de orientarla, encauzarla y motivarla.

Los hijos se consideran en el Salmo 127, 3 como herencia de Yahvéh; y en el 128 se les llama una bendición del hombre que lo teme. En el Salmo 113 se alaba a Yahvéh, que bendice a la estéril con la alegría de los hijos; éstos son para los padres honra y orgullo, alegría y una visible ayuda.

Para Cohelet tampoco la abundancia de hijos es un valor absoluto:

Aunque un hombre engendrara cien hijos...
pero si no puede saciarse de lo bueno,
entonces, digo yo:
más dichoso que él es un aborto. (Qo 6, 3)



El libro de los Proverbios recomienda a los hijos:

Escucha a tu padre,
porque él te ha engendrado,
y no desprecies a tu madre,
porque se ha hecho vieja...
El Padre del hombre honrado se llenará de gozo,
el que engendra un hijo sensato se alegrará,
tu padre estará contento de ti
y gozará la que dio a luz. (Pr 23, 22-24)

En la mentalidad hebrea el padres es el principal responsable de la buena marcha de un buen

hogar y de su religiosidad; por eso en hebreo familia se dice *Casa Paterna.*

Engendrar un hijo debía ser el acto más personal y humano de todos los acontecimientos de la vida. Exige el máximo grado de conciencia, responsabilidad y libertad. Lo más propio del hombre no es lo más instintivo y biológico, sino el grado con que asume su responsabilidad de padre. Entre los inconvenientes que pueden tener los medios anticonceptivos, se da una ventaja, y no pequeña; que los padres sean más conscientes y responsables al traer un hijo al mundo. Esperamos que la paternidad responsable haga más responsables a los padres.

Ser padre es lo más noble que Dios le dio al hombre y para ello le impuso una ley que revelara el don. Esto es también lo más noble que Dios encuentra en el hombre y por eso ha querido ser llamado por Jesús y por todos los hombres, *Abba,* Padre.

La actitud propia del hombre con respecto a Dios es la del hijo confiado y fiel, y la de Dios, la del Padre amoroso y fiel.

Si ustedes, a pesar de ser malos,
saben dar cosas buenas a sus hijos,
cuánto más tu Padre, que está en los cielos,
dará cosas buenas a los que se las pidan. (Mt 7, 11)

El amor de los padres a sus hijos es desinteresado y libre de engaño. El hijo es como la obra maestra del padre; es carne de su carne y hueso de sus huesos, es como una prolongación de su propio yo que ha crecido a su lado como un retoño, es como una continuación, un complemento de su ser, un perfeccionamiento de su íntimo ego.

Su pasado se proyecta en el futuro. Quiere para su hijo lo que no tuvo para sí mismo y quisiera darle aquello que a él le hizo falta en la infancia. Su experiencia de vida la pone al servicio de quien debe vivir. Los padres viven para el hijo, se complacen en los hijos, se miran en ellos. Para el hombre el hijo le ha nacido entre los brazos de la esposa amada. Ha nacido del dolor de esa mujer. A uno y otro les ha costado lágrimas y trabajos; a los dos les ha correspondido enseñarle las primeras palabras, darle la mano en los primeros pasos, levantarlo en sus primeras caídas. Van descubriendo que también sus hijos han sido hechos a imagen y semejanzas de sus padres.

El padre es para el hijo, durante su infancia, algo más que un ideal, llega a ser objeto de su admiración y veneración. Es una veneración que empieza como un instinto, espontáneamente, y que debe continuar como un signo de religiosidad personal. Para un hijo los padres deben ser siempre, no sólo respetados, de alguna manera, venerados. El problema es de los padres: ¿cómo ser siempre objeto de la admiración y veneración de los hijos? ¿Cuáles son estos principios que deben transmitirles y que a través del tiempo enráicen cada vez más profundamente y den mejores frutos?

Cristo sabía que Dios es Padre. Padre de todos los hombres y no exclusivamente de Israel, Padre de buenos y malos. Mt 5, 45

Dios es auténticamente Padre de todos los hombres. Esta es una de las grandes novedades del mensaje de Cristo. El nos ama como un padre a sus hijos y no como un rey a sus súbditos o como un hermano a sus hermanos, o como un pastor a

sus ovejas, o como una gallina a sus pollitos. Jesús amaba la naturaleza, y en ella reflejó su amor y el de Dios. Lo más natural y divino es el amor del Padre por sus hijos.

El sufrimiento humano

Sufrir es soportar el mal moral o físico, el dolor, la enfermedad, la angustia, la tristeza, la contrariedad, las privaciones, las ofensas y todo cuanto pueda desagradar o distorsionar la vida del hombre. El sufrimiento encierra siempre un sentido
Jb 2, 13 de soledad. Acompañar a una persona en su sufrimiento es sentir compasión por ella, pero no estar con ella. Cuando no se puede suprimir el sufrimiento ajeno la única actitud justa es el respeto.

No todo es felicidad en la vida del hombre: el sufrimiento ocupa un lugar muy importante, es algo con lo que se encuentra inesperada e inevitablemente. Llega a ser, por lo menos en algún tiempo, una forma de vivir y no algo accidental.

Jb 14, 1;Pr 3,8: 4, 22; 41, 30; Si 31, 20; Sal 6, 38;41, 88 En el Antiguo Testamento se considera el sufrimiento como un hecho universal, como un mal que no debería existir y al cual el hombre no puede resignarse ni debe amarlo por sí mismo.

El sufrimiento es una crisis que exige haber ahondado en el significado, valor y sentido de su

vida. Hay ciertas cosas que el hombre solamente ve con lágrimas en los ojos. Otras muchas se imponen para ser aceptadas cuando no se han querido aprender pacíficamente. Por eso el sufrimiento tiene una función pedagógica, y también kerigmática: porque anuncia y crea una insatisfacción y una esperanza.

No se puede estar huyendo siempre. Ni Dios está mudo, ni el mundo es silencioso; llega un momento en que el hombre tiene que detenerse para oír y responder. El sufrimiento es un momento de auténtico encuentro con uno mismo, con los demás, con la vida y con Dios. Dios ha esperado a muchos hombres y santos, como a Ignacio de Loyola, en el dolor o en las penas.

La Biblia espera el tiempo mesiánico como un momento de curación, de liberación, de resurrección. Curar es una de las obras de Yahvéh. Todas las desventuras públicas y privadas son males de los que se liberará el pueblo en los días del Mesías.

Is 33, 24; 26, 19; 61, 2;
Is 19, 22; 57, 18; 53, 4-5

El sufrimiento exige del hombre una mística, una forma de ser tratado y vivido, y no tanto una explicación. No exige una respuesta de orden racional. Aunque el hombre exprese su dolor con una pregunta, en realidad lo que necesita es una actitud para afrontarlo, y no una respuesta. No le interesa el diagnóstico, sino el librarse de un mal o el sentirse con fuerzas para soportarlo.

Así como hay tiempos en que se pide amar, creer, esperar, servir, escuchar, así también hay tiempos en que no es posible entender lo que pasa. La historia, las circunstancias y los momentos, en ocasiones, rebasan nuestra capacidad de

comprenderlos fríamente. Casi parece una ley mental que cuando estamos más involucrados en un problema, como una pena moral o un dolor físico, más incapacitados nos encontramos para entenderlo.

Hay momentos en que no se nos pide entender, sino estar presentes ante el misterio de una situación ininteligible o desesperada. No es momento para entender o explicar; es el tiempo en que se requiere presencia de ánimo.

Si el momento es crítico, lo más normal es que la crisis entre hasta el corazón del hombre. El tiempo tiene mucho que hablar; y nosotros tenemos que dejarlo correr para escucharlo. La dimensión temporal es muy importante para situar los acontecimientos. Lo que hoy no se puede aceptar ni comprender, podrá tal vez ser aceptado y comprendido el día de mañana.

Dice un refrán popular que nadie es buen juez de su propia causa. Por más sentido de la proporción y de la justicia que una persona pueda tener, pierde la perspectiva desde su propia situación en crisis. Es necesario distanciarse un poco de sí mismo para poder mirarse en un espejo.

No juzgar, o no pensar, no es ningún valor para el hombre; pero lo puede ser retener el juicio o el pensamiento y asumir la situación, y la historia, hasta que se dé la paz, y el silencio interior necesario para escuchar y comprender.

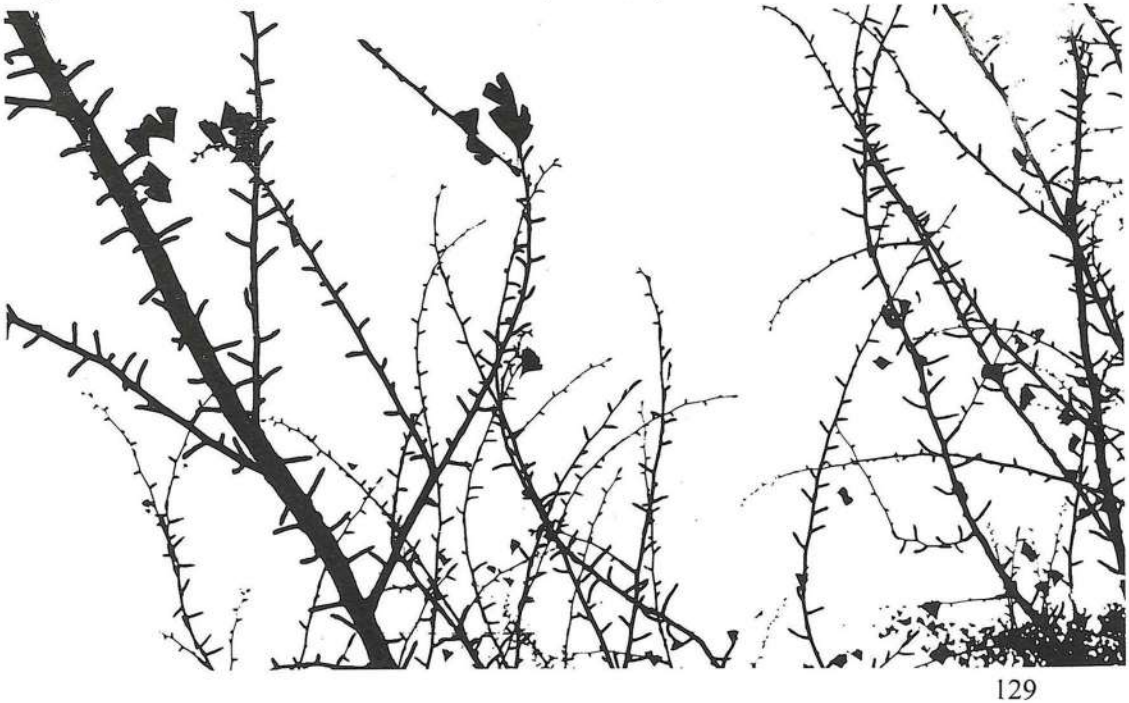
En el mensaje bíblico el sufrimiento sigue siendo lo que es en la vida: un problema abierto, cuyo secreto sólo la fe es capaz de discernir en los sufrimientos de Cristo. En El se manifiesta no sólo la actitud de amor, fidelidad y presencia con

que Cristo lo afronta, sino también el desorden de la creación y de la conducta humana y el amor redentor de Dios.

Hasta cierto punto cualquier cosa puede servir para explicar el problema del sufrimiento: las heridas pueden ser producidas por causas naturales. La enfermedad es normal en un ser vivo; en el universo es normal que se den fuerzas hostiles, el pecado trae la desgracia, etc. Pero en realidad nada explica al hombre su dolor, porque ninguna de estas causas escapa a Dios. Dios mismo queda envuelto en ellas. Los patriarcas, los profetas y los sabios entran a su tiempo en el misterio del dolor. En la Escritura se valora el sufrimiento como un medio de purificación.

Sal 77; 17
Jr 9, 6;
Sal 65; 10

La plata en el horno,
el oro en el crisol
y el corazón lo prueba el Señor. (Pr 17, 3)



Dt 8, 5; Pr 3, 11-12 El sufrimiento tiene valor educativo como el de una corrección paterna. El sufrimiento llega a ser hasta una forma de entrar en comunión con los hombres, a pesar de que el hombre sufra solo. El sufrimiento es una forma de revelación para los profetas. Moisés y los profetas son figuras de Jesús, el siervo doliente de Yahvéh. Jesús sufre y deja a Dios ser Dios y al hombre ser hombre, pero con su fidelidad, su obediencia y su aceptación da sentido al sufrimiento. El realiza la profecía del siervo de Yahvéh cargado con nuestra dolencias, compadeciéndose y curándolas todas. Sin embar-
Is 53, 4 go Jesús no suprimió el sufrimiento. Consuela y anima; hace una bienaventuranza cuando se sufre
Mt 8,17 por El y por el evangelio.

Para San Pablo el sufrimiento llega a ser una de las formas más valiosas e ineludibles de entrar en
Ga 2, 20 comunión con Jesucristo. Todos los hombres deben a su tiempo y en determinada medida, reproducir la imagen de Cristo doliente y mediante esto llegar a reproducir la imagen de Cristo glorioso. Para San Pablo el sufrimiento es signo de comu-
Lc 24, 26 nión especial con Cristo y prenda de la gloria futura, tiene valor de intercesión y valor redentor.

Seguir a Cristo en el dolor significa, en primer lugar, tratar de evitarlo en cuanto sea posible; y cuando no lo es, afrontarlo en fidelidad a Dios a los hombres, a la historia, a las circunstancias que no se pueden cambiar. También para los cristianos es necesario padecer muchas cosas y entrar así en la gloria. Por esto no debe llevar a un conformismo ante el dolor, ni debe quitarle su carácter de crisis. La aceptación intrascendente del dolor no es cristiana. Así podría soportarlo tal vez un filósofo estoico, o un faquir, pero no un

discípulo de Cristo. La aceptación del dolor sin significado ni sentido, nada tuvo que ver con la forma en que Jesús lo afrontó y nada tiene que ver con la forma en que un cristiano debe pasar por él. Tampoco es cristiana la no aceptación del dolor como un auténtico camino de comunión con Dios y como una dimensión más profunda del hombre ante la vida. El sufrimiento es también una forma de revelación para los hombres.

Como perfección de la vida, la salud es un don mejor que la enfermedad, y la recibimos para que, en actitud serena, podamos darle todo su sentido a nuestra existencia. En el orden humano y en el plan salvífico es el estado ideal. A él debemos tender si realmente queremos glorificar a Dios en nuestro cuerpo. Nunca podemos por nosotros mismos causarnos daño y pensar que con eso agradamos a Jesucristo, mucho menos, causarlo a los demás. Dice San Ireneo: la gloria de Dios consiste en la perfección integral del hombre viviente, y la vida del hombre en su comunión con Cristo. Dios no se complace con el dolor y en el sufrimiento, sino en la actitud con que el hombre lo afronta o lo supera.

Cfr. 1 Co 6, 20

Seguir a Jesucristo no es sinónimo de ir contra nosotros mismos. El ideal sería seguirlo con todas nuestras potencialidades humanas. Pero en ocasiones es necesario cargar con la propia cruz y negarse a sí mismo para dar un paso adelante.

Mt 10, 38; Lc 14, 27
Mt 16, 24; Mc 8, 34

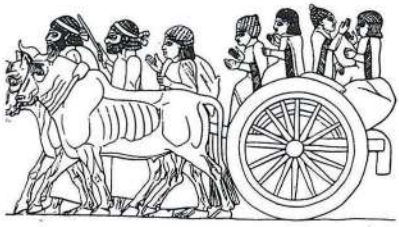
Jesucristo no es un adversario de la realización del hombre, sino su autor más profundo, y Aquél que lo lleva a su realización plena; aun cuando su seguimiento tiene exigencias inmediatas y fre-

cuentes que de mil modos pueden hacer sufrir a la persona.

Por el dolor el hombre se ve tentado en lo más vivo de su ser y conmovido profundamente. Y ante el hombre sufriente los demás deben tomar una actitud de profundo respeto como ante un misterio sagrado.

Dios es extraordinariamente sensible ante el que sufre. El sufrimiento sigue exigiendo siempre la búsqueda de un sentido que sólo puede captarse y valorarse en el orden de la fe.

El sufrimiento llega a ser un carisma, es decir, un signo particular de Dios para que una persona coopere en la obra salvadora de Jesucristo y en favor de todos los hombres. Llega a ser un bien, en el orden de la comunión con Cristo, que se encarna en un mal físico; y por eso es ambivalente y una crisis para el hombre, y puede realizarlo o aniquilarlo. Tiene sentido de tentación, y en el Antiguo Testamento se le vio vinculado al pecado. Tomado en su conjunto podemos decir que una de las causas del sufrimiento humano es el pecado, que la pasión de Jesús es consecuencia de pecados concretos, y que en la vida cotidiana el pecado de unos hace sufrir a otros.

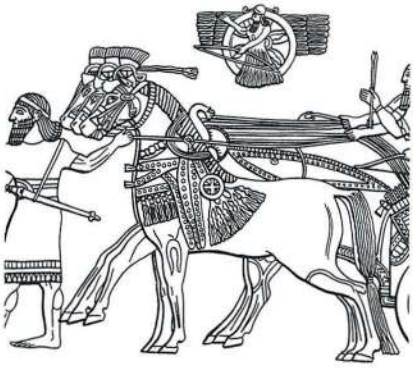


1 P 1, 7; 4, 1
Rm 5,3s; 2 Co
4, 16; 5, 10
Rm 8, 28

No debemos extrañarnos de que el dolor sea para el hombre una crisis y una tentación y que al hombre le falten respuestas, cuando todo esto le pasó a Jesús de Nazaret. Lo que el hombre necesita para afrontar el dolor es una actitud como la de Jesucristo.

El sufrimiento manifiesta la debilidad del hombre y su dependencia de Dios, y de todo. Prueba la fe, defiende del pecado, engendra la esperanza,

conduce el bien; pero también es una tentación, una crisis. Es la fuerza más fuerte que puede llegar a vencer al hombre y hacerlo perder su fe. La oración en el sufrimiento fortalece al hombre. Hay cierto dolor que solamente se soporta rezando.



El sufrimiento humano, sufrido en comunión con Cristo, beneficia a la humanidad entera y se convierte en un acto redentor y santificador; y porque esto no es claro a simple vista, podemos decir que el sufrimiento es un misterio.

En la Biblia y en la vida, el sufrimiento sigue siendo un problema abierto y sin respuesta adecuada, que exige del hombre una actitud: la de luchar contra él siempre que sea posible, y cuando no lo sea, la de aceptarlo con fidelidad como un camino abierto para un encuentro con Dios, con los demás y con uno mismo.

El hombre envejece

Los filósofos griegos pensaban que al niño le correspondía la inocencia; al joven la fuerza, la audacia y la belleza; al hombre adulto, la plenitud de sus energías, el mérito y el prestigio; al anciano, la sabiduría. Y así se enfrentaban con cada una de las etapas de la vida de maneras distintas; ante la infancia con cariño; ante la juventud con admira-

ción y energía; ante el hombre maduro con respeto; ante el anciano con reverencia.

Toda la vida parecía un proceso único de maduración. Todas las etapas eran un paso adelante hacia la última. Todos los esfuerzos se encaminaban a conseguir aquel valor que se alcanzan en la ancianidad; la sabiduría. Parecía que en toda la vida no se podía alcanzar aquello que pertenecía a los ancianos. ¡Lástima que lo lograban hasta el final!

La infancia se valoraba por el cúmulo de las posibilidades que abría; la juventud, por lo que emprendía; la edad madura por sus realizaciones exteriores; la ancianidad por su plenitud interior. Era necesario abandonar unos valores para conseguir otros. No había ningún camino recto para la madurez; se llegaba a ella mediante un proceso, con muchos cambios y giros. Cada etapa iba precedida de una sacudida en la evolución corporal. Era un cambio que siempre costaba trabajo al hombre. Parecía normal que en cada etapa tratara de retener algo de la anterior. Se necesitaba mucho valor para no identificarse demasiado con una edad sin saber avanzar. Toda fijación era falsa; el tiempo se encargaría de demostrarlo. Era doloroso admitir que cuando el espíritu estaba maduro, el cuerpo comenzaba a agotarse. La línea ascendente de la vida adquiría un doble significado; físicamente se caminaba hacia la ruina: espiritualmente se caminaba hacia la plenitud; la sabiduría se encargaba de convertir lo trágico en serenidad; lo transitorio en eterno. Y la mística fundamental del anciano era la purificación.

En un mundo utilitarista como el que vivimos, avanzar en edad es una desgracia. La edad avan-

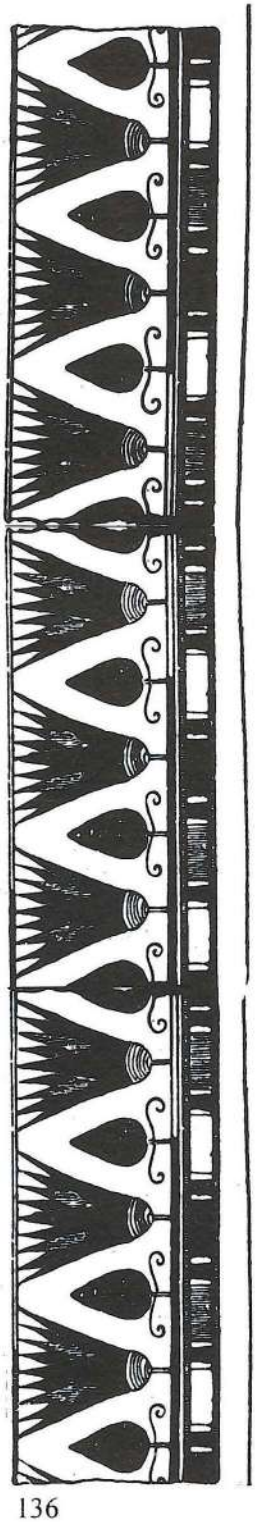
zada viene a ser equivalente a una situación de estancamiento en la que se entra con todos los hábitos y prejuicios irreversibles adquiridos a lo largo de la vida. Casi a todas las personas de edad se les niega el derecho de adaptación; y como son personas cansadas, ellos mismos están contentos de haber perdido ese derecho que les ocasiona trabajos. Ser bueno con los ancianos es, para muchos, alimentar sus prejuicios y necedades.

El poder de adaptación y cambio de un anciano es más grande del que estamos dispuestos a admitir. No tenemos derecho a negarle la capacidad de hacer un esfuerzo.

Las personas mayores no son gente que pertenece al pasado; son personas que en el momento presente deben ser escuchadas, porque tienen algo que decir. La sabiduría es la bebida añejada de toda una vida dedicada a su obtención. No hay ser humano que no guarde un secreto o un tesoro en su alma. La vida está llena de historia y de tradición y ellos son los guardianes de ese tesoro. Fácilmente valoramos las antigüedades como objetos de museo, o como objetos decorativos; pero pocas veces caemos en la cuenta de la riqueza humana que una persona de edad puede transmitir.

La ancianidad es el tiempo de la reflexión serena para el crecimiento interior. Es el tiempo de la valoración, de la oración. El anciano oraba así:

¡Oh Dios, desde mi juventud me has instruido
he anunciado hasta hoy tus maravillas,
y ahora que llega la vejez y las canas,
Oh Dios, no me abandones
para que anuncie yo tu fuerza a todas las
edades venideras,



tu poder y tu justicia, oh Dios, hasta los cielos!
(Sal 71, 17-18)

En la Escritura, la vida del anciano se valora en sí misma, no por la utilidad que presta; se valora porque es una vida vivida:

Ponte de pie ante la cabeza encanecida
y honra el rostro del anciano:
y teme a tu Dios.
Yo soy Yahvéh. (Lv 19, 32)

Casi siempre cuando no hay respeto a los ancianos, tampoco hay valoración de la vida. Aunque quisiéramos negarlo somos una referencia continua, aunque implícita, a nuestros padres, a nuestros antepasados. Un pueblo sin tradición, es un pueblo sin valores; y los jóvenes deben ver en los mayores algo digno de ser venerado.

Todos conocemos jóvenes tristes, sin ideales, drogados, ausentes y egoístas que sueñan en robar y en vivir de los demás. Han comprado ya su boleto para la cárcel, el hospital, el manicomio y quizá, al final, para una frustración definitiva.

El que hoy consideremos a la juventud con todas las características de la mentalidad griega y algunas más, -y no como trágica-, y a la ancianidad, en el aspecto dramático y ya no de purificación, en el fondo, es falta de reflexión o de comprensión de la vida.

Es normal que el hombre de muchos años pierda fuerza y hasta autoridad, y eso es justo; porque ha de reconocer que en la vida se puede adquirir fuerza y autoridad, pero que no se puede vivir de ello. El poder, el dinero y las comodidades califican al hombre del mundo, lo aíslan, y hasta lo esclavizan antes de que se de cuenta. El camino

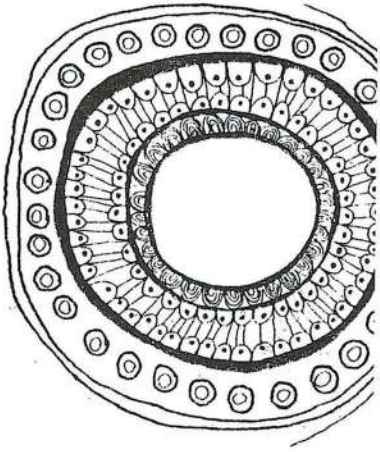
del encuentro consigo mismo y con Dios exige que el hombre tenga que despedirse y desprenderse de todo, hasta de sí mismo.

El anciano necesita un poco de seguridad, mucho cariño, un poco de exaltación, y ser confirmado en el valor de su vida, aunque parezca inútil, y principalmente de su persona. Todo esto es la recompensa que se le debe dar por lo que ha hecho. Negársela puede ser una injusticia. Los ancianos necesitan comprensión y no sólo pasatiempo. Los ancianos necesitan ilusiones, y no sólo recuerdos.

La necesidad de formación continua y adaptada no se refiere solamente al aspecto intelectual. Un anciano necesita que se le ayude a caminar y que se le ofrezca seguridad para poder avanzar en sus días, que deben ser más felices y no más difíciles que los de su edad madura.

Las fuerzas del anciano han disminuido, no tiene por qué escalar montañas; pero tampoco se le debe dejar en una inmovilidad fatal.

Saber envejecer es propio de sabios y de héroes. Se necesita valor para reconocer que los demás no son injustos; que es razonable ceder el paso; que es lo justo ceder responsabilidades; que el valor de la experiencia es un valor muy relativo, y que los más altos valores no son monopolio de un sólo hombre; que es necesario transmitir la luz sin querer retenerla, porque cuando se le retiene se apaga, y porque esa antorcha se lleva por relevos. Puede ser importante recordar el pasado para poseer mejor el momento presente, pero nunca para añorarlo o tratar de reproducirlo.



La vida de todos los hombres está destinada a un encuentro final y definitivo. La ancianidad es una prueba única; vivirla requiere una energía preparada y acumulada a lo largo de toda la vida. Madurar es un privilegio, es un signo, es una gracia.

La muerte, plenitud de la vida

Para Descartes, el problema era la existencia. Llegó a dudar, con duda metódica, hasta de su propia existencia. Y resolvió el problema con una reflexión que ahora nos hace sonreír. *Pienso, luego existo.* La categoría con la que pensaba y su marco de referencia era la existencia.

Nosotros no planteamos el problema en términos de existencia. Es mucho más lo que existe en el universo y está oculto que lo que está manifiesto; en el mundo hay más materia del subsuelo hacia abajo, que lo que hay en la superficie. El problema es de presencia, de significado, de conciencia. La gente no se quita la vida para resolver "el problema de la existencia", sino para escapar del sin-sentido, al captar que no es importante para nadie, ni siquiera para sí mismo.

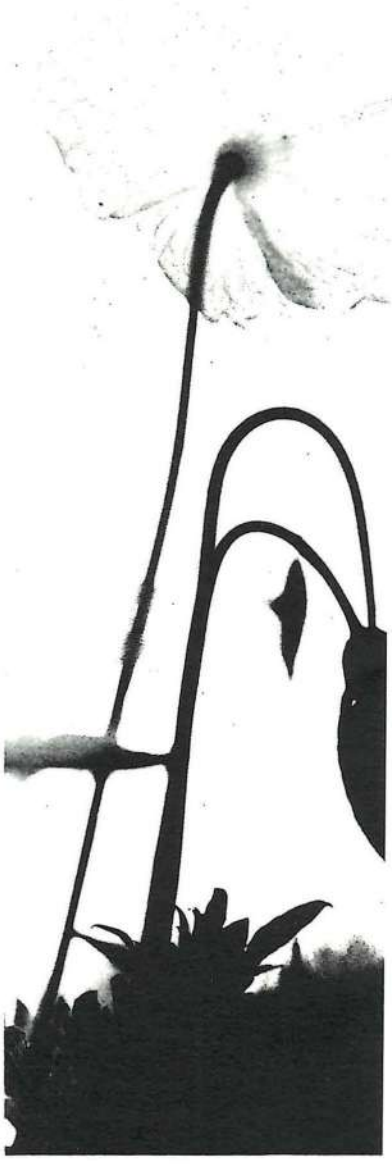
Para Descartes la categoría en la que planteaba su problema era la existencia. Para el hombre

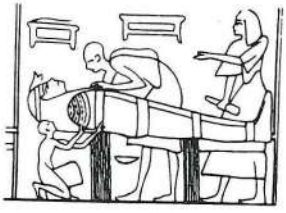
bíblico es la presencia, el significado, el valor. Más importante, y hasta más fundamental, que saber si existo es saber ante quién existo, para quién existo y qué valor tiene mi existencia.

Como el sufrimiento, y quizá más, la muerte es un problema abierto en el Antiguo Testamento. Es lo más patético del drama de la vida. La felicidad de vivir se acaba con morir en paz y lleno de días. La muerte aparece como algo terrible y sin sentido.

Para los vivos aún hay esperanza,
pues vale más perro vivo que león muerto.
Los vivos saben que han de morir;
los muertos no saben nada,
no reciben salario cuando se olvida su nombre.
Se acabaron sus amores, odios y pasiones.
Y jamás tomarán parte en lo que se hace bajo el sol.
Anda, come tu pan con alegría
y bebe contento tu vino,
porque Dios ya ha aceptado tus obras;
lleva siempre vestidos blancos
y no falte el perfume en tu cabeza,
disfruta la vida con la mujer que amas,
todo lo que te dure esa vida fugaz;
Todos esos años fugaces que te han concedido bajo el sol;
que esa es tu suerte mientras vives y te fatigas bajo el sol.
Todo lo que esté a tu alcance hazlo con empeño,
pues no se trabaja ni se planea,
no hay conocer ni saber en el abismo
a donde te encaminas. (Qo 9, 4-10)

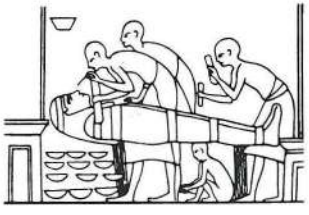
Cuando florezca el almendro,
y se arrastre la langosta
y no dé gusto la alcaparra,





porque el hombre marcha a la morada eterna
y el cortejo fúnebre recorre las calles.

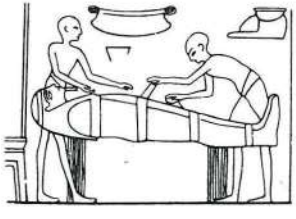
Antes de que se rompa el hilo de plata,
y se destroce la copa de oro,
y se quiebre el cántaro en la fuente,
y se raje la polea del pozo,
y el polvo vuelva a la tierra que fue,
y el espíritu vuelva a Dios,
que lo dió... (Qo 12, 5-8)



Oh muerte qué amargo es tu recuerdo
para el hombre que vive en paz entre sus
bienes. (Si 41, 4)

2 M 7, 9-36
Mt 22,23;
Mc 12, 18;
Lc 20, 27

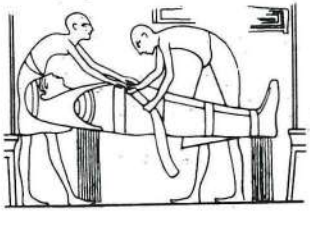
La muerte se consideró una desgracia para el hombre y muy ligada a su condición de pecado. En el mejor de los casos hay alguna esperanza de resurrección para el justo. Todavía en tiempo de Jesucristo no todos creían en la resurrección.



La vida que los hombres vivimos no es del hombre, sino de Dios.

El hombre no es dueño de su vida,
ni puede retener su aliento;
no es dueño del día de la muerte
ni puede librarse de la lucha. (Qo 8, 8)

Esta pertenencia a Dios es lo que hace de la vida algo sagrado. En lo más hondo del hombre se esconde su secreto: la vida está marcada con el sentido de lo ajeno. Lo más propio del hombre es que la vida no le pertenece. La recibió como un don; es como el custodio de su propia vida; él y su vida se identifican, por eso debe entregarse a sí mismo como un don.



La vida viene a ser un signo, es un sacramento; pero no debemos confundir el signo con el signi-

ficado, como tampoco el sacramento con lo sacramentado. El signo es la vida y el significado es Dios. Quien la da, quien la mantiene y quien la busca para llevarla a su plenitud junto a sí mismo es Dios. Lo más sagrado del hombre, su punto de comunión con Dios, es la vida. Para todos los hombres la vida temporal es la semilla de la vida eterna.

No está mal reflexionar en la muerte cuando un hombre nace. Porque todo nacimiento es una referencia existencial a la muerte, que es su cumplimiento. Y mucho menos mal está hablar del nacimiento cuando una persona muere. Porque morir es nacer a una vida nueva, distinta de la temporal, pero absolutamente vinculada con ella. Para el que muere en comunión con Dios, morir es un privilegio, es la vida de Dios en la plenitud de participación con el hombre.

Cuando Dios da la vida, da la muerte. La vida es una alusión a la muerte y morir es llevar la vida a su plenitud.

Dijo Salomón:

Yo también soy un hombre mortal como todos
un descendiente del primero que fue formado de la tierra.
Mi carne se modeló en el seno de una madre;
Durante diez meses en su sangre tomé consistencia,
mediante la semilla viril
y el placer que acompaña el sueño.
Yo también, una vez nacido, respiré el aire común,
caí en la tierra que a todos recibe por igual
y mi primera voz fue la de todos: lloré.
Me crié entre pañales y cuidados.
Pues no hay rey que de otra suerte
venga a la existencia:

una es la entrada en la vida para todos
y una misma la salida. (Sb 7, 1-6)

El don de Dios vivo es la vida y el derecho que nos da de ofrecerla. Cuando Dios da la vida, la da de verdad y para siempre. Ofrecerla no es perderla, es la forma más perfecta de vivirla.

Mucho vale a los ojos de Yahvéh
la muerte de los que le aman. (Sal 116, 5)

Morir significa entregarse y dar la vida a Dios total y definitivamente. Por eso sólo el hombre posee la vida plenamente; porque es capaz de entregarla, porque sabe que vivir es entregarse, y morir es llevar la vida hasta el extremo, hasta lo último, hasta la entrega final.

La vida y la muerte no son términos contrapuestos o contradictorios, sino complementarios. La vida y la muerte, nacer y morir, son hechos fundamentales ligados para el hombre. Están unidos por unos cuantos aniversarios. Aceptar la vida significa también aceptar la muerte. Morir significa llevar la entrega de la vida hasta el final; y así como es propio del Dios vivo el vivir; así es propio del hombre el estar muriendo.

El hombre es el único ser que tiene el privilegio de morir, que muere verdadera y auténticamente, cuya energía vital no puede quedarse en un mundo inanimado y reducirse a nada. Es el único ser que muere libremente, porque, aunque no muere cuando quiere y como quiere, tiene el poder de aceptar la muerte en la forma que se presente. Puede entregar su vida. Puede decir: *Señor, cuando tú quieras.*

La muerte es tremenda, angustiosa y temida: pone al hombre en el lugar que le corresponde,

aquilata su entrega. Todos estamos llamados al heroísmo de dar la vida. La muerte, más que un castigo, es un acontecimiento ligado esencialmente al privilegio de vivir.

Cuando el hombre muere, normalmente está muy ocupado. Lo ocupa totalmente la difícil tarea de estar muriendo. El dolor, la angustia, la soledad, el miedo, e incluso su desesperación no son sino síntomas de su propia muerte. Lo decisivo del hombre no es lo que hace al momento de morir, sino lo que hace a lo largo de la vida y con su vida.

A la muerte no se le conoce con la muerte, que es una sola y distinta para todos, sino con la vida. Se ha de reflexionar sobre la muerte en los mejores momentos de la vida. Es imposible hacer teología de la muerte cuando uno se está muriendo.

Al final, cuando se vive intensamente, porque se está a punto de completar la vida con la muerte, lo único que vale la pena, lo que de verdad se va con uno, es haber amado.

Al vivir la muerte de nuestros seres queridos, vamos muriendo poco a poco; nos hacemos solidarios de su entrega personal y sabemos que también nosotros estamos muriendo. Algo de nosotros mismos estamos entregando con cada ser querido que muere.

La vida se vive en su profundidad cuando se sabe por quién y para quién se vive. Para el hombre religioso vivir significa vivir para el Señor, y morir, morir para el Señor. El hombre es el único ser viviente que muere rezando. En Pascua, al celebrar la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, celebramos también nuestra propia muerte y re-

Rm. 14,8-9

surrección. Y nuestro morir es una referencia a la muerte de Jesucristo.

Rm 8, 29 Estamos llamados a reproducir la imagen de Jesús no sólo en la vida, sino también en la muerte. El es el primogénito de los muertos. Morir con Cristo es el penúltimo paso, o el paso antecedente a con-resucitar con Cristo. La resurrección de Jesús es el mensaje último sobre la muerte del hombre.

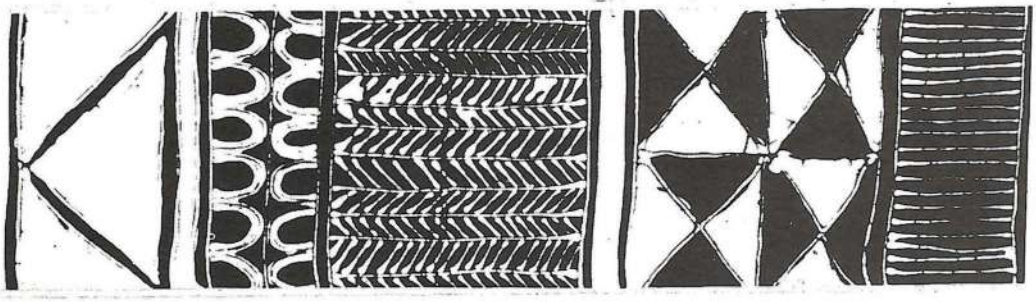
Cfr. Rm 6, 8
2 Tt 2, 11; Col 1, 18

Cfr. Jn 13, 3; 14, 2s; 17, 1s Para Jesús la muerte tenía sentido; era volver a la casa paterna.

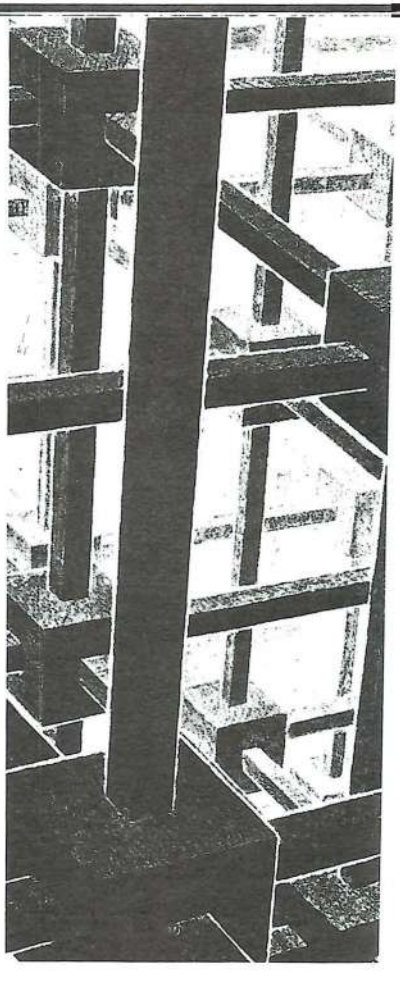
Para San Pablo morir era con-morir con Cristo. Era una forma de entrar en comunión con El.

En el Evangelio de Juan, morir es la forma última de la presencia de Jesús en la vida de cada hombre. Jesús va a prepararnos un lugar, pero volverá a llevarnos con El:

Y cuando me haya ido
y les haya preparado un lugar
volveré y los llevaré conmigo
para que donde esté yo
estén también ustedes. (Jn 14, 3)



Trascendencia del hombre



El hombre es la única creatura del universo que aspira a ser otra cosa de lo que es; quiere ser más bueno; quiere un mundo más justo; quiere vivir más tiempo. Se siente impulsado a alcanzar lo inalcanzable, a realizar lo imposible, a creer contra la evidencia, a esperar contra toda esperanza, a vivir contra la muerte, a amar contra el odio. El hombre es el ser que se exige más de lo que puede dar; que se pregunta más de lo que puede saber y que pretende más de lo que puede alcanzar.

La palabra trascendencia puede tener muchos significados. Puede referirse a la inquietud o aspiración que el hombre experimenta al no alcanzar plenamente sus posibilidades y al sentirse urgido por ellas; al comprender que, de alguna manera, lo que es y lo que hace está remitido a algo que va más allá de sus propios límites. Ser trascendente es uno de sus más grandes valores.

El hombre se realiza en cuanto se trasciende, es decir, en cuanto sale de sí y se preocupa por otro. La preocupación por los demás no es optativa para el desarrollo y la madurez de la persona. El hombre dejaría de serlo en la medida en que se encerrara en sí mismo y se despreocupara de los demás.

Así, ser hombre es tener siempre hambre y sed; es estar siempre insatisfecho. El hombre es el único ser inconforme. Ser hombre es querer ser más que hombre. Sólo para el ser humano las exigencias de realización van más allá del concepto de hombre y de la imagen que se tiene de él.

La trascendencia no significa la negación de lo concreto y de lo real, sino la exigencia que siente a superar la realidad experimentada. Para darse cuenta de sus límites, el hombre necesita situarse fuera de ellos, por eso es siempre superior a sí mismo y más grande que él mismo. Puede ser más o menos limitado, pero es el único capaz de darse cuenta de su limitación. Un animal está tan identificado con su ser y con su mundo, que no se da cuenta de sus límites. El hombre va más allá de su ser y de su mundo.

El hombre es un ser no-idéntico a sí mismo; esto es lo que quiere decir la palabra trascendencia. El no ser idéntico a sí mismo es fuente de angustia, de dolor y de grandeza.

Aunque la trascendencia no es un vocablo bíblico, el hombre en la Biblia, se presenta como un ser, el único, siempre trascendente. Ser hombre es estar escuchando siempre la llamada de Alguien. Ser hombre es estar siempre en búsqueda de ese Alguien, más que de algo. Ser hombre para el pueblo judío significa estar esperando siempre; ellos, al Mesías; el pueblo cristiano, la resurrección.

En la realización personal de su existencia el hombre no es el ser que se relaciona consigo mismo, sino el ser que en todo momento hace referencia a Dios, positiva o negativamente. Lo

cual presupone cierta consistencia personal y una conciencia de sí mismo. De lo contrario no podría tomar posición ante Dios ni ser responsable y libre.

La trascendencia del hombre es el fundamento esencial y constitutivo de su persona y de su responsabilidad; del avance de sus conocimientos y de su crecimiento humano, del conjunto de sus experiencias en vistas a resolver lo no experimentado, de la posibilidad de recibir a los demás y a Dios; es decir, su amor, la revelación y la gracia -su Espíritu-. El hombre por ser trascendente es un ser abierto a todo. Podemos señalar como característica de la persona la capacidad de trascenderse a sí misma; su preocupación por lo que es distinto de sí; su solicitud por lo otro.

La intrascendencia práctica del hombre proviene de su egoísmo, de su ignorancia o su negación a la misión que se le ha confiado y de su desinterés por los demás. Sustancialmente se trasciende al tener un hijo, al hacer cualquier cosa que vaya más allá de sus límites personales. Ser una persona es atender a algo distinto de sí mismo. También en este aspecto Dios es persona. Está preocupado por ti.

La trascendencia no es remitir a Dios los tesoros del hombre, sino reconocer, en el tesoro del hombre, a Dios. Es reconocer a Dios más íntimo y más propio que la propia intimidad y en cierto sentido es reconocer lo divino en todo ser humano. Desde el origen el hombre es trascendente, porque vive de la vida de Dios.

Gn 9, 5-12; 4, 15

La trascendencia del hombre es la relación interna y esencial de todo hombre a Jesucristo. Y el

mundo entero está vinculado por siempre a la presencia de Dios, que llegó a su más alto grado en la presencia histórica de Jesús.

Jesús se hace presente y presenta sus exigencias en los demás, en los más necesitados: *Tuve hambre y me diste de comer, etc.*

Mt 25, 35

Porque el hombre es trascendente sus actos son trascendentes y tienen un valor y significado que va más allá de sus propios límites: lo que el hombre hace tiene un significado para Dios. En la Escritura la trascendencia aparece en todo aquello que el hombre realiza y, consecuentemente, como destino del hombre; como eterno significado y valor de su condición humana. Por eso el hombre, en la tierra, está sembrando. Cosechará lo que siembre. Los que siembran el mal, normalmente, o naturalmente, no cosecharán el bien.

El hombre *de tierra y terreno*, está de viaje:

2Co 3,18

Somos ciudadanos del cielo...
de donde esperamos, como Salvador,
al Señor Jesús.
El cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro
en un cuerpo glorioso como el suyo,
en virtud del poder que tiene
de someter a sí todas las cosas. (Flp 3, 20)

Resurrección

El hombre que se sabe, y de alguna manera se experimenta trascendente con respecto a la temporalidad de la vida, se siente deseoso y angustiado de no saber con seguridad y detalle lo que pasa con él después de la muerte.

El israelita cree que Yahvéh tiene poder sobre el reino de los muertos. Puede librar del reino de la muerte. Yahvéh tiene poder de devolver la vida a los que han muerto, como lo hace por la oración de Elías y de Eliseo.

Dt 32, 22; Jb 26, 6; Pr 15, 11; Sal 30, 4; Si 51, 2; 1R 17, 17; 2R 4, 32s

Jesús devuelve la vida a los muertos; Pedro y Pablo lo hacen, como los Profetas.

Lc 7, 11; Mt 9, 18; Jn 11, 1; Hch 9, 36; 20, 7

Independientemente de si algunos pueden, después de muertos, volver a vivir, lo que interesa aquí es ¿qué pasa con el hombre después de su muerte? Una respuesta puede ser: se acaba; y por lo tanto su vida no tiene ninguna trascendencia, ni significado. Porque tratándose del fin o del límite, lo que no tiene todo su significado, no tiene ningún significado. No hay escala de valores que resista el límite: *Si los muertos no resucitan (si Cristo no resucitó)... ¡comamos y bebamos que mañana moriremos!*

1 Co 15, 32

El hombre sería una pasión que se consume sin sentido (Sastre); lo más sensato sería acabar con lo que no tiene sentido.

Pocas cosas sabemos sobre la vida eterna, porque mucho de lo que se dice es más un mensaje de presente que un mensaje sobre el futuro. Las metáforas usadas por Jesús para hablar de la otra vida no tratan de descubrir el secreto de lo eterno sino, por el contrario, tratan de dar a lo temporal un sentido que trasciende la vida de este mundo. Su anuncio de vida eterna no es para descubrir el más allá, sino para darle toda su importancia al más acá.

En el Antiguo Testamento la vida eterna era una incógnita; parece que lo fue también para Jesús de Nazaret. La resurrección fue un hecho revelador sobre el destino de Jesús y del hombre. La resurrección de Jesús no fue una revivifación, como lo fueron la de aquéllos a quienes Jesús devolvió la vida; por ejemplo la de aquel amigo de Jesús que se llamaba Lázaro o la del muchacho cuya madre lloraba inconsolable tras su féretro.

Lc 7, 11; Jn 11, 1s.

Jesús resucitó con una vida distinta; resucitó para no volver a morir, para manifestarse principio de vida, origen y fin de la vida de todos los hombres.

La resurrección del mismo Jesús no fue una revivificación como los milagros que Jesús realizó durante su vida, sino que fue una resurrección distinta, un hecho revelador sobre el destino del hombre y de Jesús. Por la resurrección Jesús quedó constituido como Mesías y Señor, y también como Hijo único de Dios vivo. La resurrección de Jesús es el mensaje más claro que tiene el hombre

sobre su propio destino. Incluso más claro que las mismas palabras de Jesús. En Jesús los hechos son tan reveladores como sus palabras. (Fp 2, 9s. Rm 1, 4).

No tenemos ninguna comparación que explique lo que es el hombre viviendo en plenitud la vida de Dios. Ni se dan en este mundo posibilidades de lenguaje, concepto o imagen que nos describan esa realidad; sobrepasa, bajo cualquier punto de vista, el espacio y el tiempo en que vivimos.

Para un hebreo morir significaba volver a la tierra de donde fue formado, devolverle la vida a Dios, que se la dio. Del hombre muerto solamente quedaba una especie de sombra, incapaz de gozar de Dios y de alabarlo. El hombre se acababa.

Bajo el influjo griego se creyó en la supervivencia del alma y en una resurrección para que el hombre fuera juzgado según sus méritos o de-méritos. Los saduceos se negaban a aceptar esta doctrina diciendo que no pertenecía al mensaje original del Pentateuco. Para Jesús la vida eterna, venía anunciada con el reino y era la plenitud de éste: y venía a dar todo su sentido al sufrimiento humano, lo mismo que al quehacer terreno. Se recibía gratis, como el perdón de los pecados y el amor de Dios. Pero otra parte, era también premio o fruto del seguimiento a Jesús, del cumplimiento de sus mandatos y de la fe en El. El hombre era por sí mismo, mortal como los animales. La inmortalidad, la vida eterna, era un don de Dios.

La respuesta al problema de la totalidad de la vida no está, pues, de este lado de la muerte, sino de aquél. Solamente a la luz de un fin que todavía

no se ve ni se vive, se puede comprender la vida que vivimos. La trascendencia del hombre es esa referencia total a lo que es y a lo que constituye lo escatológico, es decir, a aquello que se remite al fin.

Debemos hacer notar que se entiende la otra vida no como prolongación de ésta, en continuidad temporal, sino como algo totalmente distinto, pero también totalmente vinculado con esta vida. Como el árbol es plenitud, realización y cumplimento de la semilla y está totalmente vinculado a ella.

Así también en la resurrección de los muertos
se siembra corrupción, y se resucita incorrupción;
se siembra vileza, resucita gloria;
se siembra debilidad, resucita fortaleza;
se siembra un cuerpo natural, resucita
un cuerpo espiritual. (1 Co 15, 42)

El primer hombre, Adán, y el hombre en esta vida, es *de tierra y terreno,* y ser viviente; el segundo Adán, Cristo, y el hombre resucitado, es *del*
1 Co. 15, 45-49 *cielo y celeste, espiritual y vivificante.* El paralelismo se da no sólo entre Adán y Cristo, sino también entre la vida terrena y la vida eterna.

Al afirmar la resurrección de la carne, en el Credo, el problema no se debe poner en cuál es la carne y el cuerpo con el que resucita el hombre; la afirmación no recae en la integridad de la carne sino en la integridad de la persona. De tal manera que éste y el mismo ser que soy yo, resucitará con éste y el mismo cuerpo, pero espiritualizado. El cuerpo es forma, más que parte, del ser personal. Al afirmar la resurrección de la carne no nos preocupa la carne en cuanto tal, sino la resurrección de todo el hombre, y la afirmación de la no

supervivencia del alma desintegrada del cuerpo. Afirmar que el alma es inmortal, pero sin relación perpetua a lo concreto e histórico de su condición humana, no es la fe de la Iglesia. Lo que la Iglesia cree es la resurrección de todo el hombre, como quiera que se entienda, y no sólo del alma como una de sus partes. Podemos decir con más exactitud que el sujeto de la resurrección es la persona, que no es ni el alma, ni el cuerpo, y que es más que las dos cosas juntas, es decir, el objeto de la solicitud y amor eterno de Dios.

El que se acentúe la identidad de la carne se dirige contra la afirmación, o suposición infundada, de un nuevo nacimiento del alma en otro cuerpo; una especie de reencarnación. La identidad del hombre depende de la irrepetibilidad y unicidad de la existencia corporal. Afirmamos el hecho de la resurrección, aunque no sabemos ni podemos conjeturar el cuándo y el cómo. Incluso en el discurso de Jesús sobre el tema, todo queda a nivel de imágenes. La revelación no es sobre el cuándo y el cómo, sino sobre el hecho, y el hecho de futuro viene afirmado para darle al momento presente toda su trascendencia.

Generalmente se piensa que la resurrección se dará al fin de los tiempos, al fin de la historia, y en relación directa con el juicio final. Como si se resucitara para ser juzgado. La resurrección la entendemos como plenitud de la participación personal de la vida divina, dada en Jesucristo y a través de El, cuyo primer signo y prenda es la vida temporal que vivimos. Dado el vínculo de la resurrección de Cristo con la nuestra lo que podemos afirmar con más seguridad de nuestra propia resurrección es lo que sabemos de la resurrección de Cristo.

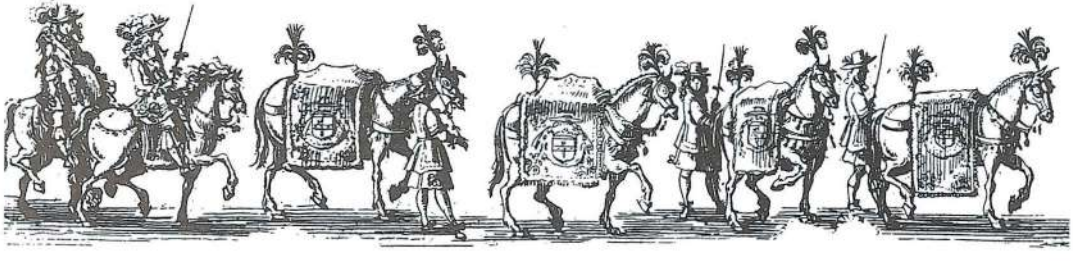
La fe en la resurrección de los muertos no es simplemente un punto principal y fundamental en la predicación de Pablo, sino de todo el Nuevo Testamento; y se afirma la continuidad del hombre entero y un destino como el de Jesús. En este punto la plenitud de la antropología cristiana se logra solamente al llegar a la Cristología. Y es verdad para el hombre, lo que afirmamos de Jesús, que así como ningún fruto es capaz de revelarnos la inmensa fecundidad de la tierra, así ningún teólogo, ni sabio, ni santo, podrá revelarnos el eterno significado de la condición humana del hombre. Sólo Jesús.

1 Co 15, 12-23; Mc 12, 25-27; Hch 17, 18-23; Cfr. 1 Ts 5, 23; Jn 17, 24; 14, 3

Job tomó la palabra y dijo:

¡Ojalá se escribieran mis palabras,
ojalá en monumento se grabaran,
y con punzón de hierro y estilete
para siempre en la roca se esculpieran!
Bien sé yo que mi Defensor vive,
y que él, el último, se levantará sobre la tierra.
Después con mi piel me cubrirá de nuevo,
y con mi carne veré a Dios.
Yo, sí, yo mismo le veré,
le mirarán mis ojos, no los de otro.

(Jb, 19,23-27).



3-26
24-31

3 El hombre en el mundo

El hombre como dueño y señor

El hombre no se encuentra solo en sus relaciones con Dios y con los demás; su existencia se da en un mundo circundante que le es absolutamente necesario. Desde el origen, el mundo ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el mundo; y por tanto el hombre lleva a su plenitud al mundo y le transfiere su propio sentido. Habiendo surgido y encarnado en las entrañas del mundo, el hombre debe encontrar la meta que le descubra su propio valor y significado. Sus aspiraciones deben ser superiores a sus adquisiciones; sus leyes a sus realizaciones; sus sueños a la realidad; sus metas deben ser superadas siempre, sus fines deben ser más grandes que sus necesidades.

Protágoras dijo que el hombre era la medida de todas las cosas, y podríamos decir que la medida de todos los hombres es Jesucristo; y la de Jesucristo, Dios. San Pablo usó una expresión más rica que la de Protágoras, que encierra un sentido de pertenencia, más que de proporcionalidad:

Todo es de ustedes,
y ustedes de Cristo
1Co 3, 21-22 *y Cristo de Dios.*

El mundo es el medio donde el hombre se humaniza, donde se encuentra consigo mismo, con los demás y con Dios. Para pensar en Dios el hombre tiene que ver el mundo; por eso es necesario fijar la mirada y afinar el oído para percibir la belleza de la música y el amor que encierran todas las cosas. Nuestras ideas e imágenes de Dios pueden no ser muy exactas, y no corresponder a la realidad, pero no su amor. La realidad es la mejor expresión del amor de Dios.

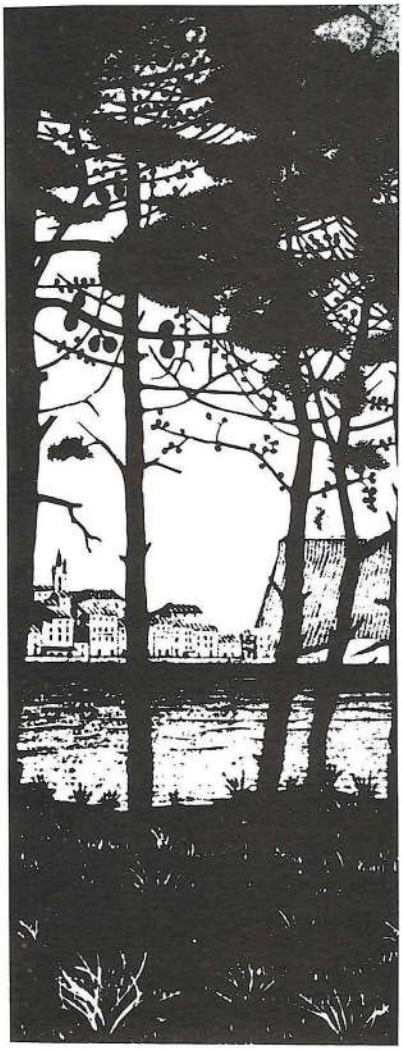
El mundo no es lo que separa al hombre de Dios, sino la expresión de Dios, el signo de Dios, lo que une a Dios. El sentido de lo terreno se ilumina con la Encarnación, al asumir el Hijo de Dios lo temporal y hacerlo perpetuamente suyo. Dios hizo del mundo material y de lo humano, su sacramento más personal, es decir, aquello en lo que Dios se expresa y se comunica del modo más directo.

El mundo exige del hombre una interpretación, que puede ser una lamentación o un canto. Los hechos concretos no trasmiten ningún mensaje, ni la materia tampoco. La catedral de Chartres, por ejemplo, es otra cosa que la cantera de donde salió. Se necesita el arte, el artista y el hombre capaz de percibirlo. La realidad no ofrece una interpretación única. Cada cosa, situación, o persona, es un símbolo y exige ser interpretado. La realidad es un poco de barro que puede tomar muchas formas.

El autor de los salmos le pidió al cielo que le hablara de Dios y al ponerse el sol, el firmamento le anunció la obra de Yahvéh. Le pidió a un pajarillo que le hablara de Dios y el pajarillo se puso a cantar; le pidió que le ayudara y encontró

la forma de defenderse. Puso en Dios toda su confianza y nunca se sintió defraudado. Su fe en Dios fue una forma de interpretar y vivir en el mundo y en la historia. Dios no tiene otra forma de hablar al hombre que la que el hombre tiene de entenderlo.

Sal 19, 1s



Es necesario no solamente servirse del mundo, urge también valorarlo. El hombre debe recuperar su capacidad de admiración; la admiración es lo que ha llevado al hombre a la ciencia y a Dios. El mundo no va a perecer por falta de técnica o de conocimientos, sino por falta de valoración. Cuando se pierde la capacidad de admirarse de las cosas, se pierde también la capacidad de valorarlas.

Con respecto a las relaciones humanas la fraternidad se funda en la valoración. Se hace uno solidario de los demás cuando los valora. Todo el mundo sabe que en masa el hombre se despersonaliza y despersonaliza a los demás. Ser hombre no es la verificación de un concepto abstracto; es vivir en el mundo y coexistir con un conjunto de cosas y personas que se valoran y se aman.

Valorar el mundo es más importante que poseerlo, y querer a los demás es más importante que conocerlos.

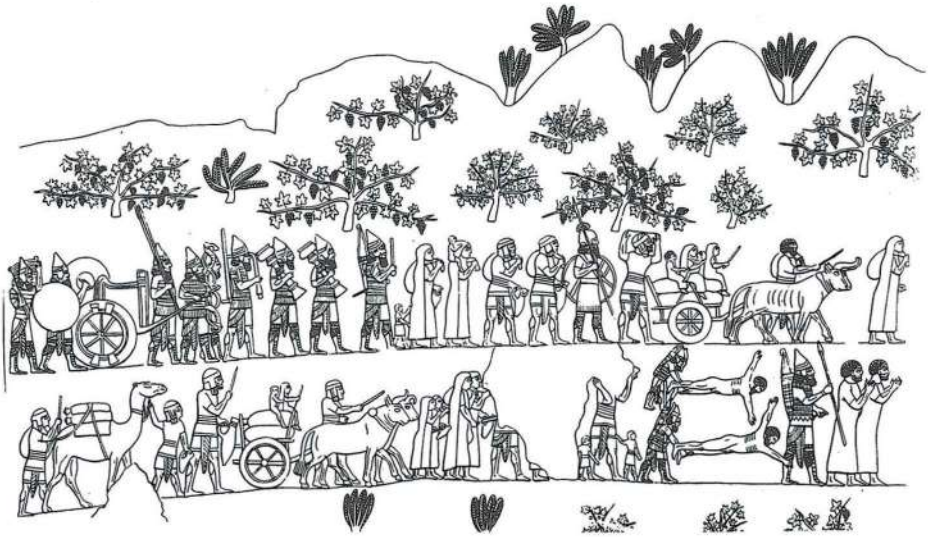
El hombre puede perderse en la naturaleza y en un mundo tan lleno de cosas, y vivir como un gusano en una fruta; pero también puede llegar a un conocimiento interno de tantos dones que se le han hecho y dar las gracias. Puede valorarlos y trascenderlos y no solamente utilizarlos. Las cosas son dones, encierran un significado de amor además de su significado interno y su belleza. El valor no es una sobreestructura o un barniz que

se ponga a las cosas, es su realidad intrínseca. Es la perla que encierra la ostra, es una gran montaña con un inmenso horizonte, no una tumba.

Sin la conciencia de una tarea o de un deber en el mundo, el hombre se siente un parásito. El mundo se impone al hombre como algo que tiene que ser escuchado y entendido. El mundo es un reto en el orden del conocimiento, en el orden físico, en el orden religioso.

Un hombre maldecía su suerte y a Dios porque no tenía zapatos, cuando tanta gente pasaba por la calle en magníficos automóviles y sin tiempo para detenerse ante los que carecían de lo necesario. Herido, con razón, se volvía irrazonablemente contra Dios. Luego tropezó con un hombre que, sin pies ni piernas, impulsaba su carrito con las manos para seguir adelante y le pedía una limosna por amor a Dios.

El hombre mostró sus pies descalzos para excusarse de dar una limosna; y pensó para sus adentros: yo no tengo zapatos, pero tengo pies y piernas. Dios me ha dado pies y manos para luchar por un mundo más justo. El no tiene dinero ni le sirven los zapatos, y habla de amar a Dios y camina tranquilo.



Los bienes de la naturaleza

Desde el principio se le ha dado al hombre como misión divina la de dominar la tierra, la de ser dueño y señor, la de servirse del mundo y utilizarlo. El hombre no sólo es de tierra y terreno, sino que la tierra le pertenece. *La tierra es del Señor. De Yahvéh es la tierra y cuanto en ella existe;* pero se la ha dado a los hombres.

Sal 24, 1; 89, 12

Pues mía es la tierra;
y ustedes son extranjeros y forasteros para conmigo... (Lv 25, 23)

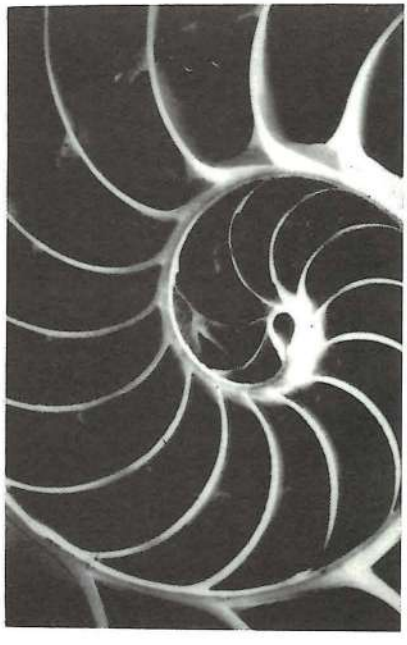
Los cielos, son los cielos de Yahvéh,
y la tierra, se la ha dado a los hijos de Adán.
(Sal 115, 16)

Aunque el hombre se sirve y sea servido de personas y de cosas tu destino es ser un compañero y un amigo más que un Señor. Su señorío está no tanto en delimitar lo suyo de lo ajeno; sino en compartir. Su servirse de las cosas debe ser también una atención y un cuidado por ella, de tal manera que su cuidado por las cosas llegue a ser un servicio a las personas.

Todo hombre necesita un espacio vital para ser humano. Esto vale en todos los campos: en el psicológico, afectivo, espiritual, religioso, incluso necesita un espacio físico.

Para poder valorar las cosas es necesario valorar la propia vida. El significado de las cosas deriva, la mayoría de las veces, del propio significado.

El hombre primitivo vivía defendiéndose de la naturaleza; si se identificaba con ella, él mismo era como una parte agreste. Su mundo -la selva y sus animales- le eran agresivos, y él vivía de la caza.



El hombre actual no debe destruir, sino proteger su mundo en torno; si no, su mundo se contamina; y se empobrece su flora y su fauna. Debe guardarlo como un vigilante alerta, como un jardinero cuidadoso.

Sólo identificándose con la naturaleza superará la condición del hombre primitivo, feroz, ciego y bruto.

El hombre que la naturaleza necesita no es un hippie que va desnudo como Adán y sin avergonzarse, sino el hombre que se siente comprometido con ella hasta la última de sus plagas. Para nuestros descendientes será como un crimen haber cazado gaviotas o no haber cuidado suficientemente al oso panda.

El hombre debe ser el guardián, vigilante y protector solícito del mundo. Es un administrador que se ha de manifestar fiel y prudente en lo que se le ha confiado. Su preocupación por el mundo debe manifestar su preocupación por los demás. Mt 25, 14s

Lo importante en la Biblia no es el mundo, ni el mensaje sobre el origen, sino el cuidado de Dios por el mundo, la historia y los hombres en particular.

El mundo, objeto de conocimiento, exploración, experimentación, explotación y consumo

El mundo es el objeto de la visión directa del hombre; está hecho para ser conocido por él. Con su mente el hombre va dominando el universo. El es la conciencia de todo el universo; con su canto hace su yo, participa e interpreta el himno de la creación.

A través de los siglos, con su ciencia y con sus científicos más preclaros, el género humano ha logrado descubrir poco a poco lo que Dios hace desde el principio.

El hombre debe explorar el mundo y meterse en todos los rincones, como en un jardín lleno de tesoros y sorpresas. El mundo no es un lugar en que Dios se esconde, sino el lugar en que Dios se encuentra. Todas las cosas y principalmente lo que pertenece al ser humano, deben estar abiertas a la experiencia y experimentación del hombre. Aquel que suponga que la ciencia destruirá su fe no cree de verdad. La fe no es un velo, sino

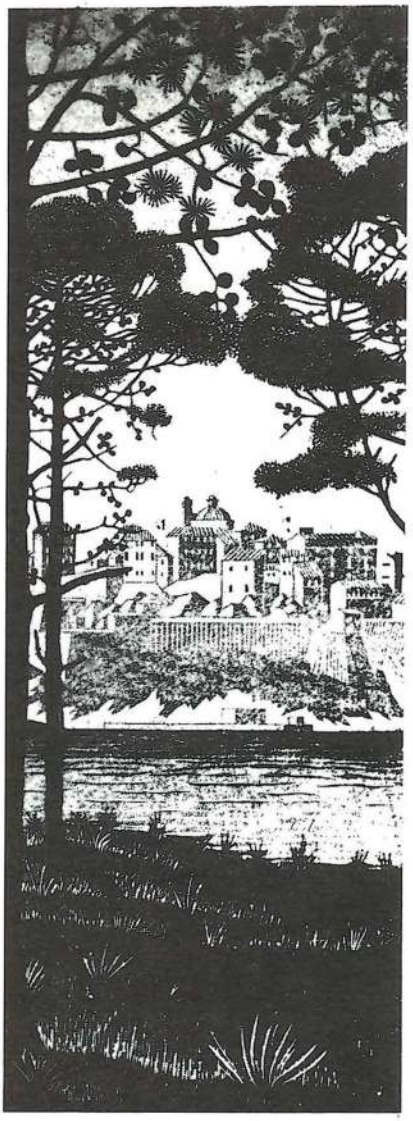
una luz en la vida del hombre, que no exige ver las cosas distintas de como son, sino verlas a la luz de la revelación.

Revelar, significa descubrir. La fe es un descubrimiento para el hombre; porque se descubre una forma de ver y actuar en el mundo que no es producto exclusivo de lo empírico ni se queda solamente en lo tangible.

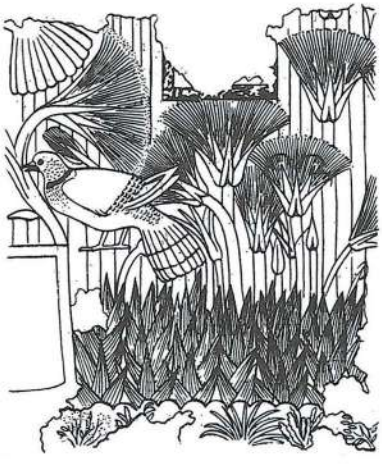
La fe ha cometido muchas faltas de respeto a la ciencia, o dicho de otra forma más exacta, los hombres que representan la fe han cometido muchos crímenes con los hombres que representan la ciencia. Porque hasta el presente, la fe y la ciencia son hermanas retiradas, necesitan caminar de la mano para entenderse.

Sin pretenderlo, la ciencia ha hecho que los creyentes puntualicen más aquello en lo que creen y profundicen más en su fe. Y la fe ha hecho a los científicos creyentes más respetuosos ante la vida y más humanos. El científico ateo no está más capacitado, sino mucho menos capacitado para actuar en favor de la humanidad.

El mundo está hecho para ser explotado. La fecundidad y la capacidad de recuperación del mundo es incalculable. Todos los frutos nos hablan de la fecundidad de la tierra, pero nadie es capaz de cuantificarla. El mundo se ennoblece y se consagra al ser utilizado; la selva virgen o el desierto inhabilitado son un reto para el hombre. No se trata de desflorar al mundo de su belleza, sino de consagrarla con la presencia activa del hombre. El mundo es bello para el hombre y por el hombre para Dios.



El mundo lo hizo Dios para el hombre. Este no debe sólo admirarlo, sino además conocerlo, explorarlo, experimentarlo, utilizarlo y aprovecharlo. En la Biblia, la tarea del hombre, se describe con la palabra *cultivar*. El trabajo del hombre es cultivar y cuidar. *Tomó Yahvéh Dios al hombre y*
Gn 2, 15 *lo dejó en el jardín del Edén para que lo labrara y cuidara.* Por eso lo más opuesto a su tarea es destruir, destrozar, descuidar. Con su descuido o su cuidado por las cosas hace el hombre parte de su historia; él decide sobre el destino y el uso de las cosas y aun de la vida, siempre que pertenezca a un orden inferior al suyo.



Lo natural para el hombre es estar presente en el mundo; y lo natural para el mundo es estar presidido por el hombre. No es mejor la naturaleza cuando se desarrolla espontáneamente; los procesos naturales no han de justificarse por el hecho de ser naturales y por no influir en ellos la razón humana. Es más conforme al plan de Dios que el hombre dirija, encauce o suscite los procesos naturales. Lo natural para la naturaleza es ser dirigida y administrada por el hombre; éste no profana la naturaleza, sino la consagra.

Con frecuencia se cree que cuando no se altera el orden de la naturaleza, ésta es más sana o santa, como si no estuviera esperando la intervención del hombre; pero la naturaleza pura es una naturaleza agreste, indómita, infructuosa y extraña. El hombre, con su razón y con su trabajo, puede sublimar la naturaleza y sus procesos; aunque también los puede pervertir.

El hombre del mundo

La fuerza que la humanidad está adquiriendo exige un mundo solidario. Estamos llegando al momento en el que existe UN mundo, con unidad de metas, o no existe ningún mundo (Guerra Mundial-autodestrucción total).

Cuando le preguntaron a A. Einstein si se podía imaginar cómo sería la tercera guerra mundial. Contestó: *no lo sé; pero estoy seguro que la cuarta será a pedradas.*

La unidad y la fraternidad de los hombres, como meta, suponen la unidad y paternidad de Dios como origen. Nada significa la fraternidad de los hombres sin la paternidad de Dios. Y el Dios de nuestros orígenes nos pide que tendamos a la unidad.

La discusión sobre el poligenismo y el monogenismo dio origen a una lucha violenta en pro o en contra de la Biblia. Si el autor del Génesis hubiera proyectado la vida hacia el pasado solamente, hubiera imaginado un Dios que hacia figurillas de barro, no una, sino muchas, y no todas iguales, unas barnizadas de blanco y otras de negro; eso hubiera descrito mejor su experiencia de vida. Pero para él, para quien Dios era uno y único, y el

único creador, el monogenismo es un dato teológico: así como sólo hay un Dios, así solamente crea un hombre; los hombres todos forman una unidad, una familia; todos somos sus descendientes.

Todos los seres humanos estabamos no sólo representados en Adán, sino de alguna manera contenidos en él, por cuanto en él estaba la semilla de todos nosotros. La hipótesis, o teoría del pologenismo científico, no modifica el mensaje teológico de unidad del género humano.

I Cor 15, 22s;

Puede ser que nosotros sintamos repugnancia a renunciar a nuestra nacionalidad para hacernos ciudadanos del mundo; como en la Edad Media sentían repugnancia a renunciar al feudo para empezar a constituir naciones. Pero aunque somos de tierra y terrenos, nuestros vínculos más fuertes deben ser con los hombres y no con la tierra.

Siempre será un convencionalismo histórico que del Río Bravo para abajo sea México. Es antinatural que la naturaleza sirva de división al hombre; y siempre será una meta por alcanzar, e inalcanzable, luchar por la unidad e integración de los humanos. La ciencia, el arte, la religión, la técnica, la cultura, todo anda en búsqueda de solidaridad. Se busca un código internacional que trascienda las naciones. Los derechos humanos, y de algún modo, el mercado internacional son un grito de entusiasmo por la unidad

La facilidad de la comunicación ha hecho que el hombre se interese por los que están más allá, y que llegue a sentirse ciudadano del mundo.

La familia humana es una y los bienes y valores son de todos. La Pietá de Miguel Angel y todos los tesoros del Vaticano, no son del Vaticano, sino del mundo entero. La música de Bach, no es de Bach, sino de todos los que tengan sensibilidad para escucharla. La Biblia de los hebreos, no es de los hebreos, sino de todos los hombres. Cuando un hombre descubre la verdad, la verdad es de todos. Cuando un hombre es condenado injustamente se ofende a todos los hombres, y Dios lo resiente. Un hombre es el fruto en un racimo de hombres.

La unidad de Dios es la razón última de la unidad del mundo.

Dijo Jesús:

Padre, que todos sean uno,
como tú en mí y yo en ti. (Jn 17, 21)

Cuando se golpea una campana en un sólo punto, vibran todas sus moléculas y todo el mundo resuena. Cuando una persona sufre, Dios lo advierte y la escucha. Si se muere un pajarito se apena una estrella. Obviamente no se trata de datos constatables, sino de algo más real y profundo: la unidad del universo y el cuidado de Dios.

Vean los pajaritos del cielo,
que no siembran,
ni cosechan,
ni recogen en graneros;
sin embargo,
el Padre de ustedes
que está en los cielos,
les da de comer.
Y ustedes valen mucho más que las aves.
(Mt 6, 23s)

Se contemplan los pajaritos y el trabajo de la cosecha, y los graneros, y se siente internamente que el valor de la persona está por encima de lo que se observa.

La unicidad de Dios no está dada solamente como dato numérico, es también el poder de Dios de unir a todas las cosas y los hombres entre sí. Es el poder de Dios de unir todas las cosas consigo, y particularmente al hombre.

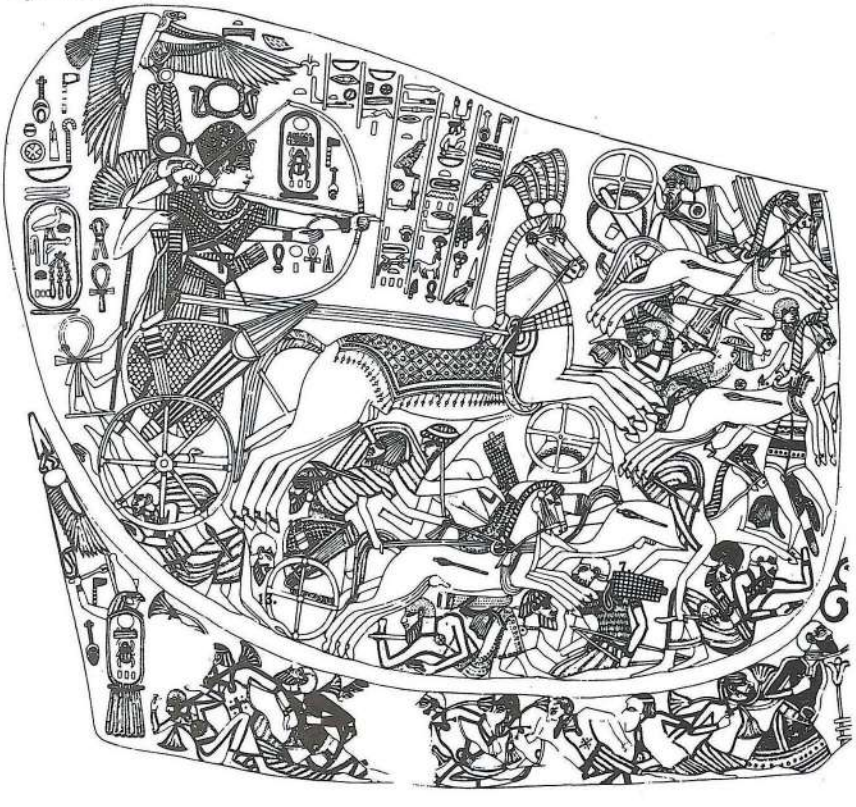
Un hombre solidario con los demás, siente compasión ante el sufrimiento, se siente avergonzado ante la miseria ajena, llora ante la pobreza de otro. Dar muerte al hermano aparece en la Escritura como una de las degeneraciones más inhumanas y como una degradación que ofende a Dios. A la pregunta cínica de Caín: *¿Acaso soy yo*
Gn 4, 9 *el guardián de mi hermano?*, corresponde la respuesta sobreentendida de Dios; un claro *Sí: tú eres el guardián de tu hermano y del mundo.*

Un mundo a la medida del hombre es un mundo a la medida del universo y de la historia, no el mundo de lo mío, lo próximo y lo inmediato. El hombre no se mide por su capacidad de caminar, de ver o de poseer; tiene una capacidad de dar incluso más grande que la que los demás tienen de recibir. Tiene derecho a dar su haber y su vida aun cuando los demás no tienen derecho a pedírsela. La capacidad de darse de Bach, de Leonardo da Vinci, de Erickson, de Gandhi, o de una mujer sencilla del campo, y de todo ser humano, va más allá de su tiempo, de sus ideas y de su vida. Entre todos los seres, el hombre es el único que tiene derecho a elegir a qué y a quién le da la vida.

El hombre se mide no sólo por lo que hace en la vida, ni por lo que hace suyo, por lo que tiene, sino por lo que da; principalmente cuando se trata de la entrega de la vida.

La unidad de Dios se manifiesta en su deseo y cuidado por la unidad del mundo. El mundo ante Dios forma un solo cuerpo y Jesucristo es su cabeza; el hombre no es ciudadano de unos cuantos kilómetros cuadrados; es ciudadano del mundo entero.

Cuando se tiene problema de identidad se lucha por lo exclusivo; la edad adulta crea la necesidad de compartir. Nada que sea verdaderamente humano le debe ser ajeno al hombre, como no le es ajeno a Dios.



4 El hombre en proyecto

El hombre en proyecto

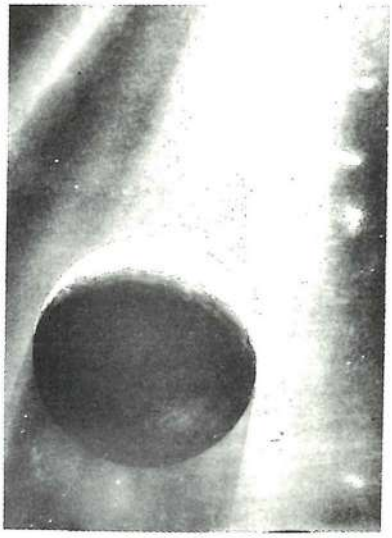
Por comparación a nuestra forma de proceder podemos decir que en Dios existe un plan salvífico universal, una especie de proyecto que ordena el mundo y conduce la historia hacia un objetivo determinado. A la luz del fin podemos descubrir el sentido que tiene la historia desde el principio. El fin es lo primero que se persigue y se piensa, como el Arquitecto hace un proyecto o una maqueta; determina, ordena y regula los medios hasta lograr los objetivos. El fin es lo primero que se tiene en mente, y es lo último que se logra. El proyecto de Dios sobre el hombre es todo el ser, y la vida y la historia de éste. Antes que el hombre está el proyecto de Dios sobre el hombre.

Dios también tiene un plan e interviene en forma continua en la historia humana y de cada uno en particular, aunque respetando la libertad y la responsabilidad de las personas. Es lo que Pablo llama *designio de su voluntad*, su plan o propósito, y también *beneplácito amoroso*, propuesto de antemano y desde siempre.

Ef 1, 9s
2Tm 1,9
Ef 3, 11; 1, 4; 2Ts 2, 13; Col 1, 26; 1Co 2,7

El plan de Dios no es algo ajeno a la historia, no es un destino fatal ni tampoco está desligado de las decisiones y responsabilidades de los hombres. La historia es lo que resulta del plan de Dios y de las decisiones de los hombres.

El plan salvífico habla de una unidad no prefabricada, sino descubierta, y revelada. Todo apunta en dirección al hombre. Científicamente el acontecimiento de la vida, preparado desde siempre, física o biológicamente considerado, forma un todo. El hombre que ha brotado del mundo y que es homogéneo al mundo, es también el coronamiento de todas las ciencias. Cada vez se va dibujando mejor el hombre en la paleontología, en la geología, en la biología, en la zoología y en la prehistoria. La materia está como preparada para la vida, la vida para la conciencia; la conciencia apunta hacia una libertad mayor, está en búsqueda de más ingenio, más pensamiento, más solidaridad y más entrega.



De la materia a la conciencia, a la libertad y a la solidaridad hay millones de años de distancia. Todo está profundamente unido, pero no se identifica. Los elementos siguen siendo distintos, pero unidos como eslabones de una cadena. Nada hay inferior o despreciable cuando todo apunta a la vida, a la conciencia, a la libertad, a la unidad, a la persona.

La masa inmensa formada por la totalidad de los seres orgánicos e inorgánicos revela una organización natural y pre-esperada. La maravillosa variedad en que se presenta la vida en sus órdenes inferiores es la expresión de un todo, un proyecto, que culmina en el hombre.

El mundo de los humanos, más todavía que el de los átomos, el de la atmósfera o el de los líquidos, forma un conjunto de correlaciones en cohesión interna.

Como no sabemos ni imaginamos el tamaño del universo, tampoco sabemos ni imaginamos el tamaño del poder y del amor de Dios. Todo lo vemos desde nuestra atmósfera, y cuando nos salimos de ella necesitamos un traje espacial, es decir, un poco de atmósfera artificial.

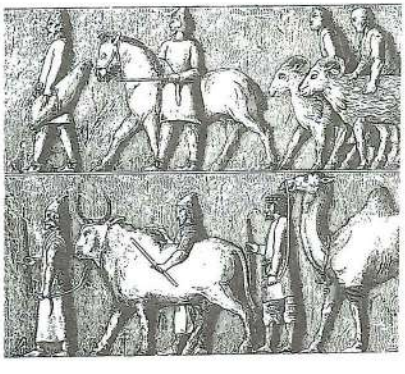
Dios es un Dios existente que da, produce y mantiene los seres. Dios es un Dios vivo que da, produce y mantiene la vida. Dios es un Dios personal que da, produce y mantiene a las personas y se vincula con ellas. El Dios de la biosfera es un Dios poco interesante, si no se convierte en el Dios del universo personal; y el Dios de la persona, libremente aceptado y amado, en el Dios de las demás.

El hombre pre-visto (Pre-visión)

Podemos hablar de una omnipresencia de Dios. Esto significa que Dios está presente en todo lugar, no como espiando al hombre, sino para cuidar de él. Es un atributo divino en favor, y no en contra del hombre. En realidad es un calificativo más del hombre que de Dios: el hombre es, en todas partes, el ser más cuidado de Dios. Dios se da cuenta en todas partes de lo que le pasa al hombre. Esta es una de las vivencias más profundas y genuinas del sentir bíblico.

Lo más importante no es que el hombre tenga presente a Dios en todo momento, sino que el hombre está presente para Dios siempre. Por eso es bueno que de vez en cuando el hombre se ponga en la presencia de Dios, de forma consciente; para sentir a Dios presente en su vida. Lo importante es que el hombre está presente para Dios siempre, y esto es bueno saberlo. La omnipresencia de Dios se refiere al cuidado de Dios no sólo en todas partes, sino principalmente en todo tiempo. El Dios de Israel está más relacionado al tiempo que al espacio. Es un Dios presente en toda la historia de la humanidad y de cada individuo. Es un Dios fiel, y su fidelidad tiene que ver con lo cambiante de la conducta de los hombres, y con su designio de ser siempre el mismo para el hombre.

Dios ve la vida y la historia desde el principio hasta el fin, y por eso podemos hablar de una previsión de Dios, o mejor, del hombre previsto por Dios; es decir, del hombre soñado por Dios, esperado por Dios; y también podemos afirmar que el hombre es el objeto del cuidado eterno y amoroso de Dios, aun antes de que exista. Su cuidado es mayor que el cuidado con que una golondrina prepara el nido para sus polluelos.



La omnipresencia y previsión de Dios se refiere a todos los hombres y principalmente a los más necesitados; por todo lo que se refiere a ellos Dios es especialmente sensible. El hombre en crisis existencial: pobre, humillado, pecador, enfermo, es el objeto primero del cuidado de Dios. Como una madre tiene especial atención y cuidado por el hijo enfermo o desamparado.

El hombre pre-amado (Pre-dilección)

El conocimiento previo de Dios está vinculado con su amor y el término de uno y otro es el hombre.

Las cosas se prevén en función del hombre, porque se le ama antes de esperar cualquier respuesta de su parte. Este es el primer mensaje a Jeremías: *antes de haberte formado yo, en el seno materno, te conocía; y antes que nacieras te tenía consagrado.* El conocimiento, según la mentalidad bíblica, no es solamente un acto intelectual sino una relación de benevolencia y de amor.

Jr 1, 4
Os 13, 5; Am 3,2; Sal 1, 6; 1 Co 8,3; Ga 4, 9

La predilección de Dios por el hombre no es fruto de un esfuerzo ni premio de una conducta; es un don dado con la naturaleza y significa que, independientemente de todo, el hombre no le es indiferente a Dios.

La Biblia es el testimonio continuo del amor de Dios por el hombre, y no al contrario. Y el mensaje fundamental del reino anunciado por Jesucristo es el inmenso amor de Dios por encima de la iniquidad humana.

Lc 15, 11s; Mt 18, 12-14

Todo el amor de Dios se dirige a todos los hombres, porque todos son una referencia esencial y existencial a Jesucristo; en El todos forman una unidad y son el objeto del amor del Padre. El

hombre es un ser relativo, y su relación fundamental es a Dios en Jesucristo. Y es una relación en el amor. Se relaciona con Dios como Padre y con los demás como hermanos. La relación no es sólo de creatura a Creador, ni de causa a efecto; es una relación en el amor del Padre que antecede a los hijos.

El hombre, desde su origen, de la misma forma que Adán, tiene carácter de signo; es un signo; y su significado es Jesús de Nazaret. El hombre es un signo, primordialmente para el Padre que ve en cada uno la imagen de Jesús. Esa es la razón última por la que los hombres deben encontrar a Jesús en los demás. Vinculado a Jesucristo, antes de todo tiempo, el hombre es el objeto del amor de Dios, y por eso experimenta la vida y el amor como un don; pero el amor antecede a la vida. Dios ama, y porque ama, da la vida.

1 Co 15, 47s

Rm 8, 28s

Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces,
pues no lo hubieras creado si no lo hubieras amado... (Sb 11, 24s)

Es propio de Dios, de su amor y de su gracia, el anteceder al hombre. Por eso antes que un hombre pueda contar con cualquier otra cosa, cuenta con el amor de Dios.

El hombre pre-elegido (Pre-elección)

La previsión y la predilección de Dios por el hombre termina en la preelección. El hombre es el ser que ante los ojos y el corazón de Dios está elegido o escogido de antemano, antes de la creación del mundo, para reproducir la imagen de Jesucristo, para conformarse con El y así participar en El de todo lo que Dios quiere y puede ser para el hombre. En el fondo se trata de ese amor que hace al hombre ser plenamente él mismo y que lo vincula al amor y a la gloria de Jesucristo, de tal manera que es destinatario del mismo amor y gloria con que Jesucristo ha sido amado y glorificado.

Jn 17, 24 y 26

Dios ha elegido al hombre: Israel ha sido el pueblo elegido por Dios. El elegido es el pueblo, el hombre, y no Dios; y sin embargo, Dios espera que en el tiempo oportuno el hombre lo elija, no como uno entre muchos, sino como término de su opción por el Dios único. Como respuesta a su preelección. El quiere ser elegido y no solamente aceptado; quiere ser el Dios de nuestra elección consciente, responsable y libre y por eso espera una respuesta en términos de compromiso y alianza.

La predilección y la preelección de Dios no implica la idea de discriminación de otros, viene

a subrayar el amor de Dios y no a establecer diferencia entre los hombres. La predilección es un término que vincula a Dios con el hombre y no un término para dividir a los hombres. Nada hay en el hombre que lo haga ser predilecto, sino la predilección de Dios. La predilección está en Dios, y no en el hombre.

En el Nuevo Testamento el objeto primero y último de la previsión, predilección, preelección y providencia de Dios es Jesucristo, y el hombre en cuanto está esencial y existencialmente vinculado a El. Los términos en que todo esto se expresa son siempre Cristocéntricos; así aparece en la Epístola a los Efesios, y en los lugares paralelos.

Ef 1, 1-23

Col 1, 13-20; Gl 4,4; Rm 8,28s; Jn 1,1s;20,30; Mc 1, 1s; Lc 3, 23s; Mt 1,1-18

Al preguntarnos en el Salmo 8, 5. *¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que por él te preocupes?* la respuesta se nos da en la misma pregunta: el hombre es el cuidado y la preocupación de Dios. El hombre vale lo que vale el cuidado histórico de Dios. El hombre es una concretización de la inmensa solicitud de Dios.

Solicitud de Dios por el hombre (Pro-videncia)

La Divina Providencia no es un atributo impersonal. Providencia no significa nada, si no es de alguien y en favor de alguien. La Providencia es un calificativo de Dios en favor de los hombres y se refiere al cariño y solicitud con que Dios cuida del hombre y principalmente de los más necesitados.

En último término la Providencia es la solicitud de Dios por Jesucristo, y a través de El y por El en favor de todos los hombres.

La Providencia de Dios por el hombre se ha revelado y actualizado en la solicitud histórica de Jesús-resucitado, por los suyos.

Los bienes temporales, nuestra salud, vida y bienestar, no son el objetivo último de la solicitud de Jesucristo, sino nuestra salvación, o realización plena y, junto con ella, su mayor gloria. Esta la busca y quiere definitivamente para nuestro bien. Porque su gloria está en la salvación de los hombres, en su progreso y bienestar temporal, porque el hombre que se salva en el más allá, debe también salvarse en el más acá. Decía San Ireneo que la gloria de Dios consistía en el progreso integral del hombre viviente, y Sto. Tomás decía: Dios

busca su gloria no en favor de sí mismo, sino en el nuestro. San Ignacio de Loyola decía que la gloria de Dios estaba en el mayor y más universal bien espiritual de los demás. Nosotros podríamos decir que la mayor gloria de Dios está en la liberación y salvación de los más necesitados, del hombre en crisis.

La Providencia de Dios y su cuidado del hombre a través de Jesucristo resucitado, no es solamente una solicitud natural para que no le falte casa, vestido y sustento; es una providencia de salvación, y por eso abarca al hombre en todos sus aspectos, sin perder de vista a Jesucristo que ordena toda nuestra existencia hacia la comunión de vida con El. La Providencia de Jesucristo es la solicitud amorosa y sincera por la que ordena todos los acontecimientos y todas las cosas para que los hombres consigan libremente y mediante su gracia la más plena realización.

Podríamos señalar una especie de orden en esa solicitud divina. Se buscan los bienes espirituales por encima de los temporales; se atiende a las personas por encima de las cosas; se atiende a lo más comunitario por encima de lo más individual. Si hay una solicitud con respecto al reino vegetal es para que en él se dé el reino animal, y en éste, para que en él se dé el reino humano y en éste la comunión con los demás y con Dios.

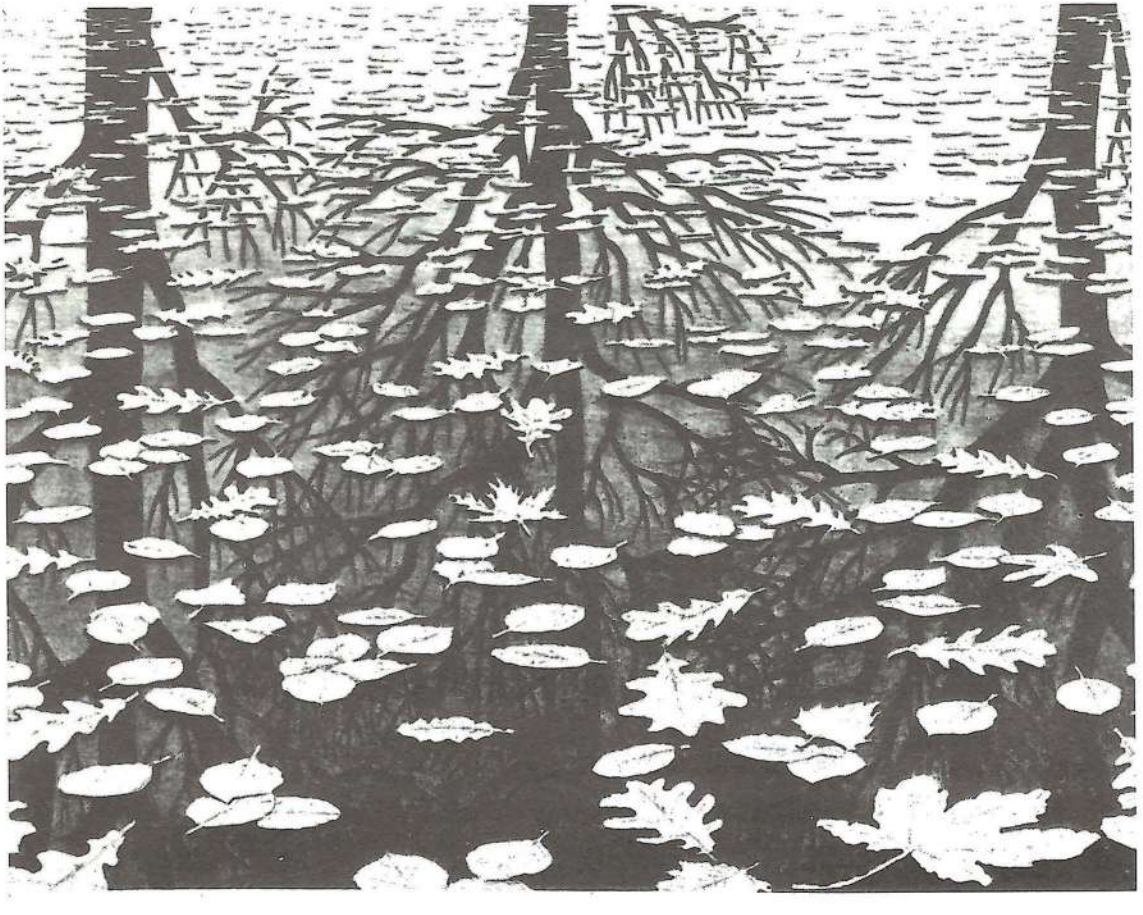
Jesucristo pedía a los que lo seguían una confianza absoluta en Dios. Como la de un niño en brazos de su Padre. Enseñaba particularmente que el Dios que tiene cuidado de los lirios del campo y de las aves del cielo tiene un cuidado inmensamente más grande por el hombre necesitado. El hombre angustiado por las preocupacio-

nes de la vida y ocupado solamente en los bienes temporales es antievangélico. El hombre que sigue a Jesucristo debe ser un hombre confiado en el cuidado y la fidelidad del Padre, mucho más que en el cuidado y en la preocupación que pueda tener por sí mismo.

Mt 6, 25s; Lc 12, 22-31; Mt 7, 7-11

Para los primeros cristianos al cuidado de Dios por su pueblo y por la salvación se concretizó en la presencia de Jesús de Nazaret, y en las muchas formas en que después de muerto se presentó a los apóstoles y discípulos para no sólo restaurarlos, sino crear en ellos nuevas formas de creer, esperar y amar; nuevas formas de ver el mundo y a los demás; un nuevo horizonte y una nueva vocación y destino.

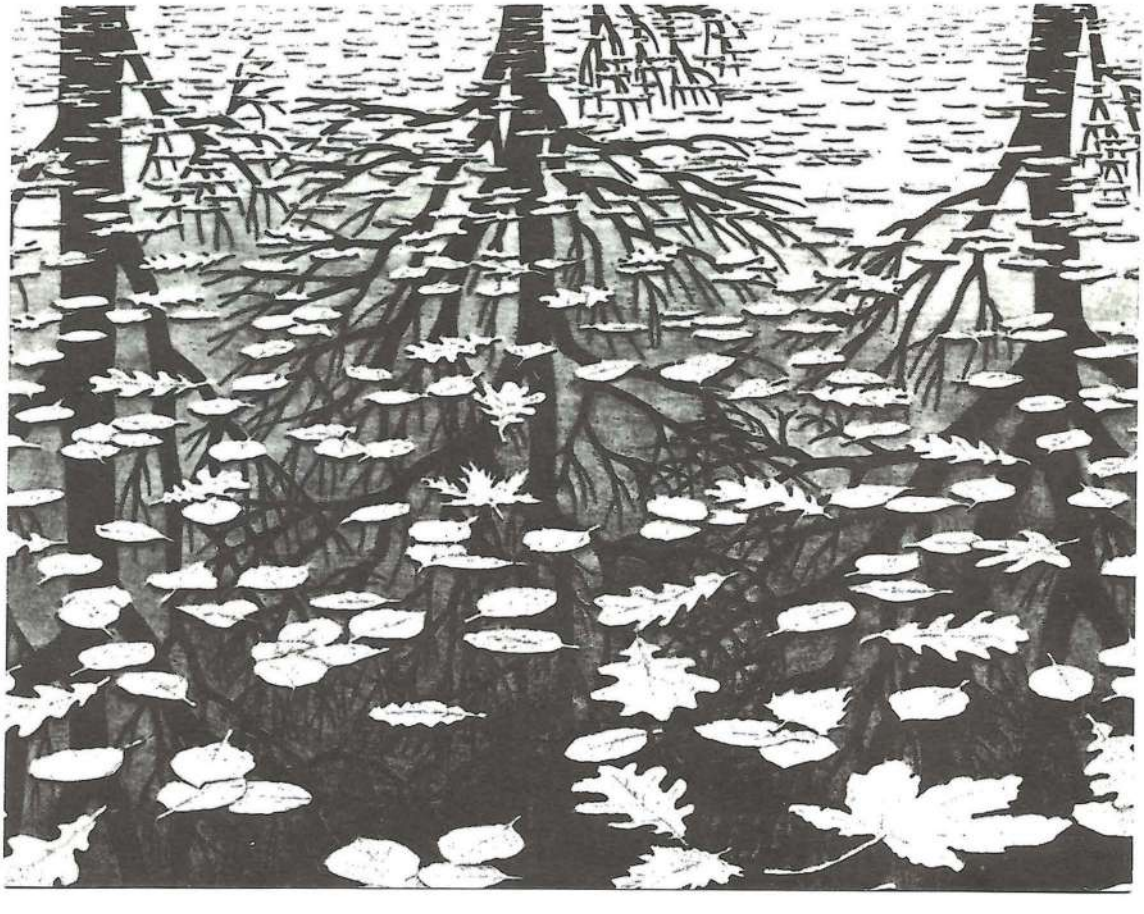
Lc 24, 13s; Jn 20, 1s



No son sólo razones las que nos deben mover a confiar a Jesucristo nuestro futuro, es la experiencia de nuestro pasado y nuestro presente. Somos una historia de providencias infinitas de quien nos ha creado y redimido, y nos mantiene y nos conduce hacia nuestra más plena realización.

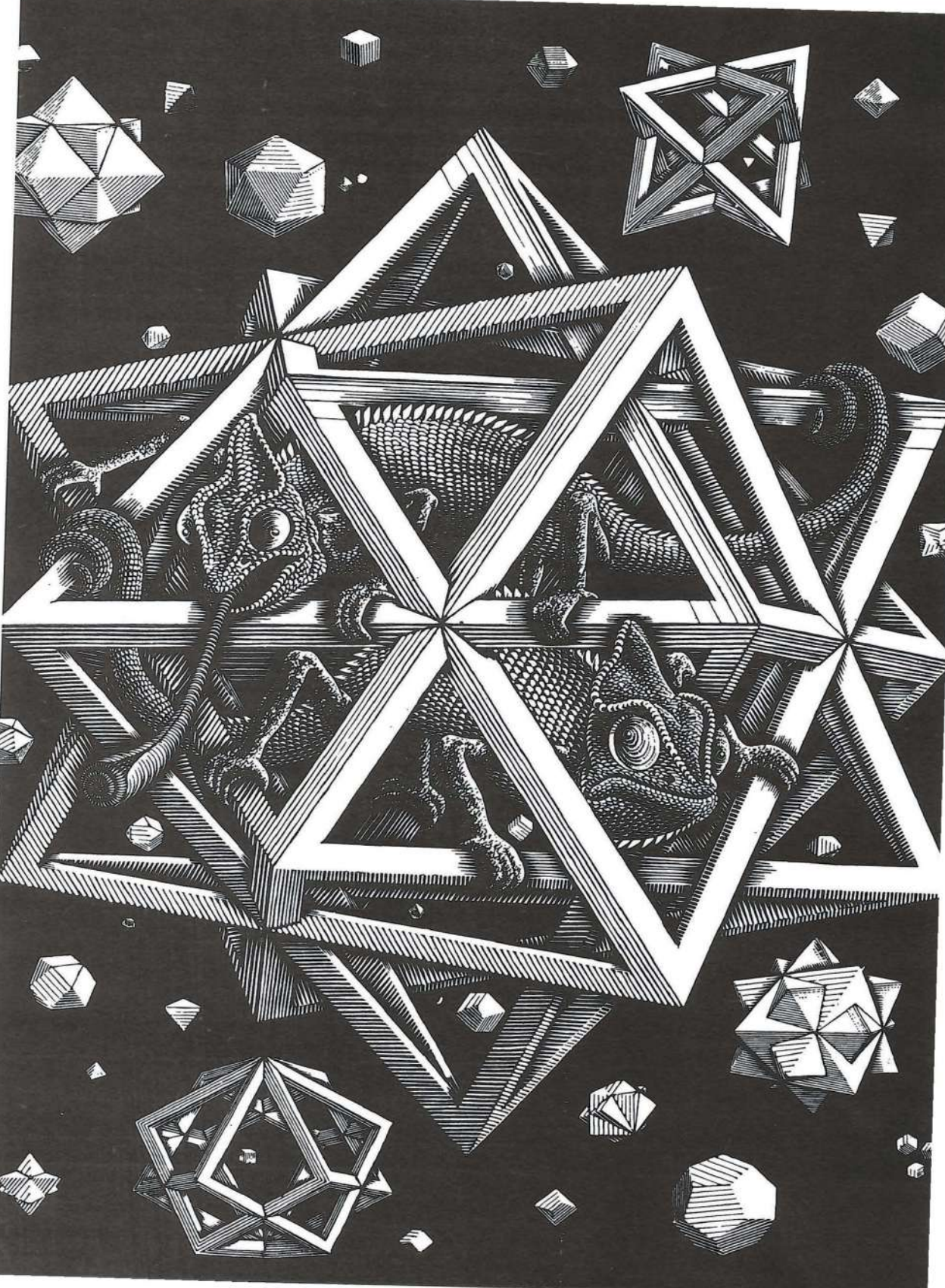
Nuestra vida debe estar marcada con el signo de la confianza en Jesucristo, y que así como procedemos de su mano y llevamos sus huellas y por su mano estamos sostenidos, así debemos confiarle a El nuestro pasado, por más obscuro que sea, y nuestro futuro, por más incierto. El motivo de esa confianza está en su amor, en su fidelidad y en su solicitud, y no en nuestros méritos.

I Jn 2, 1-4; 4, 10



La continua actividad de Jesucristo en el mundo se manifiesta al hombre al hacerlo no sólo objeto de sus cuidados, sino que, además, lo invita a cooperar amorosamente en la solicitud del mismo Jesucristo por los otros. El cuidado de un padre por sus hijos y la solicitud de una madre por el fruto de sus entrañas no son sino una participación, quizá inconsciente, de la entrañable providencia de Jesucristo. El nos invita insistentemente; y en el Evangelio aparece como una auténtica exigencia, a ocuparnos consciente, libre y amorosamente por los más necesitados. Nuestro compromiso con El y nuestra voluntad de seguirlo es un compromiso con el hombre en crisis. Al participarnos Jesucristo su misión salvadora, nos hace partícipes de su solicitud y, en El y por El de la del Padre que lo envió, y la de su Espíritu que nos dio y que nos mueve internamente.

Mt 25. 53;
Lc 10, 29s;
1Jn 3, 17;
St 2,1s



5 El hombre dividido

El hombre contra sí mismo

El hombre es un ser dividido. En lo más profundo de su corazón roto, se siente como si no estuviera hecho de una sola pieza. Dentro de sí experimenta la contradicción. Su vida encierra la muerte. Es un ser que tiende a la contraposición, no a la síntesis; que tiende a la increencia, no a la fe, que tiende a la desconfianza, no a la entrega de sí. Que encuentra motivos muchas veces para no creer, para engañarse y engañar, y en ocasiones tantos y tan determinantes como para lo contrario. Su referencia a Dios la utiliza con frecuencia para hacer ídolos. Su vocación a la veneración la convierte en egolatría.

El hombre siente su interna división al tener que reconciliar lo temporal con lo eterno, lo relativo con lo absoluto, el yo con el tú, la libertad con la obediencia, el deseo de poseerse, con el llamamiento a darse.

Porque es un ser desproporcionado se complace, de alguna manera, en la desproporción; porque es un ser inarmónico gusta de la distorsión; porque es un hombre en guerra, la hace. Con frecuencia lo que más describe al hombre es la contradicción. A pesar de ser racional, una buena proporción de sus actos no son razonables. Dada

la contradicción e incoherencia del hombre, no es lógico esperar que proceda de forma coherente.

Entre lo que debería ser y la forma concreta en que existe, se da una fuerte tensión que lo destroza. Una de las cosas que le cuesta más trabajo es aceptarse a sí mismo.

Entre lo que quisiera hacer de sí y lo que de hecho hace, se da una distancia que frecuentemente lo entristece y lo desanima. Capta con desilusión que ni el mundo es como debe ser, ni los demás son como deben ser, y no tiene derecho a culparlos, porque tampoco él es como debe ser. El es el único ser consciente de su propia desgracia. Aunque sepa que está hecho a imagen y semejanza de Dios en Jesucristo, y llamado a ser cada vez más conforme a El, siente con frecuencia que camina en sentido contrario y que la vida le resulta un proceso de desfiguración. Lejos de integrar sus fuerzas y valores, se desgarra. Hay en él un proceso de descomposición que lo va pudriendo.

No se puede ser demasiado optimista cuando se descubren ciertos aspectos de la vida, o cuando se analizan los repliegues del corazón; o cuando uno se acuerda de Auschwitz o de Hiróshima o de Nueva York, o de su casa. El mal se le ha metido en su propia habitación y en el corazón.

El problema del hombre es el hombre, es su corazón. Más concretamente podemos decir que la división del hombre consiste en la división de su corazón. Cuando el hombre hace daño y se daña, el mal comienza en el corazón.

Casi todos los hombres sinceros no pueden ser muy optimistas cuando miran su conciencia.

Como el rostro se refleja en el agua,
así el hombre en su conciencia. (Pr 27, 19)

El juicio final podría consistir en que Dios haga sincero al hombre para que, al fin, él mismo juzgue su vida.

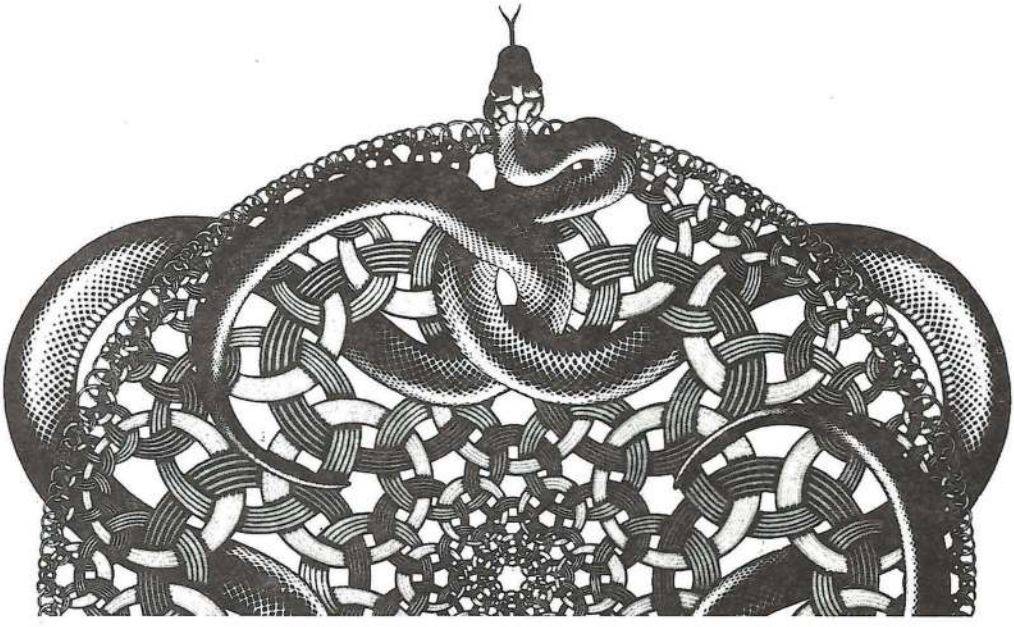
Rm 8, 4-10; Mc 14, 38 Rm 8, 3; 6, 6 y 7, 24

La división del hombre la expresa San Pablo y San Juan con la antítesis carne y espíritu. En este caso la carne tiene un significado peyorativo, se refiere al pecado que el hombre lleva dentro, es algo así como el instrumento del pecado. Se trata de la carne de pecado es decir, de la existencia sin Dios y por eso del pecado.

En Juan la oposición se presenta como la de dos mundos que chocan; usa la antítesis luz-tinieblas. Desde el punto de vista de la salvación San Pablo establece una oposición entre el hombre viejo y el nuevo. El hombre viejo es el hombre inclinado al pecado, el hombre nuevo es el hombre llamado a vivir conforme a la salvación.

La lucha interior del hombre se hace en San Pablo personal cuando dice:

Realmente mi proceder no lo comprendo;
pues no hago lo que quiero,
sino que hago lo que aborrezco.
Y, si hago lo que no quiero,
estoy de acuerdo con la ley en que es buena;
en realidad ya no soy yo quien obra,
sino el pecado que habita en mí.
Pues bien sé yo que nada bueno había en mí,
es decir, en mi carne,
en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance
pero no el realizarlo,



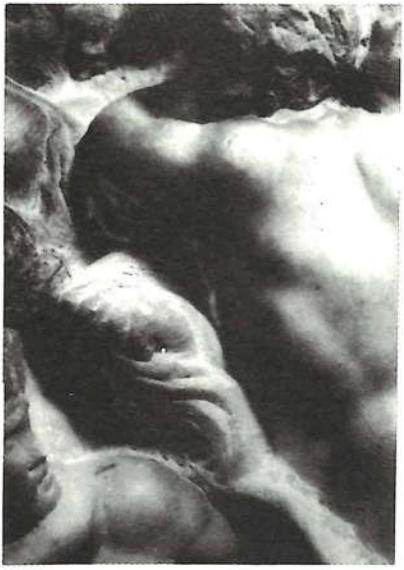
puesto que no hago el bien que quiero,
sino que obro el mal que no quiero.
Y si hago lo que no quiero,
no soy yo quien lo hace,
sino el pecado que habita en mí.
Descubro, pues, esta ley:
aunque quiera hacer el bien,
es el mal el que se me presenta.
Pues me complazco en la ley de Dios
según el hombre interior,
pero advierto otra ley en mis miembros
que lucha contra la ley de mi corazón
y me esclaviza a la ley del pecado
que está en mis miembros.
¡Pobre de mí!
¿Quién me librará de este cuerpo que lleva a la muerte?
¡La gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor!
Así pues, soy yo mismo quien con la razón sirve a la ley de Dios.
Mas con la carne a la ley del pecado. (Rm 7, 15-25)

El pecado contra el hombre

Vivir significa no solamente estar aquí y ahora, hacer esto o aquello; vivir no es lo mismo que existir; vivir significa ser un problema para sí mismo, significa estar en un dilema, en una alternativa, y decidirse por una respuesta. Cada uno de nuestros actos es una respuesta a la pregunta que plantea nuestra vida.

Cada persona es para sí misma el problema dominante y fundamental de su existencia entera. La vida debe considerarse como un todo y no como una sucesión de hechos aislados. Es la orientación de la vida en su conjunto, lo que da sentido a cada uno de los actos de la persona. Es el sentido de la vida lo que le da significado a un hecho aislado. Lo cual no quiere decir que los hechos aislados dejen de tener valor por sí mismos; además de su valor intrínseco, encierran el eco del conjunto de la vida. Cada acontecimiento tiene un contexto vital en el que debe ser leído. La vida es una sucesión de tiempos, una continuidad, no una acumulación de acontecimientos yuxtapuestos. El sentido de la vida se proyecta en cada uno de los acontecimientos; y cada uno construye o destruye la armonía de la vida.

Lo que hace el hombre cuando va contra sí mismo, o contra los demás, se llama pecado en la Escritura.



El pecado como odio, injusticia, instrumentalización, asesinato, nunca sería un veneno si no encontrara tanta resonancia y tanto gusto dentro del hombre. El pecado se quedaría como fuera y sería como lo accidental, como lo que sucede por desgracia. Pero, desgraciadamente no es así. El pecado, la guerra, el mal, el error es del hombre. Toda tentación sería extraña si la persona no resonara con ella. El pecado es pecado solamente cuando el hombre se identifica con él.

La voluntad de Dios consiste en la realización del hombre, por eso el pecado va dirigido contra el hombre y contra Dios. El pecado es la negación o destrucción del propio yo, de los demás, y de Dios. El pecado destruye al hombre en sus relaciones; jamás lo realiza.

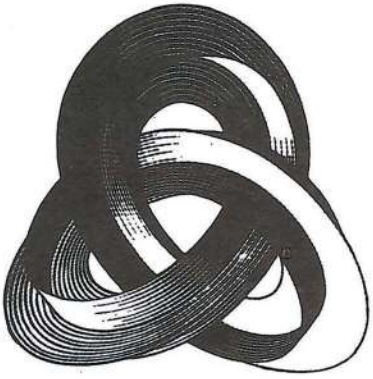
El pecado no es una transgresión a una ley arbitraria, es la opción por lo negativo, es un tropiezo en la vida, una oposición o un daño en la realización del otro o de uno mismo. El pecado es la autodestrucción del hombre, la contaminación del mundo, y una tragedia en la historia. El pecado es aquello que hace el hombre cuando se contrapone a Dios, a los demás o a sí mismo. El pecado está en el hombre, no en las cosas.

El bien y el mal, la gracia y el pecado, no son solamente dos opciones, son fundamentalmente dos orientaciones, como polos magnéticos que atraen la vida. Maldad y bondad son dos cavidades dentro del corazón del hombre. Podría parecer que la experiencia de la culpa personal es algo

ligado a la vida humana. Se podría decir que el hombre hace el pecado, porque es pecado. Pero también la experiencia de la gracia es algo ligado a la vida, le pertenece al hombre más todavía que la experiencia del pecado. Porque estamos más ligados a Jesucristo en la gracia y en la vida, que Adán en la muerte y el pecado. Y por eso también el hombre, más que pecado, es gracia.

Rm 5, 12-21

El sentido de culpa brota de la libertad, cuando se constata que el mal se podía haber evitado. La culpa atrofia al hombre en sus sentimientos y hasta en su idea de Dios. Lo tremendo de la culpa consiste en que el hombre se acostumbra a ella. Cuando una persona comete una falta y la repite varias veces, le parece que ya no es una falta. Viene a ser como una droga que enajena o insensibiliza. El hombre, en su iniquidad, puede caer en un abismo: puede dejar de sentir pena de haber caído; puede instalarse en su falta.



El tener una idea débil del pecado forma parte de nuestro ser de pecadores.
Kierkegaard

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, se afirma que el pecado no consiste solamente en adorar dioses extraños, sino en la injusticia, la dureza del corazón y la explotación del prójimo. Consiste en la falta de amor. El pecado exclusivamente contra Dios no existe. El pecado va contra el hombre que lo comete y contra los demás y por eso se puede decir que va contra Dios. El hombre no puede boxear con Dios. Luchar contra Dios es solamente una imagen para hablar de la oposición del hombre.

Gn 32,23

Solamente en Jesucristo podemos decir que el pecado ha ido directamente contra Dios, porque en El se ha dado el máximo rechazo del máximo don de Dios hecho en Jesucristo. De esa manera el pecado va dirigido contra Dios y contra un

mundo que ha recibido de él la gracia de la Historia de la Salvación. Jesucristo murió, porque los hombres matan. A Dios se le abandonó; a los profetas se les asesinó; a Jesucristo lo crucificaron. La muerte de cruz concretiza el rechazo de todos los hombres de todos los tiempos contra Jesucristo.

De alguna manera el pecado sigue siendo contra Cristo en cuanto quiere unirnos a El y vivir en nosotros. Todo pecado contra nuestros hermanos o contra nosotros mismos, es pecado contra Cristo que se hace presente en los demás y en nosotros y por eso también todo pecado contra Cristo va contra Dios, en quien se nos ha hecho presente y alcanzable. Hb 10, 26-31

La muerte significa lo último, lo definitivo. El rechazo de Cristo tomó forma de muerte, porque se le negó el acceso total a la realidad de nuestra existencia. Pero la última palabra fue del Padre que lo resucitó, para sí mismo, para la creación, y para cada uno de los hombres.

Los pensamientos del corazón

Para un hebreo todas las cosas son buenas, por que proceden de Dios. La creación y la bondad del universo es algo que va junto. El mal se visualiza como si viniera de fuera. En realidad no es nada positivo y por eso no requiere autor o causa. Es algo negativo y lo entiende mejor como la ausencia del bien y en último término como la ausencia de Dios. El mal viene entendido como lo que falta de Dios en el hombre y en el mundo.

Rm 1, 18s

La mentalidad hebrea no es dualista; no hay cosas buenas ni cosas malas en sí mismas; no hay un Dios del bien y otro del mal; un Dios bueno y otro malo. Todo procede del único Dios verdadero, y por eso todo es uno, bueno, santo y verdadero, que son las cualidades de todo ser. La maldad procede de una relación inauténtica, injusta y desordenada por parte del hombre.

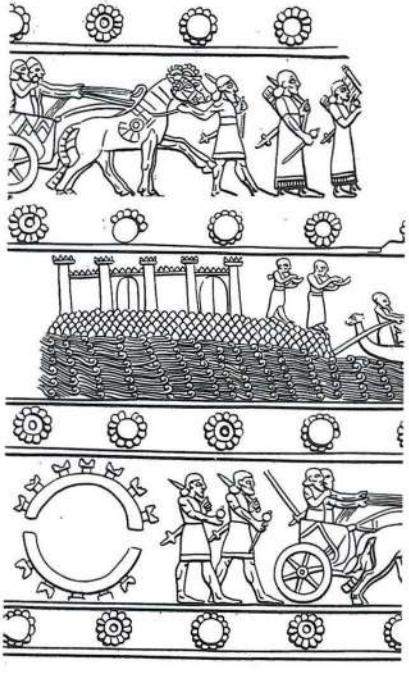
El hebreo procedería así en su reflexión:

A) Como de Dios, que es creador,
B) proceden todas las cosas, que son buenas;
a) así del hombre, que es falsificador.
b) proceden todas las realidades malas, que son como pensamientos.

A) Como el origen del bien está en el corazón de Dios.
B) y en lo que El hace a través de su Espíritu;
a) así el origen del mal está en el corazón del hombre
b) y en sus malas inclinaciones.

Lo bueno es lo creado, lo concreto. El mal se sitúa en otra parte, es como algo extraño y de alguna manera irreal. Es lo que le falta a lo creado para ser bueno, es como una falta de realidad, como una mentira, como una desobediencia, como una ausencia de Dios.

El mal procede del corazón del hombre y de su división interna; es la ausencia de Dios en el corazón del hombre que se manifiesta en lo que el hombre hace. Es verdad que el mal que hace el hombre, en cuanto mal, no es algo positivo. Si nos sentimos obligados a concretizarlo o a visualizarlo en algo real y negativo tendrá siempre como autor al hombre y no a Dios.



Lo que sale de la boca procede del corazón,
y eso hace impuro al hombre.
Del corazón provienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias.
(Mt 15, 18-19)

Porque de dentro del corazón del hombre proceden los pensamientos malos... (Mc 7, 21)

Lo malo empieza con los pensamientos del corazón; para el hebreo, el origen del mal está en el corazón del hombre, en lo interno, en lo falso y en lo dividido.

El pecado de Judá escrito con estilete de hierro,
con punta de diamantes está grabado sobre la tabla
de su corazón. (Jr 17, 1)

1Co 7, 37; 2Co 9, 7; Mt 22, 37; Dt 6, 5

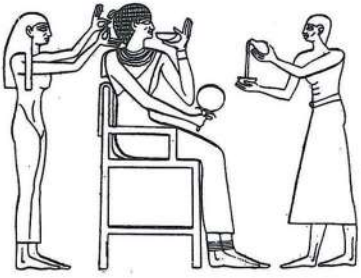
El corazón es el centro de las opciones decisivas; por eso *amar a Dios con todo el corazón* es amarlo en la más plena autenticidad e integridad personal. La totalidad de la persona es la respuesta a la unicidad de Dios.

La conversión y el origen del bien empiezan en el corazón del hombre.

Pues bien -oráculo del Señor- conviértanse
a mí de todo corazón, con ayuno, con llanto, con luto.
Rasguen los corazones y no los vestidos;
conviértanse al Señor su Dios.
Que es compasivo y clemente, paciente y misericordioso, y se arrepiente de las amenazas.
(Jl 2, 12-13)

Un corazón arrepentido y decidido a obrar el bien es un tesoro de Dios en la tierra.

El corazón es la conciencia del hombre, y el demonio puede entrar en el corazón, o arrancar la palabra sembrada en él, por el Señor. El corazón es el yo profundo del hombre.



Que sus adornos no estén en el exterior,
en peinados, joyas y modas,
sino en lo oculto del corazón,
en la incorruptibilidad de un alma dulce y serena:
esto es precioso ante Dios. (1P 3, 3-4)

Por eso el Señor promete una felicidad perenne en una relación directa con Dios a los limpios de corazón. El corazón encierra también el destino o secreto de la vida.

Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón,
porque de él brotan las fuentes de la vida.
(Pr 4, 23)

Todo Jesús es el modelo de todo hombre cuando Mateo pone en su boca esta exhortación:

Aprendan de mí,
que soy amable y humilde de corazón;
y hallarán descanso en la vida. (Mt 11, 29)

El hombre pecado

El hombre, en la vida, no corre ágilmente como todos los otros seres vivos. Su existencia está llena de tropiezos. Podemos decir que es el único ser que defrauda a los demás, a Jesucristo, a Dios y a sí mismo. Cuando en actitud de autenticidad considera su propia vida, se encuentra con momentos en que no puede ser muy optimista. Llega a experimentar que su propio yo está hecho no de barro sino de estiércol; que está contaminado o fracturado desde el principio y desde dentro. Se siente muy inclinado a pensar que el pecado es el hombre y en determinados momentos le es difícil distinguir entre lo que es y lo que hace; llega a ser lo que hace; si hace el mal, se hace malo.

En la historia y en la práctica ha sido siempre difícil distinguir entre el pecado y el hombre. Y

por eso muchas veces condenando el pecado se quemaba a los hombres. Y al contrario por no rechazar al hombre se aceptaba su pecado. Aceptando al hombre se hacía solidario de sus injusticias. Es verdad que lo que el hombre hace, que muchas veces son cosas malas, lo compromete y lo califica personalmente.

La putrefacción parece convertirse en el estado permanente del corazón del hombre, podrido por el mal.

El corazón de los hombres está lleno de maldad;
mientras viven, piensan locuras
y después, la muerte. (Qo 9, 3)

El corazón es lo más retorcido
no tiene arreglo,
¿quién lo conoce? (Jr 17, 9)

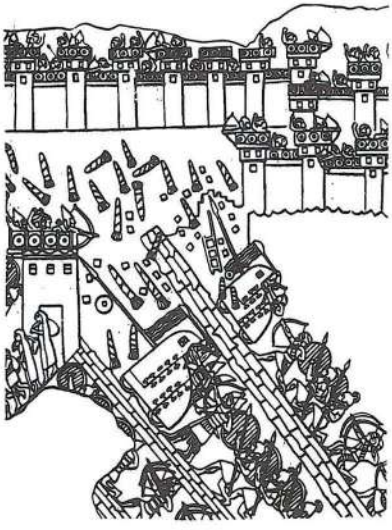
El mal podría parecer como algo connatural al hombre.

Mira que en culpa ya nací
y pecador me concibió mi madre. (Sal 51, 7)

Rm 5, 12 No es solamente un dato de experiencia o de historia, es un mensaje de la revelación que el hombre es malo desde su origen. Lo que traducido significa que, de alguna manera, el hombre es
Rm 3, 10-18s malo fundamentalmente. La redención afirma la bondad del Dios que redime, y también la maldad de todos los hombres, que necesitan la redención.

La bondad y la maldad, la gracia y el pecado son algo que califica al ser humano y precisamente en la contraposición de los conceptos; en la guerra continua del bien y del mal, y muchas veces disfrazándose el bien con el mal y el mal con el bien. Es necesario analizar y diagnosticar: el bien se da

con síntomas de mal, y el pecado con apariencia de bondad. El hombre encierra también en su entraña la verdad y la mentira y por eso muchas veces, aun con la mejor voluntad, su expresión no es verdad ni es mentira: y el bien y el mal, la verdad y el error no los encuentra químicamente puros, ni aislados.



Dice la Escritura:

¿Qué raza es honorable? La del hombre.
¿Qué raza es despreciable? La del hombre.
¿Qué raza es honorable? Los que temen al Señor.
¿Qué raza es despreciable? Los que violan sus mandatos. (Si 10, 19)

El optimismo de Jesús y su amor al hombre no lo hacen ser ingenuo ante la maldad de éste; Jesús es el primero en creer en el hombre y en sus posibilidades, y sin embargo durante su vida no se fía de él, porque conoce lo que encierra el corazón.

Jn 2, 24-25

Jesús sabe que todos los hombres son malos.

Si ustedes que son malos,
saben dar cosas buenas a sus hijos,
cuánto más el Padre del cielo
dará el Espíritu Santo a quien se lo pida.
(Lc 11, 13)

Jesús sabe que la dureza del corazón es algo que califica al hombre, como en el Antiguo Testamento. Incluso descubre una línea descendente en la maldad humana.

Mt 23, 31
Lc 13, 34

Sus padres mataron a los profetas.
¡Jerusalén que matas a los profetas!
¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres?
Ellos mataron a los que de antemano anunciaban

la venida del Justo, de aquel a quien vosotros habéis traicionado y asesinado... (Hch 7, 52)

Esta dinámica del crimen la expresa el evangelista con la parábola de los viñadores homicidas.

Mt 21, 23s

Jesús sufre como nadie la injusticia y la dureza del corazón humano. Aunque se ocupó en cuidar a los enfermos y se preocupó de sanarlos desde el alma, la lucha contra el mal sigue siendo una tarea. Jesús luchó por liberar al hombre; y el hombre sigue oprimido; dio su vida para acabar con la injusticia, y la injusticia continúa. La transformación del mundo sigue siendo una tarea.

Así como encontramos en la Biblia las ideas más sublimes sobre la existencia humana, encontramos también las expresiones más dolorosas: *Dios se arrepintió de haber creado al hombre y le pesó de corazón.*

Gn 6, 5-7

Es importante que el hombre conozca la maldad de su corazón pero es más importante que, aun así, sepa que es el objeto del amor de Dios y que El puede transformarlo desde dentro; que Dios no puede hacerse ciego a la maldad del corazón sin justificarlo de verdad. Cuando Dios perdona una culpa la quita, no la disimula. Quizá por eso se arrepintió Dios de haberse arrepentido y le ofreció su paz para siempre.

Gn 8, 21 y 22

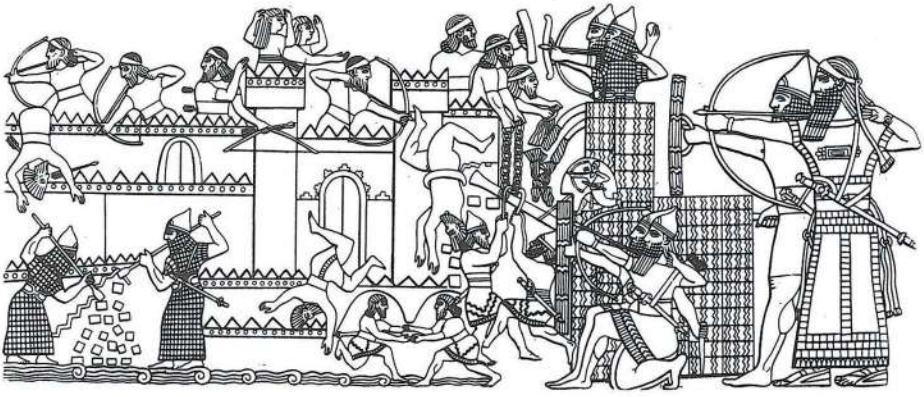
Yahvéh dijo en su corazón:

Nunca más volveré a maldecir la tierra
por causa del hombre,
Porque el corazón del hombre
se pervierte desde la juventud. (Gn 8, 21)

Pongo el arco iris en las nubes,
y servirá de señal de la alianza entre yo y la tierra.
Cuando yo envié nubes sobre la tierra,
aparecerá en las nubes el arco,
y recordaré mi pacto con ustedes y con todos los animales
y el diluvio no volverá a destruir a los vivientes.
Saldrá el arco en las nubes,
y al verlo recordarán mi pacto perpetuo.

(Gn 9, 13-17)

El Dios de Israel es un Dios de paz; que hace la paz con el hombre y quiere que el hombre haga la paz. La deficiencia del hombre es la ausencia de Dios. El hombre necesita de Dios porque es pecado. Y por eso el encuentro con Dios comienza cuando se toma conciencia de que el verdadero problema es el hombre. Nada ni nadie en este mundo puede ser la salvación completa del hombre, porque el pecado es la ausencia, o la necesidad de Dios. A El le toca hacerse presente y entrar en comunión con el hombre para salvarlo.



El hombre contra los demás

El mal no se queda dentro del hombre sale de su corazón como de un avispero. Ojalá se encontrara únicamente en oposición a sí mismo. Lucha a muerte contra los demás, y a veces no para salvarse, sino para destruirlos. Quiere estar por encima de los otros, aunque tenga que hacer una pirámide de hombres. Quiere tener más que los demás, aunque a veces los deje morir de hambre. Quiere vivir mejor que los demás, aunque les chupe la sangre. Supone que la existencia de los otros de alguna manera amenaza su vida.

Amós sale en defensa de aquéllos que, al fin de todo, resultan cada vez más pobres:

Por tres crímenes de Israel
y aun por cuatro no revocaré mi fallo:
por haber vendido al justo por dinero,
y al pobre por un par de sandalias,
porque pisotean como el polvo de la tierra la cabeza de los humildes
y desvían el camino de los miserables. (Am 2, 6)

Igualmente se dirige a las grandes señoras con palabras hirientes.

Escuchen esta palabra, oh vacas de Basán
que pastan sobre la montaña de Samaría;

las que oprimen a los pobres,
las que vejan a los indigentes. (Am 4, 1)

La explotación del pobre es un martirio prolongado; es una guerra no declarada, eficaz e injusta.

La vida de los hombres es una injusticia social permanente. Donde se acaba la hostilidad empieza la indiferencia. Cada día se borran los caminos de la amistad; la fraternidad humana parece una utopía. La amistad se acaba ante el deseo de poseer y someter. Casi en todas las relaciones hay un tirano y un esclavo.

Es difícil negar que se acumulan los colores obscuros, éstos describen la parte más grande del cuadro. Unos son manejados por otros: los pobres por los ricos y los explotadores ideológicos; los obreros por los empresarios, los niños por los mayores, la minoría por la mayoría. También en la democracia hay un grado de injusticia. Parece culpa de toda institución el perpetuar la opresión del hombre por el hombre.

Por regla general los que saben explotar tienen la capacidad de justificar sus actos, mientras que los explotados no poseen la capacidad de defender su causa. Los que no explotan ni son explotados, las más de las veces, sólo están dispuestos a luchar cuando se dañan sus intereses personales. El pecado de todos consiste en haber perdido la sensibilidad ante el crimen.

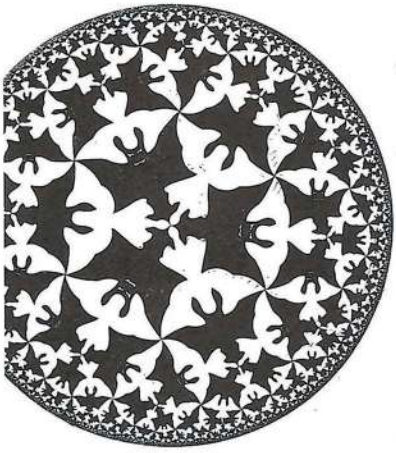
Hay un mal que la mayoría de los hombres perdona y justifica, y del que casi todos somos culpables: la indiferencia, y la injusticia. La indiferencia al mal es más dañosa que el mal mismo. Es una peste más universal, más contagiosa y peligrosa. Una justificación silenciosa hace posible que el mal que surge como excepción, o por

debilidad, se convierta en regla de juego y tome carta de ciudadanía.

Cuando el mal lo comete todo el mundo parece menos grave; y en realidad, el mal es mayor cuando está más generalizado y aceptado.

La injusticia puede ser más grave cuando se hace con apariencia de bien o con justificaciones religiosas. El acto religioso manchado con injusticia es un hecho abominable para Dios.

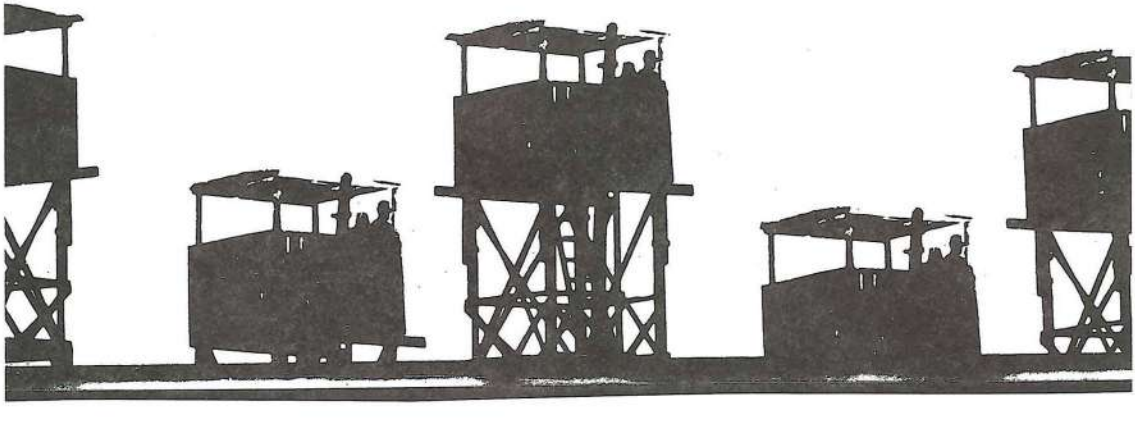
El día de ayuno buscan el interés de ustedes,
y oprimen a sus trabajadores;
miren: ayunan entre riñas y pleitos,
dando golpes sin piedad.
No ayunen como ahora,
haciendo oír en el cielo sus voces.
¿Es ese el ayuno que el Señor desea,
para el día en que el hombre se mortifica?
El ayuno que yo quiero es éste:
abrir las prisiones injustas,
hacer saltar los cerrojos de los cepos;
dejar libres a los oprimidos,
romper todos los cepos;
partir tu pan con el hambriento.
Hospedar a los pobres sin techo,
vestir al que ves desnudo
y no cerrarte a tu semejante.
Entonces romperá tu luz como la aurora,
enseguida te brotará la carne sana;
te abrirá camino la justicia,
detrás irá la gloria del Señor.
Entonces clamarás al Señor y te responderá;
pedirás auxilio, y te dirá: aquí estoy.
Cuando destierres de ti los cepos,
y no señales con el dedo, ni hables mal de nadie;
cuando partas tu pan con el hambriento,



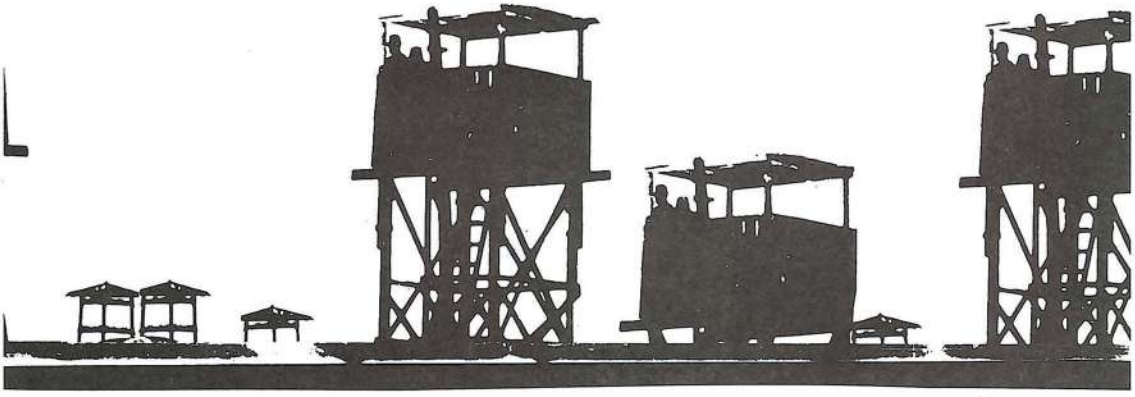
y sacies el estómago del indigente,
brillará tu luz en las tinieblas,
tu obscuridad se volverá mediodía,
el Señor te guiará siempre... (Is 58, 4-11)

A la injusticia de la vida diaria se suma a veces la injusticia declarada. El circo romano recuerda no sólo la brutalidad del hombre antiguo, que se divertía con el dolor y la destrucción de su prójimo, sino también la de los coliseos modernos. Hitler aparece no sólo como la personificación del mal que el mundo encierra, sino que su antisemitismo y su ateísmo son también el fenómeno de una época. Cuando el ateísmo se da, Hitler revive, en pequeña o grande escala.

A Abraham lo eligió Dios desde el principio para obrar la justicia y el derecho. Y para enseñar esto a su descendencia; y para verlos aumentar en número y santidad. Pero el corazón del hombre parece estar podrido desde el origen, y por muy simples o muy complejas razones hace la guerra; y ha llegado hasta sacralizarla. Pertenece a la vida de los hombres el germen del suicidio, el asesinato y la guerra. Gn 18, 19



Aun en el orden familiar el hombre sufre con el bien, la verdad o la virtud, cuando la encuentra en otro. Instintivamente quiere ser servido y no servir. Olvida inmediatamente el mal siempre que sea él quien lo hace y otro el que lo padece. Hobbes creyó haber descrito bien al hombre cuando dijo que el hombre era un lobo para el hombre. Mucho menos positivo se puede ser cuando se contemplan los campos de concentración de Auschwitz, o Treblinka, y se recuerdan las matanzas masivas, o la bomba atómica, o las guerrillas internas de pueblos que piensan que con la rebelión se construye la paz. Los niños y los pueblos se preparan para la guerra y no se preparan para hacer la paz. Lo que se debe hacer ante las posibilidades de la guerra, en grande o pequeña escala, es evitarla.



Conversión, reconciliación, regeneración

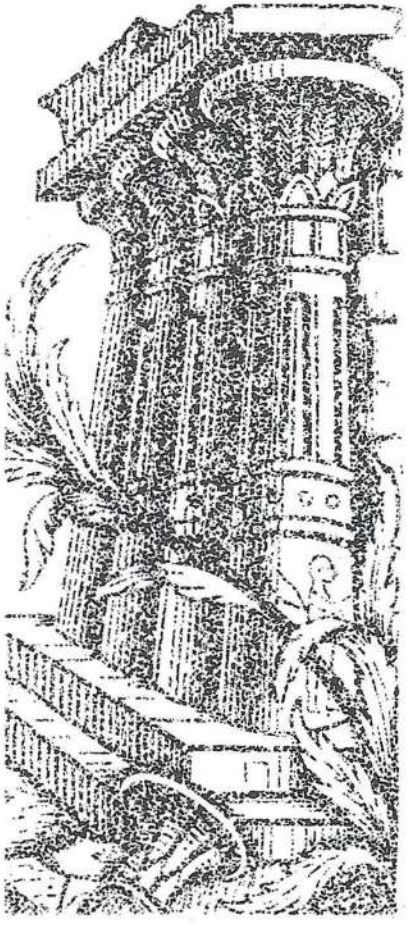
Un hombre no tiene el cauce trazado como un río, y puede volver atrás; mientras viva no es un ser cristalizado, y por eso da lugar a la esperanza. El hombre, por no ser de una pieza, no se expresa con una sola palabra ni con una sola acción. Es propio del hombre corregirse, enmendar su plana. Es la vida entera la expresión del hombre.

Los profetas no pensaban que todo estaba trazado de antemano y que al hombre sólo le quedaba adaptarse a los designios de los dioses: ésa era una mentalidad pagana, que no tenía que ver con el hombre bíblico. El determinismo fatalista era el esquema que le servía a Sófocles para hacer la trama de las tragedias griegas, en las que tantos se vieron reflejados. Para el hombre bíblico Dios no es un dictador de destinos, sino, al contrario, es su principal aliado para llegar a la meta. Los profetas no son deterministas. Predican con la esperanza de la conversión. La historia es algo que se va fabricando no algo prefabricado, ni predeterminado. Dios elige al hombre para que cumpla su voluntad amorosamente y no para quitarle la libertad. En el Nuevo Testamento el hombre apa-

rece como pre-elegido para hacer el bien y para alcanzar la felicidad eterna solamente. ¿Qué padre sería capaz de elegir a uno de sus hijos para el fracaso, o para un accidente?

2Ts 2, 13; 1Ts 5, 9-11 *Dios nos ha elegido desde el principio para la salvación* -dice Pablo a los Tesalonicenses- *no para la cólera, sino para obtener la salvación.*

N.B. La predestinación al mal o a la frustración no existe. Fue un problema mal planteado y por lo tanto, mal resuelto. Se fijaron premisas inadmisibles y por eso se llegó a conclusiones desviadas. Todos sabemos que la solución de un problema depende de los términos en que se plantea.



El conocimiento que Dios tiene de la historia, y la libertad que da al hombre para construirla, son realidades que se complementan, no se contraponen.

En la Escritura se afirma, en primer lugar, que Dios conoce al hombre, y lo que el hombre hace; pero eso no quiere decir que el conocimiento de Dios determine lo que el hombre ha de hacer. Dios conoce la realidad y los acontecimientos como efectos de la libertad humana. Conocer lo aleatorio de la historia es una acción por parte de Dios completamente distinta a lo que podría ser conocer la naturaleza inanimada de las cosas. Dios no conoce las cosas con una ciencia que determina la historia. El conocimiento de Dios no es para decidir la historia. Su conocimiento no hace que las cosas sucedan. Dios conoce todas las posibilidades del hombre y de la historia, pero el conocimiento de Dios no es eficaz, no hace que las cosas existan; su Palabra sí es eficaz porque expresa su voluntad.

En la interpretación de textos que aluden a una vocación dada por Dios, como Rm. 9,11-13, habrá que tener en cuenta que la historia, los acontecimientos y los agiógrafos, con sus formas concretas de pensar, son autores reales. Por lo cual la Escritura no es exclusivamente Palabra de Dios, lo llega a ser siendo palabra del hombre. La Biblia, aunque suponga una forma de pensar, no es un libro de metafísica; es un libro descriptivo que trasmite una forma de ver e interpretar la vida y la historia. La Biblia no es un manual de conceptos, sino una forma de valorar y contemplar la vida del hombre.

El hombre de la Escritura puede pensar que sus días están contados, que su nombre puede estar escrito en el libro de la vida, pero sabe que Dios siempre espera su respuesta. Nunca nadie ha tomado tan en serio al hombre. Este no es un juguete de nadie, ni de Dios.

Si 17, 1-2
Ap 3, 5;20, 12

El hombre siempre tiene derecho a hablar y a orar; a hablarle a Dios de tú a tú, porque Dios le ha hablado de esa manera, y porque siempre puede volver a Dios, Dios espera su regreso. Así el hombre puede cambiar no solamente de forma de proceder, sino también de forma de ser. Dios espera la superación del hombre.

En la Biblia el hombre es responsable de sus palabras y de sus acciones. Es responsable no sólo de lo que hace, sino también de lo que llega a ser; de alguna manera es responsable del futuro, en cuanto depende del presente.

El profeta Jeremías reconoce que, incluso en el hecho de volver a Dios, Dios es quien mueve al hombre.

Conviértenos a ti, oh Yahvéh,
y nos convertiremos... (Lm 5, 21)

En el Capítulo 31 Jeremías dice:

Me corregiste y fui corregido,
como becerro no domado.
Hazme volver y volveré,
pues tú, Yahvéh, eres mi Dios.
Porque luego de desviarme, me arrepiento,
y luego de darme cuenta me golpeo el pecho,
me avergüenzo y me confundo... (Jr 31, 18-19)

Ante Dios el hombre siempre tiene derecho a cambiar. Aunque Dios enderece los pasos del hombre, lo dirige desde dentro y respetando su libertad:

No digas: por el Señor me he apartado,
que lo que El detesta, no lo hace.
No digas: El me ha extraviado,
pues El no necesita del pecador.
Toda abominación odia el Señor,
tampoco la aman los que le temen a El.
El fue quien al principio hizo al hombre,
y le dejó en manos de su propio albedrío.
Si tú quieres, guardarás los mandamientos.
Permanecer fiel es cosa tuya.
El te ha puesto delante fuego y agua,
a donde quieras puedes llevar tu mano.
Ante los hombres está la vida y la muerte,
lo que prefiera cada cual, se le dará...
A nadie ha mandado ser impío,
a nadie ha dado licencia de pecar. (Qo 15, 11-20)

La culpa, el error y el fracaso no son la última palabra. La culpa no es una cárcel perpetua, siempre hay un camino para salir de ella: arrepentirse,
Mt 18, 22 y volver a Dios. Si Dios nos ha mandado perdonar setenta veces siete, es porque El está dispuesto a hacerlo indefinidamente, con tal de que haya algo de sinceridad.

El hombre es el único ser que puede oponerse a sí mismo, superar sus propios condicionamientos, ir contra la corriente, y soñar con un mundo mejor y una humanidad nueva. El hombre es el único ser que no está del todo identificado con lo que hace y por eso puede pedir perdón, arrepentirse y cambiar de rumbo. Jeremías reconocía la necesidad de la ayuda de Dios y decía:

Tú sabes, Yahvéh,
que no depende del hombre su camino,
que no es del que anda enderezar su paso.
Corrígenos, Yahvéh, pero con tino,
no con ira, no sea que quedemos pocos.
(Jr 10, 23-24)

El corazón del hombre es como un campo preparado y bien abonado, lleno de gérmenes, de verdad y error, de bien y de mal. El hombre es el campesino de su propio corazón. La verdad y el error, el bien y el mal no solamente se descubren también se cultivan.

Convertirse significa definirse; significa declararse y decidirse por el bien o por el mal ya desde el propio corazón. Tú eres responsable para siempre del fruto de tu campo. En el mundo hay enemigos, hay circunstancias y situaciones, hay condicionamientos y estructuras que se oponen a tu realización y felicidad. Hay actitudes en el corazón de donde nace el suicidio, el asesinato, la guerra y la explotación. Uno elige desde el principio el camino que quiere recorrer.

Todos los hombres son pecadores o santos en algún momento; sólo que algunos se decidieron alguna vez a estar en favor de la maldad o de la santidad de su propio corazón, y para siempre. No se puede sembrar el corazón de buenos sentimientos y al siguiente día cortarlos; eso sería lo mismo que no hacer nada, sería más que perder el tiempo. No cultivar la espiga equivale a dejar crecer la mala hierba.

Tú debes perseverar en el bien para tu realización, o necesariamente avanzarás en el mal para

tu frustración. Porque el mal que se comete muchas veces acaba por parecer bien.

Jesús habló al hombre comparándolo a un terreno que puede dar diversos frutos, y que tratándose del bien puede dar mucho, poco o nada. Jesús habló del hombre como de un ser responsable de su propia cosecha.

Mt 13, 3-30; Mc 4, 3-9

Para el hombre bíblico nunca está todo perdido, siempre hay lugar a la esperanza. Israel es un pueblo que vive de la esperanza; y lo es también la Iglesia. No todo está perdido, porque se cree en Alguien que está por encima de todo. Es el Dios que siempre da lugar a la esperanza y que, aunque pueda parecer mudo, se reserva como propio de su ser divino la última palabra. No es del hombre, sino de Dios el derecho de pronunciar la palabra definitiva. Si la palabra final fuera del hombre, Dios dejaría de ser Dios y el hombre, hombre; y el mundo no tendría mucho futuro.

El hombre es un ser que aguarda, que vive de la esperanza. Que puede soportar más de lo que todos pueden imaginar, porque puede esperar contra toda esperanza humana. Al hombre lo califica su fe, tanto como su esperanza y su deseo de cambiar.

La conversión constituía un punto central en la predicación de los profetas, consistía en apartarse del mal, en ser fiel a la alianza y volver a Yahvéh. Incluso para Juan el Bautista la conversión tenía un sentido moral. Los motivos para la conversión eran el disgusto de Dios y los castigos futuros. Dios se veía como un ser vivo a quien le afectaba la vida y conducta de los hombres. Era como un juez que se daba cuenta de todo. El temor de Dios motivaba la conversión. Se predicaba una conver-

sión en la tristeza, el temor, el arrepentimiento, el dolor y la confusión. La penitencia era su signo sensible.

Jesús también predica la conversión. Y exige del hombre una decisión fundamental. Exige una forma distinta de comportarse en el mundo, una actitud distinta ante los semejantes, principalmente ante los más necesitados; transmite una forma distinta de comprenderse a sí mismo y de pensar en Dios, dice que la salvación no está solamente en el cumplimiento formal de la ley. El amor mutuo, la comprensión, el servicio, la generosidad son el punto en que convergen las actitudes nuevas que Jesús quiere implantar. Anuncia la conversión no como tiempo de ira, sino como el momento de gracia y perdón. Dice que es el amor de Dios que nos busca lo que ha de mover a la conversión. La conversión es exigencia del amor y no fruto del temor. Dios más que un juez es un Padre. Jesús no pretende solamente un cambio en la conducta, sino que quiere un cambio en el ser, en el corazón del hombre. No se fija solamente en los efectos. La conversión que busca Jesús es la conversión del corazón, y por eso de toda la persona.

Mt 3, 2s

Mt 5, 42; Mc 10, 42-45; Lc 22, 24-27; Mt 25, 31s

La conversión que predica Jesucristo no es un acto de sensatez humana, o de superación de uno mismo, sino el dejarse dominar por la gracia y el volver a Dios y a los demás.

Lo característico de la conversión que pide Jesús no es el heroísmo, ni la esperanza de la recompensa futura, ni la necesidad urgente. Es la alegría del reino presente, el reconocimiento del perdón experimentado y, sobre todo, el poder alcanzar al mismo Jesús en los demás y ser como El.

En la predicación apostólica la conversión significa hacer de Jesús el centro de la vida y seguirlo. No se convierte quien no sigue a Jesucristo de alguna manera. La conversión se une íntimamente con la fe en Cristo a quien los hombres han crucificado, pero a quien Dios ha resucitado, lo ha colocado a su diestra y lo ha constituido *Señor y*
Hch 2, 36 *Mesías.* Convertirse significa creer que Jesús es el Salvador y la salvación misma.

Porque si confiesas con tu boca
que Jesús es Señor,
y crees en tu corazón
que Dios lo resucitó de entre los muertos
serás salvo.
Pues con el corazón se cree
para conseguir la justicia
y con la boca se confiesa
para conseguir la salvación. (Rm 10, 9-10)

Hacerse cristiano no es un cambio de opinión ni una nueva conciencia ética; es una relación nueva y personal con Cristo y con los demás que debe manifestarse en el cambio de vida.

Convertirse significa no solamente renunciar al mal, sino a todo aquello que nos impida seguir a Jesucristo en actitud creativa; porque cada quien tiene que hacer su propio camino.

Para que Dios salve al hombre es necesario no solamente creer en Dios, sino también en el hombre. La fe en Dios es necesaria para una fe auténtica en el hombre, en su valor y significado. Y para que Dios llegue al hombre, el hombre tiene que llegar a los demás. Volver a Dios significa volver a Jesucristo, y volver a Jesucristo se traduce en volver a los demás. Es la vida entera la expresión

del hombre. Convertirse significa para los apóstoles, orientar la vida entera, en actitud de fe, esperanza, amor y servicio a Jesucristo y a los demás.

Frustración eterna

La frustración eterna es la parte correspondiente y negativa de lo que llamamos realización eterna.

Es importante advertir que no se trata de nada positivo. El infierno no es nada positivo como tampoco lo es el pecado. Y por eso no supone una acción positiva de Dios creador. Dios no ha creado ningún infierno. El infierno existe por iniciativa del hombre, lo mismo que el pecado.

La frustración eterna la crea el hombre cuando odia, cuando mata, cuando explota a su hermano, cuando huye de los que lo necesitan o cuando se coloca como centro de la vida. El infierno no es una creación de Dios, sino del hombre. Porque existe el hombre egoísta y cerrado en sí mismo, por eso existe el infierno. Paul Claudel decía: *El infierno no viene de Dios; viene de un obstáculo puesto a Dios por el hombre.* En el mal se da la trascendencia del hombre tanto como en el bien, y sus actos son perpetuamente significativos en lo positivo como en lo negativo. Por eso el hombre, aunque sea una creatura pequeña e insignificante, puede meterse en un círculo absolutamente ce-

rrado y definitivo. El infierno es el endurecimiento de un hombre en el mal. Por eso es un estado del hombre y no un lugar a donde se le arroja. Y es perpetuo, porque es alguien que dice un no tan decisivo, que no quiere y no puede decir nunca: sí.

El infierno no es la venganza de Dios, sino la coherencia de Dios ante la responsabilidad del hombre. El infierno es la manifestación interna y más profunda de lo que significa el amor de Dios rechazado para aquel que lo ha rechazado. El infierno es Dios mismo con toda su fuerza y toda su grandeza para aquél que ha optado contra El; es imperecedero por brotar de una opción definitiva, y ha empezado a existir en el momento en que ha existido una opción fundamental contra Dios.

La única voluntad de Dios, también con respecto al que se pierde, es la de ser amor que hace feliz eternamente. La frustración perpetua del hombre es una revelación, una actualización de Dios que no quiere ser infierno para nadie, pero que debe ser coherente con aquél que ha querido ser infierno para sí mismo optando contra El en las creaturas. En el infierno la fe se impone como un tormento. Allí no se puede ser incrédulo, porque la fe se ha hecho evidencia negativa.

El infierno es el hombre mismo perpetuamente frustrado única y exclusivamente por su culpa. Es toda la creación para aquél que por su opción contra Dios, se ha enfrentado con El y con todas las cosas. Como el que choca, se hiere con el mismo auto, así el que se estrella con Dios choca con toda la creación y se hiere con ella. Es parte de la realidad del hombre viviente la posibilidad de fracasar en su proyecto; éste es un aspecto de la dimensión trascendente de la responsabilidad humana.

A este estado la Biblia lo llama de diversas maneras: es un fuego ardiente inextinguible, es como un horno, es como un lago de fuego que arde en azufre. En todos estos casos se trata de una imagen que habla al hombre hebreo de lo que hay en el mundo de más doloroso y destructor. Se trata de la situación del hombre definitivamente apartado de su proyecto fundamental y de su comunión con Dios. Cuando se habla de un llanto y rechinar de dientes, se trata de figuras y metáforas para expresar una situación humana de rebelión impotente y sin sentido. Si se habla de tinieblas exteriores, es para contraponerlo a la luz que ilumina a los que están dentro de la casa paterna. Si se habla del infierno como de un gusano que corroe, es para hablar de la frustración interna del hombre. San Juan habla del cielo como de la vida eterna y del infierno como de muerte. Si Dios es la vida y el amor, la ausencia de Dios es la muerte y el odio.

Mc 9, 43; Mt 18, 8; 25, 41; Lc 3, 17; Hb 10, 27; Mt 13, 42-50; Ap 19, 20; Mt 8, 12; Lc 13, 28 Mt 8, 12; 22, 13 Mc 9, 48 Jn 8, 51; Ap 2, 11; 20, 6

El infierno es el fruto natural del pecado.

Al hombre perverso sus propios caminos
acaban por perderlo. (Sal 1, 6)

Jn 14, 16; Os 13,12; S sl, 13; Nm 32,23; Ez 16, 58; 33, 10; Jr 2, 19; Pr 1, 31

El pecado se castiga a sí mismo. El pecado trae consigo la muerte eterna; él mismo es la causa de la muerte. Más que las tinieblas, ellos, los que se pierden, se harán a sí mismos insoportables.

¡Ustedes, todos los que encienden fuego, los que soplan las brasas!
Vayan a la lumbre de su propio fuego
y a las brasas que han encendido.
Eso les vendrá de mi mano;
en tormento yacerán. (Is 50, 11)

Sus propias culpas enredan al malvado,
y queda atrapado en los lazos del pecado
muere por falta de corrección,
por su enorme insensatez perece. (Pr 5, 23)

2Ts 1, 9; Rm 9, 3; 1Co 6, 9-10; Gl 5, 21; Ef 5,5

No se trata de un castigo, sino, más bien, del fruto necesario del pecado. Para San Pablo eso consistía en ser *arrojado de la faz del Señor y de su poderosa gloria*; y en que los pecadores *no han de heredar el reino de Dios.* Otra expresión es la destrucción, a la que *están consagrados los vasos de la cólera.*

Rm 9, 22; 2 Ts 2,3; Flp 1, 28; 3, 19, Rm 2, 12; 1Co 8, 11

Jesús y la escritura hablaron mucho de la frustración. Indudablemente eso debe ser muy bueno para el hombre en el momento presente. Seguir a Jesús es escuchar su mensaje completo y tratar de entenderlo de forma integral para llevarlo a la práctica y a la vida.

El dogma, como expresión de la fe de la Iglesia, afirma que la vida está amenazada por la posibilidad real de un fracaso eterno; posibilidad que consiste en que el hombre pueda rechazar libre-

mente a Dios, o aceptarlo, y en que pueda responder libremente de sí mismo. Ni la Sagrada Escritura, ni el dogma, tratan de darnos un reportaje o una descripción anticipada de lo que sucederá. Pretenden aclarar la existencia presente y actual del hombre frente a Dios y afirman que el momento presente puede ser definitivo y tener trascendencia eterna.

En la vida del hombre, aun en el orden meramente físico, se dan actos de alcance insospechado, como las decisiones de Hitler o las ejecuciones de Auschwitz. Un simple accidente puede tener trascendencia de por vida. Si los hombres no comprenden o no aceptan el infierno es porque no han comprendido o aceptado su grandeza, su responsabilidad, su corazón. Quien niega el infierno, no niega a Dios, niega al hombre y lo negativo de la realidad.

Conviene enfatizar también, que toda esa verdad debe ser matizada con la verdad mucho más fundamental de que Dios es amor, que ese amor 1Jn 4, 8s;
se ha manifestado de forma absoluta, definitiva y última en Jesucristo, y que nadie que verdaderamente ama a Jesucristo puede perderse. Hay ciertas actitudes que aseguran para siempre al hombre: el amor y el servicio a Dios, a Jesucristo Mt 25, 31s
y a los demás.

Realización eterna

Entendemos por realización eterna, o cielo, la participación última y definitiva del hombre en la vida de Dios, que le ha sido dada como propia y como meta última de su vida. Es, pues, la totalidad de la salvación consumada, la realización absoluta
1Tt 2,4 y plena de la voluntad salvífica de Dios. Es lo último para lo que el hombre ha sido creado y redimido y a lo que llega mediante su vida vivida en plenitud humana. Es algo que llega a merecer y que se le da como premio, y también es algo que sobrepasa sus méritos y que se le da como gracia, gratis.

La gracia santificante, que viene dada como plenitud de la vida humana terrena, y que es participación de la vida de Cristo en todos, se convierte en semilla y prenda de la vida de Cristo glorioso, como plenitud de la vida humana celeste.

La salvación del alma no significa nada, si no significa la salvación del hombre entero. El contenido fundamental de esa expresión es la participación definitiva de la gloria de Jesucristo. Cuando la salvación se entiende en términos de integridad, no se puede hablar de alma y cuerpo, sino de una relación interpersonal, que abarca a

la totalidad del hombre, y que tiene carácter absolutamente cristocéntrico y único. Como la vida de Cristo fue el camino para llegar al Padre, por medio de su Pasión y su muerte, así también para nosotros la vida, en comunión con El, es el camino para llegar a Cristo resucitado. La unicidad de Dios se expresa en la exclusividad de Jesucristo como Hijo único y mediador universal; para todos los hombres. El es la imagen gloriosa y visible. El que Jesucristo sea la visualización de Dios invisible, no está dicho solamente como revelación histórica y terrena, sino como mensaje salvífico y como revelación de la forma única de comunicación de Dios.

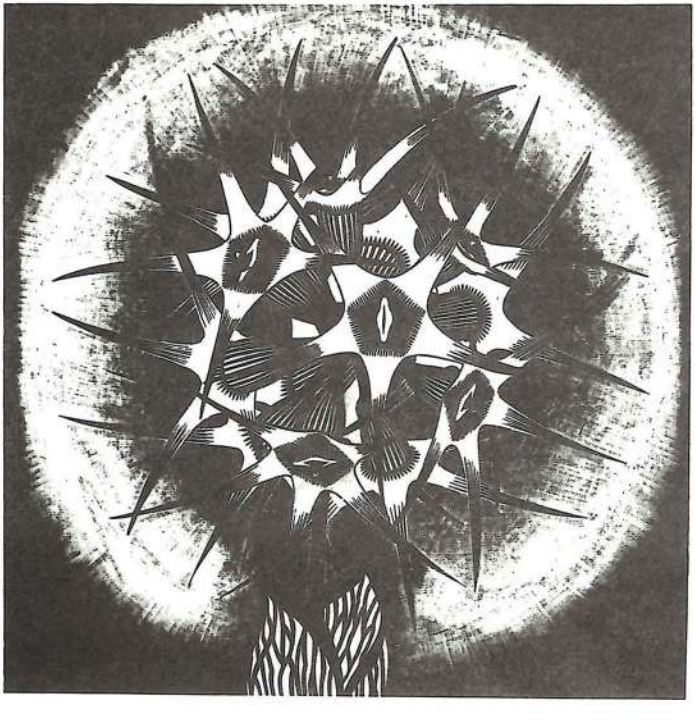
El cielo no es un lugar, ni un tiempo. No es un banquete, ni una casa, ni está arriba o abajo. Todas esas expresiones caen dentro de un lenguaje metafórico que quiere despertar la imaginación del hombre y que es fruto de su sueño.

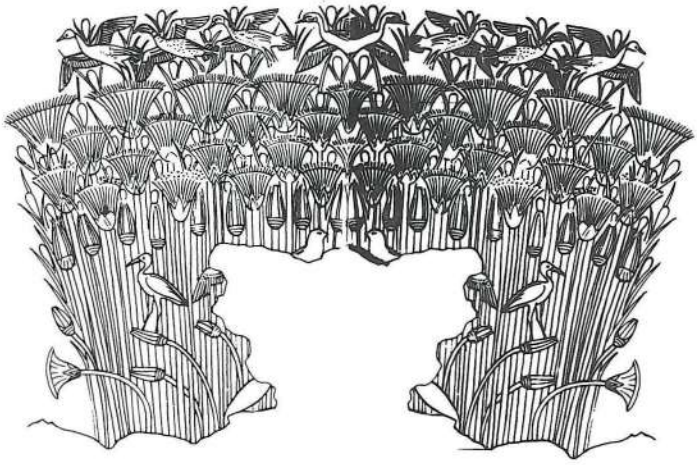
Los seres resucitados, aun cuando hagan relación perpetua a lo histórico y espacial, estarán liberados del tiempo y del espacio, es decir, espiritualizados. No es el cielo una duración eterna, ni una especie de tiempo inmóvil. Tratar de entender lo eterno con categorías temporales nos puede llevar a profundas contradicciones. La eternidad no es un tiempo sin límites, es algo que está por encima del tiempo y que no puede traducirse en categorías espacio-temporales. Es más acertado hablar del cielo en términos de una relación interpersonal, a la que llega el hombre por Cristo, como medio y causa, y en quien encuentra a Dios, como fin y como premio. De tal manera que Jesucristo no es solamente el camino, la puerta, o el puente para llegar a la comunión con Dios, sino que es la persona en quien Dios se nos comu-

nica de forma exhaustiva, como la expresión máxima y don pleno del Dios único. El que no se dé una comunicación mayor que aquélla que se da a través de Cristo no significa una limitación en la posibilidad de Dios, sino la plenitud de la expresividad de Dios en Cristo. Cristo nos ha sido dado como don máximo para esta vida y la eterna.

Para San Pablo la vida eterna era, antes que una visión de Dios, un estar con Cristo. La causa y prototipo de la resurrección y de la vida eterna era el mismo Cristo resucitado. En San Juan la vida eterna se revela como un seguir a Cristo en la gloria:

Padre, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, los que tú me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo.
Y cuando haya ido y les haya preparado un lugar, volveré y los tomaré conmigo, para que donde es-
Jn 17, 24; *té yo, estén también ustedes. El que me quiera ser-*
Jn 14, 3s; *vir, que me siga, y donde yo esté, allí estará*
Jn 12, 26 *también mi servidor.*





Podemos decir que el cielo es la plenitud de las posibilidades del hombre entero en una relación armoniosa consigo mismo, con el mundo y con Dios, y que es capaz de hacer feliz al hombre perpetuamente.

El cielo realiza al hombre en todas sus dimensiones: la dimensión de cara al mundo como presencia e intimidad con todas las cosas, la dimensión hacia el otro como comunión y fraternidad perfecta y, principalmente, la dimensión a Dios como unión filial y participación definitiva en el don de Dios a través de Cristo. En la tierra el hombre está viviendo las posibilidades que no puede realizar del todo. Siempre será un ser inacabado, una sinfonía inconclusa, un corazón nostálgico, y por eso, nunca puede estar realizado de forma definitiva y completa. El hombre orientado hacia Dios fundamentalmente desde el principio no puede encontrar su realización en otra parte que no sea este centro de gravedad y magnetismo que lo atrae.

La antítesis de la vida se resuelve en la síntesis de la comunión vital con Dios. En la tierra el hombre es siempre una vocación. El proceso de hominización se termina en el encuentro definitivo con Dios. Como decía San Ignacio de Antioquía en el siglo II, *Cuando llegue allá, al cielo, entonces seré hombre.* Sólo en su realización eterna llegará el hombre a aquello que ya desde el principio tenía como un dato de origen, aquello que en la vida era su vocación y aquello que después de la muerte es su meta: su destino es la perfecta imagen y semejanza de Dios, esto lo hace ser plenamente un hombre. La imagen y semejanza de Dios a la que ha sido creado el hombre, se refiere no solamente al origen, a lo esencial y fundamental, sino también a su destino y a su realización eterna; no sólo a una parte de su ser, sino a la integridad de su persona, no a un momento determinado, sino a toda la vida.

En el año 107, Carta a los Rm 6, 2

Aquí en la tierra el hombre no puede ver a Dios. La primera razón es porque Dios no es visible.

Ex 33, 20; Jn 1, 18

La Escritura dice que en el cielo *veremos a Dios con cara descubierta*, pero se trata de una metáfora. Este *ver a Dios* no debe imaginarse de forma estática como quien conoce a una persona o asiste a un espectáculo. No son los ojos los que ven, sino

el hombre. Ver, en el sentido bíblico, es algo más que conocer, sentir y mostrarse plenamente. Ver es amar con profundidad. Cuando decimos: Tengo ganas de verte, el mensaje no es de curiosidad, sino de afecto. La visión de Dios es una forma de expresar lo inefable.

La vida eterna es el término más usado en la Biblia para hablar del cielo. La vida es el don más excelente que el hombre tiene. El milagro del hombre es que viva. Nada exige su existencia. La vida se le dio como una semilla para que germinara con plenitud de vida.

Mt 19, 16; Jn 3, 16, 6, 27; 10, 28; 17, 3; Rm 2, 7; 6, 22; Ga 6, 8; Tt 1, 2; 1Jn 2, 25

Corran pues de tal manera que alcancen el premio. Los que compiten se abstienen de muchas cosas y lo hacen para lograr una gloria pasajera, nosotros en cambio, para alcanzar algo que no perece.
(I Co 9, 25)

Feliz el hombre que soporta la prueba, porque, probado, recibirá la corona de la vida, que Dios prometió a los que lo aman. (I St 1, 12)

El cielo, aunque sea la meta del hombre, es un mensaje que se le ha dado no tanto para que piense en lo que ha de venir, sino para que le dé todo su significado a la realidad temporal y a su quehacer terreno. La meta es algo que impulsa a correr más, a estar más consciente y más presente, a poseer las cosas con mayor título de propiedad. El cielo es una luz que debe iluminar la vida.

6 El hombre integrado

El hombre único e irrepetible

El hombre es un sujeto concreto con peculiaridades propias e incomunicables. Eso queremos expresar al decir que el hombre es un individuo. Sólo lo particular y lo individual existe realmente; lo universal se da en la mente que generaliza y elabora conceptos. Se llama principio de individuación a aquello por lo cual un sujeto es uno y no otro.

Según la filosofía clásica (platónica, aristotélica, y escolástica), el principio de individuación es la materia. Para Santo Tomás, por ejemplo, al hombre lo hace individuo lo espacial y temporal, el estar aquí y no allí, y un ahora limitado. En el fondo es su ser material lo que lo hace tal o cual sujeto. Cada quién es cada quién, no por el alma, por lo que todos serían iguales, sino por el cuerpo, que particulariza a la persona. El alma, al vivificar un cuerpo y no otro, queda personificada; y por eso, en esa reflexión filosófica, el cuerpo es el principio de individuación .

El hebreo no separa al hombre en dos componentes distintos: alma y cuerpo. No piensa en categorías dualistas. El principio de individuación no lo pone en la creatura, sino en el Creador.

Lo que hace al hombre uno y no otro es el amor y el cuidado de Dios que lo personifica, individualizándolo. Sal 139; Ef 1, 3-17; Rm 8, 28.30

En la mentalidad bíblica, al hombre no lo hace único la materia o el espíritu, sino toda su realidad. El hebreo procedería de esta manera:

A) Porque yo soy yo y soy así,
B) Dios me conoce desde el seno materno;
C) Me ama plenamente y nada de mí le queda oculto,
c) me conoce por mi nombre,
b) porque El es mi Creador;
a) por eso yo soy yo, y soy así. Sal 139, 1s

Conocer y amar son términos no sólo correlativos y complementarios, sino que de alguna manera se incluyen y se suponen mutuamente.

Podemos decir que cada uno de los hombres es un hombre pronunciado por Dios una sola vez, un *logos* único, un *Hapax Legómenon.* Hapax significa una sola vez; legómenon: lo dicho. Y se llaman así aquellas expresiones o palabras que aparecen en la Escritura una sola vez y que por lo tanto, no pueden ser directamente comparadas con otras. El sentido de esos vocablos es un poco misterioso, como el hombre.

La persona es lo que no se repite, aunque los rostros, las costumbres, y las inquietudes se parezcan. El amor creador de Dios es lo que hace que las cosas y las personas sean múltiples y distintas. Este es el mensaje de la creación. Todas las cosas y especialmente todas las personas son queridas

por Dios en un tiempo, lugar y duración precisa, como notas de un concierto.

El hombre es persona porque Dios lo ama como persona. La razón última de su ser es la acción positiva de Dios creador; la razón última de su ser persona es el amor personal de Dios hacia ella. Y así el hombre es individual y personal porque Dios lo ama como único y como persona.

En la mentalidad hebrea el hombre es un nombre propio. Ante Dios el nombre del hombre es
Ex 33, 12-17 único. El hombre y su nombre se identifican. El hombre es nombre propio que ha de ser llamado y querido por todos, porque es muy querido para Dios.

El hombre le puso nombre a todas las cosas, pero al hombre se lo puso Dios. A Jesús, que es el Adán por excelencia, el punto capital de todos los hombres, Dios mismo le puso el nombre. El
Lc 2, 21; 1, 31; nombre es una especie de personificación. Es la palabra que corresponde a la persona. Toca al hombre en el fondo de su ser personal. Se refiere a su naturaleza, su función y sus condicionamientos. Por eso se da entre los hebreos una especie de devoción al nombre de Dios, de Jesús y de los
Flp 2, 9; demás. Dice Pablo, por ejemplo, que *en el nombre de Jesús se doble toda rodilla y que toda lengua*
Hch 3, 6; *confiese que Jesucristo es Señor,* porque Cristo Jesús *ha recibido el nombre sobre todo nombre.* Pedro hace milagros en su nombre y dice que *no*
Hch 4, 12 *hay otro nombre debajo del cielo que pueda dar la salvación.*

El arte del pensar bíblico no consiste en abstraer, sino en concretizar. Por eso los hechos, una vez sucedidos, deben ser recordados y contempla-

dos, más aún, deben ser celebrados. Por eso el pasado tiene significado y validez para el futuro.

Para el hebreo lo concreto es más inteligible que lo abstracto. Y por eso los profetas predican con símbolos, con signos y con sacramentos. Sienten que sólo se comprende aquello que se representa. Las ideas puras no existen. A Dios se le entiende, porque no está siempre silencioso, porque de alguna manera se deja ver. Nada significaría, por ejemplo, que Dios sea rico en amor y fidelidad y que perdona la rebeldía, la iniquidad y el pecado, si Dios no perdonara a este corazón contrito y humillado. Ex 34, 6; Sal 51

Las coordenadas de espacio y tiempo no son las únicas que determinan al hombre como único y distinto; hay también sentimientos, experiencias, luz, energía, ilusiones y angustias. Así como soy yo el que hago mi vida, así voy construyo también mi propia identidad. La vida como un todo significa identidad y continuidad. La vida vivida es parte integrante de la propia individualidad. Lo irrepetible de la historia forma parte de la propia identidad.

Podemos referirnos a la unidad de todo ser, o a la unidad de la persona, o podemos referirnos a la unidad de la vida haciendo reflexiones sobre nuestras propias experiencias.

La identidad metafísica del ser no es la que angustia al hombre. Al hombre lo angustia la identidad de su propia vida, la fidelidad a su historia, la continuidad de sus convicciones. Por eso la identidad personal puede perderse y también, recobrarse. La Biblia es un libro que ayuda a identificar al hombre, más que a Dios. Es una

historia con un mensaje para el hombre y sobre el hombre, y por eso, sobre Dios.

Las etapas de la vida y los valores que se viven en ella son cosas distintas. Si las etapas fueran solamente fases biológicas, desnudas como ilustraciones de un manual de medicina, la vida sería como un tratado con láminas: frío y diseccionado. Como cada etapa tiene una imagen propia, así tiene también un significado propio. Lo que le da unidad a la vida son los valores vividos.

Lo que ha hecho que Israel sea Israel es su historia: su Dios, su fe, su alegría, su inmenso sufrimiento. Lo que hace que tú seas tú es tu propia historia. Son los sentimientos y experiencias que has tenido, son tus convicciones; y por eso llegas a ser responsable no solamente de aquello que haces, sino también de lo que eres, y llegues a ser. El Principito llegó a comprender que lo que hacia única a su rosa era el tiempo que le había consagrado. La historia como conjunto de experiencias vividas es lo que hizo única a la rosa.

Para Israel era muy importante retener su historia. Conmemorar algo significa de alguna manera retenerlo. Tenemos conciencia de nuestra identidad personal por la vida que hemos vivido.

Es necesario retener las notas para oír algo de música. Quien no recuerda los momentos de su vida y los reúne, y los trasciende, no oirá jamás ninguna música en su vida. Hay que unir las notas para gustar la melodía. Y así como oír música o interpretarla, es un arte que no se aprende rápidamente, también es un arte recoger los momentos de la vida y encontrarles su significado.

Lo humano del hombre

Si nos preguntamos qué es lo que hace al hombre humano, la respuesta no resulta tan sencilla. Porque no todo lo que hacen todos los hombres es humano, ni tampoco aquello que aparece natural y espontáneamente. El hombre se siente profundamente emparentado con todos los animales; sabe que nada que sea animal le es ajeno, hay momentos en que se capta a sí mismo como animal; pero también sabe que hay algo en él que lo coloca por encima de todos ellos, intuye que lo más personal, lo más suyo, es lo que de alguna manera sobrepasa su naturaleza animal.

Los sentimientos no hacen al hombre típicamente humano; hay animales de sentimientos más acendrados que los del hombre, y hay también sentimientos en el hombre completamente inhumanos.

Tampoco es la debilidad física o moral la que hace al hombre humano; sería en tal caso, más humano aquél que fuera más vil o más débil. Lo natural no equivale a lo humano (Hegel). Lo humano del hombre consiste en superar lo natural.

Lo humano en el hombre no es un común denominador resultado de una abstracción o de un muestreo entre todos los hombres.

La humanidad del hombre no es su pertenencia a un género biológico. Lo humano no es el hombre en cuanto tal. El hombre no es humano por ser la 600 millonésima parte del género humano.

Lo que hace humano al hombre es una cualidad interior, es su vocación a ser más de lo que es. El ser atraído hacia una justicia que nunca ha sido puesta en práctica, es el ser llamado a una libertad más radical, es el ser urgido a amar cada vez mejor.

Lo humano en el hombre es un sistema o conjunto de valores, una forma de vivir y de respetar la vida. Es la capacidad de salir de sí mismo y de interesarse por los demás. No es un ideal que el hombre se haya propuesto, es una meta que se le ha impuesto.

El drama del mundo, y de la humanidad, es que puede llegar a estar habilitado por hombres inhumanos.

Lo que hace al hombre humano es su especial pertenencia a Dios, o dicho de mejor forma, es el que Dios le pertenece. Dios es un elemento indispensable para comprender al hombre en cuanto a lo divino que hay en él; y lo que hay de inhumano es la falta de Dios; por eso, mientras más ateo se vuelve el hombre se hace más inhumano. Dios es el punto central de la humanidad, es el fundamento y la fuente.

Los filósofos se han esforzado por responder esta pregunta: ¿Qué son los valores?, y los han definido de diversas maneras:

Para unos, Hartmann por ejemplo, los valores son ideas supramundanas que el hombre introduce en lo real. Para otros fijar el valor en lo real significa llegar a lo profundo del ser, porque éste no es solamente realidad experimentable, sometida a leyes naturales. El valor es una de las propiedades del ser. El ser es valioso.

Se puede definir el valor como el ser mismo en cuanto atrae la voluntad. El valor está en el hombre que lo percibe en el ser valioso, por eso es algo subjetivo y condicionado, aunque descansa en el orden de lo real; y es también normativo, en cuanto radica en el ser mismo. El valor puede ser de muchos órdenes y éstos pueden subordinarse unos a otros; puede ser útil, deleitable, necesario, accidental, relativo, económico, vital, espiritual, etc., según haga relación al ser en que se encuentra. El valor pues, depende de lo real y de nuestra capacidad de apreciarlo.

Podemos pensar que los valores son ciertos principios que reclaman y exigen la acción del hombre. Como la justicia que exige el ser cumplida, la libertad exige ser vivida, la verdad exige ser aceptada o realizada. En último término los valores son, no tanto virtudes impersonales, sino formas de la presencia de Dios en el hombre, que exige la realización de éste. El hombre no existe para satisfacer su propio yo, ni es su propio legislador. Los valores se presentan para el hombre como un imperativo que surge de la realidad.

Es un valor también para el hombre, o una exigencia de Dios, el que el hombre no se centre en sí mismo, sino que se trascienda saliendo al encuentro de los demás, e incluso que trascienda a los demás, en el encuentro con Dios. Ni los demás, ni la tarea, ni el mundo puede ser el objetivo último de la aspiración del hombre a ser humano. Un significado último que no derive de un ser último, o un valor supremo no propuesto por un ser supremo, no tendría significado ni valor.

Lo humano del hombre es lo que tiene de divino; en términos bíblicos es su semejanza con Dios. Se consigue que el hombre llegue a ser humano no por penetrar en el mundo, ni por poseerlo, sino por encontrarse a sí mismo, de forma que pueda llegar a ser la persona que los demás necesitan. La prueba de humanidad de una persona es el grado de sensibilidad ante los sufrimientos del prójimo. La capacidad de compadecerse es el trozo del corazón de Dios que lleva el hombre.

Toda falta de humanismo se ha entendido siempre como una especie de pecado. Y por el contrario, todo pecado es, en cuanto pecado, profundamente inhumano.

Cuando el hombre pierde algo de humanidad pierde algo de muchísimo valor. Todos tenemos la obligación de luchar por una humanidad más humana. Como en tiempo de la Conquista estamos perdiendo el oro a cambio de unos espejos; y lo peor es que estamos felices y ciegos.

¿Qué tendremos que hacer cuando la técnica invada la vida de todos; cuando todo se venda y se

compre, cuando, automáticamente, la máquina desplace al hombre?

-Tendremos la tarea más triste y más sublime: la de rescatar al hombre, la de ayudarlo a ser humano-.

No quiero hacer una enumeración de los pecados de nuestro tiempo; pero quiero decir que el más grande es la falta de humanismo. El pecado consiste en que el hombre se deforma. Después, su falta de religión: no hay relación con Dios. Huye y se esconde y quiere ser otro. No teme a la droga, -o teme a las drogas-, y de alguna manera está convencido de que la religión es el opio del pueblo, pero no cae en la cuenta que la falta de religión es veneno.

Todos los hombres creemos que de alguna manera la realidad se reduce a nuestra capacidad de comprender. Tratamos de reducir los acontecimientos a nuestro propio yo. Como si el mundo y la historia existieran solamente para complacer nuestro ego, y toda la realidad se redujera a la medida de la rendija de nuestro entendimiento.

Un hombre había perdido el oído y desde que dejó de oír afirmaba que la música no existía. Que cuando muchas personas se reunían en una sala lo hacían como hipnotizadas o engañadas por el movimiento de los arcos de los violines, o por cierta magia del director de la orquesta. Le resultaba fácil racionalizar un hecho, pero le resultaba imposible experimentarlo. Hay quienes niegan la existencia de Dios, porque les resulta más fácil decir que la música no existe, que escucharla.

Es razonable para el hombre salir de su propia razón, salir en búsqueda de la verdad. Lo humano del hombre es salir de sus propios límites.

El ateísmo es la más drástica forma de la falta de humanismo; el humanismo ateo no es humano. Es falta de relación, es autosuficiencia, es quedarse encerrado en los propios límites.

Lo humano del hombre es su relación interna con la justicia, la verdad, el amor, la belleza, la razón; en último término es su relación a Dios. Lo humano del hombre es lo que tiene de divino: su semejanza con Dios.

Cfr. Flp 4,9

El hombre y la vida de Cristo en él

Hemos visto que el hombre nunca está solo; que a Dios le afecta y le importa mucho la vida del hombre; que el elemento divino de la existencia humana es la vida; que el hombre se desarrolla en sus relaciones con los demás y con Dios; que el sentido de la vida del hombre es el servicio; y que a Dios solamente se le puede servir en los demás; que en cada una de las etapas y en cada momento de la curva de la vida Dios busca al hombre.

Ahora nos preguntamos si Dios no es una pasión que se consume inútilmente por el hombre; y si, de hecho, el hombre no es el fracaso de Dios.

Al preguntarnos sobre lo más auténticamente humano del hombre nos encontramos lo divino: la vida. Y ahora nos volvemos a preguntar si la plenitud de lo divino o de la vida del hombre es solamente la vida que vivimos o algo más. La respuesta es que ese algo más a lo que el mundo, la historia, y el hombre están orientados es la gracia. Rm 5, 20

Gracia significa, en el lenguaje bíblico, benevolencia, simpatía, amor. Es la complacencia de Dios por el hombre. En el Nuevo Testamento, particularmente en Lucas y Pablo la gracia se refiere al amor de Dios que sana y libera al hombre hasta llevarlo a su plenitud dentro de la historia de la salvación. Gracia es la salvación que Dios da por Jesús en el Evangelio.

La gracia es, también, le plenitud de la vida y el amor de Dios salvador en el hombre. La gracia es vida, más particularmente, la vida de Cristo resucitado en el hombre. II Cor 9, 8; Ef 2,6; II Tit 2,1

La gracia es la salvación de Dios capaz de superar el esfuerzo de condenación del hombre, es el encuentro de Dios capaz de superar la huida del hombre. Es la superabundancia de Dios en la superlimitación del hombre. Allí donde abundó el pecado sobreabundó la gracia. Rm 5, 15 y 20

La gracia es lo que el hombre recibe sin titulo ni mérito, más aún, a pesar de sus deméritos. La

recibe gratis; y por eso es gracia; y sobrepasa sus límites, y por eso es sobrenatural.

Rm 3, 24; 4, 16

Es un algo que califica y señala al hombre. Pero no debe ser codificada, o seccionada del complejo humano. En otro tiempo, no lejano, se desarrolló demasiado ese algo como cualidad del hombre que pierde y recupera según sus faltas y su contrición. Se habló mucho de la gracia y como un calificativo del hombre y se despersonalizó. La gracia más que algo. Es Alguien, es Cristo mismo en la interioridad del hombre. Es Dios para el hombre y se da solamente en el hombre como gracia. Es la plenitud y el coronamiento de lo humano y se da en la vida, en la naturaleza, a la que no destruye ni desfigura, sino que la supone. La naturaleza, la vida, es la condición de posibilidad para la existencia de la gracia y ésta hace más auténticamente humano al hombre y lo perfecciona. Para cada hombre y para cada pueblo, raza, o cultura la gracia, o sea, la vida de Cristo en el hombre, recibe aquella forma que corresponde a la naturaleza, a la historia y al hombre en sus condicionamientos. La gracia es siempre pluriforme.

Es una relación interpersonal y se adapta al hombre y a sus condicionamientos. Siempre tiene un sentido cristocéntrico, porque viene de Cristo, se mantiene por Cristo, y lleva a Cristo. Porque no hay más amor de Dios que aquél con que ama a Cristo y, en El, a todos los hombres; y la forma plena y máxima de comunicación de Dios y con Dios se da a través de Cristo.

Toda gracia del Dios verdadero es cristiana; aunque el hombre ni lo sepa ni sea cristiano. El conocimiento y la conciencia no hacen ni consti-

tuyen la gracia. También los hombres que se salvan dentro del budismo se salvan por la gracia de Cristo.

Juan afirma que Cristo es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. A unos los ilumina de una forma y a otros de otra. A cada uno según su situación concreta. Lo rudimentario, primitivo, ambiguo, o limitado no le quita a la gracia su sentido de cristiana. Jn 1,9

La gracia es la fuerza salvífica de Dios en el hombre y en favor del hombre. La gracia es la fuerza de Dios en el hombre. En ese sentido la gracia y el Espíritu Santo que habita en el hombre, como en su templo, se identifican. La gracia es no solamente lo divino que tiene el hombre, sino Dios mismo que lo santifica. San Ireneo decía que la Santísima Trinidad era Dios Padre, Dios Hijo, y el hombre. Es decir el Espíritu Santo en cuanto está encaminado *ad extra*, hacia afuera, hacia el hombre. Es Dios para el hombre. Es Dios en el hombre. Pero entendido ese *para* no como un Dios en función del hombre, sino como un Dios solícito por el hombre. A. Orbe, *Antropología de San Ireneo*

El Espíritu Santo y el Espíritu de Cristo, en el lenguaje del Nuevo Testamento, son equivalentes. Se identifican tratándose de la inhabilitación en el hombre. I Co 3, 16 I Co 6, 19

Porque la forma en que el Jesús histórico resucitado se hace presente en la historia y en el hombre es a través de su Espíritu.

La gracia es comunión de vida con Cristo, como la de la vid en los retoños; es su propio Espíritu que nos vivifica y da fuerza haciéndonos formar

con El una unidad perfecta, como miembros de un mismo cuerpo y tiene en nosotros, por participación, como un regalo, los mismo efectos y frutos que en Cristo tuvo la naturaleza.

Hch 15,11
Ef 2,7

Así, al participar de lo que Jesús es, somos hijos de Dios; participamos de su misión salvífica y tenemos como Jesús su mismo destino: somos herederos del reino de los cielos. La gracia como comunión de vida temporal con Cristo florece en comunión de vida eterna con el resucitado.

La gracia es seguimiento de Cristo en la vida. La vida vivida y aceptada con naturalidad va ligada a la gracia. La gracia está más ligada a la vida que a la naturaleza. La vida es gracia. La vida es el elemento de comunión con Cristo en que se nos da la gracia. La vida entregada por amor trae consigo la gracia.

Rm 5, 2 y 17

Y así como el pecado es el germen de muerte, la gracia es el germen de vida eterna. La gracia y la participación de la gloria de Jesucristo se corresponden de forma semejante a la vida temporal y la vida eterna.

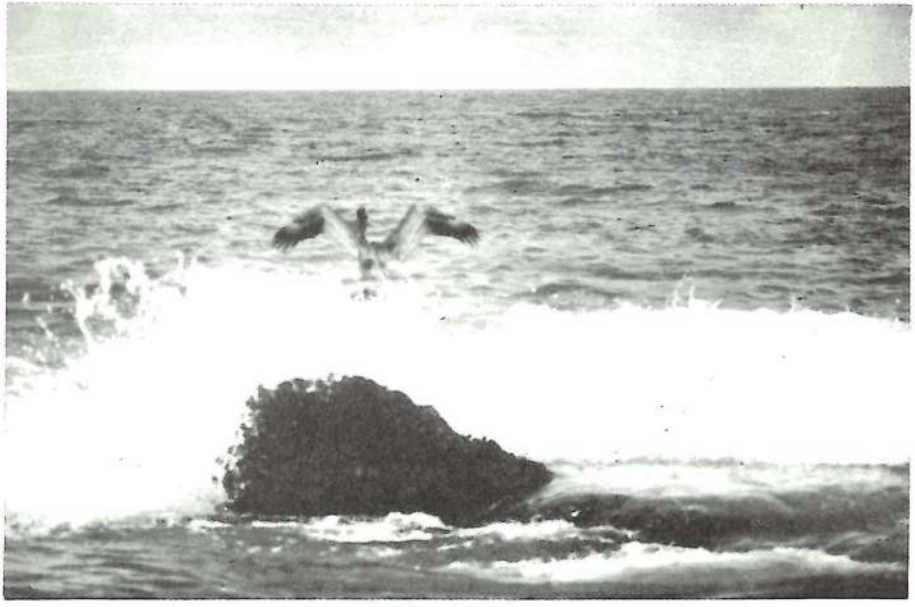
La gracia como presencia activa de Cristo en el hombre nos lleva a creer en el mismo Cristo, a aceptarlo y confiar en El: nos hace seguirlo como guía del reino y vivir en El como el reino mismo.

La gracia como relación dinámica y viva es todo un proceso de relación interpersonal que se recibe, crece, se desarrolla y puede perderse. Su meta es llevar a plenitud la condición del hombre, ya no precisamente como creatura, sino como hijo de Dios.

El fin de la encarnación es hacer que el hombre llegue a vivir la vida de Jesús. Para eso es necesa-

rio liberar al hombre del pecado. Jesús es hombre para darnos la vida de Dios abundantemente.

Yo he venido para que tengan vida
y la tengan en abundancia. (Jn. 10,10)



7

El hombre para los demás

El hombre y el encuentro con Dios

Con los profetas Dios ha querido despertar nuestra sensibilidad no tanto a lo sobrenatural, sino a las injusticias de la vida y de los negocios.

Escúchenlo los que exprimen a los pobres y eliminan a los miserables:
piensan: ¿Cuándo pasará la luna nueva para vender el trigo
o el sábado para ofrecer grano y hasta la cascarilla?
¿Para encoger la medida y aumentar el precio,
para comprar por dinero al desvalido y al pobre
por un par de sandalias?
¡Jura el Señor, por la gloria de Jacob, no olvidar jamás lo que han hecho! (Am 8,4-7)

Parecería que los profetas exageran el valor de la justicia. Sacaron a Dios del templo y lo metieron en el mercado: subordinaron el culto a los negocios y a las transacciones de los hombres.

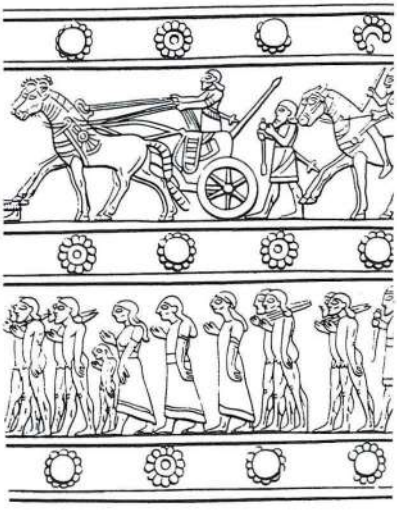
Para el hombre bíblico el amor y la justicia no son solamente condicionamientos evolutivos del hombre; ni tampoco son solamente valores humanos; son algo más importante: la parte de Dios en la vida de los hombres. En ocasiones parece que

el sufrimiento humano es algo que a Dios le arde. Dios se encuentra en el hombre, en su intimidad, en su corazón, más que en lo obscuro del templo; y por eso quiere que las relaciones entre los humanos sean buenas. Podrá parecer un Dios poco sacralista, demasiado preocupado por las relaciones de los hombres. La opresión del pobre, la falta de justicia, el hacer lo vil, la falta de respeto y de amor son cosas que afectan al corazón de Dios.

La justicia no es una costumbre antigua, o una convicción humana; es una exigencia trascendente llena de interés divino. No es solamente una relación entre el hombre y su cliente, es un acto que implica a Dios, es una necesidad o una exigencia de Dios. Dios se identifica con la humillación del hombre; la necesidad del hombre es una necesidad de Dios. La injusticia hecha al hombre es una injusticia hecha a Dios. Y así como la justicia muere cuando se deshumaniza, aunque se le practique con exactitud, así también se desvirtúa o se desintegra cuando se desplaza la exigencia divina.

La preocupación de Dios por la justicia nace de su compasión por el hombre. No se trata de la obligación exigida por un principio ético innato llamado justicia, se trata de la relación de Dios con el pueblo.

La justicia por sí misma no es más importante que la verdad o la libertad; la injusticia es importante, porque toca a Dios en lo vivo, y cuando falta se humilla a Dios.



Quien oprime al débil insulta a su Hacedor,
mas el que se apiada del pobre le da gloria.
Quien se burla de un pobre, ultraja a su Creador,

quien se ríe de la desgracia no quedará sin castigo. (Pr 14,31).

Así dice el Señor: hagan justicia y obren rectamente,
y libren al oprimido de la mano del opresor
No hagan mal ni violencia al extranjero,
al huérfano ni a la viuda,
ni derramen sangre inocente en este lugar.
(Jr 7,5s)

La justicia no es una abstracción, y es algo más que un valor. La justicia existe con respecto a la persona, es algo que lleva a cabo una persona. La falta de justicia se condena no tanto porque se quebrante la ley, sino porque se daña a las personas.

Podríamos preguntarnos ¿qué es eso tan valioso que ahora llamamos persona y que en el Antiguo Testamento era cualquiera que sufría una injusticia? Podríamos decir que la persona es un ser cuyo dolor llega al corazón de Dios.

No afligirán a ninguna viuda ni huérfano. Si los afligen y claman a mí, ciertamente oiré su clamor...
Si él clama a mí, yo lo oiré,
porque soy compasivo. (Ex 22, 21-23 y 26)

El hombre no es sólo una imagen de Dios, es además su preocupación perpetua. Cuanto hace el hombre no sólo afecta su propia vida y la de los demás, afecta también la de Dios en cuanto se haya dirigido al hombre. Su presencia y solicitud por el hombre da un nuevo sentido y una nueva dimensión a la existencia humana.

Dios tiene una especial predilección por los más necesitados, por el hombre en crisis existencial. Esta predilección es un vínculo de Dios que seña-

la al hombre y a Dios, y que no debe ser entendida como un signo de discriminación o de diferencia entre los hombres. La predilección de Dios es un vínculo personal con El y no un elemento de distinción o de separación. Al hablar de predilección subrayamos el amor de Dios, y el término de su preocupación, no tratamos de distinguir o de separar a las personas.

De la parábola del Buen Pastor sacaría una mala conclusión quien se imaginara que Dios ama más a una oveja perdida que a los noventa y nueve que ha asegurado. La parábola viene a explicar la solicitud de Dios por el hombre en crisis, en pecado, y la alegría que le da recuperarlo. No trata de separar a uno contra los noventa y nueve.

La razón por la que el pueblo de Israel fue elegido no fue su fuerza o su esplendor, sino precisamente lo contrario: fue su pequeñez, su debilidad, su pobreza y su dolor.

Eran escasa gente, poco numerosos,
y forasteros allí. (I Cr 16,19)

No más de 70 personas. (Dt 10,22)

Dios lo elige no por una cualidad inherente al pueblo pobre, sino para sacarlo de su pobreza y esclavitud, manifestándose así como el Dios salvador. Por esa misma razón Dios tiene una especial predilección por el pobre, no por su pobreza ni por la injusticia que padece, sino por su persona, para sacarlo de su sufrimiento y de su miseria. La pobreza es un estado de desventaja para el hombre y por eso Dios está del lado de los pobres.

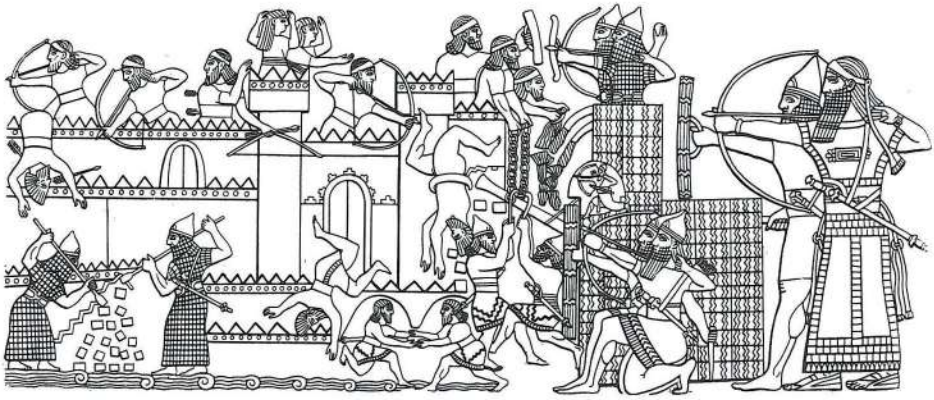
En sí misma la pobreza no es ningún valor. Ni Dios a través de los profetas, ni Jesús o los apóstoles predicaron al pueblo una mística de pobre-

za. Jesús más bien escandalizó por su libertad con respecto a los bienes temporales, y por su contraposición a los ascetas, como Juan el Bautista.

Is 5, 1s En la parábola de Isaías todos los cuidados de Dios por su pueblo tenían por objeto que se practicara la justicia.

Esperaba de ellos justicia y hay asesinatos;
honradez y hay alaridos. (Is 5,7)

Mt 11, 18-19; Jn 12, 4; Mc 2, 23s El sentido de justicia en los hombres es un eco débil del sentido de justicia de Dios. La explotación de los pobres es para los hombres menos importante que para Dios: un hombre la desaprueba; Dios se siente herido.



Nota:

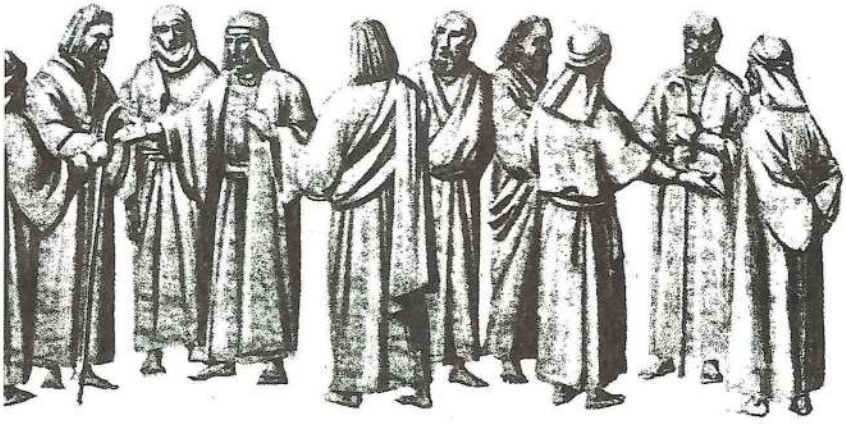
Conviene advertir que el término justicia en nuestro lenguaje es mucho más reducido que el concepto *Sedeq y Sedagah* en el lenguaje bíblico. En hebreo puede significar santidad, rectitud, cumplimiento, fidelidad, obediencia; pero siempre influye la idea de relación entre Dios y el hombre o los hombres entre sí. Es un predicado que pertenece en primer lugar a Dios y luego al hombre o a las cosas. Dios es justo, pero también los hombres, los caminos, las leyes, las pesas y medidas, los sacrificios.

La justicia impregna todos los terrenos de la vida de los hombres. *Busquen el reino de Dios y su justicia. Tener hambre y sed de justicia* significa la recta conducta del hombre conforme a la voluntad de Dios; es un derecho de Dios ante las obligaciones del pueblo. Por eso *Dios se hace encontradizo de quienes practican la justicia.* Lucas explica que se es justo cuando se camina sin reproche en todos los mandamientos y ordenaciones del Señor.

Mt 6, 33; 5, 6

Is 64, 4;

Lc 1,6



El servicio y el encuentro con Jesucristo en el hombre

Jesús realizó el ideal de ser hombre. Supo ser lo que el Antiguo Testamento pedía al hombre para realizarse: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, y caminar por el camino del Señor. Supo, además, que ese amor se debe manifestar a los hombres amándolos de la misma manera. Fue el hombre de Dios para los demás.

Con su resurrección, El, como hombre, y lo humano en El, es decir, todos los hombres, quedamos para siempre vinculados con Dios. Porque, como decía Tertuliano, "*la carne tomada de la Virgen María somos nosotros*". Y lo que una vez asumió, lo asumió para siempre. La naturaleza humana de Jesús no es solamente su alma y su cuerpo, somos todos los hombres

Is 7, 14; 2 P 1,17; Jn 1,18

De Jesús podemos decir que precisamente en cuanto hombre es el Hijo de Dios, en el sentido más pleno y profundo en que esto se puede decir de Dios como Padre y de Jesús como Unigénito.

Ese Jesús es la norma de humanidad para el hombre cristiano de todos los tiempos. Y no sólo no vio oposición entre lo humano y lo divino, sino

que lo sintetizó de la forma más impresionante. El mismo fue la síntesis perfecta.

Jesús enseñó a los hombres los principios y formas concretas de llegar a ser humanos en la línea de la revelación. Así como no predicó una Cristología tampoco predicó una Antropología. El mismo fue el Cristo y el Hombre por excelencia. El es la revelación del hombre para el hombre, y también el criterio de servicio y de entrega del hombre para los demás y para Dios.

El gran impacto de Jesús consistió en que supo ganarse el corazón de sus seguidores. Esta sigue siendo su gran fuerza, por eso para quien se ha encontrado con Jesús, Jesús no es uno entre muchos, es el tú que me invita y me ayuda a ser yo. Y así Jesús es el Tú de Dios que invita y acompaña al hombre a salir de su propio yo. Porque sólo saliendo de sí mismo se salva el hombre. Quien pierde su vida ocupándose de los demás la encuentra; quien la da, la recibe.

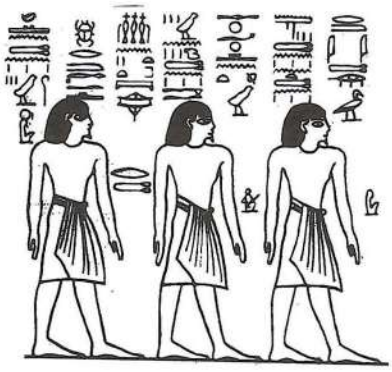
Mt 4, 20; Lc 5, 27; Jn 8,12; 18, 15

Mt 17, 33

Los puntos principales de las convicciones y enseñanzas de Jesús, podemos decir, que fueron estos:

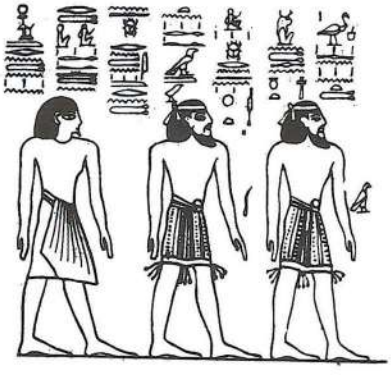
+ Que Dios es nuestro Padre y que todos los hombres somos hermanos. No puede haber fraternidad humana sin paternidad divina. Por eso el hombre debe poner toda su confianza en la atención y solicitud de Dios, y amar a los demás como hermanos.

+ Jesús anunció que el reino de Dios había llegado como amor, misericordia y paz, y que va directamente dirigido a los necesitados, a los marginados por cualquier causa, pecadores, pobres, enfermos, sencillos de corazón.



Contra la expectativa de sus seguidores, Jesús no se preocupó directamente por cambiar las estructuras religiosas o sociales, sino más bien quiso ayudar a los hombre a ser mejores y a actuar de mejor manera. Se preocupó por ubicar al hombre ante Dios y sus semejantes, más que por transmitirle una ideología. Motivó e inspiró gran confianza, una gran libertad; supo y quiso correr los riesgos de dejar a los hombres ser hombres y a Dios ser Dios.

+ Jesús centró su doctrinan en el amor de Dios y a los demás, pero esto no llamaba tanto la atención; por lo que Jesús llamó la atención fue por insistir en el amor efectivo a los demás como forma concreta y expresión del amor a Dios.



Jesús centró su doctrina en el amor. Un amor que abarca la justicia y que no se limita a ella. Cuando el amor se reduce a la justicia se desvirtúan el amor y la justicia. La justicia es la primera exigencia del amor; no puede haber amor donde no hay justicia. Amar es más importante para el hombre que ser justo, santo o mártir. Amar significa salir de uno mismo hacia la persona que se ama.

El hombre valora su capacidad de amar como
I Jn 4, 8 una de sus más nobles facultades. *Dios es amor,* dice San Juan, y por eso podemos pensar que también el hombre es amor. El hombre es amor, porque Dios es amor. Por amor y para el amor, el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios.

Amar es un verbo transitivo; el verdadero amor no es un amor a sí mismo, para sí mismo y en sí mismo. Claro que el punto de partida y la base del amor a Dios y a los demás es el amor a uno mismo;

pero éste no debe ser jamás meta. Si así fuera no sabríamos tampoco lo que significa la palabra amar, ni podríamos experimentar que Dios es amor. El amor supone siempre una persona o término de esa acción de amar.

El objeto principal del amor de Dios Padre es su Hijo, Jesucristo, el Unigénito y muy amado, y en El todos los hombres y todas las cosas. Cristo *recapitula,* decía San Pablo, es decir resume, concentrado compendia todas las cosas primero para el Padre, y por eso, para la creación misma. Ef 1,22

Y el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, aun a pesar de ser malo, también es amor. Esto es lo que lo define más auténticamente. Aunque normalmente procede de abajo hacia arriba; ama primero lo que le es más inmediato, más grato, más sensible, y a veces más engañoso. Poco a poco el amor lo va obligando, o enseñando, a salir de sí mismo hasta que le exige darlo todo, incluso darse a sí mismo. Y entonces, cuando el hombre de verdad se entrega, acaba con el egoísmo. Porque no hay egoísmo en el don de sí mismo. Gn 1, 26; 5, 1; Mt 7, 10

Dios es amor; queda bien descrito por el amor. Que Dios sea el amor, no debe entenderse como una idea abstracta o metafísica. Esta afirmación sobre Dios encierra toda la belleza y vaguedad de una abstracción. El amor queda enmarcado cuando se dirige a alguien y cuando es de alguien; cuando es de una persona y se dirige a una persona.

Dios es el eterno enamorado que se manifiesta a lo largo de la Historia de la Salvación y a lo largo de la propia historia personal y concreta. El amor de Dios en la historia se concretiza en el amor de

Dios a la persona. Amar en la Biblia significa historia; hechos que en futuro pertenecerán a la historia.

La plenitud del amor de Dios se manifestó en el don de su propio Hijo, el unigénito y el amado; y su más alto grado de expresión en el hombre y para el hombre, es el amor a Jesucristo y de Jesucristo. Dios es el amor a Jesucristo, como unigénito y primogénito; como cabeza o como vid, y a los hombres como miembros o retoños de esa única realidad viva que es el Señor, porque *la gloria de Dios está en la mayor plenitud del hombre viviente, y la vida del hombre en su comunión con Cristo*, -decía San Ireneo.

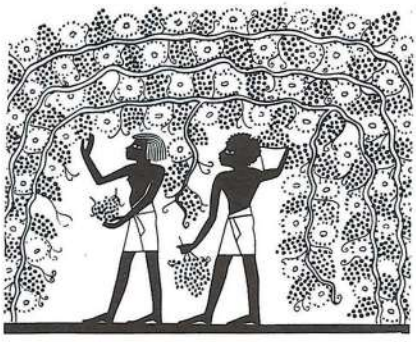
Ireneo, *Ad. Haer.* IV, 20,4s; V,1,1

Jesucristo es el amor de Dios hecho historia. Y por ser en la historia, por haberse revelado así, sabemos que lo es también en la eternidad.

La fe que anuncia y revela a Dios y a Jesucristo anuncia y revela al hombre mismo. El mensaje que anuncia que Dios es amor al hombre, anuncia y exige que el hombre sea también capacidad de amar a los demás y en ellos a Dios.

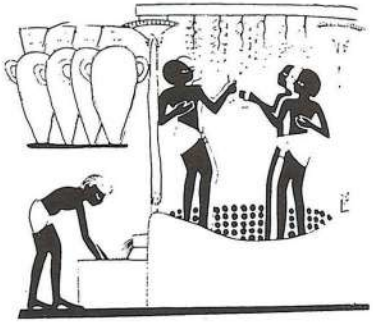
El hombre es amor y se realiza amando. El amor es, en último término, el valor o significado de su ser personal como pregunta, respuesta, aceptación y entrega. Porque el hombre es pregunta y se realiza preguntando; porque el hombre es respuesta y se realiza respondiendo; porque el hombre es acogida y se realiza aceptando; porque el hombre se entrega y se realiza entregándose. Lo que no tiene un significado de amor no es humano, no realiza al hombre; como tampoco lo que no encierra un mínimo de conciencia y libertad.

Para San Agustín el amor no tiene más límites que los que impone el amor mismo. Los límites del amor son el amor. El amor que va más allá de sus propios límites deja de ser amor y empieza a ser frustración, no entrega, no amor. La alegría y el gozo de amar se convierten en la tristeza de haber salido fuera de los límites del amor.



El hombre es responsable de su capacidad de amar, y el amor que lleva dentro es una experiencia de Dios; el hombre es responsable también del objeto de su amor, de la persona en quien deposita su corazón, y es una alusión al amor a Dios; el hombre es responsable del hecho de vivir enamorado, el amor no es un suceso, sino una forma de vivir. Jesús nos ha enseñado que hay que amar a los demás como a nosotros mismos, que no hagamos a los demás lo que no queremos para nosotros.

Con la fe se ve más que con los ojos; y se valora más al hombre que con la razón. El mensaje de Jesús es un mensaje al hombre sobre el hombre. Lo que llama la atención es que después de tanto tiempo en que el hombre ha crecido en el conocimiento de todas las cosas siga siendo un ignorante en el conocimiento de sí mismo.



Jesús pidió a sus seguidores que llegaran a amarse como lo amaban a El. Cuando estaba a punto de dar su amor hasta el extremo dijo: nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Jn 15, 13

Ustedes son el objeto de mi amor,
si hacen lo que yo les digo:
ámense mutuamente,
como yo los he amado. (Jn 15, 14).

Así pues, Jesús dio un paso más en eso del amor mutuo; pidió que los suyos, sus discípulos, se amaran como lo amaban a El.

Más aún, cuando parece que no se puede avanzar, Jesús sube más arriba. Dice que es necesario que los hombres se amen con una fuerza semejante a aquel amor con que El ama al Padre; de tal manera que lleguen a ser uno, como el Padre y El forman una realidad. Los hombres no hemos comprendido que la unidad del mundo exige la unidad del género humano. Con más trabajo vamos a entender que la unidad de Dios exige la unidad de los hombres, y que es necesario un solo rebaño, porque solamente existe un pastor y que una división entre los hombres es una dolorosa fisura en los sentimientos de Dios.

San Juan decía:

Este es el mensaje que hemos oído desde el principio: que nos amemos unos a otros...
En esto hemos conocido lo que es el amor: en que El dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos.
Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón; ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? No amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad.

Este es su mandamiento, (el de Dios): que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó...
Amémonos, pues, unos a otros, ya que el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor.

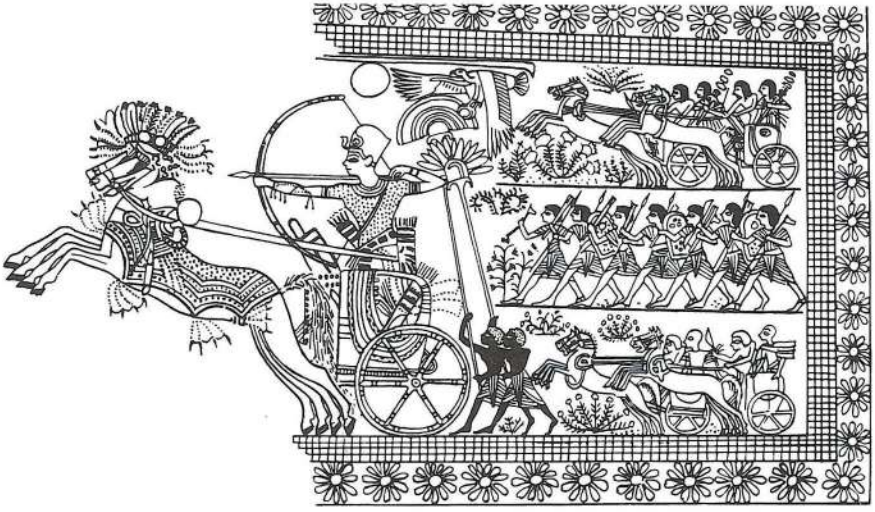
En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo... Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros.

A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado a nosotros a su plenitud...

Si alguno dice: amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve.

Y nosotros hemos recibido de El este mandamiento: Que quien ama a Dios ame también a su hermano.

(I Jn 3,11s; 4,7-21)



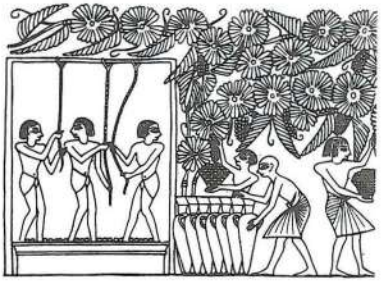
Las exigencias de Cristo en los demás

Dios no es la expresión del hombre. El hombre es la expresión de Dios, tanto mayor, cuanto el hombre sobrepasa a los seres existentes. Por eso el vocabulario de Dios es lo humano. Es importante para el hombre el que Dios se dirija a él con palabras humanas. Los antropomorfismos no son solamente formas de expresión del hombre, son también las formas como Dios se expresa. A Dios sólo lo conocemos, y nos interesa, en cuanto referido al hombre. Solamente conocemos un aspecto del ser divino: su estar dirigido al hombre; por eso hay que entender al hombre con el vocabulario de Dios, o lo que es lo mismo, hay que entender al hombre desde el hombre. Dios no va a hablar con una mejor y más clara voz que la humana.

Cuando el Verbo se hizo carne, se hizo la expresión más grande de Dios; y no sólo tomó lo que es el hombre, sino que nos dio lo que El es.

Dios no sólo atiende a las necesidades del hombre, sino que además se expresa y manifiesta sus exigencias en el más necesitado. En el hombre de carne; es decir, débil, y limitado, Dios se expresa.

El hombre necesita de Dios para no ser sólo carne, y trascender sus limitaciones.



No interesa entender a Dios, lo que interesa es entender al hombre. Sólo que no sabremos casi nada del hombre sin referirnos a Dios, porque el hombre es un ser relativo y su relación fundamental es con Dios.

No tratamos de buscar a Dios para solucionar los problemas del hombre, o para tener en el cielo a quién echarle la culpa de lo que pasa en la tierra. El verdadero problema no es Dios, es el hombre.

La salvación es un anuncio y un hecho antropológico. Toda la teología, como decía Karl Rahner, se reduce a moldes humanos, porque es siempre un mensaje de Dios al hombre, desde el hombre y para el hombre.

Así como Jesús es el hombre por excelencia, así es también el Logos, la Palabra, la revelación definitiva e insuperable de Dios.

En múltiples ocasiones
y de muchas maneras
habló Dios antiguamente a nuestros padres
por los profetas.
Ahora, en esta etapa final,
nos ha hablado por su Hijo,
al que nombró Heredero de todo,
por el que había creado los mundos
y los tiempos. (Hb 1, 1-2).

Jesús es la máxima expresión de Dios. En Jesús Dios se hace alcanzable para el hombre, y Jesús se hace alcanzable en el prójimo, en los demás y particularmente en los más necesitados.

La simpatía que Jesús sintió durante su vida por el hombre en crisis, por los que acudían a El llenos de enfermedades y defectos, por todos aquellos con los que ni siquiera se podía hacer una manifestación de protesta, refleja el lugar en que Jesús se ubicó ante el Padre y ante los hombres de su tiempo. Anunció y trajo a los marginados el reino de Dios. Escandalizó mucho sentándose a la mesa con publicanos y pecadores; se preocupó por los desvalidos, bendijo a los pobres y a los afligidos, dijo que de ellos era el reino de los cielos. Amó y habló del amor a los que no conocían el amor. A los injustos y pecadores les habló de la gracia y despertó en ellos sentimientos de justicia y de verdad. Jesús no marginó a nadie, ni siquiera a los que pública y abiertamente estaban contra Dios. Jesús no marginó a Nicodemo, el fariseo cobarde; ni a Zaqueo, el ricachón injusto; ni a la adúltera, que debía ser apedreada, ni a María, la prostituta. Es evangélico ser marginado o estar de parte de los marginados, pero nunca marginar a nadie.

En el Antiguo Testamento el hombre se realizaba por el amor y la fidelidad a la alianza con Dios. El modo de ser de Dios es un imperativo para el hombre. *Sean santos porque yo, el Dios de ustedes, soy santo;* ese es el mandamiento fundamental. De ahí se desprenden todos los demás. Y el primero de los mandamientos, con los que Dios regaló al hombre, y que al mismo tiempo es la revelación de su más profunda realización dice así:

Dt 4, 1; 5, 29 y 33

Lv 11, 14; 19, 2; 20, 26

Escucha Israel,
Yahvéh es tu Dios.
sólo Yahvéh.

Amarás al Señor tu Dios
con todo tú corazón,
con toda tu alma,
y con toda tu fuerza. (Dt 6,4).

Y porque Yahvéh es el único Dios verdadero, por eso exige todo el corazón y toda la verdad del hombre. A la unicidad de Dios corresponde la totalidad del hombre.

A la fe y al amor a Dios, corresponde la fe y el amor a Jesucristo. *¿Creen en Dios?, crean también en mí.* Después de que Jesucristo resucitó, la fe y el amor a Jesucristo es la fe y el amor a Dios. Dios se ha revelado plenamente en el hombre necesitado. Nadie puede amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la fuerza, si no ama de esa manera a Jesucristo. Y el mandamiento de Jesús, el mandamiento nuevo, nos manda que manifestemos nuestro amor a Jesucristo amando de la misma manera a nuestros hermanos. El amor a Yahvéh como el único Dios es el amor a Jesucristo como a nuestro Señor; y el amor a Jesucristo es el amor a nuestros hermanos particularmente a los más próximos y necesitados.

Jn 14, 1s
Dt 10, 12; 11, 13
Jn 13, 12-34; 14, 15; I Jn 4, 21
Lc 22, 24-27
Mt 20,28; Mc 10,45

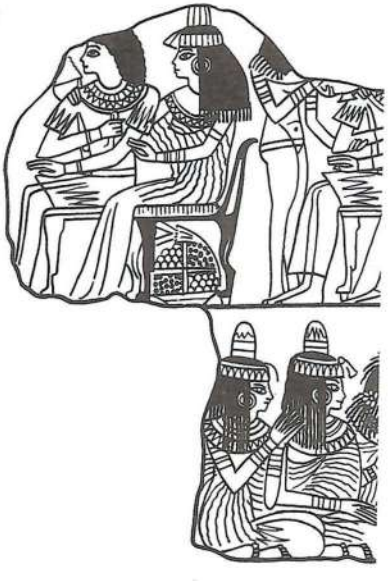
Ya en el Antiguo Testamento la totalidad del amor a Dios se reflejaba en la totalidad del servicio. En el Nuevo Testamento la totalidad del amor se ha de manifestar también en la totalidad del servicio. Para Jesús servir significa amar, y la exigencia del amor es el servicio. Servir es una dignidad para los que siguen a Jesús y es lo totalmente opuesto al servilismo. Se sirve por nobleza, y por la asimilación de grandes valores. Es el amor y el bien común lo que invita al servicio. Jesús no vino a ser servido, sino a servir. Servir a Dios o a

Jesús no significa nada, si no significa servir por amor a los demás.

Jesús compuso un cuento para señalar lo más trascendente e importante de su enseñanza y de su forma de ver y valorar al hombre. Es una escena que se refiere al fin de la historia, pero no es la descripción anticipada del juicio, no trata de enunciar todos los puntos sobre los que se puede evaluar al hombre, aunque sean tan importantes como la fe; no es un inventario, sino la revelación del valor religioso de lo que significa para el hombre y para Dios, preocuparse por los demás. San Mateo pone esta narración al fin del discurso de Jesús, como queriendo resumir en él toda la enseñanza del Maestro; es una escena que visualiza el fin del mundo y el juicio, y con ello quiere poner de relieve lo decisivo del tema. Se trata del Hijo del Hombre en su trono de gloria y de todas las naciones, y de lo que al fin resulta más importante. Aunque la narración habla de aquellos que obraban bien aun sin saberlo, Jesús revela el sentido cristocéntrico que tienen para sus seguidores todas las buenas obras. Jesús dice que no es bueno esperar hasta el fin para descubrirlo en los demás.

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria
acompañado de todos sus ángeles,
se sentará en su trono de gloria.
Serán congregadas delante de El todas las naciones,
y El separará a los unos de los otros,
como el pastor separa las ovejas a su derecha
y los cabritos a su izquierda.
Entonces dirá el Rey a los de su derecha:
Vengan, benditos de mi Padre,
reciban la herencia del Reino, preparado para ustedes desde la creación del mundo.

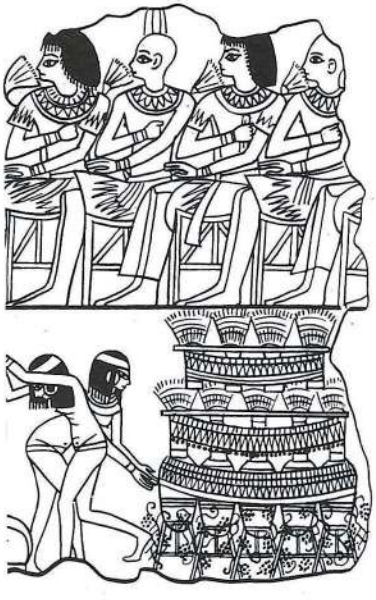
Porque tuve hambre, y me dieron de comer;
tuve sed, y me dieron de beber;
era forastero, y me acogieron;
estaba desnudo, y me vistieron;
enfermo, y me visitaron;
en la cárcel, y vinieron a verme.
Entonces los justos le responderán:
Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer:
o sediento, y te dimos de beber?
¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos;
o desnudo, y te vestimos?
¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?
Y el Rey les dirá:
En verdad les digo que cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños,
a mí me lo hicieron.
Entonces dirá también a los de su izquierda:
Apártense de mí, malditos, al fuego eterno,
preparado para el Diablo y sus ángeles.
Porque tuve hambre, y no me dieron de comer;
tuve sed, y no me dieron de beber;
era forastero, y no me acogieron;
estaba desnudo, y no me vistieron;
enfermo y en la cárcel, y no me visitaron.
Entonces dirán también estos:
Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?
Y El entonces les responderá:
En verdad les digo que cuanto dejaron de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejaron de hacerlo. (Mt 25, 31-46)



Al mensaje antropológico que se alcanza en esta parábola se llega por la fe y no por la razón.

Consiste en la identificación de Jesús con el necesitado. Los casos concretos son ejemplos que podían ser sustituidos por otros sin alterar el sentido. No es un anuncio sobre el futuro, sino una revelación o conscientización del valor y significado de lo que se hace o deja de hacer en el momento presente.

Cuando Jesús dice: *tuve hambre y me diste de comer...* no se refiere a una apreciación moral, jurídica, o sustitutiva, es una forma de presencia del mismo Jesús, quizá la más exigente. En los más necesitados se encuentra más cercano al hombre que por los sacrificios, o en el templo. Por eso el culto a Dios que no se traduce en una devoción al hombre, es un culto vacío. El templo de Dios es el hombre; no existe en el universo un lugar más noble y más digno que el corazón del hombre. El gran templo de Jerusalén, como el sábado y como la Ley, estaba, para Jesús, en función del hombre, y no el hombre en función del templo, ni del sábado, ni de la Ley. Se debe ir al templo para poder encontrar a Jesús en todas partes, pero principalmente en las personas.



Yo habito en las alturas y en la santidad
y con el humillado y abatido de espíritu. (Is 57,15)

Un Dios sin referencia al hombre, es un Dios inexistente y absurdo; fruto de una abstracción, no el Dios de la Biblia. Quien cree en el hombre sin Dios, acaba por minimizar al hombre, destruirlo, y perderlo.

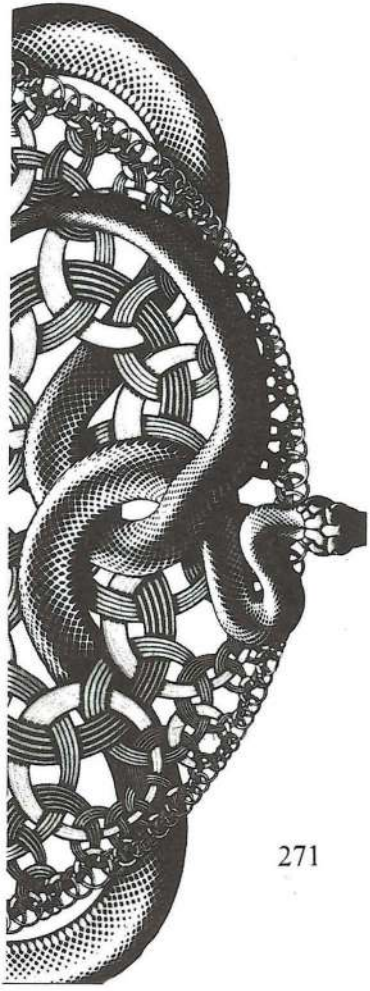
Jesús, sin ser un miserable, no sólo se identificó e hizo causa común con los más necesitados, sino que hizo de ellos su principal sacramento, es decir dijo que en ellos sufría y esperaba al que lo amara.

Jesús se identifica con lo más delicado de la humanidad: los hombres que sufren. El hombre, aunque no lo sepa ni sea consciente, es una referencia esencial y existencial a Jesucristo. En función de ese encuentro con Jesús en el otro están todos los demás encuentros,

de tal manera que si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte,
deja tu ofrenda allí delante del altar,
y ve primero a reconciliarte con tu hermano;
luego vuelve, y presenta tu ofrenda. (Mt 5,23-24).

Lo específicamente cristiano no consiste tanto en creer en Dios, sino en creer en el hombre como en aquél en quien se ha de proyectar el amor, la esperanza, la fe, el seguimiento y el compromiso con Cristo. Lo específicamente cristiano es Cristo mismo que vive y sigue llamando al hombre para el hombre.

I Jn 3, 17; 4, 20



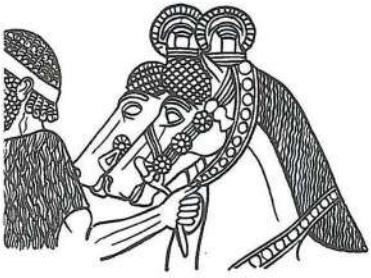
Una antropología que no haga mejor al hombre, y que no acerque unos a otros no es cristiana. Jesús no habló de una ciencia como un contenido doctrinal, Jesús liberó y sigue liberando al hombre, o dicho con un término más tradicional, sigue salvando al hombre. Una antropología sin salvación no es bíblica, ni cristiana.

La antropología cristiana es algo más que la antropología del Antiguo Testamento. La revelación de Dios en Jesús manifestó la capacidad de darse y de amar de Dios, y la capacidad de recibir del hombre. Y la revelación de lo humano en Jesús nos habló de la capacidad de entrega y del destino del hombre. La antropología cristiana es la antropología de Jesús. En este punto la cristo-

logía y la antropología empiezan a ser una línea continua. Nada sabemos sobre Jesús que no sea un mensaje para el hombre y sobre el hombre.

El sentido de la vida y de la muerte, de nosotros mismos y de los demás, del más allá y del más acá, todo se nos ha dado en Jesucristo. Descubrir el sentido de la vida de Jesús es descubrir nuestro propio sentido. No se trata de consolarnos abrazando en Él nuestro dolor, o la tierra, o la vida; por el contrario, se trata de enraizar profundamente en lo que es más nuestro.

Conocer a Jesús es el imperativo de Pablo mayor que el de *conócete a ti mismo* del filósofo griego. En la perspectiva cristiana no se puede conocer al hombre plenamente sin su referencia a Jesucristo.



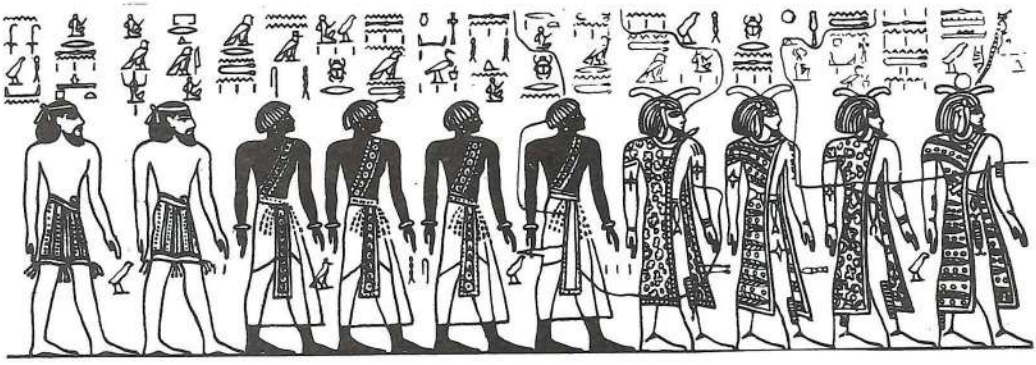
Situado en el espacio y en el tiempo Jesús conoció este caminar de la historia del hombre: vivió como un judío de su época, conoció las penas y alegrías, murió la muerte de los hombres. Era el hijo del carpintero José. Y en ese hombre se nos reveló y se nos dio Dios en toda su plenitud. Jesús, pues, significa la apertura del hombre a Dios, o mejor dicho, el poder de Dios de encontrar al hombre.

Decir que Cristo es el hombre significa, en el fondo, que la condición humana de Cristo es un ideal al que tiende el hombre al crecer y al seguirlo lo más de cerca que sea posible. La respuesta de Jesús al Padre sigue siendo el fundamento y el ejemplo de nuestras respuestas personales.

Que Dios se haya expresado totalmente en Jesús significa no solamente que Jesús asumió todo

lo que nosotros somos sino, además, que nos dio la capacidad de participar de lo que Él es.

La antropología cristiana es el proyecto y la realización del hombre abierto a lo divino. En la reflexión sobre el hombre a la luz de la resurrección de Cristo, lo humano se hizo eternamente válido. Quien cree en el destino de Jesús como algo significativo para el hombre, cree en lo eterno de su propio significado. Y el que acepta la revelación sabe más de las personas y las cosas que el que la rechaza. Con un saber que no es cuantitativo, sino que consiste en una manera de ver el mundo totalmente gratuita, que lo transforma todo, lo profundiza y le da sentido. Consiste en la cualidad de una vida, de una respuesta personal, de una sobrecomprensión del hombre y del cosmos, que aunque sea experimentable, por sí mismo mantiene su calidad de misterio y que por eso puede ser incomprendido o mal interpretado. Podemos afirmar que las cosas, lo que son y lo que nos quieren decir, no se captan solamente con los ojos, sino con el corazón y la fe.



BIBLIOGRAFIA

Ofrecemos esta bibliografía para sugerir al lector la profundización de algunos temas. Presentamos un breve juicio de la mayoría de las obras, que pretende valorarlas en función de la utilidad con respecto a los temas que se han tratado.

Alcazar, Godoy J. *El origen del Hombre.* Libros MC, Madrid 1986.

***Libro introductorio (sencillo) a las teorías más importantes sobre el origen y evolución del hombre. Util por los datos y la presentación de algunos autores.

Basabe Fernández Del Valle, Agustín. *Filosofía del hombre.* De Austral, México. 1985

***En esta obra, el autor ofrece una reflexión sistemática de los temas fundamentales de una antropología desde el punto de vista metafísico y fenomenológico. El autor hace un análisis de las estructuras básicas de la existencia humana, que concibe como una propedéutica de salvación. De particular interés son los capítulos dedicados a responder qué es la vida, qué es el valor, cuál es el sentido de la historia y de la muerte.

Boff, Leonardo, *La resurrección de Cristo.* Nuestra resurrección en la muerte.

** Este librito ofrece una perspectiva liberadora del significado de la resurrección tomando como punto de partida el anhelo de vida del hombre.

Boros, Ladislaus. *El hombre y su última opción.* Ed. Paulinas, Madrid 1977

*** Esta obra constituye un estudio filosófico y teológico sobre el misterio de la muerte. Para su autor, la muerte se presenta al hombre como una opción. Al vivir, el hombre decide cómo quiere morir, y ante la muerte, puede optar por darle un sentido definitivo o provisional, temporal o trascendente. Obra muy recomendable.

Coreth, Emmerich, *¿Qué es el hombre?.* Esquema de antropología filosófica. Ed. Herder, Barcelona, 1982.

*** En esta obra, el autor logra ofrecer una teoría coherente del ser humano y de sus rasgos fundamentales. Esta antropología, de corte clásico, se confronta con la pluralidad de planteamientos científicos desde una perspectiva que busca salvaguardar la unidad. El autor toma como punto de partida e hilo conductor de la reflexión antropológica la propia autocomprensión del hombre. Obra clara, sistemática, y muy recomendable como introducción.

Cullmann, Oscar. *Estudios de Teología Bíblica.* Ediciones Studium. Madrid, 1973.

*** Realizados por uno de los teólogos evangélicos más destacados del Siglo XX, estos estudios son al mismo tiempo piezas maestras de teología bíblica y una genuina fuente de inspiración.

Danielou, Jean. *La Resurrección.* Ediciones Stvdivm. Madrid, 1971.

*** En esta pequeña obra el autor ofrece una reflexión profunda sobre el significado de la fe de la Iglesia en la Resurrección de Jesucristo. El autor integra tanto la perspectiva bíblica como la patrísitica.

Danieolou, Jean. *La Trinidad y el Misterio de la Existencia.* Ediciones Paulinas. Madrid, 1969.

*** El autor ofrece un conjunto de reflexiones sobre uno de los misterios centrales de la fe cristiana desde una perspectiva existencial. Libro breve, sencillo e inspirador.

Dodd, C. H. *Interpretación del Cuarto Evangelio.* Ediciones Cristiandad, Madrid 1978

**** Este comentario, clásico en su género, ofrece es un sólido estudio del Evangelio de San Juan y constituye una fuente de referencia obligada para profundizar en la Cristología joanea.

Ducquoc, Christian. *Cristología.* Ensayo Dogmático sobre Jesús de Nazaret. Ediciones Sígueme, Salamanca 1974.

**** Ducquoc busca reflexionar sobre aspectos centrales de la Cristología a partir de las afirmaciones centrales de la fe en Jesús. Escrita en el horizonte de la reflexión teológica contemporánea, esta obra ofrece una aportación original.

Eco Humberto y Carlo Maria Martini. *¿En qué creen los que no creen?* México, Taurus, 1997

***Libro pequeño e interesante. Contrapone la visión laica y la cristiana sobre varios asuntos éticos.

Flick, M. Alszeghy, A. *Antropología Teológica.* Ediciones Sígueme. Salamanca, 1970.

*** Esta obra es una presentación sólida y sistemática de los temas clásicos de la Antropología teológica. La obra integra aspectos bíblicos y dogmáticos de una comprensión del ser humano a la luz de la fe.

Gevaerth, Joseph. *El problema del hombre.* Ed. Sígueme. Salamanca, 1984.

*** Existen pocos manuales de antropología filosófica que presenten una interpretación de la existencia humana con una sensibilidad tan viva a la visión cristiana del hombre como la que presenta este libro. La preocupación central de la obra es el significado del hombre, el sentido de su existencia y la dirección en la que puede realizarse. Muy recomendable.

Gomez Caffarena, José. *Metafísica fundamental.* Ed. Cristiandad. Madrid, 1983.

***Si bien este libro es de metafísica, tiene como uno de sus núcleos centrales la reflexión sobre aspectos básicos de la experiencia humana, su origen y su sentido. De particular interés resultan los capítulos dedicados a la libertad, el amor y el asombro.

Gonzalez Fauas, Jose Ignacio, S.J. *Carne de Dios.* Editorial Herder. Barcelona, 1969.

*** En este libro el autor realiza un estudio profundo sobre el pensamiento cristológico de San Ireneo de Lyon, centrado en el significado de la encarnación.

Gonzalez Faus, Jose Ignacio, S.J. *La Humanidad Nueva.* , Ensayo de Cristología. Gráficas Halar, S.L., Madrid, 1974.

**** Esta obra es uno de los estudios de teología contemporánea en los que se expone de manera original el significado de las afirmaciones fundamentales de la fe en Jesucristo. Obra en dos tomos, realizado de forma sistemática y en diálogo con los problemas que plantea la crítica contemporánea a la fe cristiana.

Guardini, Romano. *La Aceptación de si mismo; las edades de la vida.* Ed. Cristiandad, Madrid 1983.

*** Obra de carácter reflexivo y descriptivo sobre el sentido y el valor de las distintas etapas de la vida y sobre las condiciones del crecimiento de la persona a partir de la experiencia del propio valor y de los propios límites.

Guardini, Romano. *Mundo y persona.* Ed. Cristiandad. Madrid 1974.

*** El autor realiza un análisis fenonenológico y psicológico del concepto de persona desde una perspectiva cristiana. Obra indispensable para la profundización sobre la persona.

Guardini, Romano. *Preocupación por el hombre.* Ed. Guadarrama, Madrid 1965

*** Este libro recoge un conjunto de ensayos que a pesar de haber sido escritos hace varias décadas, plantean importantes cuestiones y puntos de reflexión para esclarecer la problemática del hombre actual. De especial interés resultan los ensayos dedicados a la Cultura como obra y riesgo, El hombre incompleto y el poder y la libertad.

Haeffner, Gerd. *Antropología filosófica.* Ed. Herder. Barcelona. 1984.

*** Libro ampliamente recomendable por la profundidad y claridad con que aborda los problemas centrales de una antropología filosófica. Desde un enfoque fenomenológico-hermenéutico, el autor parte del concepto de sujeto humano y de sus diferencias constitutivas frente a los demás animales en un diálogo fecundo con las ciencias sociales y humanas. Si bien el libro constituye una introducción, presenta gran originalidad en el tratamiento de algunos temas, como por ejemplo, las dimensiones del hombre: lenguaje, sociabilidad, historicidad, corporalidad, y realización de la existencia.

Heschel, Abraham J. *Who is Man?.* Stanford University Press, California, 1965.

*** Libro de gran profundidad, escrito con un estilo reflexivo. El autor pone en el centro de su planteamiento la pregunta por el sentido y por el significado trascendente de la vida y las acciones humanas. Una visión judía, fundada en el mensaje bíblico y la tradición rabínica. Obra inspirada y profundamente religiosa.

Jeremias, Joachim. *Teología del Nuevo Testamento 1. La predicación de Jesús.* Ediciones Sígueme. Salamanca, 1977.

**** Este libro es una de las más sólidas e inspiradoras presentaciones sistemáticas de la Teología del Nuevo Testamento. La obra quedó incompleta por la muerte de su autor, uno de los grandes teólogos bíblicos de la Iglesia evangélica del Siglo pasado.

Jeremias, Joachim. *El Mensaje Central del Nuevo Testamento.* Ediciones Sígueme, Slamanca, 1966

*** Como resultao de un intenso estudio exegético del Nuevo Testamento, Jeremías se propone destacar lo que él considera la médula del mensaje bíblico.

Leon-dufour, Xavier, S. J. *Diccionario del Nuevo Testamento.* Ediciones Cristiandad, S.L. Madrid, 1977.

*** En este diccionario uno de los exégetas católicos contemporánoes ofrece una presentación sólida y clara de numerosos términos, nombres e ideas centrales del nuevo testamento.

Leon-Dufour, Xavier, S.J. *Resurrección de Jesús y Mensaje Pascual.* Ediciones Sígueme. Salamanca, 1973.

**** En esta obra el autor realiza un estudio sistemático del significado del hecho central de la fe pascual, tanto desde el punto de vista exegético como sistemático. El estudio abarca el conjunto de pasajes centrales del nuevo testameno sobre la fe en la resurrección.

Lewis, C. S. *El problema del dolor.* Ed. Universitaria. Santiago de Chile, 1998.

*** De un modo claro, sencillo y profundo, el autor lleva a cabo una reflexión sobre el sentido y la trascendencia del sufrimiento, La obra ofrece hondas perspectivas al problema del dolor, tanto desde el punto de vista filosófico como cristiano.

Lohfink, Norberto, S.J. *Valores actuales del Antiguo Testamento.* Ed. Paulinas, 1966.

** Este libro recoge un conjunto de estudios de uno de los grandes exégetas contemporáneos. Con claridad el autor presenta la evolución del Antiguo testamento, la narración del pecado original, el sentido del mandamiento del amor, de la ley y de la gracia y del hombre ante la muerte.

Lonergan, Bernard. *El sujeto.* ITESO, Guadalajara 1996

*** En este pequeño ensayo del eminente filósofo canadiense se explora el significado de la subjetividad humana plenamente afirmada, frente a formas de mutilación y enajenación.

Lpez Azpitarte, Eduardo. *Fundamentación de la ética cristiana.* Madrid 1991.

*** Esta obra ofrece una síntesis profunda de la fundamentación de la moral cristiana dentro de una sociedad pluralista y escéptica. Muy bien documentada. Magnífica bibliografía.

Luypen, William A. *Fenomenología, existencial.* Carlos Lohlé. Buenos Aries, 1980.

*** Esta obra es un acercamiento a la existencia humana desde un punto de vista fenomenológico. El autor trata los temas centrales sobre el sentido de la existencia, la libertad, la ley natural y los dinamismos de la realización

de la persona. Con un lenguaje filosófico, el autor logra esclarecer de forma original problemas modernos en diálogo con la tradición clásica y el pensamiento existencialista contemporáneo.

Marias, Julian. *Antropología metafísica.* Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1962.

*** Este libro constituye una aproximación sistemática por la que se busca comprender la existencia humana. El autor describe las estructuras básicas de la persona encarnada, situada en cuerpo, en la historia, en relación con el mundo. El planteamiento trata de reflejar de la forma más fiel posible la realidad del hombre y de descubrir su significado. Muy recomendable por su carácter descriptivo y por la claridad de sus planteamientos y de su lenguaje.

Moltmann, Jürgen. *El Hombre.* Cristiandad, Madrid 1984.

*** El autor hace algunas reflexiones sobre las tareas que debe asumir y los riesgos a los que se enfrenta el hombre actual. De particular interés resultan sus estudios dedicados a la fuerza transformadora y crítica de la fe dentro de la cultura en la que tienden a limitarse las alternativas para la vivencia y expresión de la fe. Libro claro e iluminador.

Orbe, Antonio, S.J. *Antropología de San Ireneo.* La Editorial Católica, S. A. Madrid, 1969.

*** Este libro es un estudio sistemático del pensamiento de uno de los padres de la Iglesia antigua que ha inspirado la reflexión teológica a lo largo de la historia. Obra especializada, recomendable para quien ya conozca ideas centrales de la exensa obra de San Ireneo.

Perez Valera, Victor Manuel. *Dios y la Renovación del Hombre.* Editorial Alhambra Mexicana. S.A. México, 1980.

** El autor hace una presentación completa y sistemática del pensamiento de uno de los grandes teólogos judíos del Siglo XX. Los temas centrales de la teología judía son presetadas de forma profunda e inspiradora.

Rahner, Karl. *La Gracia como Libertad.* Editorial Herder. Barcelona, 1972.

*** Los estudios que se reúnen en este libro buscan poner de relieve el significado actual de la teología de la gracia con relación a la experiencia humana de la libertad.

Ricoeur, Paul. *Historia y verdad.* Ed. Encuentro, Madrid 1990.

*** En este libro se presentan un conjunto de ensayos relativos al conocimiento y sentido de la historia. De particular interés son los ensayos dedicados a la Palabra y la Praxis. La cuestión del poder, sus análisis sobre la angustia, la verdad, la mentira y el significado de la sexualidad.

Royce, James. *¿Qué soy yo?* McGrawhill, Nueva York, 1967.

*** En este libro hace una presentación de los temas centrales de la antropología filosófica desde un punto de vista fundamentalmente tomista. Resulta recomendable por su claridad y por el aspecto didáctico en que está escrito.

Ruiz De La Peña, Juan. *Las nuevas antropologías.* Sal Terrae. Santander, 1983 Imagen de Dios, Cap-IV ,Sal Terrae, Santander 1988

*** Obra sistemática y muy actualizada. En diálogo con los resultados de la ciencias del hombre, el autor profundiza en la comprensión cristiana del hombre.

Ruiz De La Peña, Juan. *Las nuevas antropologias, un reto a la Teología.* Ed. Sal Terrae, Santander 1983.

*** Esta obra ofrece una visión sintética de las corrientes antropológicas contemporáneas en diálogo con la visión cristiana del hombre. El autor muestra los alcances de algunas de las concepciones antropológicas que ponen en crisis la visión de un sujeto libre y trascendente, así como las deficiencias de las visiones rediccionistas del ser humano. Muy recomendable desde el punto de vista del diálogo de la fe con la cultura.

Ruiz De La Peña, Juan. *Una fe que crea cultura.* Ed. Caparrós. Madrid 1997.

*** Este libro compila una diversidad de ensayos en los que el autor establece un diálogo con el hombre de hoy dentro de los problemas que le plantea la sociedad secular. Contiene además importantes artículos sobre la realidad como creación, la constitución de la persona y la esperanza, la muerte bajo el punto de vista tanto puramente racional como de fe.

Sacramentum mundi. *Enciclopedia Teológica.* Herder, Barcelona, 1976

*** Obra de consulta importante que hace una exposición sintética y clara de nociones de antropología filosófica y teológica.

Sahagun Lucas, De Juan. *Las dimensiones del hombre.* Ed.Cristiandad, Salamanca, 1997.

*** Este libro constituye un manual introductorio. Presenta las cuestiones básicas de la antropología tanto desde un punto de vista histórico como sistemático. Recomendable por la síntesis que presenta de la visión del hombre a partir de la tradición del pensamiento cristiano en diálogo con posiciones contemporáneas.

Scheffczyk, Leo. *El Hombre Actual ante la Imagen Bíblica del Hombre.* Editorial Herder. Barcelona, 1967.

*** El libro se propone esclarecer las dificultades que plantea al hombre actual la imagen bíblica del hombre, para que de ese modo sea capaz de reconocer en ella aspectos que conservan gran actualidad para iluminar su propia existencia.

Schiefler Amezaga, Xavier. *En busca del sentido de la vida.* México, Ed. Trillas 1991.

*** Un libro lleno de contenido, hecho con frescura, sin pretensiones... que sólo pudo haber sido escrito por alguien que no fuera psicólogo por el rol profesional, sino por su experiencia y por su amor y respeto a la vida.(J. Lafarga) Muy recomendable.

Schokel, L. Alonso y Sicre Diaz, J.L. *Profetas.* Ediciones Cristiandad, S.L. Madrid, 1980.

Segundo, Juan Luis, S.J. *Teología Abierta para el Laico Adulto.* Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1968.

** Esta obra contiene un conjunto de estudios teológicos en que se plantean aspectos centrales de la fe en diálogo con la cultura secular. El autor busca como interlocutor al seglar adulto, es decir, reflexivo, crítico y comprometido en la fe con las realidades temporales.

Teilhard De Chardin, Pierre. *El Fenómeno Humano.* Taurus Ediciones, S. A. Madrid,. 1974.

*** En estas obras presenta el autor su pensamiento sobre el origen y evolución del hombre. Profundiza sobre lo distintivo de la especie humana y el significado de su aparición y de su conciencia.

Teilhard De Chardin, Pierre. *La Visión del Pasado.* Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1966.

*** Esta obra ofrece una reflexión de carácter filosófico y teológico sobre el desarrollo del género humano desde su aparición hasta nuestros días. A partir de la situación del hombre actual el libro abre una prospectiva sobre las rutas que se abren a la humanidad.

Torres Queiruga, A. *Recuperar la Creación.* Sal Terrae, 1995.

*** Libro de interés por ser extraordinariamente positivo.

Tresmontant, Claude. *Ensayo sobre el Pensamiento Hebreo.* Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1962.

*** Este es uno de los pocos libros en los que se intenta presentar de forma sistemática lo específico del modo de pensar y del conjunto de ideas sobre la realidad que orientaron al hombre bíblico. El estudio se centra más en el aspecto filosófico que en el teológico.

Tresmontant, Claude. *La Doctrina Moral de los Profetas de Israel.* Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1962.

*** Con la misma intención que en la obra anterior, el autor estudia lo que podemos considerar el pensamiento ético de los profetas de Israel como un conjunto de doctrina para orientar la vida.

Vidal, Marciano. *Para conocer la ética cristiana.* Verbo Divino, Navarra, 1989.

*** Síntesis completa y equilibrada de la Teología moral renovada en la hora actual. Los planteamientos y las soluciones que ofrece el autor se fundamentan en los datos de la Escritura, en las enseñanzas de la tradición de la Iglesia y en los resultados de las ciencias humanas.

Von Rad, Gerhard . *El Libro del Génesis.* Ediciones Sígueme. Salamanca, 1977.

*** Este es uno de los estudios de exégesis bíblica más sólidos sobre el primero de los libros de la Biblia. El autor busca mostrar la estructura y desentrañar el sentido de pasajes centrales del libro del Génesis a través de comentarios.

Von Rad, Gerhard . *Teología del Antiguo Testamento.* Ediciones Sígueme. Salamanca, 1978.

**** En esta obra en dos tomos el autor realiza un estudio amplio y sistemático sobre la teología veterotestamentaria. La obra examina el desarrollo de la fe de Israel en cada etapa de su desarrollo histórico y de su reflexión.

Wilhem, Arnold. *Persona, carácter y personalidad.* Ed. Herder, Barcelona 1975.

*** Bajo el punto de vista psicológico se interesa especialmente por la conciencia y expone los rasgos del lenguaje. Destaca el problema de la educación y la formación.

Zubiri, Xavier. *Sobre el hombre.* Alianza Edit., Madrid, 1986.

*** Esta obra contiene los planteamientos más maduros del gran filósofo vasco sobre la realidad humana. Con un lenguaje original, el autor describe las estructuras constitutivas del hombre, de su realidad como persona, y de su dimensión moral y social. En su segunda parte el autor analiza la constitución genética de la realidad humana en las distintas fases de la vida. Muy recomendable como obra de profundización, particularmente por su enfoque centrado en la unidad del ser humano.

Zubiri, Xavier. *Siete ensayos de Antropología.* Ed. Universidad de Bogotá. Bogotá, 1978.

*** El ensayo, *El origen del hombre,* es completo y profundo sobre los datos científicos actuales que avalan la teoría de la evolución. El autor trata de explicar el sentido de la evolución desde un punto de vista filosófico.

El texto completo del presente libro está disponible en internet en la siguiente dirección:

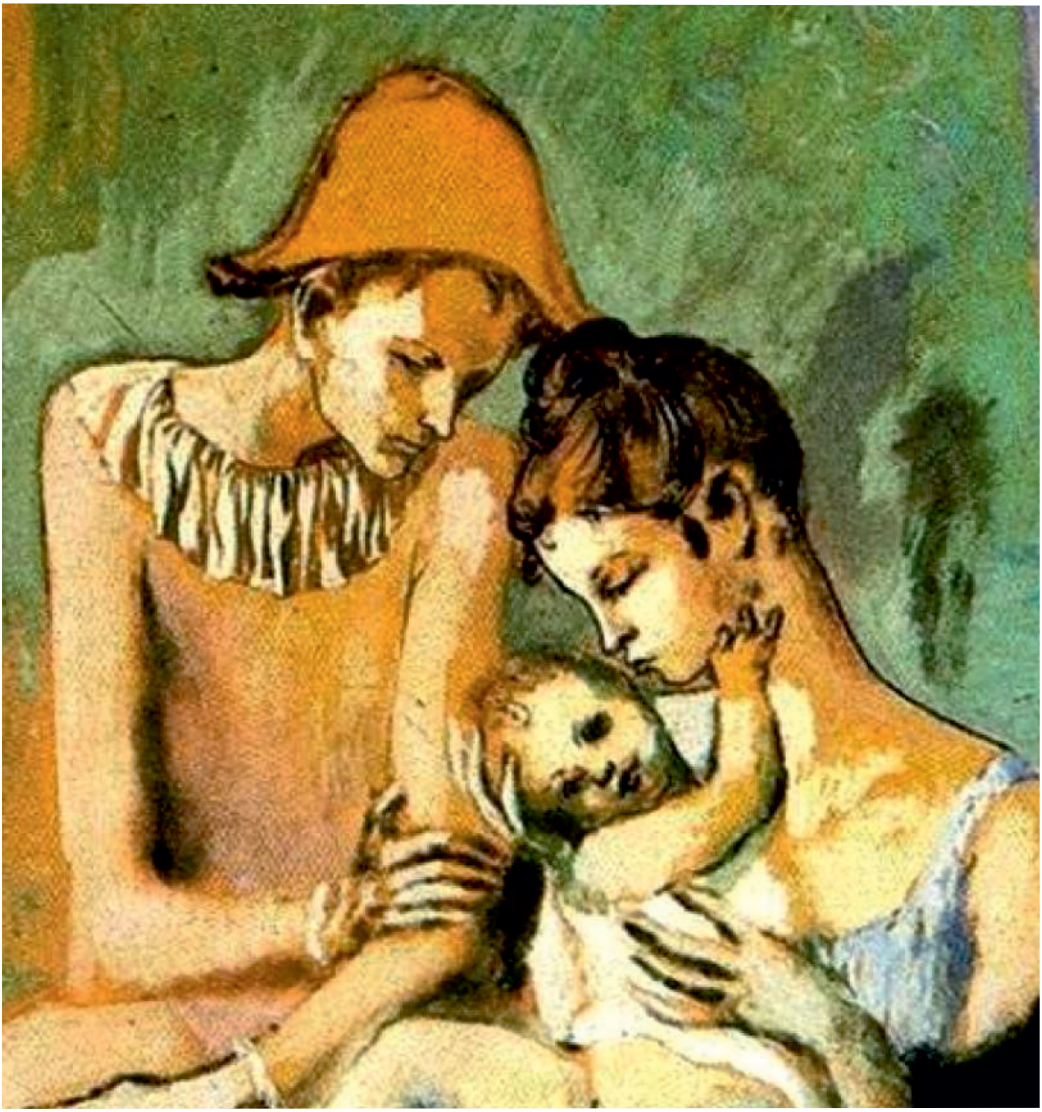
http://www.amiesic.iteso.mx

Además del libro *El Valor de tu Vida*, también se puede encontrar en este depósito documental electrónico la publicación del mismo autor *Etica Profesional, parte fundamental*, así como publicaciones breves sobre la fe en diálogo con la cultura y la vida del universitario, formación humana, espiritualidad, sagrada escritura, ética, sacramentos, teología, etc.

El valor
de tu vida

se terminó de imprimir
en octubre de 2019
en los Talleres Gráficos
de Imprelibros BM
Brillante No. 913
Col. Alcalde Barranquitas
Guadalajara, Jal.
Tel.: 3613-8426

imprelibrosbm@gmail.com



LO MAS NATURAL Y LO MAS DIVINO
ES EL AMOR DE UN PADRE POR SU HIJO

ISBN 968511002-6
9 789685 110020